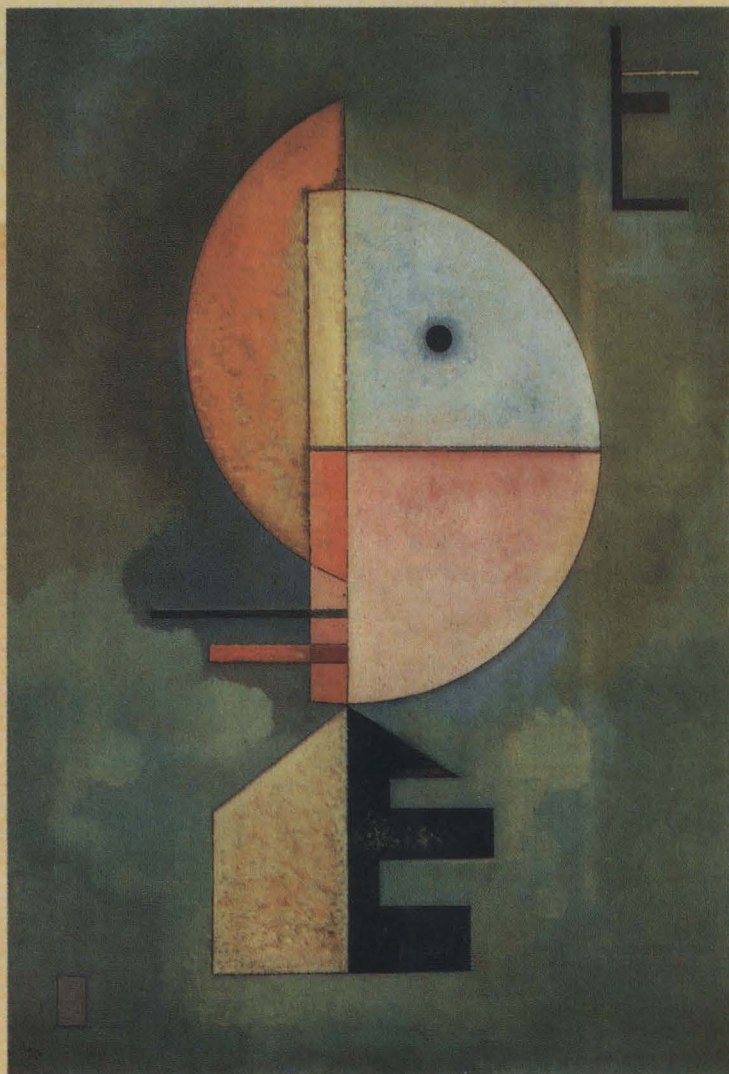


Octavio Paz  
Entre poética y política

Anthony Stanton  
Editor



EL COLEGIO DE MÉXICO







## OCTAVIO PAZ: ENTRE POÉTICA Y POLÍTICA

SERIE  
ESTUDIOS DE LINGÜÍSTICA Y LITERATURA  
LII



CÁTEDRA  
JAIME  
TORRES  
BODET

CENTRO DE ESTUDIOS LINGÜÍSTICOS Y LITERARIOS

# OCTAVIO PAZ: ENTRE POÉTICA Y POLÍTICA

Edición de  
*Anthony Stanton*



EL COLEGIO DE MÉXICO

M861.4

Oc21

Octavio Paz : entre poética y política / Edición de Anthony Stanton  
-- 1ª ed. -- México, D. F. : El Colegio de México, Centro de Estudios  
Lingüísticos y Literarios, 2009.  
317 p. ; 22 cm. -- (Serie Estudios de Lingüística y Literatura ; LII.  
Cátedra Jaime Torres Bodet)

ISBN 978-607-462-005-4

1. Paz, Octavio, 1914-1988 -- Crítica e interpretación. 2. Política en la  
literatura I. Stanton, Anthony, ed. II. Ser.

*Open access edition funded by the National Endowment for the Humanities/Andrew W. Mellon  
Foundation Humanities Open Book Program.*



*The text of this book is licensed under a Creative Commons Attribution-NonCommercial-  
NoDerivatives 4.0 International License: <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>*

Primera edición, 2009

DR © El Colegio de México, A.C.  
Camino al Ajusco 20  
Pedregal de Santa Teresa  
10740 México, D.F.  
[www.colmex.mx](http://www.colmex.mx)

ISBN 978-607-462-005-4

Impreso en México



## ÍNDICE

ANTHONY STANTON	
<i>Introducción</i> . . . . .	9

### I. HACIA LA POÉTICA

ENRICO MARIO SANTÍ	
<i>Poesía e historia</i> . . . . .	21

HUGO VERANI	
<i>Octavio Paz: el poema como caminata</i> . . . . .	37

ADOLFO CASTAÑÓN	
<i>El poeta como revisor. Notas para la relectura     de Pasado en claro</i> . . . . .	69

JOSÉ MIGUEL OVIEDO	
<i>Hacia Vuelta, hacia el comienzo</i> . . . . .	103

ANTHONY STANTON	
<i>Árbol adentro, cima de una obra poética</i> . . . . .	125

### II. HACIA LA POLÍTICA

SOLEDAD LOAEZA	
<i>Octavio Paz en el debate de la     democratización mexicana</i> . . . . .	155

JOSÉ WOLDENBERG

*Octavio Paz: remembranza* . . . . . 199

YVON GRENIER

*El socialismo en una sola persona: el espectro  
de Marx en la obra de Octavio Paz* . . . . . 211

RICARDO POZAS HORCASITAS

*La modernidad de los modernizadores* . . . . . 235

JESÚS SILVA-HERZOG MÁRQUEZ

*Silabas enamoradas* . . . . . 295

## INTRODUCCION

El lector tiene entre sus manos un libro dedicado a explorar algunos de los aspectos más importantes de dos ámbitos centrales de la obra de Octavio Paz: por un lado, su poesía y su poética, entendida esta última palabra en el sentido amplio que el autor siempre le dio (como expresión de la *otredad* constitutiva del ser humano); y, por otro lado, sus ideas sobre la política, incluido el campo de sus intervenciones, muchas veces polémicas, en los debates ideológicos de México. Primeras versiones de seis de los diez textos que figuran en el libro fueron leídos en un encuentro organizado por mí en El Colegio de México en octubre de 2004. Después, se me ocurrió que sería buena idea pedir textos a otros connotados especialistas en los temas tratados. Así, el libro fue creciendo hasta alcanzar su forma final.

La singularidad de este libro es la yuxtaposición de estos dos ámbitos (poética y política) que suelen separarse en los estudios sobre Octavio Paz. Y digo “yuxtaposición” y no fusión porque, como constatará el lector, son pocos los críticos que intentan poner en relación las dos esferas. Esta reticencia es comprensible: el mismo autor recalcó en varias ocasiones que su obra poética era independiente y autónoma con respecto a sus reflexiones e ideas sobre política y asuntos de actualidad. Desde luego, él siempre dio más importancia a la primera e incluso llegó a decir en algún momento que las últimas le parecían prescindibles.

Sin embargo, cualquier lector de Paz sabrá que la distinción entre las dos esferas no es tan absoluta o tajante. En sus ensayos sobre poesía (por ejemplo, en *El arco y la lira*) son frecuentes las discusiones de la relación entre la poesía y la sociedad y la política. A la inversa, en muchos de sus textos sobre política, hay una voluntad de

estilo indudable que canaliza no las conclusiones de un especialista sino las intuiciones de un poeta. Lo que sí es una constante en toda su obra es el deseo de no confundir los dos ámbitos: es decir, la invalidez de poner la poesía al servicio de una causa política, incluso cuando esta causa parece ser la más justa del mundo; y la correspondiente invalidez de poner la política al servicio de alguna causa estética. Salvo algún ejemplo de su juventud (como el poema *¡No pasarán!*, escrito en 1936 al estallido de la Guerra Civil Española para defender la causa republicana), Paz siempre evitó la poesía de consigna, el verso panfletario o lo que se ha llamado —con bastante imprecisión— poesía “comprometida”. Es más: se volvió tal vez el crítico más intransigente de esta última tendencia que cobró relieve, en el mundo hispánico, durante la Guerra Civil en España y, a través de la influencia de Pablo Neruda y otros, en la poesía posterior escrita en Hispanoamérica.

Es curioso constatar que en México hay más interés en la actuación política de Paz que en su obra poética o la parte estrictamente literaria de su producción. Fuera de México se invierte esta regla. Esta situación tiene su explicación, quizá, en el hecho de que en las últimas décadas de su vida Paz se volvió un intelectual de gran peso y enorme influencia, sobre todo dentro de México. A partir de su renuncia al servicio diplomático en 1968 por la matanza de Tlatelolco (había servido a su país durante un cuarto de siglo, llegando a ser embajador en la India) y, más todavía, a partir de su regreso a México en 1971 el poeta participó intensivamente en los debates internos de la política mexicana y no dudó en criticar una y otra vez lo que él veía como los graves defectos tanto de un sistema político anquilosado como de una izquierda que no había renunciado a ciertos vicios y prácticas que eran indignos de una fuerza comprometida con los valores de la democracia. Aunque sus críticas más implacables se dirigían a la izquierda mexicana (los defectos de ésta le exasperaban porque eran los defectos que él mismo había enfrentado en su propio desarrollo ideológico años antes), no fue complaciente ni con el Par-

tido Revolucionario Institucional (PRI) ni con el Partido Acción Nacional (PAN): al primero lo veía como un obstáculo anacrónico para la incipiente democracia mexicana; al segundo, como un partido demasiado cercano al dogma de la iglesia católica, un partido indudablemente democrático en sus orígenes pero pobre en su nivel intelectual cuando no totalmente carente de propuestas en el debate de las ideas. A través de dos revistas fundadas y dirigidas por él —*Plural* (1971-1976) y *Vuelta* (1976-1998)—, además de las pantallas de televisión, divulgó sus ideas y dialogó con sus adversarios. Este diálogo no fue fácil y muchas veces no se dio o terminó en recriminaciones mutuas. En una carta de 1988 a un amigo, el poeta catalán Pere Gimferrer, Paz lamentó esta situación con melancolía y resignación: “Un perpetuo *malentendu* evenena mi relación con mi propia gente, sobre todo con los escritores, los artistas y los intelectuales.”<sup>1</sup> Varios de los ensayos de este libro intentan construir este diálogo difícil o mostrar que sí tuvo lugar.

Si nos preguntamos ¿qué tienen en común sus ensayos sobre política y sus textos estéticos?, la respuesta tendría que ser bastante laconica: el lugar central de la libertad; la permanente preocupación ética; el afán crítico; y el interés por una especie de comunión o fraternidad con los otros. El poeta expresa este último deseo como el de “una poesía de comunión” y lo formuló en un sorprendente ensayo escrito en 1942 (“Poesía de soledad y poesía de comunión”). El pensador político elaboró al menos dos respuestas en diferentes momentos de su vida: en su juventud, al calor de las grandes conmociones sociales y políticas, llegó a pensar en la posibilidad y necesidad de una revolución capaz de transformar la vida humana y social en su totalidad. Aunque nunca fue miembro de un partido político y siempre desconfió de los dogmas, se puede decir que el joven Paz fue lo que Trotski llamaba un “compañero de viaje” de los marxistas y los

<sup>1</sup> Octavio Paz, *Memorias y palabras: cartas a Pere Gimferrer 1966-1997* (Barcelona: Seix Barral, 1999), p. 324.

diversos grupos revolucionarios de izquierda. Es interesante comprobar que sus primeras dudas surgieron precisamente en el ámbito estético al ver los resultados mecánicos, dogmáticos y empobrecedores de la doctrina del realismo socialista. Es decir: su instinto artístico lo salvó de los peores excesos ideológicos.

Después, se da el proceso lento y difícil de tratar de buscar la verdad —una verdad incómoda y dolorosa— detrás de las mentiras difundidas por la propaganda prosoviética sobre la realidad del estalinismo. La ruptura con su antiguo amigo y mentor poético Pablo Neruda fue un hito significativo en este proceso, como también lo fueron sus amistades con grupos disidentes de la izquierda (anarquistas y trotskistas, como José Bosch, Víctor Serge o Jean Malaquais). Finalmente, en 1950, conmovido por la publicación en Francia del libro de David Rousset sobre *El universo concentracionario*, decide traducir partes del mismo y enviar los textos, junto con una nota de presentación, a la revista argentina *Sur*, dirigida por Victoria Ocampo. Se publicó al año siguiente y fue la señal pública de su ruptura con algunos de los mitos y las ideas que habían marcado sus primeros años. No sería una exageración decir que a partir de entonces Paz se volvió, a los ojos de algunos, un pensador “políticamente incorrecto”. Lo más fácil era catalogarlo como un traidor que había pasado a la derecha o un agente del imperialismo (los mismos calificativos que los estalinistas habían utilizado para denigrar a Trotski y otros disidentes con el propósito de justificar su “eliminación”).

Sin embargo, la utopía revolucionaria (no estalinista) siguió como un imán en su pensamiento. En la década de los sesenta, hubo un renacimiento de sus esperanzas de ver, por fin, una transformación revolucionaria en los países más desarrollados y con inquietud esperó los desenlaces de los movimientos de protesta y rebelión en varios países de Occidente. Como se sabe, estos movimientos fracasaron y otros intentos revolucionarios, como la Revolución cubana de 1959, proyecto que él apoyó inicialmente, acabaron por desilusionarlo porque veía en ellos una repetición nociva de la degeneración

burocrática y la perversión estalinista. Sin embargo, hasta el final de sus días Paz fue un defensor apasionado de la profunda autenticidad y originalidad de la primera revolución del siglo xx, la mexicana, la misma que había idealizado en las páginas de *El laberinto de la soledad* como una irrupción espontánea de la realidad, un regreso a los orígenes, una fiesta colectiva, una revuelta popular, una comunión de México con su propio ser.

A partir de los años setenta y a través de las dos revistas ya mencionadas, Paz se erigió en un crítico no sólo del socialismo autoritario sino también del partido de estado que fue el PRI en México; al mismo tiempo fue un defensor del pluralismo y de la democracia liberal. Varios de los textos incluidos en este libro se dedican a desenmarañar exactamente lo que debemos entender por “liberalismo” en el caso de Paz. Pero no es éste el lugar para hacer una descripción del desarrollo de las ideas políticas de Octavio Paz.

La primera parte del libro, “Hacia la poética”, consta de cinco ensayos que buscan iluminar partes distintas y no suficientemente estudiadas de la vasta obra poética de Paz. Enrico Mario Santí nos enseña que aun cuando haya rechazado la noción de una literatura “comprometida” a la manera de Alberti o Neruda, la poesía de Paz nunca abandona preocupaciones sociales y políticas. Toma como un ejemplo el poema *Entre la piedra y la flor*, texto que el joven empezó a escribir en Yucatán en 1937 y que reescribió en varias ocasiones. A partir de la consulta de documentación inédita del período, Santí reconstruye la génesis del poema y las intenciones originales del autor antes de analizar con perspicacia los términos clave de “poesía e historia” para entender cabalmente la poesía y la poética de Paz.

Hugo J. Verani estudia la importancia fundamental que tiene para muchos textos de Paz (tanto poemas breves y extensos como algunas prosas) la noción de la escritura como un viaje (de búsqueda y, a veces, de encuentro). El acierto de Verani es la percepción de que muchos de los grandes textos paceanos están concebidos y estructurados como caminatas. Hay un poeta ambulante que sigue un itine-

rario hacia un destino desconocido. De ahí la sensación de aventura, sorpresa e incluso improvisación que tienen muchas creaciones del escritor. Con el tiempo, el viaje por el mundo o por la ciudad es cada vez más un viaje interior a través de la memoria y la imaginación. Verani extrae ejemplos idóneos de muchos textos de diferentes épocas de la obra de Paz para mostrar la función central de este motivo estructurante.

José Miguel Oviedo se detiene para explorar una de las fases de la obra de Paz menos estudiada: la que abarca su momento neovanguardista o experimental y sus posteriores desenlaces. Se trata de los años entre *Salamandra* (1962) y *Vuelta* (1976), un período durante el cual Paz publica la que es tal vez su obra más ambiciosa: *Blanco* (1967). Dejando atrás las formas lineales de la poesía tradicional, el poeta experimenta con diversos modelos espaciales. Hay una fascinante conjunción de afanes espirituales (la asimilación de ideas de las religiones y culturas del Oriente) y tendencias lúdicas. Oviedo examina con su característica lucidez las grandes innovaciones formales y conceptuales que dan un sello particular a las obras de este ciclo de doble signo: retrospectivo y prospectivo (“un volver al comienzo para ir aún más lejos”), y sugiere con fundamento que “Nocturno de San Ildefonso” debe considerarse “su poema político más grande”.

Adolfo Castañón ofrece una minuciosa lectura del poema extenso *Pasado en claro* para enfocar el revisionismo autocrítico de Paz. Castañón nos cuenta la historia de la elaboración del poema desde una posición privilegiada: fue uno de los responsables que cuidaron la edición original, publicada por el Fondo de Cultura Económica en 1975. Además de explorar la profunda dimensión autobiográfica del texto, que recrea y reconcilia en la memoria una galería familiar de voces discordantes mientras se hunde en el jardín de la infancia, este lector ahonda en una dimensión no tan atendida por la crítica: la presencia de la magia con sus rituales, talismanes y hechizos. Lo que Castañón llama “la poética del ‘estar tercero’ ” incide en el proceso mismo de la escritura, en el cual el



poeta entra y sale del mundo recreado en una especie de trance gobernado. Su lectura confirma la opinión de varios críticos que estimamos que este poema extenso es tal vez la obra poética mayor de Paz.

En el último texto de la primera parte, yo trato de reivindicar el valor del último libro de poemas que Paz publicó, *Árbol adentro* (1987). Nadie apreció la verdadera importancia de esta colección en el momento, pero estoy convencido de que con el tiempo se irá viendo que *Árbol adentro* es la cima de la obra poética de Paz. Un libro escrito en la vejez siempre se escribe con la conciencia de la muerte. Hay más amplitud de registro aquí que en cualquier otro libro del autor. Diversidad formal y variedad de temas: el tiempo, la amistad, la ciudad, la muerte, las artes plásticas. En lugar de repetirse, Paz se planteó la necesidad de seguir creciendo como poeta. Y lo logró. Argumento que para la justa valoración de los poemas y de su estética, hay que abandonar ciertos presupuestos heredados (incluso los que difundió el propio autor sobre su obra) y ampliar nuestros criterios críticos sobre lo que constituye “poesía moderna”.

La segunda parte de este libro, “Hacia la política”, consta también de cinco ensayos. Soledad Loaeza revisa las contribuciones de Paz a la democratización del sistema político mexicano. Analiza con detenimiento la actuación de Paz a partir de la experiencia de 1968 y calibra la naturaleza y los alcances de sus críticas del autoritarismo del PRI y del presidencialismo, sus ideas sobre la naturaleza del Estado, y sus desencuentros con los intelectuales de izquierda. Centra su análisis en tres momentos clave: el papel de la *intelligentsia* durante el sexenio de Luis Echeverría; las críticas al intervencionismo estatal en *El ogro filantrópico*; y la defensa de la democracia y el pluralismo político. Loaeza nos obsequia una imagen memorable del Paz de las últimas décadas como “un liberal en tierra inhóspita”.

En un texto tanto testimonial como analítico José Woldenberg examina la manera en que la izquierda de su generación fue reaccionando frente a la obra y las posturas de Paz e identifica los puntos

centrales de las críticas de éste a una izquierda que el poeta veía como insuficientemente autocrítica y de tibias o nulas convicciones democráticas. Según Woldenberg, el gran acierto de Paz fue la convicción de que la única salida viable para México era un proceso democratizador, mientras que otros pedían un regreso al autoritarismo o el advenimiento de la revolución. Concluye que “Octavio Paz asumió a la izquierda como su sombra, y la izquierda tuvo en Paz una conciencia crítica incómoda, pero productiva”. A juicio de Woldenberg, que tuvo una participación destacada y ejemplar en la transición democrática en su papel de Consejero Presidente del Instituto Federal Electoral, la izquierda democrática terminó por asimilar muchas de las críticas de Paz.

Con el beneficio productivo de una formación cultural distinta, Yvon Grenier se enfrenta al problema de analizar la influencia de Marx y del marxismo en la obra ensayística de Paz. Predomina en México la visión estereotipada y falsa de que Paz fue marxista en su juventud sólo para volverse antimarxista o liberal o conservador en su vejez. A través de una serie de deslindes y discriminaciones necesarias acerca de los términos básicos Grenier llega a la sorprendente y convincente conclusión de que se ha exagerado tanto el “marxismo” del joven Paz como el “antimarxismo” del pensador maduro. No sólo los detractores de Paz sino algunos de sus supuestos seguidores han caído en esta simplificación maniquea. Procedente de una tradición más analítica que retórica, el texto de Grenier nos ofrece una visión desprejuiciada y casi inédita de un problema saturado de lugares comunes: gracias a él descubrimos que las referencias positivas a Marx en la obra de Paz no disminuyen con el tiempo sino que se mantienen sin variación.

Uno de los momentos más discutidos de la actuación pública de Paz en el escenario de la política mexicana fue el de su apoyo abierto a las ideas y al programa del Presidente Carlos Salinas de Gortari (1988-1994). Entusiasmado con lo que percibía como un proyecto reformador de modernización que iba a combatir los ma-

les tradicionales de México, Paz saludó al joven tecnócrata como una esperanza para el país. Después de describir el modelo de intelectual que encarnó Paz, Ricardo Pozas Horcasitas describe en gran detalle los hitos más importantes de las intervenciones del intelectual en los últimos años de su vida. Demuestra con claridad el compromiso de Paz con los principios de la modernidad democrática a través de un comentario pormenorizado de dos capítulos del libro *Pequeña crónica de grandes días* (1990) y de los textos sobre el Tratado de Libre Comercio de América del Norte, el levantamiento del Ejército Zapatista de Liberación Nacional en Chiapas, el asesinato del candidato presidencial Luis Donaldo Colosio, y las elecciones de 1994.

En “Sílabas enamoradas” Jesús Silva-Herzog Márquez se plantea el reto de poner en relación la poesía y el pensamiento político de Paz. En un ensayo libre y riguroso el autor interroga la manera en que tanto el poeta como el pensador tratan de reconciliar los opuestos sin abandonar ni la libertad ni la crítica. Encuentra en Paz a un moderado que modera su entusiasmo por el liberalismo político. Consciente de las limitaciones del liberalismo, Paz busca compensar éstas con elementos provenientes de la tradición socialista (sobre todo con la concepción de “fraternidad”, antigua herencia de la tradición cristiana). Aun cuando no queda convencido por el apego del poeta a una noción cuestionable del ser nacional, Silva-Herzog Márquez muestra con sensibilidad cómo la mirada del moralista va al fondo del problema para buscar el origen del mal y cómo la historia está presente en la poesía de Paz.

Sólo me resta dar las gracias a mis amigos, los estudiosos que aceptaron el reto de enfrentar de nuevo la obra de Paz para tratar de iluminar áreas oscuras, poco comprendidas o polémicas de lo que es muchas veces una obra compleja y difícil de interpretar. Cada uno ha tratado de sopesar esta obra en sus justas dimensiones, independientemente del prestigio acumulado que genera, a veces, actitudes acrílicas. No tengo ninguna duda de que este libro representa, en la

pluralidad y riqueza de sus enfoques, una importante contribución a los estudios sobre las teorías y prácticas tanto del poeta como del intelectual que fue Octavio Paz, un hombre que vivió siempre entre la poética y la política.<sup>2</sup>

Anthony Stanton  
*Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios*  
*El Colegio de México*

<sup>2</sup> Agradezco la ayuda de Raquel Ayala en el proceso de edición de este libro.

PRIMERA PARTE  
HACIA LA POÉTICA



## POESÍA E HISTORIA

Enrico Mario Santí

*Universidad de Kentucky, Estados Unidos*

### I

Poesía e historia es, como sabemos, uno de los binomios centrales en la poética de Octavio Paz. Es más: si no fuera porque gran parte de su obra se aparta deliberadamente de las vicisitudes históricas, diría que se trata del binomio fundamental, tal como indica su inclusión como subtítulo en el primer tomo de sus *Obras completas*. A primera vista, Poesía e historia podría evocar el fantasma de la llamada poesía comprometida, esa que el propio Paz ensayó durante los años treinta en poemas juveniles como “¡No pasarán!” o la “Elegía a un joven muerto en el frente” y que, en su momento, hizo el agosto de contemporáneos suyos, como Efraín Huerta, o de poetas mayores, como Rafael Alberti y Pablo Neruda. Lo cierto es que durante años y en múltiples ocasiones Paz amplió y refinó la índole de tal compromiso abordando el tema de la presencia de la historia en la poesía, o bien a la inversa: de la poesía en la historia. Como bien se sabe, para Paz llamar a cierta poesía, o literatura, *comprometida* resultaba impreciso, por no decir falso, y por tanto consideró imprescindible matizar esta idea. Dijo por fin en el “Preliminar” de *Primera instancia*, la sección del tomo 13 de las *Obras completas* que recoge sus poemas primerizos: “Aunque no me considero un ‘poeta comprometido’ —expresión confusa— no he sido ajeno a los asuntos públicos.”<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Estos y los demás poemas de la primera época (1931-1943) han sido recogidos

Es imposible, en el espacio que tengo, hacer el recuento de todas esas ocasiones. Pero sí quisiera abundar en algunas de las más importantes. Primero, para delinear los contornos de lo que es una constante en la poética paciana. Luego, para concentrarme en una de sus muestras más tempranas y enigmáticas, el poema *Entre la piedra y la flor*; de hecho, la meditación sobre este poema será el meollo de mi trabajo. Y, por último, se buscará confirmar su generalización, o recurrencia, en posteriores e importantes instancias de la obra del Nobel mexicano.

## II

Desde que en “Ética del artista”, su primer ensayo de 1931, Paz favoreció lo que entonces llamó, de manera maniquea e imprecisa, “el arte de tesis” — contrapuesto al “arte puro” —, hubo una constante en su preocupación histórica dentro de la poesía. Subrayo *dentro* de la poesía porque, para los que estamos acostumbrados a leer al Paz ensayista, el tema ofrece pocas excepciones, y a partir de ese primer ensayo se hace hincapié en la ética del *artista* y no, por ejemplo, en la ética del intelectual o del escritor a secas. En un notable estudio sobre las primeras voces del poeta, Anthony Stanton ha analizado con pericia la pluralidad de discursos, incluyendo el político, en la poesía temprana y apunta cómo, a partir de la publicación de “¡No pasarán!” en 1936, se hace evidente lo que en *Itinerario* Paz llamó “la contraposición entre mis ideas políticas y mis convicciones estéticas y poéticas”.<sup>2</sup> Es interesante que unos años antes, en *Xavier Villaurru-*

en *Miscelánea I: primeros escritos*, tomo 13 de las *Obras completas* (Barcelona / México: Círculo de Lectores / Fondo de Cultura Económica, 1998 / 1999), pp. 31-131. La cita del “Preliminar” se encuentra en la p. 29.

<sup>2</sup> Ver, de Stanton, *Las primeras voces del poeta Octavio Paz (1931-1938)* (México: Ediciones Sin Nombre / Conaculta, 2001); de Paz, *Itinerario* (México: Fondo de Cultura Económica, 1993), p. 53.



*tia en persona y en obra*, al recordar una comida con el grupo Contemporáneos que ocurre hacia fines de los años treinta, Paz se refiere a “la contradicción que [a los Contemporáneos] les parecía advertir entre mis opiniones políticas y mis gustos poéticos”.<sup>3</sup> Así, lo que los Contemporáneos, en esa comida que quiso ser una suerte de iniciación del joven poeta e intelectual, veían como *contradicción*, el poeta maduro recuerda como *contraposición*. En la mirada de fuera, hay un conflicto; en la de adentro, y muy posterior, una yuxtaposición que no lo supone. Tampoco supone, y esto será la tesis de este breve trabajo, resolución dialéctica.

Esa yuxtaposición irresoluta pronto se hace evidente en la obra de Paz de muchas maneras, algunas de ellas estudiadas por Stanton. En plena guerra civil española, por ejemplo, se publica *Bajo tu clara sombra y otros poemas sobre España*, título doble y ambiguo del cual se desprende un contenido igualmente doble: la primera mitad son poemas de amor, fragmentos de dos poemas extensos: *Bajo tu clara sombra* y *Raíz del hombre*; la segunda, tres cantos españoles sobre la guerra. Casi como justificando esa doble vertiente del libro, y que podría leerse, en esos días de guerra, como abdicación a la causa, el editor y poeta Manuel Altolaguirre advierte en su prólogo, en cambio, que así como “el amor” es “el origen de todos los sacrificios”, así también “los últimos poemas [...] son la hermosa y elocuente arboleda de una secreta poesía interior, anterior, que le entrega su savia y la sostiene”.<sup>4</sup> Al regreso a México, en enero de 1938, Paz publica el extenso poema *Bajo tu clara sombra*; empieza a escribir *Noche de resurrecciones*, una secuencia de poemas líricos de índole más bien metafísica; y sigue trabajando *Entre la piedra y la flor*, que había comenzado durante su estadía en Yucatán pero que no publicará hasta 1941. Por tanto, para 1941, año a mi juicio clave, Paz ya será re-

<sup>3</sup> *Xavier Villaurrutia en persona y en obra* (México: Fondo de Cultura Económica, 1978), pp. 13-14.

<sup>4</sup> Manuel Altolaguirre, en su prólogo a Octavio Paz, *Bajo tu clara sombra y otros poemas sobre España* (Valencia: Ediciones Héroe, 1937), p. 1.

conocido, además de por su vehemente apoyo a la causa republicana, por tres poemas extensos: *Raíz del hombre*, *Bajo tu clara sombra* y *Entre la piedra y la flor*. Es decir, dos poemas de amor y otro, a falta de mejor palabra, “comprometido”. “Este diálogo de voces”, dice Stanton con razón, “que puede ser armonioso o conflictivo, le permite ir construyendo los cimientos de su propio camino, un camino lleno de obstáculos y bifurcaciones.”<sup>5</sup>

Digo que 1941 es un año clave no sólo porque fue cuando se publicó *Entre la piedra y la flor*, en marzo para más señas. También fue el año en que se publica, bajo inesperada alharaca, *Laurel*, la célebre “antología de la poesía moderna en lengua española”; el año en que aparece el último número de la revista *Taller*; el año en que cesa (precisamente en julio) la colaboración de Paz en *El Popular*, el periódico comunista de Vicente Lombardo Toledano, donde había trabajado desde su regreso de España; y, *last but not least*, el año en que Paz rompe, en agosto, casi por *knockout* técnico, con ese monstruo de la poesía que se llama Pablo Neruda. No es un azar que dos textos fechados cercanamente el uno del otro, ambos del año que media entre 1982 y 1983, sobre los temas de *Laurel* y *Taller*, sean precisamente los que se centran en torno al binomio “poesía e historia”.<sup>6</sup>

“Los términos de nuestro predicamento”, dice Paz en torno a la generación de *Taller*, “se manifestaban en la oposición de dos palabras: poesía/historia. Las generaciones anteriores —la modernista y la de vanguardia— las habían separado con violencia, en beneficio de la primera. ¿Cómo unir las, cómo restablecer la circulación entre ellas?”<sup>7</sup>

<sup>5</sup> *Las primeras voces...*, *op. cit.*, p. 52.

<sup>6</sup> Véanse los ensayos “Poesía e historia: *Laurel* y nosotros”, en *Fundación y disidencia: dominio hispánico*, tomo 3 de las *Obras completas* (Barcelona / México: Círculo de Lectores / Fondo de Cultura Económica, 1991 / 1994), pp. 80-120; y “Antevíspera: *Taller* (1938-1941)”, en *Generaciones y semblanzas: dominio mexicano*, tomo 4 de las *Obras completas* (Barcelona / México: Círculo de Lectores / Fondo de Cultura Económica, 1991 / 1994), pp. 94-111.

<sup>7</sup> *Generaciones y semblanzas*, *op. cit.*, p. 106.

Paz menciona, en el curso de su explicación del binomio, una serie de antecedentes y coincidencias: Ezra Pound y T. S. Eliot, cuya obra había logrado insertar la poesía en la historia, pero cuyas creencias políticas y culturales no le eran compartibles; y los surrealistas, cuya estética estaba lejos de hacer la misma inserción, pero con cuya ética sí coincidía, de no ser por la oposición estalinista que marcó su rechazo generalizado durante los años cuarenta. No obstante, el ejemplo del surrealismo será clave y erigirá, como veremos en seguida, una de las columnas de la redefinición del binomio poesía-historia. “La diferencia con las otras tendencias o, más bien, la superioridad del surrealismo sobre ellas, es de orden espiritual [...] el surrealismo guardó intactos sus poderes de indignación moral. Fue un foco secreto de pasión poética en nuestra época vil.”<sup>8</sup>

El tercer y último antecedente o coincidencia con la obra de *Taller* que Paz menciona es la llamada “poesía comprometida”. Su discusión enlaza allí con lo que tiene que decir sobre el mismo tema precisamente en su otro ensayo, “Poesía e historia: *Laurel* y nosotros”. El binomio reaparece, a manera de arco retórico, al principio y al final. Al resumir la diferencia entre lo que Paz llama “poesía moderna”, que la antología *Laurel* recoge, y “poesía contemporánea”, que vino después, dice por ejemplo:

<sup>8</sup> *Ibid.*, p. 107. La fórmula “Poesía e historia”, que no es por cierto surrealista, o que al menos no aparece de manera explícita en los documentos del movimiento, sí aparece, en cambio, en el subtítulo de un libro de la época de Rafael Alberti, subtítulo que Paz no menciona: *De un momento a otro (poesía e historia)* (Madrid/Barcelona/Valencia: Ediciones Europa/América, 1937). Paz tiene que haber conocido el libro de Alberti, cuya primera edición, o al menos una versión de la misma, se había publicado en México antes [México: Simbad, 1935], aunque la primera edición no incluía el subtítulo. Como se sabe, Alberti visitó México en 1935 y fue allí que los dos poetas se conocieron, tal como Paz contó en su entrevista con Julián Ríos, “Solo a dos voces”, en *Miscelánea III: entrevistas*, tomo 15 de las *Obras completas* (Barcelona / México: Círculo de Lectores / Fondo de Cultura Económica, 2002 / 2003), p. 631. Para más detalles sobre la estancia mexicana de Alberti, ver Robert Marrast, *Rafael Alberti en México (1935)* (Santander: La Isla de los Ratones, 1984).

En México, los que teníamos veinticinco años en 1940 oponíamos mentalmente las figuras de nuestros poetas a las de los tiranos: Darío, Machado y Juan Ramón nos consolaban de los Franco, los Somoza y los Trujillo. Pero la poesía no era, para nosotros, ni un refugio ni una fuga: era una conciencia y una fidelidad. Aquello que la historia había separado, ella lo unía. Frente a las ruinas y los proyectos desmoronados, veíamos elevarse sus edificios diáfanos: la poesía era la continuidad.<sup>9</sup>

Es decir, si la poesía *moderna*, la que data de antes de 1940, era refugio y fuga de la Historia, la *contemporánea*, la posterior a 1940, a la que Paz pertenece, o por lo menos con la que se identifica, es conciencia y fidelidad ante esa misma Historia, a la que además pretende superar. Al final del ensayo, el binomio regresa profusamente, sobre todo en tres párrafos cruciales, de los cuales cito dos pasajes esenciales:

Vallejo, Neruda y Alberti creyeron que la poesía, al exaltar una causa que encarnaba el movimiento ascendente de los pueblos, se insertaba en la historia y se fundía a ella. Hoy sabemos que el “movimiento ascendente de los pueblos” termina en la instauración de la dictadura burocrática y en el campo de concentración. Pero incluso si no hubiese ocurrido esa terrible catástrofe que ha sido el “socialismo” totalitario, la poesía de la historia no puede confundirse con la propaganda a favor de esta o aquella causa, aun si esta causa fuese la mejor del mundo [...] La poesía de la historia tampoco puede consistir en el comentario moral o cínico del poeta didáctico o del satírico. La poesía de la historia brota, no de saber que estamos *ante* la historia sino *en* ella: somos historia [...] La poesía de la historia se resuelve en la pregunta que el hombre se hace a sí mismo. [...] La historia, en fin, es la conciencia de la destrucción: la poesía de la historia culmina siempre con un canto

<sup>9</sup> *Fundación y disidencia, op. cit.*, p. 81.

ante las ruinas [...] La poesía de la historia nos hace hablar con los muertos, con los ausentes y con nosotros mismos.<sup>10</sup>

Aun cuando se me podría acusar de anti-histórico al recurrir a redefiniciones del binomio poesía e historia que datan de casi medio siglo después, abundo en ellas no sólo por su claridad y utilidad. En efecto, el binomio poesía-historia no surge, al menos de manera explícita, en textos anteriores de Octavio Paz que, o bien constituyen archivos de la época de los cuarenta, o bien están cronológicamente más cerca de esos años. Pero si recurrimos a textos anteriores, como por ejemplo “Razón de ser” (abril de 1939), su editorial de *Taller*, o la importante reseña de 1954 de la *Antología de la poesía mexicana moderna* de Antonio Castro Leal, comprobamos que lo que tienen en común con estos posteriores, es precisamente ese mismo deseo de rehuir de la noción equívoca de “poesía comprometida”. En “Razón de ser”, por ejemplo, se critica el esnobismo artepurista de los *Contemporáneos*; en cambio, la contrapartida de la generación que la sucede es “la paciencia [que] es el heroísmo, la angustia, el abrirse el pecho para que cante el hombre”; o bien, “llevar a sus últimas consecuencias la revolución, dotándola de un esqueleto, de coherencia lírica, humana y metafísica”; o bien, “tenemos que conquistar, con nuestra angustia, una tierra viva y un hombre vivo”.<sup>11</sup> En la reseña de 1954, donde Paz ofrece el testimonio polémico sobre *Taller* y su grupo, las alternativas no son menos evidentes: “A todos nos interesaba la poesía como experiencia, es decir, como algo que tenía que ser vivido [...] El poema era un acto, por su naturaleza misma, revolucionario [...] para nosotros la actividad poética y la revolucionaria se confundían y eran lo mismo. Cambiar al hombre exigía el previo cambio de la sociedad.”<sup>12</sup> Es decir, mucho antes de llegar al binomio

<sup>10</sup> *Ibid.*, pp. 117, 118 y 119.

<sup>11</sup> *Miscelánea I*, *op. cit.*, pp. 200 y 201.

<sup>12</sup> *Generaciones y semblanzas*, *op. cit.*, pp. 66 y 67.

poesía-historia en los años ochenta, la redefinición del llamado compromiso poético pasa por otras alternativas: heroísmo, angustia, experiencia, acto, cambio, revolución. Todas aluden a una poética que se quiere real, encarnada, en contraposición a otra que se cree, o que quiere ser, ideal o meramente “artística”. Y tal vez todas ellas no sean sino ecos de aquella famosa “Ponencia colectiva” de la revista *Hora de España* en el Congreso Internacional de Escritores Antifascistas de 1937, y cuyo verdadero autor fue Arturo Serrano Plaja, documento donde ya se delineaba una formulación que, en sus paradojas, evocaba la misma insatisfacción: “Lo puro, por antihumano, no podía satisfacernos en el fondo; lo revolucionario, en la forma, nos ofrecía tan sólo débiles signos de una propaganda cuya necesidad social no comprendíamos y cuya simpleza de contenido no podía bastarnos.”<sup>13</sup> Sabemos que esa “Ponencia”, que expresaba el mismo descontento en España que sentían los jóvenes en México, causó un enorme impacto en el Paz de los años treinta. La búsqueda de la inmediatez que es una característica de la modernidad, y sobre todo de la modernidad poética, lleva a Paz y a su generación hispánica a lo largo de todo el siglo xx a labrar un nicho particular: escribir una poesía que fuese poética sin dejar de ser histórica, y que fuese histórica sin caer en la propaganda ideológica que habían practicado muchos de sus mayores, y hasta algunos de sus contemporáneos.

### III

Dije antes que el poema *Entre la piedra y la flor* representa un momento a la vez temprano y enigmático en el binomio poesía e historia. Constituye, por una parte, la muestra más fehaciente de la preocupación histórica de Paz en su primera etapa poética. Además, el hecho de que se haya publicado precisamente en 1941, el año en

<sup>13</sup> *Hora de España*, núm. 8 (agosto de 1937), p. 87.

que, como hemos visto, explotan todas las contradicciones inscritas en el binomio poesía-historia, es una señal más de su importancia. Por otra parte, mi perplejidad ante este poema surge de su historia textual, pues me atrevería a decir que existen más versiones publicadas de *Entre la piedra y la flor* que de cualquier otro poema en todo el canon paciano. En 1976, con motivo de la edición de *Poemas* y la tercera versión del texto, Paz incluyó una nota en la que, además de contar las circunstancias que le llevaron a escribirlo, dice que después de releerlo percibió “sus insuficiencias, ingenuidades y torpezas. Sentí la tentación de desecharlo; después de mucho pensarlo, más por fidelidad al tema que a mí mismo, decidí rehacer el texto enteramente. El resultado fue el poema que ahora presento —no sin dudas: tal vez habría sido mejor destruir un intento tantas veces fallido”.<sup>14</sup>

Decía Freud que cuando repetimos un acto ello se debe al deseo por parte del ego de controlar una emoción no enteramente comprendida, casi siempre debido a un trauma. Repetimos para comprender ese trauma y dominar sus efectos, al menos a través de su recuerdo. Si aplicamos esta idea a una lectura de la historia de *Entre la piedra y la flor* podríamos plantearnos la siguiente pregunta: ¿cuál es la emoción o trauma que origina este poema y a qué se debe su repetición, lo que años más tarde Paz formulará como ese “intento tantas veces fallido”? No pretendo, ni siquiera deseo, hacer un estudio de las variantes del texto, mucho menos especular a partir de una base psicoanalítica sobre su autor. Pero la respuesta a estas preguntas tal vez podría decirnos algo sobre el binomio poesía e historia que, al parecer, cristalizó durante la composición del poema en su debido momento.

Como se sabe, *Entre la piedra y la flor* surge de la experiencia de Paz en Yucatán, donde vivió cuatro meses en 1937 trabajando en una escuela para hijos de obreros y campesinos. La nota de 1976, de la

<sup>14</sup> *Poemas (1935-1975)* (Barcelona: Seix Barral, 1979), p. 666.

que acabo de citar, es elocuente y allí cuenta que durante esos cuatro meses:

Me impresionó mucho la miseria de los campesinos mayas, atados al cultivo del henequén y a las vicisitudes del comercio mundial del sisal [...] Quise mostrar la relación que, como un verdadero nudo estrangulador, ataba la vida concreta de los campesinos a la estructura impersonal, abstracta, de la economía capitalista. Una comunidad de hombres y mujeres dedicada a la satisfacción de necesidades materiales básicas y al cumplimiento de ritos y preceptos tradicionales, sometida a un remoto mecanismo. Ese mecanismo los trituraba pero ellos ignoraban no sólo su funcionamiento sino su existencia misma.<sup>15</sup>

En el *Preliminar de Primera instancia*, que recoge sus primeros poemas, Paz añadiría que fue “hacia 1940” cuando terminó el poema y que en él había intentado “expresar un paisaje: las tierras llanas y áridas de Yucatán; unos hombres: los descendientes de los antiguos mayas; y una realidad histórica y social: la situación de las comunidades indígenas”.<sup>16</sup> Salvo la referencia a la expresión del paisaje yucateco, son escasas en estas dos notas las referencias al poema mismo. Si bien se trata de recuerdos de la época, medio siglo después de los hechos, ellos coinciden, en gran parte, con la impresión que registró Paz en unas “Notas” sobre su viaje que dio a conocer en mayo de ese año, cuando estaba por concluir su estancia y que se recogen, por cierto, en *Primeras letras*.<sup>17</sup>

El único documento de la época que conozco donde Paz habla sobre el poema y la experiencia que le dio origen es una carta del 19 de marzo de 1937 a Elena Garro, documento que ahora guarda la Universidad de Princeton.<sup>18</sup> Paz le escribe a su entonces novia desde

<sup>15</sup> *Ibid.*, pp. 665-666.

<sup>16</sup> *Miscelánea I, op. cit.*, p. 29.

<sup>17</sup> *Ibid.*, pp. 185-188.

<sup>18</sup> Manuscripts and Special Collections, Firestone Library, Princeton University



la playa de Progreso en un día de bochorno. Quiero concentrarme, a fin de indagar más sobre el binomio poesía e historia, en tres pasajes de esta carta, el primero de los cuales dice:

No hay más que el calor y luchando contra él, contra su poder invisible, la conciencia del hombre. Creo que eso es Yucatán; por lo menos eso soy yo, que lucho y conservo mi agilidad, mi rabia, mi cólera. Eso soy yo: rabia, cólera; un hombre que custodia a su odio, que lo empuña contra todas las potencias de la quietud. Sólo la reflexión y la conversación me mantienen vivo, a solas con la angustia y todas las formas de la personalidad, pero aquí no se conversa con nadie, aquí no se reflexiona.

En el siguiente párrafo añade:

En días pasados hubo norte y una mala mañana y amaneció nublado; entonces fue peor, parecía el jardín un sofocante invernadero. Yo estaba en un estado de ánimo bastante desagradable, en uno de esos días en que aborrecemos todo, principiando por nuestra piel y nuestra alma. Un día veraz, justiciero. Me imaginaba a la tierra como un vasto, silencioso y sofocante invernadero, un lívido invernadero que iba alimentando, conforme crecían calor y poder perverso del suelo, serpientes, larvas, lentos animales, hombres demasiado reales para ser contados. No tuve más escape a esa angustia, a esa vergüenza del existir, que la poesía [...] Principié un poema que quizá sea el que determine todo el sentido de mi trabajo, el que coordine los fragmentos dispersos que tú conoces y dé unidad moral, unidad metafísica digamos, al conjunto. Realmente es muy poco pero te dará una idea: “En el alba de callados venenos / amanecemos serpientes. / Amanecemos en un estéril vaho / en una piedra seca, tibiamente. / Si yo toco mi cuerpo, soy herido / por rencorosas púas / por enemigos poros erizados. / La luz en esta hora

es acero / es el agudo labio del desprecio / Bajo este llanto congelado / amanecemos hombres viles.” Sigue así, y ése será el principio de algo más vasto, que no sé si llegue a terminar alguna vez.

Lo primero que debemos destacar en estos pasajes es la oposición entre el ambiente mudo y el sujeto reflexivo —vale decir, entre el calor y “la conciencia del hombre”. Esa reflexión o conciencia son producto, a su vez, de la rabia, la cólera y la angustia que brotan en contra de la ausencia de “conversación”, una ausencia que en la obra de Paz pronto adquirirá un nombre: la soledad. Observemos, además, que para describir este contexto el sujeto invoca no categorías políticas, sociales o históricas, como esperaríamos de un análisis más objetivo del origen del poema, incluyendo desde luego los propios recuerdos de su autor. Lo que se invoca son categorías físicas y morales: el calor y la rabia. Del relato que sigue sobre el origen del poema me interesa destacar, a su vez, que el ambiente que describe sea precisamente lo contrario de lo que veremos después en el poema publicado. *Entre la piedra y la flor* describe el paisaje de “las tierras llanas y áridas de Yucatán”, pero la visión de la cual surge el poema ocurre un día en que hay norte (un viento generalmente de frío húmedo), en un jardín, y que causa la sensación de un “silencioso y sofocante invernadero” que alimenta “serpientes, larvas, lentos animales”. Estamos en esta visión, o al menos en el contexto del cual surge, muy lejos de Yucatán. Por último, la manera en que el joven poeta caracteriza su naciente poema, en un gesto que a la vez le otorga sentido a su trabajo y profetiza su futuro itinerario textual, resulta estremecedora. La duda acerca de que si lo llegará “a terminar alguna vez” ocurrirá cuarenta años después, en la impresión de que en efecto se trata de un “intento tantas veces fallido” —como si al caracterizar el poema en su origen supiese de antemano, profetizara, las dificultades de su futura historia textual.

Desde luego que tendrán que pasar cuatro años después de escrita esta carta, y nadie sabe cuántos borradores más, para llegar a la

primera versión de *Entre la piedra y la flor*. Pero el testimonio inmediato del origen visionario del poema nos permite, creo, hacer una observación que tal vez podría parecer superficial: en el estrato más profundo de este testimonio existe una indignación y un tono moral que trasciende el contexto y hasta el propio motivo del poema. Ese tono moral tiene que ver, desde luego, con un contexto mayor, la miserable vida del hombre en Yucatán. Pero, tal como apunta el testimonio, el poema surge primero de una crisis del poeta consigo mismo —esa vergüenza del existir que sólo la poesía es capaz de rescatar y curar. La dificultad que enfrenta el poeta, y así lo evidencia este testimonio, la duda que expresa en relación con la forma futura que ha de adoptar esa sensación moral; es decir, todo esto estriba en su capacidad de conectar la visión e indignación personal con el contexto social mayor —la miserable vida del hombre en Yucatán; en su capacidad de traducir sin pérdida el estrato moral a un mensaje político o histórico, lo que mal-llamamos “compromiso”.

Mi hipótesis es que es precisamente en esa dificultad, que para Octavio Paz se volvió obsesiva, como demuestran las sucesivas y múltiples versiones del poema, donde radica la problemática del binomio poesía e historia. Así, la razón por la cual Paz rechazará no sólo las primeras versiones de este poema en particular, sino esa llamada poesía comprometida en general, es que su abstracción no capta o expresa la indignación moral, que como sabemos es siempre concreta e individual. Es decir, la poesía comprometida no puede ser fiel a la visión que origina esa indignación, que, como sabemos, para Paz es la base imprescindible de la visión histórica en el poema, y que en el caso de *Entre la piedra y la flor* resulta fundamental.

#### IV

No es, por tanto, que en la obra de Paz no exista la mal-llamada “poesía comprometida”, sino que dicho compromiso se manifiesta de

otra manera. Se manifiesta, por ejemplo, en los indignados tonos que nos llaman la atención en medio de muchos poemas que conocemos. Doy unos pocos ejemplos de lo que bien podría constituir toda una antología y que podríamos titular, por cierto, “Poesía e historia”:

¿Sólo está vivo el sapo,  
sólo reluce y brilla en la noche de México el sapo verduzco,  
sólo el cacique gordo de Cempoala es inmortal?

Tendido al pie del divino árbol de jade [...] <sup>19</sup>

\*

las rejas de los bancos y las cárceles,  
las rejas del papel, las alambradas,  
los timbres y las púas y los pinchos,  
el sermón monocorde de las armas,  
el escorpión meloso y con bonete,  
el tigre con chistera, presidente  
del Club vegetariano y la Cruz Roja,  
el burro pedagogo, el cocodrilo  
metido a redentor, padre de pueblos,  
el Jefe, el tiburón, el arquitecto [...] <sup>20</sup>

\*

*La vergüenza es ira  
vuelta contra uno mismo:*

*si*

*una nación entera se avergüenza  
es león que se agazapa  
para saltar.* <sup>21</sup>

\*

<sup>19</sup> *Obra poética I (1935-1970)*, tomo 11 de las *Obras completas* (Barcelona / México: Círculo de Lectores / Fondo de Cultura Económica, 1996 / 1997), p. 214.

<sup>20</sup> *Ibid.*, p. 226.

<sup>21</sup> *Ibid.*, p. 374.

ni águilas ni jaguares  
   los licenciados zopilotes  
 los tapachiches  
   alas de tinta mandíbulas de sierra  
 los coyotes ventrílocuos  
   traficantes de sombra  
 los beneméritos  
   el cacomixtle ladrón de gallinas  
 el monumento al Cascabel y a su víbora<sup>22</sup>

\*

Algunos

se convirtieron en secretarios de los secretarios  
 del Secretario General del Infierno.<sup>23</sup>

En todos estos momentos, y hay muchísimos más, escuchamos la voz de la historia a través de la poesía; la poesía confronta a la historia y a la política, y las juzga. Pero las juzga *desde* la poesía, *desde* un lenguaje poético mediado por el tono moral: la indignación de un hombre hablando con sus semejantes. La moral es también una pasión, y es en el lenguaje de la pasión en el que podemos escuchar la voz más auténtica de Octavio Paz.

Finalmente, si nos propusiésemos preguntar, como parte del título de este encuentro, qué es lo que media entre la poesía y la política de Octavio Paz, tendríamos que responder con esta escueta fórmula: la visión moral de un mexicano que supo también expresar la historia en la poesía.

<sup>22</sup> *Obra poética II (1969-1998)*, tomo 12 de las *Obras completas* (Barcelona / México: Círculo de Lectores / Fondo de Cultura Económica, 2003 / 2004), p. 36.

<sup>23</sup> *Ibid.*, p. 67.



## OCTAVIO PAZ: EL POEMA COMO CAMINATA

Hugo J. Verani

*Universidad de Notre Dame, Estados Unidos*

### PREÁMBULO

La transfiguración de la experiencia vital en poesía despierta resonancias imprevisibles en la obra poética de Octavio Paz. Ligada a la modalidad de una búsqueda que no tolera límites, su poesía revela una errancia sin fin, un movimiento perpetuo, la sensación de ir de una parte a otra. Todo es proceso y tránsito, devenir: incesante andar por un mundo en continua gestación. La poética de Paz —su actitud implícita ante la poesía— representa un reto para el lector; el entrecruzamiento de numerosos intertextos culturales —literarios, históricos, antropológicos, filosóficos, psicológicos, religiosos, míticos— provoca múltiples posibilidades interpretativas. Reconocerlas desborda las finalidades de estas páginas; sólo considero aquí una modalidad creativa que no ha sido tomada en cuenta en el estudio de su obra: la de la poesía como caminata. El acto poético como errancia, peregrinación o viaje interior —que se acentúa a partir del medio siglo— es una manera de participar en el ritmo universal y de recobrar la mirada cósmica, primigenia, una vivacidad instantánea. Partiendo de sucesos cotidianos Paz procura entrever lo perdurable, lo eterno que palpita más allá de cada instante temporal.

La obra poética de Octavio Paz incluye una serie de poemas, variaciones sobre una misma situación —aunque sean muy diferentes entre sí—, que exploran experiencias personales, existenciales. Escribir un poema como si fuera un camino a seguir, por el cual el yo

se echa a andar para rescatar su perdida plenitud es, sobre todo, un modo de ir al encuentro de la armonía de cuanto existe.

La imagen del camino pone en marcha un proceso de apertura a la otredad. Caminar y escribir no se excluyen; por el contrario, son actos profundamente interrelacionados: “Escribir y hablar es trazar un camino: inventar, recordar, imaginar una trayectoria, ir hacia... La pintura nos ofrece una visión, la literatura nos invita a buscarla y así traza un camino imaginario hacia ella”, señala Paz en *El mono gramático*.<sup>1</sup> El acto de caminar es un marco de referencia desde el que se piensa y escribe.

La poesía es una forma verbal rítmica y temporal. El ritmo, explica Paz en *El arco y la lira*, “provoca una expectación” y coloca al lector en “actitud de espera”. El ritmo poético es, además, un “doble del ritmo cósmico”, “una fuerza creadora, en el sentido literal de la palabra, capaz de producir lo que el hombre deseaba”.<sup>2</sup> El acto de caminar modela una actividad identificada con el ritmo del cosmos, con la armonía universal. De ahí que Paz intente recuperar una visión analógica de la vida, la fusión con el Otro en el mundo humano. Teniendo presente la disposición rítmica —acentos, cadencias, pausas, sonoridad aliterante—, se impone que Paz responda a incitaciones análogas a la creación del universo; su poesía es, en consecuencia, una tentativa de reconstruir el acorde entre el ritmo humano y el del cosmos. Tal vez este acercamiento crítico permita comprender mejor un fundamento esencial de su poesía y de su visión del mundo. No considerarlo implica, al menos, mutilar una faceta central de su labor literaria: su inclinación a instalar al lector en el centro del hecho poético, como si participara de la propia génesis del poema. Éste es

<sup>1</sup> Recopilado en *Obra poética I (1935-1970)*, tomo 11 de las *Obras completas* (Barcelona / México: Círculo de Lectores / Fondo de Cultura Económica, 1996 / 1997), p. 508.

<sup>2</sup> Recopilado en *La casa de la presencia: poesía e historia*, tomo 1 de las *Obras completas* (Barcelona / México: Círculo de Lectores / Fondo de Cultura Económica, 1991 / 1994), pp. 79-80.



el “valor más auténtico de la poesía contemporánea”, señala Julio Cortázar: la voluntad de “conectar al lector en una relación equivalente a la que hizo posible el poema”.<sup>3</sup>

### EL POETA SE ECHA A ANDAR

Octavio Paz fue un gran viajero. Sus numerosos viajes por el mundo fueron una condición inseparable de su vida, un aporte decisivo tanto en su formación intelectual como en su sensibilidad artística. Viajero incansable, asimila tradiciones culturales muy distintas entre sí que activan el proceso de elaboración de su siempre cambiante modalidad expresiva.<sup>4</sup>

La continua metamorfosis de la obra literaria de Octavio Paz obedece a los avatares históricos de su formación cultural itinerante, a la identificación entre las vivencias humanas y la expresión poética. La experiencia es el lugar en que la vida y la poesía se juntan e interpenetran. Para el hombre, reflexiona Martin Buber, “los límites de su

<sup>3</sup> Julio Cortázar, “Octavio Paz: *Libertad bajo palabra*”, *Sur*, núm. 182 (diciembre 1949), p. 94. Salvo mención del traductor en la nota, todas las traducciones son mías.

<sup>4</sup> Breve itinerario de un poeta. La vida de intelectual andante de Octavio Paz comienza en Yucatán, en el sureste de México, en marzo de 1937, donde funda una escuela para hijos de campesinos mayas y descubre la miseria de los indígenas. Ese mismo año, pocos meses después, viaja a Valencia a participar en el II Congreso Internacional de Escritores Antifascistas, en plena guerra civil española, y se queda cuatro meses en Europa (España y Francia). Poco después, pasa dos años en los Estados Unidos (1944-1945). Posteriormente, el servicio diplomático le dio libertad para viajar y escribir: reside en Francia (1946-1951), en la India (1951), en el Japón (1952), nuevamente en Francia (1959-1962), en la India (1962-1968), pasa largas temporadas en el sureste asiático (Afganistán, Ceilán, Nepal), retorna a Francia y a los Estados Unidos en 1968. En 1971, cuando Paz regresa a vivir en su tierra, comenta: “regresé a México y anduve vagando por el mundo”. *Fundación y disidencia: dominio hispánico*, tomo 3 de las *Obras completas* (Barcelona / México: Círculo de Lectores / Fondo de Cultura Económica, 1991 / 1994), p. 377. Y así fue su vida hasta el fin de sus días.

mundo están trazados por su experiencia corporal”.<sup>5</sup> Paz ha señalado con frecuencia que su poesía es una respuesta a sus peripecias vitales: “Todo lo que he escrito y el lugar ha sido producto de las circunstancias, respuesta a un estímulo exterior e interior. El monólogo del poeta es siempre diálogo con el mundo o consigo mismo. Así, mis poemas son una suerte de biografía emocional, sentimental y espiritual.”<sup>6</sup> Incluso los poemas en prosa de *¿Águila o sol?*, su libro más imaginativo y surrealista, “relatan o recrean experiencias vitales, quiero decir, tienen que ver con mi vida diaria”.<sup>7</sup> Cerca del fin de sus días, en el prefacio de *La llama doble*, reitera: “Para mí la poesía y el pensamiento son un sistema de vasos comunicantes. La fuente de ambos es mi vida: escribo sobre lo que he vivido y vivo. Vivir es también pensar y, a veces, atravesar esa frontera en la que sentir y pensar se funden: la poesía.”<sup>8</sup>

Estos testimonios revelan algo fundamental: que su vida *sustenta* su obra poética y que su poesía es una extensión de su vida. Vivir y escribir se fecundan mutuamente. Por lo tanto, Paz lleva a la práctica un ideal romántico, retomado por la vanguardia histórica, cuyos postulados asimila y enriquece: transformar la vida en poesía y la poesía en vida. En efecto, su obra literaria puede leerse como una biografía poética, como una sucesión de instancias de su paso por la vida. Paz solía llamar a su poesía “un diario ideal”, “un diario poético” o “un diario impersonal” por reflejar lo vivido, deseado y pensado.<sup>9</sup> No

<sup>5</sup> Martin Buber, *Yo y tú* [1922], trad. Horacio Crespo (Buenos Aires: Nueva Visión, 2002), p. 20.

<sup>6</sup> Octavio Paz, “Los pasos contados”, *Camp de l’Arpa* (Barcelona), núm. 74 (abril 1980), p. 51. Ensayo no incluido en sus *Obras completas*.

<sup>7</sup> “Genealogía de un libro: *Libertad bajo palabra* (entrevista con Anthony Stan-ton)”, en *Miscelánea III: entrevistas*, tomo 15 de las *Obras completas* (Barcelona / México: Círculo de Lectores / Fondo de Cultura Económica, 2002 / 2003), p. 116.

<sup>8</sup> Recopilado en *Ideas y costumbres II: usos y símbolos*, tomo 10 de las *Obras completas* (Barcelona / México: Círculo de Lectores / Fondo de Cultura Económica, 1996), p. 211.

<sup>9</sup> *Miscelánea III, op. cit.*, pp. 109 y 548; *Obra poética I, op. cit.*, p. 18.

obstante, su poesía no es confesional ni subjetiva; la memoria creadora transfigura la experiencia evocada en imaginación poética. Los poemas de Paz nunca son una simple reconstrucción de lo que se evoca, se siente o se nombra. Por más que la experiencia vivida se haya filtrado en ellos, la impersonalidad, condición clave del arte moderno, conduce —parafraseando a T. S. Eliot en *The Sacred Wood*— a someter la voluntad individual a estados de conciencia universales, a una suerte de comunión cósmica. El yo del poeta, su persona empírica, se disuelve en el lenguaje, acentuándose el poder de invención y de revelación, constante de la mejor poesía hispanoamericana moderna, como explora con agudeza Guillermo Sucre.<sup>10</sup> Para Octavio Paz, la poesía no es un ejercicio de expresión literaria ni una estética; es una actividad para vivir con mayor intensidad la existencia; es un “acto cotidiano”, como “saludar, cada día, al sol que nace y dar las gracias a la vida por estar vivos”.<sup>11</sup>

Como todo gran poeta de la modernidad, Paz considera que el yo poético no es ya más una voz personal, sino un signo verbal, lenguaje. Sus palabras manan de una situación común a todos; de allí que la muy conocida máxima de Lautréamont (“la poesía debe ser escrita por todos, no por uno”) constituya un aspecto consubstancial de su poética —la poesía está asociada a la vida colectiva, a la práctica social: “No hay yo, no hay creador, sino una suerte de fuerza poética que sopla donde quiere y produce imágenes gratuitas e inexplicables.”<sup>12</sup> El acto poético es involuntario, impersonal; el yo individual y todo propósito personal se disuelven y el texto se abre a una realidad histórica.

La experiencia vivida puede motivar un poema, pero la obra lite-

<sup>10</sup> Véase *La máscara, la transparencia*, 2ª ed. (México: Fondo de Cultura Económica, 1985), pp. 85-89.

<sup>11</sup> Octavio Paz, “La poesía como acción de gracias”, “El Semanario Cultural”, *Novedades*, núm. 568 (7 marzo 1993), p. 2. Artículo no incluido en sus *Obras completas*.

<sup>12</sup> *La casa de la presencia*, op. cit., p. 177.

raría es irreductible a una situación dada. El poeta evoca lo que toca su sensibilidad, pero a medida que se escribe, los sucesos o sentimientos sufren una transmutación total, acaso ajena a la voluntad del propio escritor, y todo queda cuestionado, traspasado. En “Libertad bajo palabra”, poema en prosa (manifiesto, poética) que abre *Libertad bajo palabra*, proclama: “Allá, donde terminan las fronteras, los caminos se borran, allá donde empieza el silencio. Avanzo lentamente y pueblo la noche de estrellas, de palabras, de la respiración de un agua remota que me espera donde comienza el alba.” Y concluye con una frase memorable: “Contra el silencio y el bullicio invento la Palabra, libertad que se inventa y me inventa cada día.”<sup>13</sup> Una vibración primordial, cósmica, confiere sentido a todo lo existente: “caminar hacia atrás, desandar lo andado, retroceder hasta llegar al fin de los caminos”, recuerda en el mismo poema. Paz aborda la tarea de devolver al lenguaje su poder fundante, de instaurar una nueva realidad. En “Libertad bajo palabra” el lenguaje puebla el espacio textual, depositándose en un verbo —avanzar— el movimiento hacia un orden perdurable, más allá de fronteras temporales y espaciales, donde “los caminos se borran”. La poesía de Paz adopta, en suma, la forma de un largo camino verbal que —como el tiempo— retorna siempre al comienzo, al origen.

A partir de la publicación de *La estación violenta* —que recoge poemas de 1948 a 1957—, no hay libro de Paz que no sea una búsqueda apasionada de dar sentido a la marcha del ser por el mundo, fijeza a su movilidad, de afirmar la dignidad de la vida. De allí que el poeta reconozca los llamados del cuerpo y sus deseos, del amor como experiencia absoluta; por lo tanto, la imagen del viaje como peregrinación o búsqueda asume un carácter particularmente esencial. En consecuencia, Paz no *hace* poesía sino que la *vive*. Desde *La estación violenta* la caminata real o metafórica es un estímulo esencial para escribir poesía: “a veces compongo mentalmente un poema”, recuer-

<sup>13</sup> *Obra poética I, op. cit.*, p. 23.

da Paz, “caminando por la calle. El ritmo de la caminata me ayuda a acomodar los versos”.<sup>14</sup> La caminata invade el poema, determina su ritmo, su tono y sus imágenes. Todo poeta tiene su propia manera de proyectarse a lo imaginario, un tono y un ritmo distintivos. La poesía de Paz evoluciona constantemente, pero gran parte de su obra poética tiene la forma inequívoca de una caminata poética. Esto es incuestionable en sus poemas largos, autobiográficos y metapoéticos. Paz no escribe diarios de viaje, ni firma crónicas de las peripecias de su vida, de las emociones suscitadas por los lugares que conoció. Y mucho menos le interesa el tópico de la fugacidad de la vida. La poesía de Paz asume la *condición* de una caminata, de un cuerpo en movimiento que transita por los textos; el yo acumula un sinfín de sensaciones y percepciones mientras ve, escucha y siente el transcurrir del mundo. La poesía se echa a andar.

Como se sabe, los ensayos de Octavio Paz complementan su propia poesía, estrategia ¿deliberada? para orientar la lectura de su obra poética. Sobre la poesía como caminata, sin embargo, sólo hay alusiones al paso, que iré citando cuando sea oportuno. Su poesía, por el contrario, está marcada por las huellas de un poeta itinerante, como si escribir fuera una actividad propicia para convocar las palabras: “escribir o leer es trazar o descifrar signos, uno detrás de otro: caminar, peregrinar”, escribe Paz en *El signo y el garabato*.<sup>15</sup> Esta toma de conciencia explicita el sustrato personal que subyace en su poesía.

Toda experiencia se nutre de sustancia y de sensaciones vitales, de la esencia caminante de ser humano. Para Martin Heidegger, “hacer una experiencia significa: alcanzar algo caminando en un camino”.<sup>16</sup>

<sup>14</sup> Conversación personal con Octavio Paz durante el homenaje de la Academy of American Poets, en Nueva York, 11 de mayo de 1994.

<sup>15</sup> Recopilado en *Los privilegios de la vista I: arte moderno universal*, tomo 6 de las *Obras completas* (Barcelona / México: Círculo de Lectores / Fondo de Cultura Económica, 1991 / 1994), pp. 61-62.

<sup>16</sup> *De camino al habla*, trad. Yves Zimmermann (Barcelona: Ediciones del Serbal, 1990), p. 132.

El camino no conduce necesariamente al fin de la búsqueda, ya que todo sendero conduce a otro que a su vez se ramifica en otros senderos. El imprevisible y dilatado trayecto —“un camino en continuo hacerse y deshacerse”, dice Paz en *Los hijos del limo*—<sup>17</sup> prolonga una vivencia cabal que afecta todas las funciones poéticas. Predomina la voluntad de entrever instantes de inmovilidad y de transparencia, de convertir el destino humano, determinado por el tiempo y la muerte, en una composición poética intemporal, mítica.

Toda lectura de la poesía de Paz debe tener en cuenta que ésta emana de un momento real o figurado en el que nace la emoción poética. En un breve ensayo, “Un absoluto quizá”, reflexiona:

La materia prima de la poesía es la vida humana —sus accidentes y sus incidentes, sus victorias y sus desastres— filtrada por la memoria y la imaginación. Las relaciones entre una y otra son íntimas y contradictorias. Sin la imaginación la poesía no podría resucitar lo vivido; a su vez, la imaginación deforma y transfigura continuamente al pasado. El ayer de la memoria no es una realidad sino una imagen. Además, es una imagen instantánea; para que dure, es necesario que el poeta la fije, la convierta en palabras y ritmos verbales.<sup>18</sup>

La imaginación y la memoria ponen en entredicho al mundo. La avidez de ser convierte la peripecia vital en momentáneos destellos de un tiempo eterno. La fugacidad de la vida conduce a que ésta sea asumida como un camino que se recorre y se inventa: “Ni el camino tiene fin ni el poeta es descubridor de mundos: el caminar inventando su camino es todo su mundo”, observa Paz.<sup>19</sup>

<sup>17</sup> *La casa de la presencia*, op. cit., p. 354.

<sup>18</sup> *Excursiones / incursiones: dominio extranjero*, tomo 2 de las *Obras completas* (Barcelona / México: Círculo de Lectores / Fondo de Cultura Económica, 1991 / 1994), p. 540.

<sup>19</sup> *Generaciones y semblanzas: dominio mexicano*, tomo 4 de las *Obras completas* (Barcelona / México: Círculo de Lectores / Fondo de Cultura Económica, 1991 / 1994), p. 335.

Desde el romanticismo, la poesía de la experiencia tiene la particularidad de canalizar lo vivido y lo deseado, lo sentido y lo pensado. Suele ser habitual que se recuente una peripecia humana mientras se procede a realizar esa misma experiencia. Algo que sucede en un lugar y un tiempo específicos delimita al poema para que la vivencia no se convierta en una idea abstracta o en un recurso retórico. En la poesía de Paz, todo lo que se dice o alude establece una circunstancia concreta, consolidando la conexión autobiográfica con lugares donde se sabe que el autor ha estado.

El espacio en movimiento es el agente de las mutaciones, de las aperturas, uno de esos estados en disponibilidad en que desaparece la vida común: “El movimiento real o posible que implica el camino, se traduce en una apertura del espacio.”<sup>20</sup> Viajar supone abandonar la pasividad, reducir distancias entre esto y aquello, disfrutar de mayores posibilidades de percibir, comprender e imaginar el mundo. Andar por el mundo no implica solamente unir dos lugares por caminos existentes; es una expresión de libertad, imprevista y sin fin, una resonancia silenciosa de la esencia peregrinante del ser humano.

#### CAMINATA Y ESCRITURA

La escritura es una forma de transitar sin moverse, un viaje inmóvil. La imagen de la itinerancia, de la errancia, involucra al ser entero; nutriéndose de situaciones concretas el yo avanza al encuentro de lo desconocido, de la otredad. Por un instante, la ausencia universal se vuelve presencia: “No debemos olvidar que hay un ensueño del hombre que anda, un ensueño del camino”, observa Gaston Bachelard en *La poética del espacio*.<sup>21</sup> El caminante recorre el mundo, abre sende-

<sup>20</sup> Eric Dardel, *L'homme et la terre* (París: Presses Universitaires de France, 1952), p. 41.

<sup>21</sup> Gaston Bachelard, *La poética del espacio*, trad. Ernestina de Champourcin (México: Fondo de Cultura Económica, 1975), p. 41.

ros que conducen —paradójicamente— a un espacio interior: “Soñamos viajar por el universo”, reflexiona Novalis, pero “hacia el interior conduce el camino misterioso. La eternidad está en nosotros con sus mundos, pasado y futuro”.<sup>22</sup>

El camino es uno de los símbolos más antiguos de la humanidad, enraizado en el inconsciente inmemorial. Concebir la vida como un camino despierta resonancias de salvación, de trascendencia; alude, además, a la transitoriedad, a la fugacidad de la vida. Dejando de lado la versión bíblica, el éxodo hacia la tierra prometida, la acepción habitual explora la finitud temporal, el paso del tiempo y la llegada de la muerte. La metáfora de un caminante que se detiene a meditar sobre lo andado es un motivo común; Dante es el ejemplo máximo del viaje alegórico. En la tradición hispánica, el soneto de Garcilaso de la Vega: “Cuando me paro a contemplar mi estado / y a ver los pasos por do me ha traído”, es un referente clave, varias veces imitado.<sup>23</sup> En el pensamiento poético-místico, el alma recorre un camino ascensional hacia una vida absoluta (San Juan de la Cruz, “En una noche oscura”); el alma viaja y se encamina al encuentro de la divinidad, donde residen todas las esencias (Sor Juana, “Primero sueño”). Y en el célebre soneto de Quevedo, “Vivir es caminar breve jornada”, caminar equivale a morir, a “muerte viva”.<sup>24</sup> Con Antonio Machado, la ensoñación consume al caminante; el hacer camino al andar alude a un viaje a la vez objetivo y ensoñado, a la fugacidad de la vida y a la nostalgia por el pasado. Para Machado, caminar es vivir. En la literatura española, por lo tanto, el cami-

<sup>22</sup> Novalis, citado por Maurice Blanchot en *El espacio literario*, trad. Anna Poca (Buenos Aires: Paidós, 1969), p. 128.

<sup>23</sup> Garcilaso imita a Petrarca, mientras que Sebastián de Córdoba, Lope de Vega y fray Luis de León reescriben el soneto de Garcilaso. Los cinco poemas pueden leerse en Bruce W. Wardropper, *Spanish Poetry of the Golden Age* (Nueva York: Appleton, 1971), pp. 49-53.

<sup>24</sup> Francisco de Quevedo, *Obra poética*, ed. José Manuel Blecua (Madrid: Castalia, 1969), vol. 1, p. 155.



no es una ocasión para contemplar el curso de la vida, una meditación sobre el discurrir temporal.<sup>25</sup>

Ahora bien, las caminatas poéticas tienen un carácter absolutamente distinto; en ellas, caminar y escribir se hallan en interacción dinámica. Para Roger Gilbert, “la caminata es una suerte de marco dentro del cual la experiencia adquiere una cualidad estética más intensa”; Gilbert propone, además, una sutil fórmula para relacionar caminata y poema: “La caminata es a la experiencia como el poema es a la poesía.”<sup>26</sup> Entre el contorno vital y el orden estético, entre lo transitorio (caminar) y lo perdurable (poesía), se implanta una condición inquebrantable. Acaso la figura de un equilibrista, usada por Paz como imagen de la creación poética, sirva para ilustrar el precario equilibrio entre la vida y el poema: “Escribir poemas es caminar, como el equilibrista sobre la cuerda floja, entre la ficción y la realidad, la máscara y el rostro.”<sup>27</sup>

El romanticismo alteró profundamente la poesía. La tendencia romántica a la ensoñación y al culto de la naturaleza encuentra en el andar a pie una oportunidad ideal para vivificar el pensamiento y

<sup>25</sup> En la literatura española hay una notable excepción: las *Soledades* de Luis de Góngora. Los cuatro primeros versos de la dedicatoria dicen: “Pasos de un peregrino son, errante, / cuantos me dictó, versos, dulce musa: / en soledad confusa / perdidos unos, otros inspirados.” *Obras completas* (Madrid: Aguilar, 1967), p. 633. Pasos y versos entrelazados dejan huellas retóricas que, sin embargo, dan al poema un orden concreto y a la vez universal, afin a una caminata poética. Es indudable que Paz reconoce a Góngora como un precursor de su poética: en el poema “El balcón” de *Ladera este*, el primer verso de las *Soledades* adquiere un nuevo contexto poético, en la vieja Delhi: “Pasos de un peregrino son errante / sobre este frágil puente de palabras” (*Obra poética I, op. cit.*, p. 346, cursiva suya). Lo mismo puede decirse de Matsuo Basho en el siglo diecisiete japonés —acaso con mayor propiedad que de Góngora; en su libro *Oku no Hosomichi* (*Sendas de Oku*), un diario de viaje o una peregrinación espiritual por regiones distantes del Japón, traducido por Paz, la estética del deambular está íntimamente conectada al arte poético.

<sup>26</sup> Roger Gilbert, *Walks in the World* (Princeton: Princeton University Press, 1991), p. 6.

<sup>27</sup> En “La poesía como acción de gracias”, art. cit., p. 2.

renovar la literatura. *Rêveries du promeneur solitaire* (1782), de Jean-Jacques Rousseau, es un antecedente prerromántico imprescindible; diez paseos (*promenades*) que cuentan las ensoñaciones de un viajero solitario, temprana evidencia de la disposición romántica a fundir vida y arte. En los *Ensueños de un paseante solitario* la progresiva fusión del yo y del mundo borra las fronteras entre lo subjetivo y lo objetivo. Como sugiere Marcel Raymond, lo esencial del libro es “hacer de la poesía una acción vital”.<sup>28</sup> Por el vínculo profundo entre el movimiento corporal y la naturaleza, los *Ensueños* de Rousseau son una referencia clave de la poesía itinerante.

William Wordsworth, gran caminante inglés, se sirve de su deambular por el continente europeo como espacio ideal para la revelación. En su poesía el andar suele acentuar una expedición concreta, una meditación frente al paisaje natural. Para Samuel Taylor Coleridge, los poemas románticos ingleses son frecuentemente largas descripciones paisajistas que subrayan la conexión entre el desplazamiento espacial y la naturaleza, como si se tratara de excursiones guiadas por un poeta.<sup>29</sup> No obstante, *The Prelude* (1850) es otro precedente ineludible del poema como caminata. En el poema-libro de Wordsworth, el viaje crea las condiciones necesarias para representar el universo como una experiencia vivida, corporeizada, donde prevalece el ritmo vital del caminante. El itinerario personal delimitado se transforma en una jornada espiritual, en un viaje por la memoria creativa del poeta.

A mediados del siglo XIX, *Tableaux parisiens* (1860), aguafuertes de Charles Baudelaire, fundan una literatura de *flânerie*, de la errancia urbana, una de las modalidades de percepción más emblemáticas de la modernidad. El deambular por las calles de París permite explorar la relación entre caminar y escribir la ciudad; se acentúa la percepción sensorial y, a la vez, el viaje interior. A partir de los *Cuadros*

<sup>28</sup> Marcel Raymond, *De Baudelaire al surrealismo*, trad. Juan José Domenchina (México: Fondo de Cultura Económica, 1996), p. 11 [subrayado suyo].

<sup>29</sup> Samuel Taylor Coleridge, *Biographia literaria* [1817] (Londres: J. M. Dent, 1956), p. 173.

*parisinos* la imagen de la itinerancia, de la marginalidad del individuo en el mundo moderno y del solitario vagabundeo por ciudades inhóspitas, plantea nuevas implicaciones poéticas. En su estudio sobre los pasajes parisinos, Walter Benjamin considera que la *flânerie* es “esencialmente un acto poético” que inaugura una literatura diferente;<sup>30</sup> o sea, la *flânerie* modifica la vida moderna y llega a ser un punto de partida para una renovada imagen de la literatura.

La historia de la poesía del siglo xx es inseparable de la poesía como caminata. Un texto clave es el poema “Zone” (1913) de Guillaume Apollinaire; un hombre camina solo entre el gentío parisino, acentuándose la simultaneidad de acciones interiores y exteriores, la yuxtaposición de referencias disonantes, la discontinuidad y el fragmentarismo: en fin, una nueva sensibilidad artística derivada de la condición misma de estar en el mundo. En *Le paysan de Paris* (1926) de Louis Aragon y en *Nadja* (1928) de André Breton, narraciones surrealistas escritas al ritmo del deambular por calles parisinas (en busca del “alma errante”, se lee en *Nadja*), las caminatas devienen un viaje interior, una experiencia que desbarata las fronteras usuales entre la realidad empírica y la psíquica. En forma paralela Fernando Pessoa consolida las analogías entre caminar y escribir; el solitario deambular de la voz poética, la vagancia por las calles de Lisboa, permite tomar conciencia de la marginalidad y excentricidad del hombre en la ciudad moderna.

Varios poetas norteamericanos del siglo pasado, traducidos por Paz —Robert Frost, William Carlos Williams, Wallace Stevens, A. R. Ammons—, ofrecen diversas exploraciones itinerantes.<sup>31</sup> T. S. Eliot es, sin duda, el poeta que más cautiva a Paz; su poesía, reconoce éste,

<sup>30</sup> Walter Benjamin, *Paris, capitale du XIXe siècle: le livre des passages* (Paris: Cerf, 1989), p. 547.

<sup>31</sup> De Frost, léase *North of Boston*, especialmente “The Wood-Pile”; de Williams, *Paterson* II y “The Desert Music”; y de Stevens, “An Ordinary Evening in New Haven” y “The Comedian as the Letter C” (en este gran poema el yo deambula a pie por Yucatán en busca de un imprevisible absoluto); y de Ammons, toda su obra poética.

encauza —junto a las fecundas ideas de Ezra Pound— una renovación decisiva de su quehacer literario. Eliot elabora una sintaxis más acorde con la multifacética realidad moderna, un enfoque plural y polifónico de las situaciones recreadas, un replanteamiento de los principios de simultaneísmo y contrapunto. Desde esta perspectiva, puede apreciarse la repercusión de *Four Quartets* de Eliot, publicado en 1944, año clave para el desarrollo intelectual y poético de Paz por vivir entonces en los Estados Unidos.<sup>32</sup> Las caminatas poéticas de Eliot son una reflexión sobre el acto poético mismo y, a la vez, un intento de rescatar un instante intemporal (“timeless moments”) dentro de la temporalidad. En el comienzo de los *Four Quartets* las palabras hacen eco entre sí por caminos no recorridos, en otro plano de la memoria: “Footfalls echo in the memory / Down the passage which we did not take” (“Las pisadas retumban en la memoria / por pasajes que no seguimos”).<sup>33</sup> La poesía, dice Eliot en un ensayo muy conocido, “tiende a realizarse primero como ritmo antes de alcanzar su expresión en palabras y así el ritmo puede hacer nacer la idea y la imagen”.<sup>34</sup> La imaginación crea un marco, un vehículo expresivo (la caminata), a un tiempo concreto y universal, que canaliza dualidades y reconcilia opuestos —indica Ammons— hasta que una revelación o iluminación súbita cierra el paso y el poema regresa —implícita o explícitamente— al comienzo.<sup>35</sup> La errancia, el constante ir y venir, confiere la certidumbre de vivir. Y ocasiona el poema.<sup>36</sup>

<sup>32</sup> Según su propio testimonio, Paz compró *Four Quartets* en 1944 en Nueva York y leyó el libro “con entusiasmo e incluso con fervor”. *Excursiones / incursiones, op. cit.*, p. 291.

<sup>33</sup> T. S. Eliot, *Collected Poems 1909-1962* (Nueva York: Harcourt, 1963), p. 175.

<sup>34</sup> T. S. Eliot, *The Music of Poetry* (Glasgow: Jackson, 1942), p. 38.

<sup>35</sup> A. R. Ammons, “A Poem is a Walk”, *Epoch*, vol. 18, núm. 1 (1968), pp. 114-119.

<sup>36</sup> Invitación al viaje podría titularse una historia de la poesía hispanoamericana del siglo XX, por la abundancia de poetas itinerantes, caminantes o viajeros. Para no abrumar al lector solamente los nombro en esta nota, con pocos comentarios. Uno de ellos es Ramón López Velarde: en su poesía, dice Paz, “se ve a sí mismo caminando por una

La poesía es un camino que abre un mundo de acordes y correspondencias: “La realidad-tiempo es camino, pero también paso; puerto, puerta”, observa María Zambrano;<sup>37</sup> sin llegarse nunca al fin del camino: “Sin ese fin que nos elude constantemente ni caminaríamos ni habría camino”, dice Paz en *El mono gramático*, y concluye: “La poesía no quiere saber qué hay al fin del camino.”<sup>38</sup> ¿Qué nos espera al fin de la escritura?: “Volver a caminar, ir de nuevo al encuentro.”<sup>39</sup> A partir de sensaciones corporales Paz construye un puente poético que lleva a un espacio imaginario donde la realidad fáctica se vuelve lenguaje. Lo sucesivo se convierte en instantáneo; el tiempo se vive como un presente perpetuo, como un continuo de intensidades, único e irreplicable. Al igual que el camino mientras se camina, todo se desvanece: todo es tránsito.

El tránsito condiciona la relación espacial del yo percibiente: “La imagen del cuerpo nos conduce a otra: la del viaje y la peregrinación”, dice Paz en “El pensamiento en blanco”.<sup>40</sup> Para Heidegger, el

---

calleja y hablando a solas” (*La casa de la presencia*, op. cit., p. 416); otro es José Juan Tablada en sus haikú, que le recuerdan a Paz una “caminata al atardecer por un sendero mojado” (*Excursiones / incursiones*, op. cit., p. 359). Carlos Pellicer deja sus huellas por caminos tropicales; Xavier Villaurrutia, recuerda Paz, “mira a su sombra caminando por calles ‘desiertas’” (*Generaciones y semblanzas*, op. cit., p. 341); Baldomero Fernández Moreno camina y retrata la ciudad de Buenos Aires; el primer Jorge Luis Borges es el poeta callejero de la ciudad porteña: *Fervor de Buenos Aires* es un hito imprescindible; Oliverio Girondo escribe poesía callejera, instantáneas de lugares transitados; Enrique Molina es un gran poeta de la errancia; desde *Poemas árticos* a *Altazor* la imagen predominante en la poesía de Vicente Huidobro es la del viajero; Pablo Neruda es otro referente inevitable: desde *Residencia en la tierra* y *Alturas de Macchu Picchu* hasta *Memorial de Isla Negra* concibe la poesía como una caminata poética, como una larga travesía por el continente americano; Enrique Lihn en *Poesía de paso*, Roque Dalton en *Taberna y otros lugares* y Ernesto Cardenal en *Viaje a Nueva York* ejemplifican, asimismo, la repercusión de la imagen de la itinerancia, del caminar, en la poesía hispanoamericana.

<sup>37</sup> María Zambrano, *El sueño creador* (Xalapa: Universidad Veracruzana, 1965), p. 31.

<sup>38</sup> *Obra poética I*, op. cit., pp. 465 y 516.

<sup>39</sup> *Ibid.*, p. 465.

<sup>40</sup> *Los privilegios de la vista I*, op. cit., p. 61.

hombre “anda buscando el lugar en el que podrá permanecer en tanto que caminante”.<sup>41</sup> En un mundo sin salida, lo único que vale, señala Paz, es “echarnos a caminar. ¿Hacia dónde? Hacia afuera o hacia adentro, no importa: por las calles de nuestra ciudad, pobladas de fantasmas como nosotros, o por las plazas imaginarias de los sueños, recorridas con los ojos cerrados, desvanecidas en la luz fría de la madrugada”.<sup>42</sup> El andar abre la posibilidad de vivir intensamente, de acceder a una plenitud ensoñada. La célebre sentencia de Nietzsche —mantra de los caminantes— adquiere, entonces, un significado emblemático: “sólo los pensamientos *caminados* tienen valor”.<sup>43</sup>

#### EL RITMO COMO FUERZA CREADORA

Al releer la obra poética de Octavio Paz sorprende que la imagen de la itinerancia, del caminar, sea una imagen corriente en sus escritos de juventud (1930-1943). No obstante, este encuentro juvenil con la ciudad deja la impresión de que el caminar no es más que un recurso retórico; sus versos carecen aún de la dinámica propia del poema como caminata, de los elementos rítmicos que marcan el curso del poema. Así, por ejemplo, “Preludio viajero” —título por cierto muy significativo—, publicado en el primer número de la revista *Barandal* (1931), cuando Paz tenía diecisiete años, no proviene de una experiencia vital sino de las lecturas adolescentes, vanguardistas, del joven poeta. El viaje es un “deportivo vuelo”, “con un patín”, “por la azul pista del cielo”.<sup>44</sup> Lo mismo puede verse en “Vocación I” (“voy

<sup>41</sup> *De camino al habla*, op. cit., p. 32.

<sup>42</sup> *Miscelánea II*, tomo 14 de las *Obras completas* (Barcelona / México: Círculo de Lectores / Fondo de Cultura Económica, 2000 / 2001), p. 266.

<sup>43</sup> Friedrich Nietzsche, *Werke* (Munich: Carl Hauser Verlag, 1954), vol. 2, p. 1084 [subrayado suyo].

<sup>44</sup> *Miscelánea I: primeros escritos*, tomo 13 de las *Obras completas* (Barcelona / México: Círculo de Lectores / Fondo de Cultura Económica, 1998 / 1999), pp. 36-37.

rodando por cualquier camino”), en “Vocación II” (“Me detuve, buscando mi camino”), ambos fechados en 1930 e inéditos hasta la publicación de *Primeros escritos* en 1998;<sup>45</sup> y en “Desde el principio” de 1933 (“Así caminamos los hombres, / lejos de la Eternidad”),<sup>46</sup> tributarios los tres de metáforas tradicionales. Incluso en poemas más tardíos, como “El regreso” de 1943 (“A mitad del camino / me detuve / [...] / volví a caminar lo caminado”), la retórica machadiana mantiene actualidad. En otros casos se remeda la lírica popular española: “Soñando vivía / y era mi vivir / caminar caminos / y siempre partir” (“La roca”).<sup>47</sup> Todos ellos nacen de un proceso de percepción estética, no de una experiencia vivida, fuerza esencial que le confiere una singularidad dinámica y vibrante a la poesía más representativa de Paz.<sup>48</sup>

Por los mismos años, “Crepúsculos de la ciudad”, seis sonetos publicados en 1942, antes del viaje de Paz a California, continúan una forma tradicional; no obstante, contienen gérmenes de la dirección que seguirá su poesía de madurez: una poesía urbana, sensorial y de búsqueda. La imagen de un cuerpo en movimiento por “calles sin fin andadas”<sup>49</sup> revela ya que el sustrato personal comienza a nutrir la poesía de Paz. En los poemas que escribe a partir de su estadía en los Estados Unidos el andar deviene un factor determinante de su poética. En el poema “Arcos”, fechado en París en 1947, hay un cambio esencial de perspectiva; un yo reflexivo redescubre el mundo en que vive, se distancia de sí mismo, se desdobra, y establece una relación dialéctica entre vivir y escribir:

<sup>45</sup> *Ibid.*, pp. 31-32.

<sup>46</sup> *Ibid.*, p. 41.

<sup>47</sup> *Obra poética I, op. cit.*, p. 55.

<sup>48</sup> Sobre la poesía temprana de Paz es imprescindible el libro de Anthony Stanton, *Las primeras voces del poeta Octavio Paz (1931-1938)* (México: Ediciones Sin Nombre / Conaculta, 2001).

<sup>49</sup> *Obra poética I, op. cit.*, p. 69.

Voy entre verdores  
 enlazados, voy entre transparencias,  
 me alejo de mí mismo, me detengo  
 sin detenerme en una orilla y sigo,  
 bajo los arcos de mis pensamientos,  
 agua que se desliza y no transcurre,  
 río feliz que enlaza y desenlaza  
 un momento de sol entre dos álamos [...] <sup>50</sup>

El poema nace del recuerdo de un paseo con Silvina Ocampo a orillas del río Sena: “Dos o tres días después recordé la extraña sensación de aquella tarde: tránsito e inmovilidad del río que pasa como nuestras vidas.”<sup>51</sup> Tránsito e inmovilidad: constantes de la visión poética de Paz. El fluir de las palabras de un yo, que se aleja de sí mismo como las aguas del río, ocasiona un desplazamiento de un cuerpo verbal arrastrado por la corriente de un “río de imágenes”;<sup>52</sup> lenguaje, río y símbolo se asimilan en la imaginación del poeta. El movimiento continuo del río que “se desliza y no transcurre”, como el de la escritura, hace sentir la compenetración entre el yo y el mundo. Poeta y naturaleza (“río feliz”) se funden en un acorde cósmico, en un estado de comunión plena. La repetición de palabras, el endecasílabo y el encabalgamiento causan un efecto conversacional, de experiencia viva; y fijan, al mismo tiempo, la idea apuntada en el primer verso citado: ir, seguir, preservar la vibración de la vida, su vivacidad.

En otro poema del mismo período, “La calle”, incluido en el apartado “Calamidades y milagros” de *Libertad bajo palabra*, el caminar se manifiesta como radical extrañeza. El otro, nuestro doble desconocido, no tiene rostro ni nombre; paradójicamente, esa presencia nunca vista pero siempre presente cuestiona la existencia. En

<sup>50</sup> *Ibid.*, p. 45.

<sup>51</sup> Octavio Paz, “Dos amigos, dos poemas”, “Cultura”, supl. de *La Nación* (Buenos Aires) (17 abril 1994), p. 3. Artículo no recogido en sus *Obras completas*.

<sup>52</sup> *Obra poética I, op. cit.*, p. 44.



una calle larga y silenciosa, oscura y sin salida, un yo da vueltas y vueltas, tropieza con nadie y se cae. El otro, detrás y delante de él, también tropieza y cae, se levanta y sigue su camino. Una presencia ajena —¿un yo de sombra, el lado oscuro del ser, aquello que uno no desea ser?— hace dudar al hombre entre avanzar o retroceder. Es inútil huir: el yo parece destinado a continuar su camino junto al otro. “Piso con pies ciegos” —dice— porque a cada paso se pierde pie, poniéndose en entredicho el existir mismo:

si me detengo, se detiene;  
si corro, corre. Vuelvo el rostro: nadie.

La situación paraliza al hablante, como si el otro lo hipnotizara; el yo que respira, el yo que camina, el yo que piensa, el yo que sueña y el yo que escribe se funden en una sola voz; a cada paso el yo es otro, el mismo y nadie. El mundo como incesante repetición sustenta todo; el poema concluye como comienza, en una pesadilla sin salida:

donde yo sigo a un hombre que tropieza  
y se levanta y dice al verme: nadie.<sup>53</sup>

La alteridad constituye la manera propia de ser, la inherente dualidad humana: “La *otredad* es ante todo percepción simultánea de que somos otros sin dejar de ser lo que somos y que, sin cesar de estar en donde estamos, nuestro verdadero ser está en otra parte.”<sup>54</sup> El hablante se contempla a sí mismo y encuentra a un desconocido, a otro que no acaba de ser y no acaba de desaparecer; sin dejar de ser uno mismo, vive y se mira vivir como si fuera otro. Todo parece ser reflejo de un reflejo de otro reflejo, simulacro de una presencia.

En “La calle” se intenta decir algo inexpresable: la sensación de

<sup>53</sup> *Ibid.*, p. 80.

<sup>54</sup> *La casa de la presencia, op. cit.*, p. 258 [subrayado de Paz].

convivir con desconocidos, de estar y no estar en el mundo. El hombre anónimo, el solitario que camina por las calles de una ciudad, va de una parte a otra sin cambiar de sitio: las “esquinas dan siempre a la calle”. La experiencia de la dispersión de la conciencia y de la evanescencia del yo rebasa el mero existir humano. Por otra parte, la distribución acentual establece una correlación entre ritmo y significado. Por medio de la repetición de palabras simples, de una dicción sencilla y de la recurrencia anafórica se capta una urgencia —casi palpable— de dar forma a la extrañeza que nos rodea. Por lo tanto, el significado no se encuentra en las palabras escritas, sino en el ritmo, en la resonancia fónica, en la sonoridad de las palabras. No es cuestión de crear sonidos agradables o versos melodiosos sino de abrir puertas a otro tiempo, al encuentro o reencuentro de una otredad absoluta; el cuerpo y su sombra pasan de una dimensión espacial a otra, de la que nada sabemos, excepto que parece ser una parte —intocable— de nosotros mismos.

Las palabras que retumban en el oído de la mente —sin mediaciones intelectuales— singularizan a una pequeña obra maestra, “Aquí”, de *Salamandra* (1958-1961). Cito íntegro el poema:

Mis pasos en esta calle  
resuenan  
                  en otra calle  
donde  
                  oigo mis pasos  
pasar en esta calle  
donde

Sólo es real la niebla<sup>55</sup>

“Aquí” revela nuestra radical otredad. Sin dejar de oír sus pasos,

<sup>55</sup> *Obra poética I, op. cit.*, p. 269.

el caminante los oye resonar en otra calle, en otro orden de la realidad.<sup>56</sup> La conciencia de que el mundo que habitamos es y no es el mundo que habitamos desconcierta al lector. La tierra que diariamente pisamos y otra, desconocida, impiden al hombre afirmar su existencia terrestre; lo que percibimos como real se dispersa y esfuma. Todo lo tangible se desvanece en la niebla, como si nuestro camino se redujera a unos pasos suspendidos en un espacio vacío.

“Aquí” está compuesto de dos frases: una circular y otra, la última línea, fuera del círculo. En los seis primeros versos el fraseo repetitivo causa una indefinible inquietud; las palabras están dispuestas en la página como una calle que va de ningún lado a ninguna parte. El movimiento corporal —los pasos de un caminante— estimula la comprensión; la disposición de la escritura en el poema está subordinada a un diseño rítmico, donde las palabras se asocian de acuerdo con cualidades tanto semánticas como fónicas. Como si las palabras estuvieran imantadas entre sí, los versos generan un vaivén rítmico que semeja la respiración de la voz poética. Como subraya Paz en “Poesía y respiración”, apéndice de *El arco y la lira*: “Respirar es un acto poético porque es un acto de comunión”; es otra “manera de unirnos al mundo y participar en el ritmo universal”.<sup>57</sup> En las seis primeras líneas las palabras hablan entre sí; los ecos y reflejos de las palabras dejan huellas fónicas por un camino impredecible. En el cierre del poema hay un sutil uso del silencio y del espacio en blanco; el último verso interrumpe el acorde cósmico, el ritmo respiratorio que condiciona los versos anteriores. Todo parece quedar suspendido en un punto abstracto e intocable, la niebla; sobreviene un silencio que trunca —significativamente— la continuidad rítmica, entrán-

<sup>56</sup> En “Estancias nocturnas”, poema de Xavier Villaurrutia, se evoca una experiencia similar; el hablante se autocontempla como si fuera otro y dice: “En silencio recorro la ciudad sumergida”; oye “el ruido de [sus] pasos prolongados, distantes” y se imagina “el eco / de otros pasos ajenos, que pasaron mucho antes”. *Obras*, 2ª ed. (México: Fondo de Cultura Económica, 1966), p. 62.

<sup>57</sup> *La casa de la presencia*, op. cit., p. 285.

dose a dimensiones indecibles de la realidad (“donde / Sólo es real la niebla”). En apenas ocho versos —tres de ellos de una sola palabra— la reiteración de pasos (y del verbo pasar) establece una dinámica interna, determinada por exigencias más acústicas que semánticas. El acento tónico, de intensidad, atrae la atención sobre el significado; el diseño envolvente de los versos y la supresión de los signos de puntuación propagan el efecto de circularidad. La perplejidad que causa ver a un hombre reducido a sombra (“La calle”) o a niebla (“Aquí”) testimonia una situación consubstancial de la existencia. La única certeza es “ver” al doble que camina a un lado: “There is always another one walking beside you” (“Siempre hay alguien que camina junto a ti”), dice T. S. Eliot en *The Waste Land*.<sup>58</sup>

En el poema “Certeza”, de *Salamandra*, el misterio del destino humano se expone como una interrogación suspendida sobre el vacío. La incertidumbre anula toda posibilidad de certeza:

Si es real la luz blanca  
de esta lámpara, real  
la mano que escribe, ¿son reales  
los ojos que miran lo escrito?

De una palabra a otra  
lo que digo se desvanece.  
Yo sé que estoy vivo  
entre dos paréntesis.<sup>59</sup>

La insistente repetición de palabras clave —un verbo (ser) y un adjetivo (real)— hace más intensa la urgencia de una respuesta. El enfrentamiento entre ser y no ser sugiere la pérdida de una imagen absoluta, trascendente. Frente a una página en blanco, a la luz de una

<sup>58</sup> *Collected Poems, op. cit.*, p. 67.

<sup>59</sup> *Obra poética I, op. cit.*, pp. 278-279.



y *la lira*.<sup>61</sup> Más adelante, el retorno rítmico de palabras sencillas —sin desarrollo ulterior— proyecta conexiones simbólicas, poniendo de relieve una visión mítica de la realidad y, a la vez, una actitud de espera:

El tiempo daba vueltas y vueltas y no pasaba  
No pasaba nada sino el tiempo que pasa y regresa y no pasa<sup>62</sup>

Es evidente, entonces, que en “Noche en claro” gravita una visualización auditiva y rítmica. Las recurrencias fónicas tienen una finalidad determinada: evocar, convocar y recrear el tiempo original. La repetición no sólo prolonga el sentido de las palabras sino que les da peso, corporeidad. Los pasos de caminantes —la naturaleza y el hombre— encaminan a tomar conciencia de las correspondencias míticas que subyacen en los textos literarios de Paz.

La coexistencia de un nivel significativo específico (tres poetas en un café) con un nivel metafórico (“la otra cara del tiempo / el revés de la vida”),<sup>63</sup> asoma en cada una de las líneas del poema. El texto se sustenta de sueños y visiones de un yo al acecho de una “encarnación del deseo”<sup>64</sup> que transfigure el desamparo de los transeúntes de la urbe moderna: “Algo se prepara”, se lee tres veces en el poema, vislumbre que rebasa la simple referencialidad y transporta a una zona de revelaciones arquetípicas. La aparición en el poema de dos jóvenes enamorados abre el paso a una región armónica: “Todo es puerta / todo es puente”.<sup>65</sup> Paz ve el mundo como un todo orgánico; la imaginación transfigura el mundo: río y viento, día y noche, astros y signos se funden en una comunión invulnerable. La mediación del cuerpo y de la imaginación poética hace visible lo impalpable.

<sup>61</sup> *La casa de la presencia, op. cit.*, p. 85.

<sup>62</sup> *Obra poética I, op. cit.*, p. 300.

<sup>63</sup> *Ibid.*, p. 302.

<sup>64</sup> *Ibid.*, p. 299.

<sup>65</sup> *Ibid.*, p. 301.

En “Noche en claro” todo converge en la exploración de los corredores secretos entre la vigilia y el sueño; nuevamente la presencia del amor transfigura el ser, el tiempo y el mundo. La escisión urbana cristaliza en una imagen de plenitud e inmovilidad, en un instante poético de simultaneidad esencial:

Ciudad Mujer Presencia  
aquí se acaba el tiempo  
aquí comienza<sup>66</sup>

Un poema de su último libro —“Como quien oye llover”, de *Árbol adentro* (1987)— puede servir de ejemplo de la fidelidad de Paz a una imagen y a una visión de la vida:

óyeme como quien oye llover,  
pasan los años, regresan los instantes,  
¿oyes los pasos en el cuarto vecino?  
no aquí ni allá: los oyes  
en otro tiempo que es ahora mismo,  
oye los pasos del tiempo  
inventor de lugares sin peso ni sitio [...]<sup>67</sup>

Como en otras ocasiones, se enlaza un instante de tiempo vital con un tiempo infinito. La percepción simultánea de pasos “en otro tiempo que es ahora mismo” remite al más lejano pasado humano; nuestro verdadero ser está siempre en otra parte, del otro lado del lenguaje y del tiempo.

El acto de caminar es un lazo unificador de los poemas extensos

<sup>66</sup> *Ibid.*, p. 303.

<sup>67</sup> Recopilado en *Obra poética II (1969-1998)*, tomo 12 de las *Obras completas* (Barcelona / México: Círculo de Lectores / Fondo de Cultura Económica, 2003 / 2004), p. 170.

de Octavio Paz.<sup>68</sup> Desde *Piedra de sol* a *Carta de creencia* el espacio poético sirve de lugar de encuentro a impulsos líricos y narrativos, objetivos y subjetivos: “lo que hace del *camino* una ‘imagen’ particularmente ‘feliz’ es su capacidad de conciliar interioridad y exterioridad”.<sup>69</sup> El movimiento es inherente a todo auténtico propósito cognoscitivo; el acto de caminar suele encontrarse claramente demarcado en el comienzo y en el final de los textos, lugares decisivos para abrir y cerrar un ciclo, el marco —la caminata— que da unidad lírica y formal al poema.

En *Piedra de sol* el yo habla desde un presente en el que conviven voces de la vida, la literatura, la historia, la mitología mexicana y universal. Todo aparece ligado al movimiento de un cuerpo humano; la voz se vuelve cuerpo y en ese cuerpo se desdobl原因 sus propios recuerdos, emociones y deseos. *Piedra de sol* comienza con referencias a “un caminar de río”, a “un caminar tranquilo”, “un caminar entre las espesuras de los días futuros”, “a tientas por los corredores del tiempo”, en busca de una presencia que reconcilie al yo con el mundo. La mirada del poeta transfigura el cuerpo de la mujer en un cuerpo espacial fundido con el cosmos; y la correlación mujer-mundo revive una aventura surrealista que hace más palpable lo que no existe: “el mundo ya es visible por tu cuerpo”.<sup>70</sup> Eros pone en movimiento al poema:

Voy por tu cuerpo como por el mundo,  
[...]  
voy por tus ojos como por el agua,

<sup>68</sup> La apresurada síntesis que sigue de los poemas extensos de Octavio Paz no tiene otra finalidad que establecer mediante unas cuantas citas la centralidad en ellos de la caminata poética. Naturalmente, el estudio más detenido queda para otra oportunidad.

<sup>69</sup> Maya Schärer-Nussberger, *Octavio Paz: trayectorias y visiones* (México: Fondo de Cultura Económica, 1989), p. 30 [subrayado suyo].

<sup>70</sup> *Obra poética I, op. cit.*, p. 218.



[...]  
 voy por tu frente como por la luna,  
 [...]  
 voy por tu vientre como por tus sueños,  
 [...]  
 voy por tu talle como por un río,  
 voy por tu cuerpo como por un bosque [...] <sup>71</sup>

El cuerpo de la mujer es el cuerpo del cosmos, la energía que mueve el mundo. El viaje por el cuerpo de la amada alude a la intensidad de lo vivido y lo deseado y, por otra parte, a la unidad amorosa del universo. Escribir equivale a caminar, a peregrinar por un cuerpo y por el mundo. En *Piedra de sol* los “instantes caminados” en un “invisible camino sobre espejos”, sustraídos a la sucesión temporal, ponen en movimiento una esquiva búsqueda de plenitud vital. La reiteración de verbos de movimiento (ir, seguir, caminar, buscar, seguir, volver, subir, bajar, caer, correr) compendia la errancia terrestre, corporal:

sigo mi desvarío, cuartos, calles,  
 camino a tientas por los corredores  
 del tiempo y subo y bajo sus peldaños  
 y sus paredes palpo y no me muevo,  
 vuelvo adonde empecé, busco tu rostro,  
 camino por las calles de mí mismo  
 bajo un sol sin edad, y tú a mi lado  
 caminas y me hablas como un río [...] <sup>72</sup>

Las situaciones o secuencias resurgen con intermitencia, como si se pasara de un camino sinuoso a otro, como si un momento desem-

<sup>71</sup> *Ibid.*, pp. 218-219.

<sup>72</sup> *Ibid.*, p. 228.

bocara en otro. El principal objetivo de la caminata no es describir ni recuperar pormenores del pasado sino inventar un camino a seguir, que se dispersa, desaparece y renace sin fin. El camino es un estado de ánimo; y el ritmo del poema depende de la emotividad recreada. La disminución o aceleración rítmica reproduce instancias en las cuales el yo decrece o acelera la marcha. Cuando aumenta el desasosiego espiritual del hablante se apresura el ritmo, para reflejar una conciencia desolada, el rastro de un bienestar esquivo (“Corriendo entre los árboles nocturnos”);<sup>73</sup> y cuando se rememoran situaciones de plenitud amorosa el ritmo se vuelve pausado, reconcentrado, más lírico (“tu vientre es una plaza soleada”).<sup>74</sup> El acto de caminar aparece así rescatado de las expectativas habituales, pragmáticas y cotidianas, en beneficio de una liberación de los sentidos, de la imaginación y del pensamiento, guiado por un deseo de armonía cósmica y de amor apasionado.

En “Nocturno de San Ildefonso”, de *Vuelta* (1976), la voz poética sitúa al lector en el momento que da lugar al poema. Desde la ventana de un cuarto el yo contempla la calle y las luces de la noche urbana; y al verlas se pierde en el laberinto de su memoria. La mirada atrae recuerdos personales y generacionales, ideas y pasiones, en un lugar específico, San Ildefonso, la escuela preparatoria donde el joven Paz había estudiado a comienzos de los treinta. Así se inicia el poema: “Inventa la noche en mi ventana / otra noche, / otro espacio”.<sup>75</sup> La noche propicia la rememoración de situaciones sociales, ideológicas e históricas, la búsqueda de un criterio que dé sentido a la historia. El poema puede leerse como una biografía espiritual, como una serie de hechos vividos y una simultánea reflexión sobre esas experiencias vitales. Y naturalmente como una caminata nocturna que ocasiona el poema.

<sup>73</sup> *Ibid.*, p. 219.

<sup>74</sup> *Ibid.*, p. 218.

<sup>75</sup> *Obra poética II, op. cit.*, p. 62.

En “Nocturno de San Ildefonso” se rememora la adolescencia de un caminante nocturno por la Ciudad de México:

El muchacho que camina por este poema,  
entre San Ildefonso y el Zócalo,  
es el hombre que lo escribe:  
esta página  
también es una caminata nocturna.<sup>76</sup>

El acto de caminar establece un contacto directo, corporal, con el mundo. Al deambular por las calles de la memoria se recuperan contextos concretos, a fin de explorar desde una perspectiva crítica la identidad del yo en relación con sus circunstancias vitales. De lo temporal e histórico se pasa a un terreno intemporal; de referencias intelectuales, a una particularización de las imágenes poéticas, a resurrecciones momentáneas de una armonía profunda. La noche propicia el rescate de lo que une a los seres humanos (y no los separa, como la historia): el amor, con su propio tiempo vital. En el final del poema el yo contempla el cuerpo de una mujer dormida, su amada; y en el abandono del cuerpo dormido intuye una armonía infinita.

Desde sus primeros versos hasta *Pasado en claro* (1975) y “Vuelta” (1971) se expresa la intuición de que el cosmos es un sistema de voces, ecos y correspondencias que reverberan en la mente. Así comienza *Pasado en claro*:

Oídos con el alma,  
pasos mentales más que sombras,  
sombras del pensamiento más que pasos,  
por el camino de ecos  
que la memoria inventa y borra:  
sin caminar caminan

<sup>76</sup> *Ibid.*, p. 66.

sobre este ahora, puente  
 tendido entre una letra y otra.  
 Como llovizna sobre brasas  
 dentro de mí los pasos pasan  
 hacia lugares que se vuelven aire.<sup>77</sup>

El primer enunciado de “Vuelta” dice: “Voces al doblar la esquina / voces”,<sup>78</sup> y concluye con otra referencia al andar por el mundo, con una vuelta al comienzo:

Camino hacia mí mismo  
 [...]
 Camino sin avanzar  
 Nunca llegamos  
 Nunca estamos en donde estamos  
 No el pasado  
 el presente es intocable.<sup>79</sup>

Ambos poemas son caminatas metafóricas, dotadas, una vez más, de corporeidad: “camino hacia mí mismo”, dice el hablante en *Pasado en claro*, haciendo eco de versos similares de *Piedra de sol* y de “Vuelta”, anteriormente citados. El rescate del pasado se disuelve en la palabra que lo nombra; el yo sólo es una sombra del lenguaje, una plenitud vacía. *Pasado en claro* termina con estos admirables versos:

Estoy en donde estuve:  
 voy detrás del murmullo,  
 pasos dentro de mí, oídos con los ojos,  
 el murmullo es mental, yo soy mis pasos,

<sup>77</sup> *Ibid.*, p. 75.

<sup>78</sup> *Ibid.*, p. 34.

<sup>79</sup> *Ibid.*, p. 38.

oigo las voces que yo pienso,  
 las voces que me piensan al pensarlas.  
 Soy la sombra que arrojan mis palabras.<sup>80</sup>

Tanto *Pasado en claro* como “Vuelta” se apropian del ritmo de una caminata. La distribución de las palabras en la frase anticipa el tránsito, el ir hacia alguna parte. El ritmo aliterativo y reiterativo, hecho de rimas internas y de ecos, recrea un efecto acústico explícito e insistente que evoca el ritmo primordial, fundiendo el sonido con el sentido. Paz privilegia así una particularidad de la literatura, advertida por Alexander Pope hace casi tres siglos: “The sound must seem an echo to the sense” (“el sonido debe parecer un eco del sentido”).<sup>81</sup> El espacio poético es un mundo de resonancias y correspondencias; la sonoridad consolida el sentido de caminata, de “pasos dentro de mí, oídos con los ojos”, escuchados y a la vez leídos.

En su último gran poema de amor, “Carta de creencia”, de *Árbol adentro* (1987), Octavio Paz vuelve a testimoniar la interacción que existe entre lo emocional, lo corporal y lo poético. Cuando todos los sistemas políticos y religiosos se derrumban y la fragmentación y dispersión caracterizan nuestro modo de vivir, ¿qué nos queda?: “Volver a caminar, ir de nuevo al encuentro”, había escrito Paz en *El mono gramático*.<sup>82</sup> Ir al encuentro de la frontera última del ser, reivindicar al amor, fundamento de todo lo existente. La “Coda” de “Carta de creencia” ilumina, con memorable concentración expresiva, una visión de la vida intensamente mítica:

Tal vez amar es aprender  
 a caminar por este mundo.  
 Aprender a quedarnos quietos

<sup>80</sup> *Ibid.*, pp. 90-91.

<sup>81</sup> Alexander Pope, “An Essay on Criticism” [1711], en *English Critical Essays* (Londres: Oxford University Press, 1947), p. 217.

<sup>82</sup> *Obra poética I, op. cit.*, p. 465.

como el tilo y la encina de la fábula.

Aprender a mirar.

Tu mirada es sembradora.

Plantó un árbol.

Yo hablo

porque tú meces los follajes.<sup>83</sup>

Todo se aquieta, como congelado en su propio movimiento; la placidez rítmica de los versos corresponde al haber llegado al fin del camino. Con la serenidad de la sabiduría, Paz concluye que “Tal vez amar es aprender / a caminar por este mundo” y “aprender a mirar”. Aprender a caminar y a mirar equivale a aprender a sentir y a pensar, a reconocer las limitaciones humanas. La mirada rescata o inventa la plenitud; la mirada eterniza el tiempo y el amor triunfa sobre la muerte. Frente a la mujer amada en “Nocturno de San Ildefonso” el yo concluye: “Yo me fío a su fluir sosegado”;<sup>84</sup> y en “Carta de creencia”, frente a una mujer dormida, reitera: “Yo hablo / porque tú meces los follajes”. El amor hace más vivible el mundo; en ambos casos, un cuerpo dormido, despreocupado, anula el tiempo y sus contingencias.

Para Octavio Paz, la poesía es una búsqueda sin fin, un perpetuo ir más allá, “donde las fronteras se borran”, por caminos de la utopía y el mito, única vía hacia la sobrevivencia del hombre como ser pensante.

<sup>83</sup> *Obra poética II, op. cit.*, p. 181.

<sup>84</sup> *Ibid.*, p. 71.

## EL POETA COMO REVISOR: NOTAS PARA LA RELECTURA DE *PASADO EN CLARO*

Adolfo Castañón  
*Academia Mexicana de la Lengua*  
*El Colegio de México*

### I

Octavio Paz tenía sesenta años de edad cuando escribió el poema extenso que originalmente se titularía —según anuncia a su amigo y editor Pere Gimferrer— *Tiempo adentro*<sup>1</sup> y que terminaría llamándose *Pasado en claro*, acaso haciendo eco al libro autobiográfico de José Moreno Villa: *Vida en claro*.

Paz había empezado a publicar desde muy joven en 1931 y 1932 poemas en diarios y revistas y en 1933 un breve libro: *Luna silvestre*. Ya en 1942 hace una recopilación: *A la orilla del mundo*, donde reúne algunos de esos y otros papeles, cuadernos o folletos. Como se sabe, en 1949 publica un tomo espigado que se titula *Libertad bajo palabra* y que reúne parte de la producción anterior. Paz —señala Enrico Mario Santí, uno de sus más rigurosos lectores— se iba desprendiendo de su prehistoria poética intentando ajustarla a las exigencias y

<sup>1</sup> Según consta en el archivo entregado por Octavio Paz a la editorial Fondo de Cultura Económica en 1975. Con fecha 20 de abril de ese año el autor envió una carta manuscrita a Jaime García Terrés, la cual dice: “Querido Jaime: Mi intención era entregarte personalmente el poema pero no fue posible —salimos ahora mismo, por unos días, a Cuernavaca. Te llamaré por teléfono desde allá. Ya me dirás qué te pareció... Una duda: hay varias citas, más o menos textuales, en el pasaje de los libros y en otros. ¿Crees que deben insertarse unas cuantas notas? Yo no lo juzgo necesario pero... tú dirás. Un abrazo, Octavio.”

mandatos del Poeta que llevaba dentro de sí, disolviendo, por ejemplo, las tendencias del modernismo tardío para realzar los perfiles de una poética de la soledad y la intemperie. Pero en 1960 se publica otra y la misma *Libertad bajo palabra* que reúne, revisándolos y a veces omitiéndolos, los poemas escritos entre 1935 y 1957. En 1968 aparecerá la tercera *Libertad bajo palabra* donde, como él mismo advierte en el texto “Preliminar” al tomo XI de sus *Obras completas*, siguió corrigiendo y adelgazando: “modifiqué muchos poemas y suprimí más de cuarenta”. Habría previsiblemente una cuarta vez en la que —dice el poeta— “indulté a once de los condenados [...] con la misma dudosa justicia”. Esta mínima recapitulación editorial va para llamar la atención sobre “el poeta como revisor”, una fórmula que los editores modernos de William Wordsworth —el autor del epígrafe de *Pasado en claro*— utilizaron para titular el epílogo a la edición moderna de ese poema autobiográfico titulado *The Prelude*,<sup>2</sup> poema, por cierto, del cual existen por lo menos cuatro versiones. El romántico inglés inauguró con su poema extenso un género que aclimatará en español Octavio Paz, como ha señalado el crítico anglo-mexicano Anthony Stanton: el de una autobiografía del artista más que del hombre, el de una “alegoría subjetiva que daba cuenta del origen y la formación poética del poeta”.<sup>3</sup> Después de *Libertad bajo palabra*, o paralelamente, Paz seguiría publicando —es decir, ensanchando su taller de aprendizajes e imitaciones— nuevos libros de versos, poemas y traducciones. Entre las traducciones citemos: *Sendas de Oku*, *Cuatro poetas suecos*, las traducciones de Fernando Pessoa

<sup>2</sup> William Wordsworth, *The Prelude. The Four Texts (1798, 1799, 1805, 1850)*, ed. Jonathan Wordsworth (Harmondsworth: Penguin, 1995). Hay traducción al español: *El preludio (en catorce libros, 1850)*, ed. y trad. Bel Atreudes (Barcelona: DVD Ediciones, 2003).

<sup>3</sup> Anthony Stanton, “Vida, memoria y escritura en *Pasado en claro*”, en *Tradición y actualidad de la literatura latinoamericana. Actas del XXX Congreso del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana*, ed. Pamela Bacarisse, vol. 1 (Pittsburgh: Universidad de Pittsburgh, 1995), pp. 85-91.



y sus heterónimos, de poetas chinos y japoneses, la poesía sánscrita de la India clásica, así como algunos poemas de la *Antología griega*.

En 1975 Paz recogería parcialmente sus traducciones en *Versiones y diversiones*, pero antes y después seguiría publicando libros propios de poesía. Entre los libros de poemas, recuérdense *Salamandra*, *Ladera este*, *Topoemas*, *El mono gramático*, *Pasado en claro*, *Vuelta*. Su último libro de poemas sería *Árbol adentro*. A lo largo de esta obra poética y lírica, para no hablar de esas obras inclasificables como podría ser *Renga* (poema escrito a ocho manos por Charles Tomlinson, Edoardo Sanguineti, Jacques Roubaud y el propio Octavio Paz), se observa, sea cual sea el juicio del gusto (y el gusto, decía el Dr. Johnson, *no* depende de la voluntad), un entusiasmo infatigable por la aventura de la escritura poética y una vivacidad sorprendente en la prontitud con que el poeta va asimilando las lecciones poéticas y críticas que se desprenden de su propio oficio, de sus lecturas siempre hechas, por así decir, al filo del agua quemada y en piel viva.

## II

Al escribir a los sesenta años *Pasado en claro*, el poeta está en posibilidad de volver a visitar algunos lugares y personajes poéticos que alimentaron su obra en distintos momentos. Se trata de una visita más serena, aunque no menos apasionada. En esa segunda vuelta emprende una revisión vivida y vital donde los ojos, antes quizá empañados por la emoción, pueden abrirse con transparente serenidad. Escrito después de la experiencia en la India y luego de haber compartido felizmente casi una década con Marie José Paz, con quien contraería matrimonio en 1966, *Pasado en claro* se da, se le da —no hay otra expresión— como una experiencia lírica donde el poeta-trovador puede volver sobre el cuerpo roto de su propio pasado e intentar comprenderlo o, dicho en sus propios términos, abrazarlo. Aunque el poema lo escribió el mismo hombre, como no se escribe

impunemente, por ejemplo en *El mono gramático*, cabe decir que no se pueden leer desde el mismo ángulo moral y estético los diversos poemas de índole autobiográfica escritos por Paz —como insisten inútilmente algunos críticos— como si, por decirlo abruptamente, el poeta estuviese condenado a dar vueltas sobre sí sin posibilidad alguna de evolución o redención. Pienso por esto que *Pasado en claro* representa limpiamente al Octavio Paz más próximo a la melancolía de Saturno que al ímpetu guerrero del que sólo ve las armas del verano o las silvestres y lunares calamidades y milagros, para jugar con sus títulos. *Pasado en claro* sigue siendo un poema habitado por dioses, pero éstos son dioses taciturnos, cuando no melancólicos, dioses que vienen de vuelta.

*Pasado en claro* “se terminó de imprimir el día 20 de septiembre de 1975 en los talleres de Imprenta Madero, S. A., Avena 102, México 13, D. F. La edición estuvo al cuidado de Adolfo Castañón y Ana María Cama”. El libro se hizo según un “diseño de Vicente Rojo”. La primera estampa correspondió a una “Edición especial de 500 ejemplares numerados y firmados por su autor” —subrayémoslo— con una escritura clara y abierta, acaso similar a la de Manuel Gutiérrez Nájera, quien le dedicó a una tía de Paz un poema, según recuerda éste. El ejemplar que tengo ante mis ojos es el número 5. La obra está impresa en papel Ingres Fabriano color cremado para las 32 páginas de texto que figura en una sola cara; se presenta en una caja color café tierra y dos portadas o guardas del mismo color tierra en papel Ingres Cover. La primera edición especial se imprimió en hojas de 22.8 cm por 31.4 cm. Los folios se ubicaban en la parte inferior izquierda de la hoja, y los separaba del texto una pleca de 18 cm que señalaba el ancho de la caja que tenía 25 cm de alto. No cabe duda de que, desde el punto de vista tipográfico, existe un parentesco editorial y de diseño entre *Blanco* —compleja obra editorial también concebida por Vicente Rojo— y *Pasado en claro*, y si bien el primero resulta uno de los poemas más ambiciosos en términos técnicos y formales, como han señalado el propio Octavio Paz, Anthony Stanton y Enrico Ma-

rio Santí, éste es uno de los más profundos y memorables dentro de la extensa obra del autor y, según ha apuntado José Miguel Oviedo, uno de los más consistentes.

*Pasado en claro* fue escrito entre México y Cambridge, Massachusetts, “del 8 de septiembre al 27 de diciembre de 1974”, cuando el poeta tenía 60 años y seis meses de edad. Hacía seis años que habían sucedido los episodios sangrientos de 1968 que lo habían llevado a renunciar a la embajada en la India. En 1972 se había publicado *El mono gramático*, a ojos de algunos una de sus obras maestras. La primera edición de este libro se publicó en francés, y para algunos otros todavía cabe la pregunta de si no habría algunos tramos del mismo texto escritos por el autor directamente en francés, pues el libro se editó por primera vez en esa lengua en la colección “Sentiers de la Création”, dirigida por Albert Skira. En el mismo año (en junio) había concluido *Los hijos del limo*, donde había pensado responder algunas de las preguntas (“¿Qué dicen los poemas? ¿Cómo se comunican los poemas?”) que se había planteado más de quince años antes al escribir el libro-manifiesto titulado *El arco y la lira* (1956). La revista *Plural* —auspiciada por el periódico *Excelsior* de Julio Scherer— se había fundado en el año de 1971 y Octavio Paz iba y venía entre Cambridge, Massachusetts, donde ya había impartido varios cursos (sobre la traducción y sobre Sor Juana Inés de la Cruz) y donde había ocupado la Cátedra Charles Eliot Norton. *Pasado en claro* no era el primer poema extenso que daba a la luz: en 1937 había publicado su primer libro que era un poema extenso, *Raíz del hombre*; en 1957, *Piedra de sol*; en 1960, *Homenaje y profanaciones*; en 1967, *Blanco*; y en 1972, *El mono gramático*.

### III

Ese poema —*Pasado en claro*— que consta de 602 versos tampoco era el primero de corte autobiográfico que escribía. En su juventud

había publicado “Elegía interrumpida” (1947), donde aparecen los cinco miembros de aquella familia mexicana: 1) el padre Octavio Paz Solórzano (1883-1936); 2) la madre Josefina Lozano de Paz; 3) el abuelo Ireneo Paz (1836-1924); 4) la tía Amalia Paz Solórzano; y 5) el propio Octavio Paz Lozano. De hecho, a lo largo de su obra había ido dejando sembrados versos y poemas alusivos a su inicial paisaje familiar, como “Cuento de dos jardines” o “Canción mexicana” en “Intermitencias del Oeste (2)” en *Ladera este* (1969). El poema, en realidad, forma parte de una constelación de versos autobiográficos escritos en el relente del retorno a México: “Nocturno de San Ildefonso”, “Vuelta”, “A la mitad de esta frase” y “Petrificada petrificante” son los otros cuatro poemas hermanos de *Pasado en claro*. *Pasado en claro* tampoco sería en rigor el último texto de autobiográfica índole: particularmente en *Itinerario* (1993) y en algunos de los otros prólogos a sus obras completas, como por ejemplo en el que acompaña al tomo de *Privilegios de la vista* dedicado a México, o en la conferencia escrita para recibir el Premio Nobel, se repasarían algunos de los espacios y figuras que aparecen en *Pasado en claro*. También en algunos poemas finales, como en “Estrofas para un jardín”, volverían a aflorar algunos de aquellos momentos y espacios. Pero, de hecho, la producción poética de Octavio Paz a partir de “Vuelta” y de “Nocturno de San Ildefonso” se verá atraída por el misterio del pacto autobiográfico que va recorriendo de ida y de vuelta, tejiendo y destejiendo el camino que va del documento al monumento, del testimonio a la obra, del agonista al protagonista, del poeta al poema.

En fin, en 1990, en la “Conferencia Nobel” titulada “La búsqueda del presente”, volvería a tocar con la pluma ese lugar del canto originario que fue para él el jardín de la casa del abuelo en Mixcoac. Lo evoca así:

Como todos los niños, construí puentes imaginarios y afectivos que me unían al mundo y a los otros. Vivía en un pueblo de las afueras de la

ciudad de México, en una vieja casa ruिनosa con un jardín selvático y una gran habitación llena de libros. Primeros juegos, primeros aprendizajes. El jardín se convirtió en el centro del mundo y la biblioteca en caverna encantada. Leía y jugaba con mis primos y mis compañeros de escuela. Había una higuera, templo vegetal, cuatro pinos, tres fresnos, un huelede-noche, un granado, herbazales, plantas espinosas que producían rozaduras moradas. Muros de adobe. El tiempo era elástico; el espacio, giratorio. Mejor dicho: todos los tiempos, reales o imaginarios, eran *ahora mismo*; el espacio, a su vez, se transformaba sin cesar: allá era aquí; todo era aquí: un valle, una montaña, un país lejano, el patio de los vecinos. Los libros de estampas, particularmente los de historia, hojeados con avidez, nos proveían de imágenes: desiertos y selvas, palacios y cabañas, guerreros y princesas, mendigos y monarcas. Naufragamos con Simbad y con Robinson, nos batimos con D'Artagnan, tomamos Valencia con el Cid. ¡Cómo me hubiera gustado quedarme para siempre en la isla de Calipso! En verano la higuera mecía todas sus ramas verdes como si fuesen las velas de una carabela o de un barco pirata; desde su alto mástil, batido por el viento, descubrí islas y continentes —tierras que apenas pisadas se desvanecían. El mundo era ilimitado y, no obstante, siempre al alcance de la mano; el tiempo era una substancia maleable y un presente sin fisuras.<sup>4</sup>

*Pasado en claro*: el título convoca no pocas asociaciones. En primer lugar, evoca las fórmulas: pasar en limpio y *poner en claro* que significa disipar dudas o salvar del equívoco o la ambigüedad una determinada situación. “Pasar en claro” es “pasar en limpio”: recuérdese que el poema en cuestión fue traducido al francés como *Mis au net*. Al “pasar en limpio” los poemas previos donde daba cuenta de su entorno familiar, los elevaba como una ofrenda cordial hacia la clari-

<sup>4</sup> Octavio Paz, “La búsqueda del presente (Conferencia Nobel, 1990)”, en *Fundación y disidencia: dominio hispánico*, tomo 3 de las *Obras completas* (Barcelona / México: Círculo de Lectores / Fondo de Cultura Económica, 1991 / 1994), p. 34.

dad, hacia la luz, por más que, entre la edición príncipe de 1975 y la edición de 1985 que da pie a las diversas reimpresiones (se cuentan hasta seis) puedan aflorar retoques y revisiones. Poner el “pasado en claro” sugiere de inmediato el “examen de conciencia”, un proceso editorial y psicológico, ético, estético y aun político que forma parte constitutiva del itinerario lírico, teórico y crítico del poeta. Recuérdese que uno de sus primeros libros lleva en su título la inquietud —no hay otra palabra— seminal: *Raíz del hombre*. Desde luego, *Pasado en claro* se refiere a una edad remota en el tiempo: la escena primaria y primera de ese niño que asiste de asombro en asombro a su desdoblamiento en adolescente, por virtud de la aparición de esas fuerzas que son las de la sexualidad y la muerte. También y por lo mismo, se trata de un poema narrativo, de una fluida sucesión de viñetas líricas y fábulas meditativas que van desgranando una historia modulada a veces con el acento de la canción de gesta. El asunto tratado por el poema a lo largo de ese examen de conciencia va más allá de los episodios y encrucijadas íntimas que va rememorando el poeta; la voz que madura a lo largo de sus 602 líneas recrea una casa, una “casa grande” y, por ende, un ambiente, un *hábitat*, un pedazo de tierra. Cabe recordar aquí que aquella primera edición especial de *Pasado en claro* iba resguardada en una caja color tierra y que aun la tinta en que estaban impresas las letras era de color sepia oscuro. *Pasado en claro*: palabras de tierra, versos vestidos del color de la tierra.

#### IV

Además de una “casa grande” en ruinas o de un ambiente espectral familiar, el poema ensaya restituir una raigambre, un enjambre de relaciones, proximidades y distancias que delimitarán aquella “casa de la ausencia” sembrada de invisibles árboles frutales de donde irán cayendo, unas tras otras, las semillas para uno u otro himno. Se trata de un poema narrativo varias veces histórico: histórico porque cuen-

ta la historia del niño-adolescente que fue Paz; histórico porque cuenta al sesgo la historia de esa familia singular desde la cual es posible vislumbrar un siglo de historia de México —desde los años de la Intervención Francesa en 1862 hasta 1974, fecha en que se escribe el poema; e histórico porque el poema con sus 602 versos ha sido construido como una historia, como una elegía para llorar la muerte de un mundo o un jardín desaparecido, a la manera de las *Coplas a la muerte de su padre* —según recordará el primer crítico y lector del poema: Juan García Ponce— o como una canción de gesta que refiere los combates iniciales y los primeros sacrificios de ese cautivo de la cárcel del lenguaje que desde sus primeros momentos se sabe condenado a los “trabajos forzosos”, que son los —como se titula una de las secciones de *¿Águila o sol?*— “trabajos del poeta” al cual sólo podrá darse una “Libertad bajo palabra”, es decir una libertad condicional y condicionada a la observancia de las reglas que impone al poeta el pacto con la inspiración poética. Histórico, en fin, porque su sujeto elocuente es como un arqueólogo investigador que va por los corredores de la memoria a investigar cómo fue realmente ese pasado a cuyo espejo insepulto hace años, a cuyo pozo sellado luego de muchas páginas y aventuras, siente el poeta que puede por fin, a los sesenta años, asomarse plenamente.

Poema narrativo, *Pasado en claro* cuenta una historia interrumpida: el poeta-escritor maduro se encuentra en su estudio. Hojea algún libro para concentrarse mientras la tarde cae y el sol que declina ilumina las imágenes del libro que hojea —una historia de México donde se ilustra el paisaje a través de:

(estampas: los volcanes, los cúes y, tendido,  
manto de plumas sobre el agua,  
Tenochtitlán todo empapado en sangre).<sup>5</sup>

<sup>5</sup> Octavio Paz, *Pasado en claro* (México: Fondo de Cultura Económica, 1975), vv. 89-91. Salvo indicación contraria citaré de esta edición dando sólo el número de los versos.

Va el poeta como un arqueólogo desenterrando las ruinas que lleva sepultadas dentro de él mismo. La laguna del México antiguo que está mirando en un libro, lo hace pensar en el “lodoso espejo” que es el “charco” de su propia memoria. El charco a su vez lo remite al pozo de la memoria y ahí, como en una “bola de cristal” adivina, empiezan a aparecer imágenes y episodios vividos de la antigua casa patriarcal. Aparecen los amigos de la infancia (Ernesto y Guillermo) y los familiares —padre, madre, tía y abuelo. Comparece el patio-jardín con su “higuera primordial, capilla vegetal de rituales”, aparecen sus revelaciones y abominaciones, sus lecturas y sus juegos que son las raíces, los cimientos de esa ciudad de palabras que es él mismo: el poeta, el árbol que habla. El tesoro que el poeta-arqueólogo desentierra de sí mismo son las lecturas: la *Iliada*, la *Odisea*, *Don Quijote*, la *Galatea*, los episodios nacionales de Benito Pérez Galdós, la *Divina comedia* son algunas de las joyas que relumbran en su interior y que, en última instancia, modelaron con su huella indeleble, junto con la familia y los paisajes, su propia identidad. El poeta se pregunta por el sentido y descubre que el sentido puede estar en la forma en que se pregunta por el sentido. El poeta descubre y recuerda que la poesía puede ser una forma de meditación, una manera de mirar el mundo desde “un estar tercero” y, mirándolo así, de salvarlo y de salvarse.

La historia de *Pasado en claro* es ante todo una ego-historia, para evocar la expresión de Georges Duby, retomada por Jean Meyer: una fábula en verso donde el poeta expone su proceso formativo inicial, pero es también una logo-historia, una logo-grafía y una logoterapia que va enumerando según el pulso de la rememoración los lugares, paisajes, figuras y personajes enredados en aquella primitiva raigambre formativa. *Pasado en claro* no sólo es un texto donde el autor practica un examen de conciencia; es también un ejercicio donde el poeta trata de sacar de lo oscuro para poner en el ámbito de la claridad aquellas voces irreconciliables entre sí a las que precisamente él ensaya conciliar y dar unidad emotiva al nombrar su discordia. La crudeza del poema se destila y se disuelve, se ensalza y se matiza en



acentos no exentos de ternura y afecto hacia ese cuarteto —o quinteto si se incluye al poeta-niño— que está como fijo en su propia caída, embalsamado en su inmóvil vértigo.

## V

Este sacar de lo oscuro para pasar a lo claro sigue un movimiento familiar al poeta desde sus primeros versos. En el recorrido de esta “casa de la presencia” y de la ausencia aflora, para citar a Hugo J. Verani, el poema como caminata y andadura y el camino y el caminar como poema. El uso de esta figura retórica que traza líneas paralelas entre pasos y palabras no era nueva en Octavio Paz —y es, de hecho, un lugar real de la imaginación literaria, desde el Dante de la *Vita nuova* hasta el J. J. Rousseau de las *Rêveries du promeneur solitaire*. Se encuentra prácticamente desde los primeros poemas, tiene momentos inolvidables en *Piedra de sol*, surge en *Salamandra* y en *Ladera este*, se reitera en “Nocturno de San Ildefonso”, pero antes estalla, por así decir, en *El mono gramático*, donde los caminos y senderos de la creación podrían ser considerados como unos de los protagonistas —el otro, su sombra, el poeta— de ese libro. En *Pasado en claro* el personaje del poeta se va desprendiendo del presente de su biblioteca-estudio para adentrarse en un pasado que le es a la vez familiar y desconocido, a la vez herencia y *terra incognita*; camina hacia adentro de sí mismo y va rememorando aquella casa, su familia, su jardín, su pozo, la higuera que será —“¡súcubo!”— su primer amor.

Esta relación sensual, sensitiva y sinuosa con el mundo vegetal no es desde luego nueva en Octavio Paz. Tampoco es nueva la idea de la higuera como templo y capilla, novia y prometida. En *La hija de Rappaccini* (1956) el jardín se dibuja como un espacio imantado y, al final, Beatriz, la hija del médico ominoso, prisionera desde su infancia del jardín envenenado, se despide, ya suicida y exhalando entre las ramas: “Jardín de mi infancia, paraíso envenenado, árbol, hermano

mío, hijo mío, mi único amante, mi único esposo, ¡cúbreme, abrázame, quémame, disuelve mis huesos, disuelve mi memoria!”<sup>6</sup>

La fuerza que sostiene en vilo a *Pasado en claro* viene, entre otras cosas, de la fluidez con que sigue el columpio de la conversación, del habla real y directa que lleva al poeta a traer, junto con las evocaciones más o menos espectrales, trozos de habla natural y local que irrumpen en la expresión y que, además, nos recuerdan que, para Paz, la poesía es habla, habla de la otra voz:

La *cabeza de muerto*, mensajera  
de las ánimas, la fascinante fascinada  
por las camelias y la luz eléctrica,  
sobre nuestras cabezas era un revoloteo  
de conjuros opacos. ¡*Mátala!*  
gritaban las mujeres  
y la quemaban como bruja.  
Después, con un suspiro feroz, se santiguaban (vv. 434-441).

Esa fuerza se tensa también por el arco conceptual del poema que ensaya reunir y decir, íntegra, la experiencia cabal del poeta en sus diversos momentos: niño, adolescente, observador intemporal, escritor maduro y melancólico, lector, autor sin nombre, arquitecto de palabras y silencios.

## VI

*Pasado en claro* es un poema aparentemente más sencillo y transparente que algunos poemas anteriores de Paz como *Blanco* o *El mono*

<sup>6</sup> Octavio Paz, *La hija de Rappaccini*, en *Obra poética I (1935-1970)*, tomo 11 de las *Obras completas* (Barcelona / México: Círculo de Lectores / Fondo de Cultura Económica, 1996 / 1997), p. 259.

*gramático*. Es quizá el poema con mayor carga confesional escrito por el poeta y en el que coinciden —como en la combinación de una caja fuerte— los engranes de la experiencia vivida, las aristas del sujeto elocuente que se sabe escribiendo el poema y los relieves del autor en que se entrecruzan historia literaria e historia personal.

*Pasado en claro* es un poema escrito desde la serenidad del que vuelve a la vida y la dice con la voluntad serena de comprenderla. El encono y la discordia con el padre —que han sido algo exagerados a mi ver por Jacobo Sefamí en su artículo sobre el poema<sup>7</sup> y por Guillermo Sheridan en el primer capítulo, “Infancia en Paz”, de su libro *Poeta con paisaje*—<sup>8</sup> han quedado atrás, y entre las paredes verbales del poema se oye rebotar con cierta monotonía hipnótica, con pausado compás hechizante, la esfera de la voz que va y viene urdiendo la trama de la vida en su rueda de palabras.

El poema está escrito desde un lugar singular. El lugar del canto es una suerte de limbo que presupone una topología paradójica:

Ni allá ni aquí: por esa linde  
de duda, transitada  
sólo por espejos y vislumbres,  
donde el lenguaje se desdice,  
voy al encuentro de mí mismo (vv. 36-40).

A ese lugar imaginario desde donde el poeta, el sujeto elocuente, va a tomar conciencia de sí mismo se llega por la puerta estrecha del *entre*, ese espacio de duda y entrega, de atención y abandono, cuya topología poética el propio Octavio Paz describe al final del libro-ensayo que dedica a Xavier Villaurrutia, uno de sus guías y maestros. Quizá las palabras que Octavio Paz escribe a propósito del autor de

<sup>7</sup> Jacobo Sefamí, “Desde las grietas de la infancia: un fragmento de *Pasado en claro*, de Octavio Paz”, *Literatura Mexicana*, vol. 14, núm. 1 (2003), pp. 139-160.

<sup>8</sup> Guillermo Sheridan, *Poeta con paisaje. Ensayos sobre la vida de Octavio Paz* (México: Era, 2004).

*Reflejos* puedan asistírnos para comprender mejor el espacio poético desde el cual se escribe *Pasado en claro*. Cito el ensayo publicado en forma de libro en 1978 pues, como se sabe, éste presenta una versión más cabal que la condensada, recogida en el volumen 4 de las *Obras completas, Generaciones y semblanzas*:

Villaurrutia no se propuso en sus poemas la trasmutación de esto en aquello —la llama en hielo, el vacío en plenitud— sino percibir y expresar el momento del tránsito entre los opuestos [...] En ese desdoblamiento no somos testigos, como quería Nicolás de Cusa, de la coincidencia de los opuestos sino de su coexistencia. La palabra que define a esta tentativa es la preposición *entre*. En esa zona vertiginosa y provisional que se abre entre dos realidades, ese *entre* que es el puente colgante sobre el vacío del lenguaje, al borde del precipicio, en la orilla arenosa y estéril, allí se planta la poesía [...] El *entre* no es un espacio sino lo que está entre un espacio y otro [...] El *entre* no está aquí ni es ahora. El *entre* no tiene cuerpo ni substancia. Su reino es el pueblo fantasmal de las antinomias y las paradojas [...] El estado intermedio, que no es ni esto ni aquello pero que está entre esto y aquello [...] El *entre*: el hueco. Pausa universal, vacilación de las cosas *entre* lo que son y lo que van a ser... El *entre* es el pliegue universal.<sup>9</sup>

Es esa poética del entre, del pliegue y del *overlap*, la gran novedad que presenta y representa *Pasado en claro*:

La quietud en sí misma  
se disuelve. Transcurre el tiempo  
sin transcurrir. Pasa y se queda. Acaso,  
aunque todos pasamos, ni pasa ni se queda:  
hay un tercer estado.

<sup>9</sup> *Xavier Villaurrutia en persona y en obra* (México: Fondo de Cultura Económica, 1978), pp. 84-85.

Hay un estar tercero:  
 el ser sin ser, la plenitud vacía,  
 hora sin horas y otros nombres  
 con que se muestra y se dispersa  
 en las confluencias del lenguaje  
 no la presencia: su presentimiento (vv. 522-532).

Al socaire de ese pliegue donde palpita el *entre*, donde se traslapan y solapan las preguntas sin respuesta, desde ese estado intermedio, el poeta de *Pasado en claro* recorre y reconstruye con palabras el libro mudo de su vida elevando la fugacidad no a un segundo grado sino a un tercero, donde el poeta transformado en sombra de sí mismo es capaz de hablar con los fantasmas. Esa poética del “estar tercero” o del “tercer estado” puede remontarse desde luego a la experiencia y a la práctica de *El mono gramático*, de *Blanco* y del libro sobre Marcel Duchamp, *Apariencia desnuda*: será uno de los rasgos del autor capaz de acceder a una suerte de “rejojo mental” —sólo comparable a lo que algunos folkloristas o autores esotéricos (como el británico Roland Kirk) llaman “segunda vista”—, esa que permite al poeta entrar y salir del mundo y *gobernar*, por así decirlo, su propio trance poético.

La enunciación de ese “estar tercero” representa una discreta invitación a “reaprender el antiguo y olvidado arte de la contemplación”.<sup>10</sup> Así, “pasar en claro” equivaldría sencillamente a contemplar.

El *tiempo* es uno de los elementos substanciales de *Pasado en claro*, título que de hecho indica que se está pasando de un “régimen” a otro, de un tiempo a otro: “Ser tiempo es la condena, nuestra pena es la historia” (v. 478); “el dios del tiempo, el dios que es tiempo” (v. 510); “el tiempo y sus epifanías” (v. 362); “Desde mi frente salgo a un mediodía / del tamaño del tiempo” (vv. 29-30).

<sup>10</sup> Nota al poema “Mutra” de *La estación violenta*, escrita en México el 10 de julio de 1995, en *Obra poética I, op. cit.*, p. 535.

Poema autobiográfico, poema confesional, *Pasado en claro* es una obra que, desde su mismo título, apunta a la necesidad consciente de la revisión, al deber de la auto-crítica como única forma de modificar el espejo del pasado. El poema se podría leer como una (auto)crítica de los primeros tiempos vividos. La aparición de “un estar tercero: / el ser sin ser, la plenitud vacía” (vv. 527-528) resulta un bálsamo espiritual que alivia las heridas nihilistas que aparecen sobre todo al final del poema:

Fatigué el cubilete y el *ars combinatoria*.  
 Una sonaja de semillas secas  
 las letras rotas de los nombres:  
 hemos quebrantado a los nombres,  
 hemos dispersado a los nombres,  
 hemos deshonorado a los nombres (vv. 556-561).

Octavio Paz no podía dejar de ser consciente de la importancia para él y para los otros de su propio poema. Acaso por ello se refiere a él en diversas entrevistas. Doy solamente dos ejemplos:

a) “*Pasado en claro* fue una evocación y una convocación (¿un exorcismo?) de mi infancia y mi adolescencia. Al recordar, escribía; al escribir, inventaba. No hubo resurrección del pasado; mejor dicho, cada resurrección era un nacimiento, cada nacimiento una transfiguración. La memoria es la facultad poética cardinal por su inmensa capacidad de invención. Recordaba un lugar y, al verlo con los ojos de la mente —con los ojos de mis palabras—, me preguntaba: ¿estuve allí o estoy aquí?”<sup>11</sup>

b) “He escrito poemas relativamente largos, como *Pasado en claro*, que tiene 600 líneas [en realidad 602]. Surgió de un modo no

<sup>11</sup> “Poesía, pintura, música, etcétera (entrevista con Manuel Ulacia)”, en *Miscelánea III: entrevistas*, tomo 15 de las *Obras completas* (Barcelona / México: Círculo de Lectores / Fondo de Cultura Económica, 2002 / 2003), p. 143.

planeado. Tiene algo de narrativo; quebrado, pero de cualquier modo, narrativo.”<sup>12</sup>

## VII

La historia de la escritura del poema extenso *Pasado en claro* se puede seguir a través de la correspondencia con Pere Gimferrer. El primer anuncio se da al final de una carta fechada en Cambridge el 16 de noviembre de 1974: “He escrito —mejor dicho: estoy escribiendo— otro poema relativamente extenso. Pero muy distinto al ‘Nocturno de San Ildefonso’. Escribir es empezar de nuevo otra vez. Fascinante y agobiante...”<sup>13</sup>

Luego, unas semanas más tarde, el 2 de enero de 1975, le anuncia: “el largo poema de que te hablé ¡al fin terminado, hace siete días!”<sup>14</sup>

Poco más de cien días después, el 24 de abril de 1975, Octavio Paz recapitula:

Creo que te dije que el año pasado, en Cambridge, Mass., escribí un largo poema —500 líneas, más o menos [en realidad 602]. Es un poco distinto a lo que antes he escrito, algo así como una reflexión/rememoración de los años de adolescencia [se llama —aclara Paz en nota al pie— “Tiempo adentro”]. Un amigo, el poeta Jaime García Terrés, que es subdirector del Fondo de Cultura Económica, me pidió publicarlo en esa editorial. Por razones largas de explicar, no pude negarme. Será una *plaquette*, un cuaderno de unas 40 páginas a lo sumo.<sup>15</sup>

<sup>12</sup> “Octavio Paz: la escritura del cielo y la fraternidad de la vida (entrevista con Gregory Price)”, en *ibid.*, p. 149.

<sup>13</sup> Octavio Paz, *Memorias y palabras: cartas a Pere Gimferrer, 1966-1997* (Barcelona: Seix Barral, 1999), p. 73.

<sup>14</sup> *Ibid.*, p. 75.

<sup>15</sup> *Ibid.*, p. 82.

Finalmente, cuatro meses más tarde, en carta del 26 de agosto de 1975, le anuncia al poeta y editor catalán: “sale en estos días *Pasado en claro*. Éste fue el título final del largo poema escrito en Cambridge el año pasado. Originalmente se llamaba *Tiempo adentro*. Cambié el título porque parece que alguien ya lo había usado.”<sup>16</sup>

En cuanto sale el libro alrededor del 20 de septiembre de 1975 (fecha impresa en el colofón) de los Talleres de la Imprenta Madero, de la cual era diseñador y socio el pintor Vicente Rojo, Paz lo envía a Pere Gimferrer, quien responde con una carta entusiasta. No conocemos la carta de éste, pero sí la lectura que hará más adelante de *Pasado en claro*. Ahí dice:

[...] poema que desde su mismo título nos indica el designio de hacer ascender hacia la claridad diurna de la formulación escrita, es decir, de la comunicación lingüística, desde el estado de puro borrador de la vivencia espontánea, a ese objeto verbal —el poema— que sólo existe precisamente porque ha sido escrito, que no tiene existencia posible en ningún otro plano, que sólo llega a ser si se formula como lenguaje cristalizado en el instante de la escritura. Es este instante la única *fijeza* efectiva de *Pasado en claro*; y es, ciertamente, una “fijeza momentánea”, porque todo el poema está hecho de momentos comprimidos, a punto de estallar en la granazón de un único gran instante —el de la escritura— que parece no transcurrir, como si aislado en una *instantánea* fotográfica, en un *flash*, fuera objeto de una descomposición infinitesimal que descubriera en él, uno tras otro, un rosario de instantes desdoblándose para dar paso a otros.<sup>17</sup>

Ante esa inteligente lección, prismática y anamórfica, donde se define que el lugar del canto es el espacio de la *fijeza* asediada por la auto-

<sup>16</sup> *Ibid.*, p. 90.

<sup>17</sup> Pere Gimferrer, *Lecturas de Octavio Paz* (Barcelona: Anagrama, 1980), pp. 74-75.



conciencia de la escritura, Octavio Paz le responderá a Gimferrer un mes después, ya desde Cambridge, Mass., el 21 de octubre de 1975:

Te contaré algo que quizá te interese. Empecé a escribir ese poema sin saber exactamente lo que hacía. El tema fue apareciendo lentamente, brotando, por decirlo así, del texto ya escrito y *de una manera independiente de mi conciencia y de mi voluntad* [subrayado mío —A.C.]. No el “dictado” del inconsciente o de la inspiración; yo —mi mano, mi cabeza, mis sentidos, mi mente y, claro, el diccionario a mi lado— era el que escribía; *pero escribía lo que, sin decirlo, me decía lo ya escrito* [subrayado mío —A.C.]. No sé si me explico: el texto producía el nuevo texto —o para decirlo de una manera menos brusca: lo ya escrito me señalaba el camino que debería seguir. Algo semejante ocurrió con *Piedra de sol*. [Y añade Octavio Paz en nota al pie: “Algo muy distinto a la ‘escritura automática’ —que no fue ni es sino una quimera, una *idea* (y yo hablo de una *práctica*).”] Y algo más, que sólo a ti te cuento por ahora y que te ruego no divulgues sino hasta que aparezca una nueva edición del poema. Lo terminé aquí, el año pasado. Después, en México, cuando ya estaba el original en la imprenta, durante una temporada que pasé en Cuernavaca, escribí 44 líneas más —verso 15 de la página 18 a verso 7 de la página 21. Pero, unos pocos días después, al releer el nuevo pasaje, descubrí ciertas falsedades. Llamé a Vicente Rojo —que se encargó de la edición— para preguntarle si podía retirar unos veinte versos, los mismos que había añadido hacía unas semanas. Me dijo que ocasionaría un trastorno considerable, que ya había hecho varios cambios, etc. Tenía razón y me resigné. Pero no del todo. Aquí, otra vez, al releer el poema, hice unas cuantas correcciones y escribí de nuevo parte del pasaje: 18 versos, justamente los que desde un principio me parecieron gratuitos, no necesarios. Te los envío con esta carta, para que corrijas tu ejemplar.<sup>18</sup>

<sup>18</sup> *Memorias y palabras, op. cit.*, pp. 94-95.

Al final de la carta, Paz indicaba: “substituir el texto de la línea 6 de la página 19 a la línea 6 (inclusive) de la página 20 por el siguiente:

rocío: el tiempo se atenúa  
 en cada gota diáfana y no pesa,  
 gira sobre sí mismo el día  
 y de la vacuidad en que se precipita  
 nace otra vez palpable el mundo,  
 la luz es una niña que recorre  
 las vetas espirales con los ojos vendados  
 y lenta se despeña ya cascada  
 entre los labios de una grieta:  
 ¡beber luz de minutos  
 al pie de la invisible catarata!  
 —allá dentro los cables del deseo  
 tejen eternidades de un segundo,  
 calcinados discursos  
 que la mental corriente eléctrica  
 enciende, apaga, enciende,  
 resurrecciones llameantes  
 de los azules alfabetos.

Y más adelante incluye estas otras dos correcciones y añadidos:

Pág. 20, línea 11, debe decir: *esta nieve es idéntica a la yerba.*

Pág. 31, entre las líneas 12 y 13, insertar este verso nuevo:

*Granada de la hora: bebí sal, comí tiempo.*<sup>19</sup>

Cabe decir que de los añadidos y correcciones planteados por Octavio Paz a Pere Gimferrer sólo sobrevivieron, condensados, algunos pocos. La edición príncipe de 1975 consta de 569 versos, mien-

<sup>19</sup> *Ibid.*, pp. 96-97.

tras que la edición de 1985 consta de 602. Reproduzco los dos pasajes en cuestión. El primero corresponde a la edición príncipe de 1975; se subrayan los textos omitidos, añadidos o modificados:

La hendedura del tronco:

sexo, sello, pasaje serpentino  
cerrado al sol y a mis miradas,  
abierto a las hormigas.

*Brota el día, prorrumpe entre las hojas,  
el tiempo es luz filtrada,  
revienta el fruto negro  
en encarnada florescencia,  
la rota rama escurre savia lechosa y acre.*

La hendedura fue pórtico

del más allá de lo mirado y lo pensado:  
allá dentro son verdes las mareas,  
la sangre es verde, el fuego verde,  
entre las yerbas negras arden estrellas verdes:  
es la música verde de los élitros  
en la noche *callada* de la higuera  
—allá dentro son ojos las yemas de los dedos,  
el tacto mira, palpitan las miradas,  
los ojos oyen los olores,  
*hay una reina diminuta  
en un país de musgo desterrada,  
hay un gusano carcelero y geómetra  
encarcelado en un icosaedro,  
hay un insecto tejedor de música  
y hay otro insecto que desteje  
los silogismos de la luna,  
la luz es una niña aguja que perfora  
las vetas espirales  
y ya cascada se despeña*

*por unos labios entreabiertos,*  
*hay ríos de cuchillos que nunca desembocan,*  
*ríos ciegos que van a tientas*  
 perdidos en los llanos de una duda,  
*hay ríos de latidos*  
*vagando por las selvas del deseo,*  
*entre mis dedos codiciosos*  
*horas de arena fluyen hacia un sin donde tácito*  
 —no hay escuela allá dentro,  
 siempre es el mismo día, siempre la misma noche,  
 no han inventado el tiempo todavía,  
 no ha envejecido el sol,  
 esta nieve es idéntica a la otra,  
 siempre y nunca es lo mismo,  
 aquí nunca ha llovido y llueve siempre,  
 todo está siendo y nunca ha sido,  
 pueblo sin nombre de las sensaciones,  
 nombres que buscan cuerpo,  
 impías transparencias,  
 jaulas de claridad donde se anulan  
 la identidad entre sus semejanzas,  
 la diferencia en sus contradicciones  
 —la higuera, sus falacias y su sabiduría (1975: vv. 151-202).

El siguiente corresponde a la segunda versión corregida, de 1985, de la cual se cuentan hasta ahora seis reimpresiones:

La hendedura del tronco:  
 sexo, sello, pasaje serpentino  
 cerrado al sol y a mis miradas,  
 abierto a las hormigas.

La hendedura fue pórtico

del más allá de lo mirado y lo pensado:  
 allá dentro son verdes las mareas,  
 la sangre es verde, el fuego verde,  
 entre las yerbas negras arden estrellas verdes:  
 es la música verde de los élitros  
 en la *prístina* noche de la higuera;  
 —allá dentro son ojos las yemas de los dedos,  
 el tacto mira, palpan las miradas,  
 los ojos oyen los olores;  
 —*allá dentro es afuera,*  
*es todas partes y ninguna parte,*  
*las cosas son las mismas y son otras,*  
 encarcelado en un icosaedro  
 hay un insecto tejedor de música  
 y hay otro insecto que desteje  
*los silogismos que la araña teje*  
 colgada de los hilos de la luna;  
 —allá dentro el espacio  
 es una mano abierta y una frente  
 que no piensa ideas sino formas  
 que respiran, caminan, hablan, cambian  
 y silenciosamente se evaporan;  
 —allá dentro, país de entretejidos ecos,  
 se despeña la luz, lenta cascada,  
 entre los labios de las grietas:  
 la luz es agua, el agua tiempo diáfano  
 donde los ojos lavan sus imágenes;  
 —*allá dentro los cables del deseo*  
*fingen eternidades de un segundo*  
*que la mental corriente eléctrica*  
*enciende, apaga, enciende,*  
*resurrecciones llameantes*  
*del alfabeto calcinado;*

—no hay escuela allá dentro,  
 siempre es el mismo día, la misma noche siempre,  
 no han inventado el tiempo todavía,  
 no ha envejecido el sol,  
 esta nieve es idéntica a la yerba,  
 siempre y nunca es lo mismo,  
 nunca ha llovido y llueve siempre,  
 todo está siendo y nunca ha sido,  
 pueblo sin nombre de las sensaciones,  
 nombres que buscan cuerpo,  
 impías transparencias,  
 jaulas de claridad donde se anulan  
 la identidad entre sus semejanzas,  
 la diferencia en sus contradicciones.  
 La higuera, sus falacias y su sabiduría:  
*prodigios de la tierra*  
 —*fidedignos, puntuales, redundantes*—  
 y *la conversación con los espectros* (1985: vv. 151-206).

## VIII

Aunque Paz no la usa, me gustaría introducir en el curso de esta exposición la palabra *improvisación* (un concepto muy familiar entre los poetas celtas e hindúes), que quizá sugiere algo en relación con esa *praxis*, con esa *práctica de la escritura* en donde el poeta se sigue a sí mismo con los ojos entreabiertos en una suerte de “tercer estado”. Desde luego, el proceso de corrección está asociado, desde mi punto de vista, a esa idea de una “improvisación calculada”. Quiero referirme aquí —para seguir citando el poema— a esta momentánea

bifurcación del pensamiento  
 entre lo presentido y lo sentido.

Otra clave suministrada por Octavio Paz sobre *Pasado en claro* se refiere al pasaje siguiente:

El universo habla solo  
 pero los hombres hablan con los hombres:  
 hay historia. Guillermo, Alfonso, Emilio:  
 el corral de los juegos era historia  
 y era historia jugar a morir juntos (vv. 461-465).

Esos versos traen mucho cuento. Dice Octavio Paz, entrevistado por Braulio Peralta:

Desde la época de la Intervención francesa y el Imperio hasta los años de la Revolución, la vida privada de mi familia paterna se confundió con la vida pública de México [...] Mi familia era liberal y las divinidades tutelares de la casa eran los héroes del liberalismo y los grandes revolucionarios franceses... Yo nací entre libros. Uno de mis grandes placeres era hojear, con un primo, los gruesos volúmenes de historia de mi abuelo y detenernos en sus estampas: la toma de Jerusalén por los cruzados, el suplicio de Cuauhtémoc, el Juramento del Juego de Pelota, la batalla de Trafalgar... Nuestros juegos infantiles eran moji-gangas heroicas: los duelos de D'Artagnan, las cabalgatas del Cid, la lámpara de Aladino o las hazañas en las praderas del Oeste de Buffalo Bill. El amor a lo maravilloso mueve a los niños. *Y lo maravilloso, para nosotros, era sobre todo la acción* [subrayado mío —A.C.]. La historia es también acción y por esto los juegos infantiles, sin excluir a los juegos eróticos, son el comienzo, el prólogo de la historia. Muchos años después, en *Pasado en claro*, al recordar los juegos de mi niñez, encontré en ellos una profecía de mi pasión por la historia y por la política. Como la historia, el juego infantil es una acción cuyo sentido último se nos escapa. Quizá la historia, como el juego, es aprender a morir, una escenificación o una alegoría de la muerte. Y yo en la muerte descubrí al lenguaje

[...] [Visión] negra y luminosa. La historia es el lugar de prueba de los hombres. No sabemos a ciencia cierta cuál es su significado pero en la historia —es decir, en la vida en común— el hombre se realiza en lo más alto: la camaradería, la fraternidad, la acción colectiva, el sacrificio. La vida humana —cualquier vida— es historia pues la vivimos frente, entre, contra y con los otros. Y la vida hay que vivirla... El juego infantil es una acción ficticia que nos enseña a vivir y a morir. Parece extraño que, al hablar de historia y de política, hable del juego infantil. Extraño y natural. El juego es misterioso: es una acción imaginaria y que, para los jugadores, es profundamente real. Es una representación y es una iniciación... En resumen: la época en que nací y en la que me formé, así como mi tradición familiar, explican en buena parte mi pasión por la historia viva: la política. Pero también los juegos infantiles fueron una verdadera iniciación. Aquí interviene otra pasión, la más poderosa: la poesía. A su vez, la poesía es un juego. Un salto mortal. Poesía e historia no son, tal vez, sino las dos caras de la misma enigmática realidad. Ambas están presentes en nuestra infancia.<sup>20</sup>

## IX

Hijo único, Octavio Paz es objeto de las atenciones de toda su familia: dos figuras masculinas (Ireneo, el abuelo, y su padre), dos figuras femeninas (su madre y su tía). El influjo de las dos figuras masculinas es tan poderoso sobre la arcilla del poeta-niño que debemos admitir con la profesora flamenca Ingeborg Simons que la biografía de Paz sólo se puede entender si tenemos en cuenta que se desarrolló al calor y a la luz de una doble paternidad: un abuelo afectivamente afiliado al Antiguo Régimen y un padre afinado a la Revolución, dos varieda-

<sup>20</sup> “El poeta en su tierra (entrevista con Braulio Peralta)”, en *Miscelánea III, op. cit.*, pp. 383-384.



des políticas que conviven bajo su piel. A su vez, la figura materna se desdobla en dos cifras: la sensata de la madre; y la vidente y un poco extravagante de la tía Amalia que, aunque mujer, es hija de Ireneo y hermana del padre Octavio Paz Solórzano, el abogado y revolucionario. En consecuencia, ella es capaz de juzgarlos a la luz dorada de la sangre.

En otro verso dice Paz: “No me habló dios entre las nubes” (v. 363). Por supuesto, la frase evoca la imaginería ingenua de los calendarios y ex votos de la tradición católica que todos habrán visto alguna vez. Pero además cabe decir que esta imagen en particular se presta y prestaba a la crítica protestante, tradición con la cual el niño-adolescente Octavio Paz entra en contacto al ingresar al Colegio Williams, seguramente a instancias de su padre librepensador, quien así creía salvarlo de la maraña supersticiosa del catolicismo. Esta imagen precisamente es tomada irónicamente por Bunyan, quien lo expone así: “Dost thou love picking meat? Or would'st thou see a man in the clouds, and have him speak to thee?”<sup>21</sup>

La imagen de Dios hablando al hombre desde el cielo se encuentra expresada en uno de los poemas de juventud de Victor Hugo:

Ezequiel todavía lo menciona;  
El cielo se preocupaba por Job;  
Se oía a Dios desde la aurora  
Decir: ¿ya desayunaste, Jacob?<sup>22</sup>

Si se sabe que Octavio Paz leyó de muy joven el *Homo Ludens* de Johan Huizinga y los ensayos de Roger Caillois y de Georges Bataille sobre los ritos y los juegos, no extrañará que *Pasado en claro* recapitule los libros, los juegos y los ritos del poeta-niño. Entre estos últi-

<sup>21</sup> Esta cita fue uno de los regalos que me dio Ámsterdam: viene como epígrafe del libro de Mervyn Peake: *Titus Groan* (1946).

<sup>22</sup> Victor Hugo, “Senior est junior”, en *Les Chansons des rues et des bois*, recopilado en *Œuvres poétiques*, ed. Pierre Albouy (París: Gallimard, 1974), vol. 3, p. 40.

mos destaca ese juego de juegos, ese juego peligroso que es el de la magia y los ritos solares y nocturnos del viaje interior, de la metamorfosis, la Teurgia: palabras como “súcubo”, “druida” —ya mencionadas—, o bien expresiones abiertamente reveladoras como cuando evoca a la tía:

Virgen somnílocua, una tía  
me enseñó a ver con los ojos cerrados,  
ver hacia dentro y a través del muro (vv. 332-334),

versos que sugieren hasta qué punto el niño-poeta y el joven anciano melancólico que va a su encuentro y rescate a través del canto narrado, son conscientes de esa dimensión mítica y mágica que aflora en el jardín encantado de Mixcoac y que va girando alrededor de esa higuera sensitiva y sensual que viene por lo menos desde *¿Águila o sol?* Esas experiencias vividas y soñadas se organizan nítidamente en el claroscuro de este poema que funciona —recordemos que lo dice el propio autor— como un exorcismo realizado para aplacar a aquellos fantasmas errantes, a esas almas en pena que vagan y divagan *tiempo adentro* por la casa de la ausencia ausente que el poema salvará del rencor y los escombros. Y el claroscuro, recordémoslo, castiga con la luz y acaricia con las sombras.

Al vocabulario de la magia, a la sintaxis ondulante y sedante de la letanía híbrida de himno y elegía, habrá que añadir el idioma de raíz litúrgica y religiosa o aun cabalística: “*Adán de lodo*”; “(Esto que digo es tierra / sobre tu nombre derramada: ‘*blanda te sea*’)”; “la carne se hace verbo”; “el borrrón de sangre / del lienzo de Verónica”.

Pero este idioma de connotaciones religiosas está al servicio de una lengua sagrada, tan fresca como arcaica, la lengua del mago y del poeta cuya espiritualidad, más que cristiana, se parece a la de los paganos que, nacidos ya en la edad del Cristo, vivían en el interregno (palabra que usa Paz para definir nuestra época) las creencias de la cultura pagana aún en ascuas y todavía viva en la práctica cotidiana

de aquel politeísmo donde el sacerdote de Apolo, por virtud del rito, encarnaba a Apolo, y el lector de *El asno de oro* de Apuleyo podía ser “Isis y el Asno Lucio”, como han recordado E. R. Dodds, Roberto Calasso y el propio Paz. Por eso, el poeta puede declarar, después de repasar los nombres y lugares de la biblioteca encantada del abuelo:

[...] yo escribo porque el druida,  
 bajo el rumor de sílabas del himno,  
 encina bien plantada en una página,  
 me dio el gajo de muérdago, el conjuro  
 que hace brotar palabras de la peña (vv. 266-270).

Hay que leer y tomar en serio la declaración del propio poeta cuando asienta que en su niñez fue objeto de una revelación inmanente, de una intransitiva epifanía.

Esta declaración terminante y asombrosa pide una mínima reflexión: ¿Quién es “el druida”? ¿Quiénes eran los druidas? ¿De qué conjuro se puede tratar? ¿Cómo descubrió Paz el antiguo pacto que asocia a los bardos y a los árboles? Es poco probable que el joven Octavio Paz haya tenido acceso a los textos celtas como el libro-árbol *Mabinogi* o *Mabinogion*. Tampoco creo que en la biblioteca de Ireneo Paz hubiesen figurado los *Edda* de las antiguas sagas escandinavas. Es más probable que se haya inspirado en la druidesa Vélleda, magníficamente evocada por Chateaubriand en *Le génie du Christianisme*, y que a través de las novelas de Walter Scott y de otros entusiastas “celtómanos” de fines del siglo XVIII y de principios del XIX haya entrado en contacto con esta poderosa mitología en la cual la clase sacerdotal resguardaba los poderes espirituales y temporales. *Los druidas* aparecen también en varios libros clásicos que el joven Octavio Paz pudo haber practicado en la biblioteca de su abuelo: la *Guerra de las Galias* de Julio César (VI, 13), el libro de Cicerón sobre la *Adivinación* (*De Divinatione*, I, 40), la *Historia natural* de Plinio el Viejo (XVI, 49) y los escolios que acompañan la *Farsalia* de

Lucano. Sea como sea, no deja de llamar la atención la forma terminante en que Paz sostiene que el druida-vate y vidente “me dio el gajo de muérdago, el conjuro / que hace brotar palabras de la peña” (vv. 269-270).

Por lo demás, esa veta mágica no es nueva en la obra de Octavio Paz. Ya desde *El arco y la lira* (“Nadie puede substraerse a la creencia en el poder mágico de las palabras”, dice ahí) los conjuros y poderes del mago y del taumaturgo acompañan al poeta, quien incluso debe escribir un poema como “Mutra” para oponerse —según le cuenta a Alfonso Reyes— a esa fascinación de la que él mismo es portador. En *Pasado en claro* esa vocación hacia el mundo incierto de la otra ciencia se decanta en un saber de la poesía y por la poesía. De hecho, así lo expresa el propio Paz en “Itinerario poético”, extensa entrevista para la televisión, recogida por Alberto Ruy Sánchez al final de su libro *Una introducción a Octavio Paz*. Allí, refiriéndose a *Pasado en claro*, el poeta expresa:

Porque creo que el niño es la semilla de creación del hombre. Todo lo que hacemos está ya en el niño, y lo que importa en cada vida humana es ser dignos del niño que fuimos; realizar la profecía de hombre que es cada niño. [...] *Pasado en claro* es un nocturno, es cierto. No lo había pensado así. Pero me gustaría agregar algo al respecto. Ese poema termina con una evocación y convocación del mediodía. Un mediodía más mental, diríamos, que vivido, porque el poema enfrenta la idea de la muerte: somos mortales, estamos hechos de tiempo y de historia. ¿Hay salidas de la historia que no sean la muerte?, me pregunto en un momento dado, y entonces recuerdo lo que podemos llamar mediodía: ese momento único en el cual el tiempo se disuelve, y es una salida de la historia y de la muerte. El tiempo, sin dejar de transcurrir, parece que se detiene. Es la ventana que tiene cada hombre hacia la eternidad. Una experiencia que los místicos han expresado muy bien. Pero no es necesario ser santo ni místico para tenerla. Creo que todos los hombres, todos los niños, algunas veces los enamorados, todos nosotros cuando

nos quedamos viendo un crepúsculo, o viendo un cuadro, o viendo un árbol, o viendo nada, viendo una pared simplemente, vivimos esos momentos en los que el tiempo se anula, se disuelve: los grandes momentos del hombre que son su salida. Es lo que llamo nuestra pequeña ración de eternidad. No sé si tengamos otra pero ésta sí la tenemos y es algo que la poesía reclama. Si la gente leyese más poesía en el siglo xx podría quizá acceder más fácilmente a esos instantes. No porque la poesía los cree sino porque la poesía los revela, los expresa. *Pasado en claro* es un nocturno, es cierto, pero en su centro surge de pronto el árbol del mediodía.<sup>23</sup>

Ciertamente hay en estas palabras un resabio melancólico. *Pasado en claro* no deja de estar impregnado de una azul nostalgia, como lo supo ver Juan García Ponce en la reseña que publicó en *Plural* en diciembre de 1975:

¿Existe la palabra triste? En *Pasado en claro*, Octavio Paz ha escrito un poema triste, esto es un poema alto y melancólico con la melancolía del que mira hacia la altura y encuentra el vacío, y desde su tristeza se vuelve hacia abajo y encuentra la verdad del cuerpo en la que se entierra el lenguaje y se eleva para encontrar su propio crecimiento de la verdad sin verdad de la vida, esa ausencia que se alimenta de todas las presencias y a la que las palabras convierten en irrecusable presencia, presencia que recorreremos sonámbulos, con los ojos abiertos hacia adentro para que en el tránsito, en el camino sin fin, el alma escuche la voz de esos

pasos mentales más que sombras,  
sombras del pensamiento más que pasos,

que configuran el alma dándole cuerpo y presencia para desde más allá del tiempo hallar el tiempo y en la inmovilidad del lenguaje hallar

<sup>23</sup> Alberto Ruy Sánchez, "El árbol del mediodía", en *Una introducción a Octavio Paz* (México: Joaquín Mortiz, 1990), pp. 117-118.

la interminable movilidad de la vida en la que se encuentra la poesía: memoria del olvido.<sup>24</sup>

Como en William Wordsworth, los libros ocupan en la biografía poética de Octavio Paz y en particular en *Pasado en claro* un lugar axial: a su alrededor se desarrollan las diversas cortezas que conforman al árbol locuaz que es el poeta. Una de las piedras clave que sostienen esa arcada es la tradición clásica. Eusebio Rojas, el secretario que acompañó a Octavio Paz durante muchos años, la persona que transcribió, en un pequeño cubículo contiguo a las oficinas de *Plural* en Reforma en 1975 y 1976, las conferencias que luego conformarían el libro *Sor Juana Inés de la Cruz o las trampas de la fe*, el que antes tomó algunas de las fotografías que han acompañado la edición de *El mono gramático*, publicó en 1983 una *Conversación con Octavio Paz*, no recogida en el tomo 15 de las *Obras completas*. Ahí el autor de *Ladera este* dice algunas palabras reveladoras para comprender “Tiempo adentro” o *Pasado en claro*:

En la casa donde viví de niño había muchos libros y la literatura era considerada un valor supremo. Mi abuelo fue un periodista y escritor contemporáneo de Porfirio Díaz. Peleó en la Intervención francesa y después fue director de un periódico, *La Patria*. Fue autor también de novelas históricas y románticas. Por sus ideas era liberal. Además, un gran lector. Su biblioteca era excelente. Por todo esto, quizá desde chico sentí la fascinación de la escritura. Pero la herencia, con ser importante, no es lo decisivo. Lo determinante es la *llamada interior*. Esto es muy difícil de describir. No escogemos algo o alguien nos escoge. Un día —tendría siete u ocho años— me descubrí escribiendo un poema. Un poema ingenuo y torpe. Poco después, a los nueve o diez años, leí que le habían preguntado a Alejandro Magno, cuando

<sup>24</sup> Juan García Ponce, “Memoria del poeta”, *Plural*, vol. 5, núm. 3 (diciembre 1975), p. 56.

era niño: tú ¿qué quieres ser, el héroe Aquiles o su cantor Homero? Alejandro respondió: “Prefiero ser el héroe a la trompeta del héroe.” Esa respuesta me conturbó porque para mí Homero no era menos sino más importante que Aquiles. Sin Homero no habría Aquiles.<sup>25</sup>

Esta respuesta afilada tal vez explica por qué Octavio Paz no se perdió ni en las calles de la ciudad ni en los pasillos de palacio y por qué supo escribir *Pasado en claro*.

<sup>25</sup> Eusebio Rojas Guzmán, *Conversación con Octavio Paz* (México: Publicaciones Culturales, 1983), pp. 17-18.





## HACIA VUELTA, HACIA EL COMIENZO

José Miguel Oviedo  
*Universidad de Pennsylvania, Estados Unidos*

*Escogí el acto de palabras:  
hacerlas, habitarlas,  
dar ojos al lenguaje*

Octavio Paz

Los años que van de *Salamandra* (1962) a *Vuelta* (1976) son de extraordinaria intensidad y riqueza en la obra y la vida de Octavio Paz y, contemplados en conjunto, ofrecen reveladoras notas sobre su evolución creadora, sobre la profunda transformación de su estética y sobre la encrucijada que lo llevaría a escribir algunos de sus grandes poemas. Los libros del período (y no nos referimos únicamente a los de poesía) forman, en verdad, un ciclo que, como era de costumbre en él, implican un movimiento retrospectivo, un repliegue sobre sí mismo, un gesto autocrítico y un audaz despegue hacia adelante; es decir, un volver al comienzo para ir aún más lejos. Esta producción está asociada con dos ámbitos específicos: la India y México, con algunos paréntesis en París, otras ciudades europeas y otras más de los Estados Unidos. Es, sin duda, una etapa en la que el perfil del poeta, ya maduro artísticamente, se reafirma y alcanza nuevos niveles de trascendencia intelectual dentro y fuera de nuestra lengua.

## I. LA ESTRUCTURA TRADICIONAL

En su cosecha del período anterior al que aquí examinamos, figuraban ya, por lo menos, una obra maestra, *Piedra de sol* (1957), y la importante recopilación *Libertad bajo palabra* (1960), la segunda, después de la aparecida en 1949 con ese mismo título, que sería, por largo tiempo, el conjunto esencial de su obra poética. Cabe recordar que Paz consideró siempre su producción como *work in progress*, sometiénola a periódicas revisiones, reordenaciones y ampliaciones; su historia como compilador de su propia obra es un asunto que merecería un estudio aparte. Lo que sigue a las dos obras arriba mencionadas irá apartándose progresivamente de la concepción y el lenguaje poéticos reconocibles en ellas y que mostraban la huella surrealista y rastros de la poesía española clásica y contemporánea que absorbió en sus primeros años de actividad.

Hasta entonces, según muestra la segunda *Libertad bajo palabra*, Paz había sido un poeta que mantenía un delicado equilibrio entre la tradición y la innovación, fiel al legado tempranamente recibido, pero a la vez fue transformándolo y convirtiéndolo en punto de partida hacia otras direcciones. Aun en *Piedra de sol*, su creación más compleja y ambiciosa hasta ese momento —incorporaba elementos míticos y cosmológicos, el movimiento cíclico de los versos y una altísima tensión erótica—, su dicción, básicamente, no registraba las rupturas versales, los abruptos cambios rítmicos ni los juegos con el espacio que habían introducido Mallarmé —pese a su honda admiración por él— y, entre nosotros, Huidobro en la segunda década del siglo xx.

Paz ni siquiera se había animado a eliminar la puntuación (un gesto que se apoya en la sugestión rítmica que generan las palabras mismas) y sus poemas tenían una clara estructura secuencial que les daba unidad y consistencia; no había en su obra nada aleatorio, librado a nuestra intervención o a variantes textuales distintas de las fijadas por el poeta. Sin duda, hay un movimiento circular en *Piedra de*

*sol* —su comienzo es su final—, pero ese efecto es precisamente el resultado del rigor con el que cada verso ha sido cincelado y de su encadenamiento serial sin variantes al molde del endecasílabo.

El aspecto o disposición del texto en la página y su efecto visual le eran prácticamente indiferentes; el poema era para él una realidad semántica dependiente de su sugerencia verbal, no de sus posibilidades espaciales, y su cadencia estaba regulada por el ritmo del verso-frase, no por la palabra como unidad aislada y sus posibilidades combinatorias. Como toda poesía que usa el lenguaje en esos términos, el poema existía —según ha existido durante siglos— sobre todo en una dimensión temporal, como una serie o vaivén de líneas que se desplegaban en una ordenada sucesión sobre un solo plano: el de la página.

## II. OTRO COMIENZO

En algún momento después de la *Libertad bajo palabra* de 1960, Paz descubrió la otra dimensión de la poesía: la espacial, que suponía un distinto arreglo del texto ante los ojos del lector para explorar las posibilidades que se crean cuando se presenta el poema como algo visible, además de legible. La primera instancia de esta actitud —todavía preliminar o tentativa en relación con lo que vendría luego— se encuentra en *Salamandra*, casi enteramente escrito en París, donde Paz residió entre 1959 y 1962.<sup>1</sup> Aquí aparece un intento inicial por dar al texto una cualidad aérea, por otorgar ligereza —en los dos sentidos: levedad y rapidez— a la estructura verbal. Los versos se organizan y relacionan entre sí de un modo marcadamente diferente

<sup>1</sup> La edición original (México: Joaquín Mortiz, 1962) contiene cuatro secciones: “Días hábiles”, “Homenaje y profanaciones”, “Salamandra” y “Solo a dos voces”, que aparecen como conjuntos separados en *Obra poética I (1935-1970)*, tomo 11 de las *Obras completas* (Barcelona / México: Círculo de Lectores / Fondo de Cultura Económica, 1996 / 1997).

al anterior; en algunas ocasiones, los amplios espacios que dejan en la página crean la impresión de ser una especie de soporte que da vida a los signos. Así, las palabras y los vacíos que se abren entre ellas son ahora partes iguales del fenómeno poético.

El cambio afecta la dicción misma, que suena intensamente concentrada, lacónica, despojada de elementos accesorios, reducida a lo que es estrictamente necesario al poeta para comunicar su percepción del mundo: una abstracción mental más que una descripción o retrato de éste. Algunos de los breves fragmentos que componen las series tituladas “Duración”, “A través” y “Pares y nones” tienen la concisión del “haikú”, aunque no su estructura.<sup>2</sup> Los versos tienden a ser entidades más o menos autónomas o, al contrario, están fraccionados por los abruptos cortes entre las palabras que los conforman; léase, por ejemplo, este pasaje de “Noche en claro”:

La ciudad se despliega  
 su rostro es el rostro de mi amor  
 sus piernas son piernas de mujer  
 Torres plazas columnas puentes calles  
 río cinturón de paisajes ahogados  
 Ciudad o Mujer Presencia<sup>3</sup>

El poema, que lleva el significativo título de “Paisaje pasional” (es decir, un paisaje interiorizado más que visto), muestra con mayor claridad la intención de introducir la dimensión espacial y cromática en el texto:

El pico del ave solar abre el corazón del espacio  
 fruto de piedra

<sup>2</sup> “Duración”, “A través” y “Pares y nones” se recogen en *Obra poética I, op. cit.*, pp. 309-311, 316-317, 317-318.

<sup>3</sup> *Ibid.*, p. 302.

fruto de tiempo  
granada de años negros carmesíes morados

Espacio    espacio    hendido<sup>4</sup>

En el breve “Alba última” hay un pasaje que confirma que estos experimentos no eran casuales o meros caprichos, pues tienen estrecha relación con los valores semánticos y emocionales del texto:

El río que se va  
   siempre  
está de regreso.<sup>5</sup>

La cita recuerda un poco los versos del célebre arranque de *Piedra de sol* que cumplen una función semejante:

un caminar de río que se curva,  
avanza, retrocede, da un rodeo  
y llega siempre:  
   un caminar tranquilo<sup>6</sup>

Pero también hay una diferencia: la dicción se ha vuelto más as-tringente, más austera, aunque entre los versos o sus fragmentos se abren grandes espacios que permiten al lector recomponer libremente su ritmo y su sentido; el aire circula entre las palabras y da fluidez al pensamiento lírico: todo se encuentra en un estado de suspensión en el vacío. Este efecto está subrayado (o facilitado) por otros detalles gráficos como la casi total ausencia de signos de puntuación (“Ustica” y “Solo a dos voces” son las excepciones), lo que produce ambi-

<sup>4</sup> *Ibid.*, p. 303.

<sup>5</sup> *Ibid.*, p. 322.

<sup>6</sup> *Ibid.*, p. 217.

güedades o alternativas en la lectura de los textos. En el citado “Noche en claro” Paz da un paso más adelante e introduce, por primera vez, un dibujo en el texto para objetivar la mano de un muchacho con las letras de la palabra *love* pintadas en los dedos de su mano:



En algunos momentos tenemos la impresión de que casi no hay propiamente versos o estrofas sino formaciones extendidas sobre el espacio, como si fueran —para utilizar una expresión favorita del autor— una “constelación de signos”.<sup>7</sup> Pero no hay duda de que “Reversible” y “Solo a dos voces”, el extenso poema que cierra el libro, son los más paradigmáticos del cambio poético que se inaugura en estas páginas. El título del primero, que figura en la sección “Días hábiles”, es exacto porque está estructurado como si cada verso fuese la negación del otro pero también su complemento, según el lector separe cada segmento del verso o lo encabalgue con el siguiente. En realidad, no hay “versos” alineados uno debajo del otro, sino dos series o columnas enfrentadas (como duplicadas en un espejo), cuyos sentidos se combinan o alternan. Puede considerarse que éste es el primer texto enteramente aleatorio que escribe Paz. Su lectura trae a la memoria el famoso poema “Nocturno alterno” de José Juan Tabla-

<sup>7</sup> *Ibid.*, p. 301.







Es evidente que estos textos no describen primordialmente los asuntos emocionales, descriptivos o imaginarios que asociamos con la poesía, sino que se mantienen en un plano casi puramente conceptual o mental y se centran en el cuestionamiento intelectual del propio lenguaje que usan. Son sobre todo reflexiones sobre sí mismos y su azarosa naturaleza de materia verbal: su tema es su forma y viceversa. De allí su notoria concentración filosófica y el rigor silogístico de sus ritmos y su estructura no secuencial.

Si se compara esta poesía con la anterior se podrá apreciar el decisivo cambio que el poeta ha introducido, pero si se la compara con la que vendría luego se verá que *Salamandra* era sólo el comienzo —otro comienzo— de un conjunto de innovaciones radicales en todos los aspectos sustantivos de su creación, correspondiente a lo que podríamos denominar su “período oriental”, un momento de gran madurez y plenitud del poeta.

### III. EL PERÍODO ORIENTAL

En esta nueva fase las tres influencias primordiales son: el pensamiento oriental, el estructuralismo (con sus diversas ramificaciones) y la poesía concreta. No se trata, sin embargo, de meras influencias: lo que Paz realiza es una consolidación o fusión muy original y nunca antes intentada entre esas formas, ideas y propuestas. No sólo eso: al integrarlas, el autor asume una posición central en la renovación del espíritu de la vanguardia en la segunda mitad del siglo xx. Hacia el final de este período surgiría con fuerza, como veremos, la preocupación política e ideológica, que se hará muy notoria un poco más adelante. Por eso, para observar cómo avanza hacia ese nuevo comienzo, es necesario tener en cuenta tanto su obra poética como la ensayística que, en las décadas de los años sesenta y setenta, mantiene un riquísimo diálogo interno y un vasto campo de experimentación, como si fuesen parte de un mismo esfuerzo o diseño creador.

La cultura y el pensamiento de Oriente que absorbe el autor son, en gran parte, fruto de su viaje al Japón en 1952 (viaje que tiene interesantes coincidencias y diferencias con el que hizo, a comienzos del siglo xx, Tablada, figura que siempre atrajo la atención de Paz) y especialmente de los seis años (1962-1968) en la India, donde fue embajador de su país; el cargo, que desempeñó desde Nueva Delhi, incluía responsabilidades en Sri Lanka y Afganistán. El contacto directo con las antiquísimas tradiciones de estos pueblos significó un descubrimiento crucial para Paz, abriéndole horizontes del todo nuevos o sólo latentes entonces en su obra, pues hubo siempre en él una corriente subterránea que lo acercaba a ese mundo; “Solo a dos voces” puede considerarse un ejemplo de esa temprana inclinación.

Su afinidad espiritual y la riqueza de los estímulos que le brindó el Oriente contrastan vivamente con el violento choque emocional y la profunda depresión que el mundo asiático (específicamente, Birmania y Java) provocó en Neruda: para éste, fue su temporada en el infierno. Lo paradójico es que el chileno trajo de allí un libro como *Residencia en la tierra* (1935), una de las obras indispensables de la poesía hispanoamericana. Para Paz, en cambio, el impacto del hinduismo y del budismo fue muy fértil y duradero, pese a ser él un declarado agnóstico. De estas doctrinas, que tienen muchas variantes, lo que interesa al poeta son los aspectos filosóficos y estéticos más que los religiosos, aunque todos estén ligados. Es fácil comprobarlo en las páginas de *Conjunciones y disyunciones* (1969); en las de ese libro indefinible y capital que es *El mono gramático* (1974); y, por supuesto, en dos de sus más grandes obras poéticas: *Blanco* (1967) y *Ladera este* (1969). Por otra parte, tenemos dos obras que trascienden o niegan el concepto del “yo” como única fuente de creación intelectual: la antología *Poesía en movimiento* (1966), realizada con otros tres poetas mexicanos, que utiliza como modelo el *I Ching*; y *Renga* (1972), un experimento colectivo y multilingüístico con una antigua forma poética japonesa que aprovecha las posibilidades del azar, el rigor y el *ars combinatoria*.

La noción de “movimiento”, de que todo está en perpetuo flujo y en un estado de mutación cíclica, se conjuga con la de “quietud”, que permite la concentración interior, el éxtasis que funde lo corporal y lo mental en una unidad que concilia los contrarios. La idea oriental de que no hay contradicción entre los opuestos, el abandono del ser en sí mismo como una forma suprema de liberación y negación de las engañosas disyuntivas del mundo occidental, y sobre todo la exaltación del erotismo, desfigurado por el pensamiento judeocristiano, abren una miríada de posibilidades creadoras que dan un giro sustancial a toda su obra a partir de este momento.

Todo esto confluye con un principio clave en el vocabulario poético-crítico de Paz (si es que resulta posible mantenerlos como entidades separadas): la de la analogía que establece lazos inesperados entre lo diferente o distante. La analogía es la chispa que enciende el fuego creador que él entiende como la vía hacia la recuperación del sentido trascendente de la existencia y la reconciliación del hombre con el mundo. En *Los hijos del limo* (1974) Paz traza los orígenes de la analogía hasta muy lejos en la historia humana, pero señala que alcanza su apogeo con el romanticismo y culmina con la teoría baudeleriana de las “correspondencias”:

La analogía es la ciencia de las correspondencias. Sólo que es una ciencia que no vive sino gracias a las diferencias: precisamente porque esto *no es* aquello, es posible tender un puente entre esto y aquello. El puente es la palabra *como* o la palabra *es*: esto es *como* aquello, esto *es* aquello. El puente no suprime la distancia: es una mediación; tampoco anula las diferencias: establece una relación entre términos distintos.<sup>11</sup>

Su obra puede verse, por eso, como un gran esfuerzo por usar el lenguaje como un instrumento que haga legible el cosmos para que dialogue con nosotros en una sola onda rítmica.

<sup>11</sup> *Los hijos del limo* (Barcelona: Seix Barral, 1974), p. 107.

*Blanco* demuestra de manera eminente que el poeta concibe la poesía como un campo de experimentación total que excede los límites habituales de la expresión lingüística y los expande en otras direcciones estéticas. El poema ha sido objeto de atentos análisis críticos y por eso no intentaremos duplicarlos o proponer uno nuevo. Baste decir que sus variantes cromáticas y tipográficas; la distinta forma en que las palabras y versos se despliegan sobre el papel; la disposición del texto en columnas que se alternan, complementan o se funden configurando —en un juego aleatorio— poemas autónomos o una sola serie fragmentada; y, sobre todo, el hecho singular de que no hay que pasar páginas (interrumpiendo la fluidez de la lectura) sino desplazar la vista sobre un plegable continuo —a la manera de un rollo chino— que nos lleva sin cortes por un plano donde no hay realmente ni comienzo ni fin, prueban que Paz hizo del poema un verdadero objeto visual sometido a nuestra contemplación, entendimiento y sensibilidad. En realidad, puede asimilarse a un “mandala”, una figura que favorece la concentración mental; así lo sugiere la forma geométrica en amarillo y negro que aparece en la cubierta y contracubierta del estuche que acompaña la edición.<sup>12</sup> Es también oportuno recordar aquí —por sus connotaciones iconográficas hinduistas— “Custodia” de *Ladera este*, un poema-dibujo (aunque no caligramático) que presenta una letanía de palabras que se repiten —a la manera de un “mantra”— en una serie de asociaciones y oposiciones fonético-semánticas, y dispuesta en la forma de un sexo femenino; erotismo, misticismo, juego y visualidad se conjugan en este texto.

<sup>12</sup> *Blanco* (México: Joaquín Mortiz, 1967). Existe una segunda edición: *Blanco / Archivo Blanco*, ed. Enrico Mario Santí (México: El Colegio Nacional / Ediciones del Equilibrista, 1995). Los dos volúmenes de esta edición contienen la fiel reproducción de la primera, el facsímil del manuscrito y su transcripción, más cartas, ensayos críticos y otros documentos relativos a la obra.

## IV. UN PARADIGMA DEL ESPÍRITU MODERNO

El autor siempre tuvo un profundo interés en las artes visuales, como lo demuestran ciertos trabajos incluidos en el temprano repertorio crítico *Las peras del olmo* (1957). Pero a partir de la década de los sesenta, ese interés se convirtió en una pasión que fue intensificándose progresivamente. Entre sus manifestaciones más significativas están los dos ensayos sobre Marcel Duchamp, reunidos en *Apariencia desnuda* (1973), y los numerosos trabajos recogidos en los dos volúmenes de sus obras completas titulados *Los privilegios de la vista* (1994), trabajos que acompañaron una importante muestra de obras plásticas a las que Paz había prestado atención como crítico. En dichos años, el influjo que Duchamp ejerció sobre él fue seminal: vio en el artista un paradigma del espíritu moderno, tanto por su obra misma como por su gesto irreverente y sus ideas estéticas que ponen en cuestión la idea misma del arte tal como éste se había entendido hasta entonces. El tema es de fondo y sólo podemos aludir aquí a la relación que Duchamp tiene con el otro elemento que el poeta suma a la analogía para explicar algo esencial en el arte moderno: la ironía crítica, una actitud que Paz llama también “meta-ironía” y que halla primero en Mallarmé, según leemos en el citado libro, *Los hijos del limo*:

Mallarmé quiere resolver la oposición entre analogía e ironía: acepta la realidad de la nada [...], pero acepta asimismo la realidad de la analogía, la realidad de la obra poética. La realidad como máscara de la nada. El universo se resuelve en un libro, un poema impersonal [...] <sup>13</sup>

No es difícil comprobar cómo esas ideas mallarmeanas resuenan en la teoría y la práctica de Duchamp, el artista moderno que creó precisamente *contra* el arte moderno. Paz afirma que la estética de

<sup>13</sup> *Los hijos del limo*, op. cit., p. 112.

Duchamp se apoya en la paradoja central encerrada en sus “mecanismos delirantes”, que llevan a sus últimas consecuencias ciertas ideas de Raymond Roussel sobre el juego verbal y la estructura del lenguaje:

Para Roussel, por supuesto, no era una filosofía sino un método literario; para Duchamp, asimismo, es sólo la forma más acerada y eficaz de la meta-ironía. El juego de Duchamp es más complejo porque la combinación no es sólo verbal sino plástica y mental. Al mismo tiempo contiene un elemento ausente en Roussel: la crítica.<sup>14</sup>

El arte moderno nace de una profunda crisis espiritual, propia de un mundo en el que ya no hay reglas, ni maestros ni principios establecidos. Pero esa misma sensación de estar creando frente a un abismo permite la máxima libertad de experimentación y la posibilidad de comenzar, otra vez, de nuevo. Aunque Duchamp no puede ser un modelo para nadie (pues él mismo es un anti-modelo, objeto de su propia ironía), no cabe duda de que Paz lo tuvo muy en cuenta cuando creó sus *Discos visuales* (1968). Éstos son el ejemplo más extremo de poesía visual que encontramos en su producción: la acerca a tal punto al cinetismo visual de Duchamp que incluirlos en sus obras completas resultaba imposible; pese a contener elementos verbales, son primordialmente objetos móviles. Lo que el lector-espectador-operador de estos “discos” tiene en sus manos son cuatro círculos dobles de cartulina unidos por un eje y con distintos colores (fueron realizados con la colaboración artística de Vicente Rojo), cada uno de los cuales contiene un poema: “Juventud”, “Concorde”, “Pasaje”, “Aspa”. El disco superior tiene unas escotaduras que, al rotar en una dirección u otra, ocultan o revelan ciertas palabras inscritas en el disco inferior, creando así diferentes textos en un juego de azar y repeticiones. Son móviles y aleatorios; recuerdan mucho los famosos

<sup>14</sup> *Apariencia desnuda* (México: Era, 1973), p. 27.

*Rotatives, Disques y Rotoreliefs* que Duchamp comenzó a desarrollar desde 1925, especialmente el *Disque* de 1926, cuya inscripción empieza: “L'enfant qui tète est un souffleur...”. Estos mecanismos óptico-verbales tenían la intención de demostrar que el arte no era un fenómeno puramente “retiniano” y que suponía más bien una operación a la vez mental, lingüística y visual, como un vehículo de sus radicales ideas. En el campo de la poesía, Paz estaba haciendo una operación que puede considerarse análoga e inversa a la de Duchamp.

## V. LA PROPUESTA CONCRETISTA

Si el poema era, aparte de un simple texto, una realidad física en el espacio que podía dibujarse, colorearse y moverse, no resultaba difícil que la experimentación de Paz lo acercase a una de las corrientes poéticas que exploran, a fondo y simultáneamente, el campo del signo lingüístico, la materialidad y la espacialidad del verso: la llamada “poesía concreta” que, en nuestro continente, surge en Brasil a mediados del siglo xx, aunque en realidad es un fenómeno internacional que cruza la barrera de las lenguas. La propuesta concretista consiste esencialmente en una indagación de los mecanismos generales por los cuales el lenguaje produce un sentido específico, variable o múltiple, al mismo tiempo que le otorga valores icónicos y simbólicos propios del arte moderno a partir del constructivismo —el ruso, pero también el del uruguayo Joaquín Torres García— y otras estéticas de vanguardia. El concretismo representa un rebrote del espíritu renovador en el ámbito de la literatura y el arte gráfico, inspirado en los avances del pensamiento y la ciencia contemporáneos; podría llamársele “transvanguardia” porque incorpora a los postulados de la vanguardia “histórica” los aportes teóricos sobre la discursividad, los mecanismos de la expresión poética y los niveles no racionales de la comunicación.

Por un lado, Paz se interesó en la poesía concreta, estimulado por su contacto personal con Haroldo de Campos —uno de los fundadores del movimiento—, a quien conoció en Austin, Texas, hacia 1969; por otro, deben citarse sus contactos con el lingüista Roman Jakobson y los ecos del estructuralismo francés. Todas esas huellas pueden advertirse en *Topoemas* (1971), breve cuaderno de seis hojas sueltas que contienen otros tantos “poemas espaciales”, en realidad poemas-dibujos que tienen además bastante semejanza con los “caligramas” de Apollinaire. Otros ejemplos concretistas —los finales— del poeta se encuentran en el volumen titulado *Vuelta*, de 1976, como ya indicamos. Antes de hablar de este libro hay que hacer un obligado paréntesis relacionado con un pasaje de la vida del poeta.

## VI. EL REENCUENTRO CON MÉXICO: POÉTICA Y POLÍTICA

Sus años en Oriente cesan, de modo algo traumático, en el verano boreal de 1968, cuando, en señal de protesta contra el gobierno mexicano por la matanza de estudiantes en Tlatelolco, Paz escribe un poema abiertamente crítico que se difunde por todo el mundo, renuncia a su cargo en la India y se retira para siempre de la vida diplomática. Tras varios viajes por Europa (se queda en París y en Cambridge, entre otras ciudades) y puestos académicos en numerosas universidades norteamericanas, regresa definitivamente a México en 1971. Una etapa completamente distinta se abre para él; esa novedad implicaba tanto un enfrentar al nuevo país político y cultural que encuentra a su regreso como una vuelta al pasado, a sus raíces mexicanas, en un ciclo de destrucción y transfiguración que volvía a surgir precisamente de las cenizas de Tlatelolco. Paz se prodiga entonces en múltiples manifestaciones que van más allá de sus obras personales: declaraciones públicas, polémicas, tomas de posición en la ardiente pugna ideológica y,



principalmente, la creación de dos importantes revistas culturales que son una parte inseparable de su persona intelectual: *Plural* y *Vuelta*, dirigidas por él y fundadas en 1971 y 1976, respectivamente. Si, por un lado, su presencia en el centro de todos los aspectos de la actualidad mexicana y mundial lo convierte en un testigo, protagonista y crítico de vasta influencia en las últimas tres décadas de su siglo, por otro, no puede ignorarse que hay una voluntad o necesidad retrospectiva en él, que lo impulsa a examinar su propio pasado a la luz del pasado colectivo del que es parte indisoluble.

Por eso, la palabra clave del período es “vuelta”: es el nombre de su revista, del mencionado libro poético y de un poema incluido en él. Conviene aclarar además que, para Paz, la palabra está asociada con otros profundos significados: el del eterno retorno de los cuerpos celestes y del tiempo histórico, así como el de “revuelta” o revolución también periódica por la que atraviesan los cuerpos sociales. El poeta cobra una aguda conciencia de que atraviesa tiempos difíciles —*Tiempo nublado* (1983) se titula uno de sus repertorios de ensayos— en todos los frentes y, como solía hacer en circunstancias semejantes, recurre al formato del poema extenso que le permite indagar sobre sí mismo y la coyuntura histórica en la que se encuentra, e intentar un recuento del camino avanzado hasta ese momento y del que entrevé más adelante: un movimiento de introspección, retrospectión y prospección. Lo había hecho ya en *Piedra de sol* y ahora lo reitera, aún más explícitamente, en *Pasado en claro* (1975) —su poema más existencial y autobiográfico, que tantas semejanzas tiene con el *Primero sueño* de Sor Juana— y en el “Nocturno de San Ildefonso”, la angustiada meditación incluida al final de *Vuelta*. Es hora de entrar en este libro.

## VII. UN MATERIAL HÍBRIDO

El volumen contiene un material que sorprende por su carácter híbrido; como si quisiera señalar el fin de una etapa y el comienzo de otra, Paz incluye algunos textos que corresponden todavía a su período oriental o que recuerdan su temple verbal, otros decididamente experimentales o concretistas, y finalmente el “Nocturno de San Ildefonso”, que es un inquietante testimonio de sus años juveniles y de la situación que vivía su país en esos años. En ese sentido, el breve libro puede compararse, en estructura e intención, con *Tercera residencia* (1947) de Neruda, en el que vemos cómo el poeta chileno emerge de los abismos de su propia y desolada etapa oriental para descubrir la solidaridad social en los duros años de la España en guerra; es decir, ambos libros señalan un momento de transición, con un final acarreo de materiales de la fase anterior y algunas primicias de lo que vendrá.

El conjunto está dividido en cuatro secciones tituladas “Vuelta”, “A la mitad de esta frase”, “Petrificada petrificante” y el “Nocturno de San Ildefonso”, éste también dividido en cuatro partes. El contenido de cada una de las tres secciones iniciales es asimismo heterogéneo, pues están organizadas según un criterio temático o tonal bastante laxo. Las dos primeras secciones son las que tienen más semejanza con la poesía que venía escribiendo Paz desde *Salamandra* y el ciclo oriental recogido en *Ladera este*. En estos poemas suele predominar un tono que tiende a ser impersonal y una atmósfera algo enrarecida; el lenguaje mismo parece usurpar el papel de la voz poética; son visiones o meditaciones casi abstractas. Se centran en aspectos simbólicos de elementos de la naturaleza, en juegos con variantes y desplazamientos semánticos de ciertas palabras clave o son homenajes a artistas (Cuevas, Motherwell, Manuel Álvarez Bravo). En cambio, los textos más largos que dan título a las tres secciones tienen rasgos muy diferentes a los anteriores: son agónicos, torturados, con claros acentos autobiográficos. Son testimonios de un doloroso —casi perturbador— retorno al pasado.

“Vuelta” nos habla de un regreso (real o imaginario) a Mixcoac, su lugar natal, donde los fantasmas de otros tiempos están aún vivos y lo desazonan. “A la mitad de esta frase” es otro regreso desde un “Sexto piso”<sup>15</sup> en la Ciudad de México (presumiblemente su hogar) hacia su propio pasado, con ardientes y fugaces imágenes de su familia, pero de allí se proyecta al presente que vive su país, conectando su historia privada con la colectiva; hablándose a sí mismo, dice: “Tu historia es la Historia”,<sup>16</sup> en una doble encrucijada de clima angustioso e incierto. El texto tiene ecos de las paradojas y contradicciones convocadas en *Piedra de sol*: “Doy vueltas en mí mismo / y siempre encuentro / los mismos nombres, / los mismos rostros / y a mí mismo no me encuentro.”<sup>17</sup>

La tercera sección, “Petrificada petrificante”, es la más característicamente heterogénea del volumen y puede considerarse como la expresión final de su fase concretista. Allí encontramos un texto caligráfico (hay un aislado elemento de ese tipo en el “Poema circulatorio” de la segunda sección) titulado “Jorge Guillén en forma de pájaro”, un homenaje al poeta español. Se trata de un tributo significativo porque Guillén era el autor que Paz más admiraba —junto con Luis Cernuda— de una generación que dejó una huella muy visible en su etapa formativa y aún después; en cierta medida, el texto es, aparte de un reconocimiento de esa deuda, quizá un modo de desandar su pasado poético y al mismo tiempo marcar distancias estéticas, pues lo hace con un poema-dibujo que nada tiene que ver con el lenguaje propio de Guillén.

Los textos (apenas si puede llamárseles así) de factura más concretista son “3 anotaciones/rotaciones” y “Acróstico”. Ambos son experimentos asociados con obras de arte o parte de ellas: en una nota, Paz nos informa que el primero es un “juego” con diseños móviles

<sup>15</sup> *Vuelta* (Barcelona: Seix Barral, 1976), p. 41.

<sup>16</sup> *Ibid.*, p. 44.

<sup>17</sup> *Ibid.*, p. 43.

de Toshihiro Katayama, que presenta como una continuación de “la experiencia de *Discos visuales*”;<sup>18</sup> el “Acróstico” es un homenaje al escultor Adja Yunkers. Lo más interesante es la sección final (“Adivinanza en forma de octágono”) de la primera de estas composiciones, que es un diagrama geométrico que permite al lector construir un poema siguiendo ciertas instrucciones. Y el poema “Petrificada petrificante”, que cierra esta sección, es una apasionada visión del Valle de México que se convierte en una amarga crítica de las sangrientas y estériles luchas ideológicas del país. Es como un anuncio de lo que encontraremos en el extenso poema final, el “Nocturno de San Ildefonso”, sin duda otro de los grandes momentos creadores del autor.

Como es bien sabido, el Colegio de San Ildefonso fue construido en el siglo xvii y ha servido como local de la Escuela Nacional Preparatoria, de la cual Paz fue alumno en su adolescencia. Ese uso, los años y la incuria infligieron al hermoso edificio serios daños, en los que el poeta ve un símbolo de otras ruinas: la de sus sueños juveniles y los de su generación; la de las promesas incumplidas de la vida política; la de las plagas ideológicas que han assolado la sociedad y la cultura mexicanas (al igual que en otras partes del mundo) durante el siglo xx. ¿Será éste el mayor poema político de Paz, su testamento a un siglo que comenzó con grandes ilusiones pero que asistió a las más pavorosas tragedias de la humanidad? Es posible considerarlo así; de lo que no cabe duda es de que, por su tono grave y sombrío, es el poema más revelador de la concreta situación por la que atravesaba Paz en esas fechas, un verdadero testimonio de lo que él había llegado a ser y defender, como poeta, como pensador y como hombre. Es una confesión, un pronunciamiento y un auténtico poema-síntesis. Hay una curiosa simetría —y otra especie de retorno a lo que vivió cuarenta años atrás— entre el poema y los textos que Paz había publicado en *Bajo tu clara sombra* (1937), su apasionada defen-

<sup>18</sup> *Ibid.*, p. 90.

sa de la causa republicana española en plena guerra civil: son frutos propios de tiempos en crisis.

Volver al pasado es un desgarramiento: en busca de sí mismo entra en el túnel oscuro del tiempo y no se encuentra o encuentra a otro, el que fue, tan distinto del que “guía / la hilera de estas palabras”,<sup>19</sup> casi un extraño. Lo que contempla es decadencia, fealdad, traición; el caos de la ciudad es el retrato de un país deformado hasta resultar monstruoso. El poema oscila entre las tensiones de dos polos: “la pesadumbre de los años” y “el oprobio del presente”;<sup>20</sup> en el medio, el vacío de las ilusiones perdidas en el inmenso basural de las ambiciones erradas, en el matadero de los crímenes cometidos en nombre de los grandes principios y los menudos intereses del momento: nuestra historia y la eterna historia de la humanidad. El texto se atreve a examinar las complejas relaciones entre tiempo, historia, poesía y verdad en una fusión de poética y política; así elabora una moral intelectual de todo aquello que inquietaba al autor:

La poesía,  
   puente colgante entre historia y verdad,  
 no es camino hacia esto o aquello:  
   es ver  
 la quietud en el movimiento,  
   el tránsito  
 en la quietud.<sup>21</sup>

Finalmente, rodeado por una realidad que se desvanece en las opresivas sombras de la noche, el poeta se siente apenas vivo bajo la luz de la luna que ilumina el cuerpo dormido de su mujer, su única certeza: “Yo me fío a su fluir sosegado.”<sup>22</sup>

La vuelta al pasado lo ha llevado al frágil presente que se hace y

<sup>19</sup> *Ibid.*, p. 72.

<sup>20</sup> *Ibid.*, p. 75.

<sup>21</sup> *Ibid.*, p. 80.

<sup>22</sup> *Ibid.*, p. 83.

deshace a cada instante; la transición hacia otra etapa es siempre un movimiento circular hacia el comienzo, un punto de partida para llegar a donde ya estuvo. Por eso, *Vuelta* es —para decirlo glosando sus propias palabras— poesía en movimiento, una nueva postdata, un contemplar su pasado en claro.

## ÁRBOL ADENTRO, CIMA DE UNA OBRA POÉTICA

Anthony Stanton  
*El Colegio de México*

Ahora más que nunca es factible observar la trayectoria poética de Octavio Paz desde sus comienzos en 1931 hasta la culminación más de sesenta años después. Como pocos tuvo una aguda conciencia de lo que representa el despliegue de una obra en el tiempo. El poeta, como el pensador, tiene que crecer y madurar para no estancarse en la inmovilidad. Después de haber logrado en vida un reconocimiento definitivo como ensayista en *El laberinto de la soledad* (1950) y como poeta en *La estación violenta* (1958), enfrentó el difícil reto de superar, diversificar o profundizar lo mucho que ya había logrado. Para el poeta, el desafío era mayor porque los temas de cualquier poeta son pocos. Hay rarísimos casos que dan lo mejor de sí en la juventud; otros (la mayoría) que producen sus obras más personales en la madurez con el consiguiente declive en los años finales; pero hay unos cuantos que saben renovarse continuamente para ofrecer obras perdurables en épocas distintas. Es el caso de Paz y de unas cuantas figuras como Darío, Neruda y Borges.

Cuando se publicó en octubre de 1987 la primera edición de *Árbol adentro* el poeta tenía 73 años de edad. Había sufrido problemas de salud y aunque gozaba de gran lucidez y extraordinario dinamismo intelectual se imponía la conciencia de que este libro podría ser su última colección de poemas. La anterior, *Vuelta*, se había publicado 11 años antes, en 1976. Aunque iba a vivir casi 11 años más, un poeta tan estricto y tan exigente consigo mismo tenía que saber que el libro sería leído como su testamento poético.

En *Árbol adentro* no quiso repetir lo que ya había hecho sino

hacer algo mucho más arriesgado. Tenía que cambiar de nuevo para ser fiel a sí mismo, a su propio crecimiento como poeta. Hasta el final la aventura era su signo, pero la suya era una aventura que reconocía sus antecedentes en la tradición. *Árbol adentro* es el gran libro por conocer de Octavio Paz. En el momento de su aparición, no se apreciaron sus verdaderas dimensiones. Si uno revisa las reseñas de entonces, la impresión que dan es de falta de comprensión, de miopía crítica o simple ceguera. Hubo, previsiblemente, muchos elogios pero poca reflexión sobre la insólita singularidad del libro. Los comentaristas subrayaban invariablemente la continuidad y esta misma certeza de que *Árbol adentro* prolongaba sin más las conquistas previas no permitió sopesar sus rasgos únicos. Hasta la fecha es un libro poco estudiado de un autor muy estudiado. Uno se pregunta ¿por qué? En las páginas que siguen trataré de responder y de precisar en qué consiste la especificidad de esta colección.

En ese ensayo ambicioso que es *Los hijos del limo* Paz trazó un panorama de la poesía moderna, un movimiento que nace, según él, con los románticos alemanes e ingleses, se transforma en el simbolismo (y su “traducción”: el modernismo hispanoamericano) y vive otra metamorfosis en las vanguardias del siglo xx. Es una tradición definida por la unidad y la continuidad, incluso en los momentos de mayor ruptura. El autor no vaciló en verse como parte de esa misma tradición de la ruptura y cuando tuvo que resumir su trayectoria, en el discurso de aceptación del Premio Nobel en 1990, se definió como un poeta moderno que había buscado la modernidad en todas sus formas. El concepto de “modernidad” es clave tanto para el poeta como para el ensayista: ambos hacen una defensa crítica de la modernidad.

Pero lo primero que asombra en *Árbol adentro* es que los modernos brillan por su ausencia. Si uno hace un recuento de los poetas o pensadores aludidos o citados directamente, el resultado es sorprendente: Basho, Platón, Chuang Tzu, Dharmakirti, Juliano, Pirrón, Páldas, Hsieh Ling-yün, Claudio Ptolomeo, Quevedo, Sor Juana



Inés de la Cruz, Epicteto, San Juan de la Cruz, Cervantes, Plotino, Milton, Pope, Sandoval y Zapata, Montaigne, Horacio, Juan Alfonso de Baena, John Donne y Dante. Entre las obras anónimas o colectivas mencionadas, sobresalen el *Gilgamesh* y la *Antología griega*. Es cierto que aparecen también Baudelaire, Darío, Lezama Lima y algún pensador moderno (como Roman Jakobson) y que hay un poema dedicado al surrealismo, pero la nómina de escritores consiste casi exclusivamente en figuras anteriores al romanticismo, es decir, anteriores a la tradición moderna, tal como ésta se entiende en *Los hijos del limo*.

¿Qué ha pasado? Cualquier lector de *El arco y la lira* sabrá que para Paz no hay sociedad humana sin poesía porque ésta funda a la comunidad dándole identidad y memoria colectiva. Por eso son poemas los mitos de los grupos más primitivos. Fiel a esta visión de larga duración, hacia el final de sus días el poeta relativizó drásticamente el protagonismo y la prominencia que él mismo había dado en muchos ensayos y poemas al movimiento moderno. Primera consecuencia: el espacio textual se abre mucho más a un diálogo con poetas y pensadores de distintas épocas y de diversas culturas. Ninguna “angustia de las influencias” sino todo lo contrario. La perspectiva ha cambiado y la tradición se ha ampliado. No se trata de un refugio en el pasado sino de un ensanchamiento de la tradición para verla en una perspectiva de larga duración. No es exagerado hablar de un clasicismo en *Árbol adentro*. Me refiero, claro está, no a la adopción exclusiva de formas métricas y estróficas de la tradición clásica —si bien éstas no faltan en el libro— sino a un tipo de lenguaje y un afán expresivo que buscan claridad, sencillez, concentración, la máxima eficacia con un mínimo de recursos: en una palabra, una poesía de la transparencia capaz de nombrar las cosas y los temas más universales sin olvidarse de sus propias limitaciones como discurso verbal.

Al principio de 1985 ya tiene conciencia de lo que será el libro, como escribe en una carta:

Siento que se ha cerrado un período de mi actividad: desde ahora mi tema no será ya ideológico —dije lo que tenía que decir— sino poético: mi propia vida (y mi propia muerte), Marie José, mis amigos, mis sueños y pesadillas, mis muertos y mis fantasmas, el lugar donde vivo, mi tiempo —el tiempo, los tiempos... Debo terminar el libro de poemas [...] Estoy en una pausa y tengo miedo: hay que volver a empezar. ¿Podré?<sup>1</sup>

Es la primera reflexión por escrito que conozco sobre los temas de lo que será *Árbol adentro* y el reto que representaban para un poeta consagrado que sentía que tenía que empezar de nuevo. Si es verdad que para un poeta auténtico cada libro constituye un nuevo comienzo, también lo es que un libro escrito hacia el final de una vida conlleva un reto mayor, precisamente porque puede ser el último. Una obra concebida en la vejez se escribe necesariamente con la conciencia de la muerte.

Bajo la sencillez clásica de su lenguaje se esconde una poesía de hondura filosófica. Esta veta de reflexión filosófica no era nueva, por supuesto: desde la juventud Paz se mostró capaz de pensar y cantar al mismo tiempo. Pero aquí aparece con mayor intensidad que en cualquier libro anterior. En sus años finales Paz volvió a leer con nuevos ojos a Antonio Machado, el poeta con temperamento filosófico. Corrigiendo sus propias opiniones anteriores, que habían enaltecido al pensador a expensas del poeta, llegó a creer que Machado no era un poeta para jóvenes porque para comprenderlo hacía falta una vida de reflexión y experiencia. Es el caso también del último Paz: *Árbol adentro* presupone la destilación de una larga y fecunda vida. Lo notable es que la introspección coexista con una ampliación de los horizontes, tanto los poéticos como los filosóficos, morales e intelectuales. El poeta nunca dejó de crecer.

<sup>1</sup> Carta a Pere Gimferrer, fechada el 13 de enero de 1985, en *Memorias y palabras: cartas a Pere Gimferrer 1966-1997* (México: Seix Barral, 1999), p. 279.

Como todos los libros de Paz, éste no es una mera acumulación de textos sino una construcción ordenada, una verdadera obra en la cual los componentes se relacionan entre sí. Está dividido en cinco partes, tiene un “Proema” inicial (poema a manera de prólogo) y unas notas explicativas finales. Fiel a su norma de poeta revisor y autocrítico (no conozco ningún libro suyo que no tenga más de una versión y *Árbol adentro* no es la excepción), en la traducción al francés se publicó al frente “Árbol que habla”, prosa introductoria que no había figurado en la edición original en español. Así, estaba repitiendo una estrategia que había empleado por primera vez en *Libertad bajo palabra* (en 1949 y en todas las ediciones siguientes, cada una distinta de la anterior, pero todas encabezadas por el poema en prosa titulado también “Libertad bajo palabra”): es decir, al frente del libro se coloca un poema en prosa (con idéntico o parecido título) que sintetiza el contenido y los temas de la colección. El siguiente es el texto de “Árbol que habla”:

Este libro tiene la forma de un árbol de cinco ramas. Sus raíces son mentales y sus hojas son sílabas. La primera rama se orienta hacia el tiempo y busca la perfección del instante. La segunda habla con los otros árboles, sus prójimos-lejanos. La tercera se contempla y no se ve: la muerte es transparente. La cuarta es una conversación con imágenes pintadas, bosques de *vivientes pilares*. La quinta se inclina sobre un manantial y aprende las palabras del comienzo.<sup>2</sup>

Así quedan delineados los ejes temáticos de las cinco partes del libro: el tiempo, la amistad y la ciudad, la muerte, la pintura, el amor. El lector notará la cita directa del primer verso del famoso soneto de Baudelaire, “Correspondances”, cita destacada por las cursi-

<sup>2</sup> En *Obra poética II (1969-1998)*, tomo 12 de las *Obras completas* (Barcelona / México: Círculo de Lectores / Fondo de Cultura Económica, 2003 / 2004), p. 95. Todas las citas de *Árbol adentro* remiten a esta edición definitiva. En adelante se señalará la paginación dentro del texto.

vas: “La Nature est un temple où de vivants piliers...”. Curiosamente, este diseño final no era el original, al menos en lo que atañe a la ordenación. Hasta poco antes de editarse el libro, Paz había pensado colocar los poemas amorosos en el centro y cerrar con los dedicados a la muerte, pero su instinto vital aconsejó el cambio. De todas maneras, la estructura en cinco partes subraya la obsesión temporal, el instante fugaz del inicio que se vuelve, en la tercera parte, conciencia de la mortalidad y, en la última, comprensión de la naturaleza del amor. La arquitectura recuerda de nuevo la de su primera recopilación poética, el libro de su formación, el libro de libros que es, a partir de 1960, *Libertad bajo palabra*: cinco grandes secciones que comienzan y terminan con un poema fuerte de gran intensidad y el conjunto precedido por un poema en prosa que sintetiza los temas centrales. Es decir: la colección que culmina su obra poética se presenta como una réplica —en ambos sentidos de la palabra: imitación y respuesta— del libro que retrata su formación. Fidelidad al pasado mediante una transformación de ese mismo pasado para adecuarlo al presente. El último libro sintetiza la obra anterior, pero tiene rasgos propios que lo vuelven distinto y único.

Leído métricamente, el título es un pentasílabo adónico: *Árbol adentro*, patrón sonoro que reproduce, inconscientemente, el de su primer libro, *Luna silvestre*. Además, es un título que ya andaba buscando. Cuando publicó *Pasado en claro* en 1975 dudaba entre este título y el de *Tiempo adentro*, clara prefiguración del nombre de su última colección. Desde el título mismo, *Árbol adentro* se presenta como una interiorización del mundo natural y como una nueva puesta en escena de uno de los símbolos más potentes y recurrentes de la poesía de Paz. Ya en 1937, en *Raíz del hombre*, su primer poema extenso, se canta a la amada en estos términos: “Tú, muerta, bajo el gran árbol de mi sangre”. Es la primera aparición de un símbolo arquetípico que recorre la obra de Paz: un árbol en el centro de un jardín como el espacio privilegiado de la revelación de lo otro: el amor, la poesía, la muerte. Al titular así su última colección, el poeta

reconoce y extiende las ramificaciones de este árbol imaginario que define su propio crecimiento, su relación con el mundo y con la tradición poética.

El símbolo atraviesa el libro uniendo las cinco partes y sus temas. Desde el principio le permite afirmar a la vida y anticipar la muerte: “Para esperar la noche me he tendido / a la sombra de un árbol de latidos” (p. 104). En la ciudad, “los árboles murmuran, nos dicen algo” (p. 115) y en los momentos de meditación solitaria ante la muerte la conciencia se fija en “el roble que habla solo” (p. 134) o se topa con un “árbol todo raíces —la higuera religiosa” (p. 143). En “Pilares” los dos amantes se vuelven un tronco vivo: “En mitad del espacio / ya somos, enlazados, / un árbol que respira. / Nuestros cuerpos se cubren / de una yedra de sílabas” (p. 168). Y los últimos versos de “Carta de creencia”, el poema de amor que cierra el libro, hablan del eterno y renovado aprendizaje que representa la “reconciliación con el Gran Todo y con los otros” en los mismos términos:

Tal vez amar es aprender  
a caminar por este mundo.  
Aprender a quedarnos quietos  
como el tilo y la encina de la fábula.  
Aprender a mirar.  
Tu mirada es sembradora.  
Plantó un árbol.  
  
Yo hablo  
porque tú meces los follajes (p. 181).

En *Árbol adentro* se despliega una asombrosa variedad de formas que van desde la concentración sintética del haikú hasta los largos poemas en versículos. Están presentes casi todas las formas empleadas en sus libros anteriores. Es como si hubiera querido mostrar el enorme abanico de posibilidades que tiene el verso para expresar diversos temas. Una reivindicación no tanto del poeta, aunque el vir-

tuosismo es evidente, como de la poesía. Es notable el número de composiciones estructuradas alrededor de la dualidad complementaria del ritmo respiratorio: elevación y caída, sístole y diástole, dispersión y convergencia, concentración y desplome. En el momento en que se vislumbra su ocaso, la vida se afirma más que nunca en la articulación rítmica del poema. Es posiblemente el libro más “vital” del autor. Se impone la comparación con el último Yeats, un poeta que fascinó al mexicano por su eterna capacidad de inventarse mediante máscaras y así penetrar más y más en sí mismo. Y como Yeats, Paz incluyó en el último libro su propio epitafio. En *Árbol adentro* el poeta se pluraliza sin perder su coherencia interior. Si nos preguntamos ¿quién habla?, nos vemos obligados a contestar en plural o de manera impersonal. El poema que da título al libro lo dice de manera insuperable:

Allá adentro, en mi frente,  
el árbol habla.

Acércate, ¿lo oyes? (p. 159).

Es decir, la otra voz habla a través del poeta, pero para que haya comunicación hace falta un tú que escuche. Efectivamente, hay que acercarse para oír la voz o las voces que hablan en *Árbol adentro*. ¿De qué hablan estas voces? Del instante y la temporalidad, de las miserias y grandezas de la ciudad, del amor y la muerte, vista y sentida ésta como advenimiento o inminencia de la noche. Son las voces del poeta escéptico, irónico, onírico, lúdico, reflexivo y humorístico. Habla el poeta de la reflexión, pero también el del libre fluir del murmullo. Habla el poeta de la memoria, del examen de conciencia, de la contemplación, de la amistad; del amanecer y de la noche. Habla el poeta lector e intérprete de otros poetas, el paisajista del Valle de México, el poeta-pintor capaz de verbalizar con empatía y precisión los mundos visuales de Miró, Duchamp, Tàpies, Balthus, Rauschenberg, Alechinsky, Monet y Matta. Definitivamente hay un coro de

voces que hablan y sin embargo hay un solo poeta que no pretende hacer poesía dramática. De todos los libros poéticos de Paz, éste es el que tiene mayor amplitud de registro.

\*

La primera sección, “Gavilla”, contiene composiciones en formas breves, como la secuencia de seis haikús inspirados en Basho. El primero recalca el poder de concentración que permite hablar del universo en formas mínimas: “El mundo cabe / en diecisiete sílabas: / tú en esta choza” (p. 99). Predominan versos de arte menor y hay textos que se acercan a la canción tradicional, como “Por el arroyo” y el misterioso y magistral “Viento, agua, piedra”, mientras en “Insomne” la métrica popular combinada con un contenido filosófico envía una señal inequívoca de reconocimiento a Antonio Machado. Hay cuatro modelos formales en esta parte: el verso culto, el popular, el haikú y el epigrama clásico.

La primera sección termina con “Hermandad” cuyo subtítulo nos avisa que se trata de un “Homenaje a Claudio Ptolomeo”. Las notas finales señalan su fuente en uno de los dos epigramas atribuidos al astrónomo del siglo II de nuestra era e incluidos en la *Antología palatina*. Lo que no se explica es el origen de su contacto con el poema. Resulta que durante 1975 leyó una antología preparada por Peter Jay de traducciones al inglés de la *Antología griega*. Son versiones modernas hechas por poetas de primer nivel. En la selección se reproducen dos versiones distintas del epigrama de Ptolomeo, una de Dudley Fitts y otra, bastante distinta, del inglés Robert Bridges.<sup>3</sup>

Reproduzco en seguida las dos versiones que figuran en la edición de Jay. La primera versión se debe a Dudley Fitts, poeta y traductor norteamericano:

<sup>3</sup> El texto original figura en la *Antología palatina*, libro 9, número 577.





Pero miro hacia arriba:  
 las estrellas escriben.  
 No leo su escritura,  
 sin entender comprendo.  
 También soy escritura  
 y me trazó la misma mano.<sup>6</sup>

Y si leemos ahora “Hermandad”, la versión revisada que se publicó doce años después, en 1987, en la primera edición de *Árbol adentro*, podemos apreciar el efecto de los cambios, inversiones, supresiones y, sobre todo, la perfección de los dos nuevos versos finales:

Soy hombre: duro poco  
 y es enorme la noche.  
 Pero miro hacia arriba:  
 las estrellas escriben.  
 Sin entender comprendo:  
 también soy escritura  
 y en este mismo instante  
 alguien me deletrea (p. 112).

Un poeta menos exigente se hubiera quedado con el primer intento.

A propósito de este poema —que es homenaje, traducción, recreación, aproximación y una creación hondamente personal—, vale la pena recordar que Carlos Castillo Peraza, el intelectual del Partido Acción Nacional, pensó que había encontrado aquí la prueba irrefutable de que Octavio Paz era uno de los suyos, es decir, un hombre de Dios, un creyente, pero creo que su apresurada lectura del poema es un caso de “wishful thinking”. Veamos la composición más de cerca.

<sup>6</sup> *Memorias y palabras, op. cit.*, p. 83.

Es “homenaje” y no “traducción” porque retoma sólo dos elementos concretos del original: el contenido del primer verso y la contemplación de las estrellas. La superioridad del texto de Paz frente a las dos versiones en inglés se debe a la mayor concentración y al lenguaje menos arcaico. Sólo desentonan la repetición de la misma rima con “escritura” (vv. 5 y 7 de la primera versión) y el último verso que rompe el esquema de heptasílabos.

La parte final de la versión corregida lo transforma en otro poema. Donde había escrito, con cierta redundancia, “No leo su escritura, / sin entender comprendo. / También soy escritura / y me trazó la misma mano”, ahora elimina un verso y agrega otro nuevo para dramatizar la experiencia: “y en este mismo instante / alguien me deletrea”. En lugar de ser trazado por “la misma mano”, ahora es deletreado por alguien. Los dos versos finales son magistrales y transforman el conjunto en un poema perfecto. En lugar de quedarse con el primer intento, el poeta sigue trabajando su texto hasta encontrar lo que desea.

Varios lectores se han preguntado cómo un hombre de ideología liberal, no creyente y escéptico, pudo escribir un texto de apariencia religiosa. Pero ¿se trata de un texto religioso? Lo que se vislumbra es el orden del firmamento —la escritura de las estrellas— y la manera en que el sujeto transitorio intuye que forma parte de un sistema natural más vasto. La fraternidad enlaza lo humano con el universo. En la versión definitiva agregó el título, “Hermandad”, elemento que determina la interpretación del poema. Más que misticismo neoplatónico hay una revelación inmanente que no elimina la ambigüedad de esta misma revelación cuyo origen no se especifica. Además, el final puede leerse metapoéticamente: es decir, el que deletrea al poeta y establece la hermandad colectiva es el lector en el instante de la lectura, comunión activa entre receptor y experiencia poética.

Abundan en el libro referencias a un lenguaje natural, un vasto sistema de signos gobernado por analogías, un ritmo binario de llamadas y respuestas, visión inspirada no tanto por ideas religiosas como por

lecturas científicas.<sup>7</sup> Se habla de “la rápida escritura de los pájaros” (p. 103), del “gavilán” que “traza un signo” (p. 106), de “la conversación interminable del universo. Al hablar con las cosas y con nosotros / el universo habla consigo mismo” (p. 150). Se identifica una “caligrafía llameante / escrita por el viento” (p. 154) y se descifra un lenguaje analógico compartido por el cuerpo humano y el mundo: “deletreo en tu cuerpo / la escritura del mundo” (p. 169). Pero otras veces se habla de “la escritura / de las constelaciones, ilegible” o, en “Carta de creencia”, de una franca oposición entre lenguaje natural y lenguaje humano: “En la altura / las constelaciones escriben siempre / la misma palabra; / nosotros, / aquí abajo, escribimos nuestros nombres mortales” (p. 180). La visión analógica del universo como un sistema de correspondencias coexiste con la conciencia irónica que dice que cada cosa es única, irrepetible. La analogía, principio eterno o al menos atemporal, es corroída y relativizada por la conciencia mortal de lo finito. En esto Paz fue fiel a sus creencias y seguramente decepcionó a los que querían leer en “Hermandad” el testimonio de una conversión religiosa. Si hay religión, ésta es la otra religión de la poesía, una actividad que es irreductible a cualquier sistema filosófico, religioso, moral o intelectual.

\*

La segunda sección del libro, “La mano abierta”, contrasta con la primera. Y el contraste es no sólo temático, por la irrupción de la ciudad, sino formal. Aquí estamos ante poemas muy extensos escritos en versículos que adoptan el ritmo binario o respiratorio de sísto-

<sup>7</sup> Recuérdesse que el mismo Baudelaire, fuente importante para Paz en éste como en tantos otros asuntos, subrayó el carácter científico de la imaginación analógico-poética en una carta de 1856: “[...] *l'imagination* est la plus *scientifique* des facultés, parce que seule elle comprend *l'analogie universelle*, ou ce qu'une religion mystique appelle la *correspondance*”. Carta a Toussenel fechada el 21 de enero de 1856, citada en Baudelaire, *Oeuvres complètes*, ed. Claude Pichois (París: Gallimard, “Bibliothèque de la Pléiade”, 1975), vol. 1, p. 841.

le y diástole. Como un río caudaloso, el poema arrastra todo en su fluir temporal. Todavía más que en *La estación violenta* (1958), la multitudinaria, cambiante y heterogénea realidad del espacio urbano exige formas elásticas de gran apertura, formas capaces de dar cabida a los otros y a la caótica e infinita realidad de la ciudad. Estilísticamente, son textos que recuerdan el modelo discursivo del surrealismo con su continuo murmullo espontáneo, pero aquí se evitan las imágenes sorprendentes y la retórica llamativa de la vanguardia. En sus largas enumeraciones y sus catálogos de lo heteróclito, estos poemas sugieren no tanto al surrealismo como a Whitman y, más aún, a un Whitman reinsertado en su fuente del versículo bíblico, sólo que ahora esta forma aparece secularizada. Todo esto se ve o más bien se oye en “Hablo de la ciudad”:

estamos en la ciudad, no podemos salir de ella sin caer en otra,  
 idéntica, aunque sea distinta,  
 hablo de la ciudad inmensa, realidad diaria hecha de dos palabras: *los*  
*otros*,

y en cada uno de ellos hay un yo cercenado de un nosotros, un yo a la  
 deriva,

hablo de la ciudad construida por los muertos, habitada por sus tercios  
 fantasmas, regida por su despótica memoria,

la ciudad con la que hablo cuando no hablo con nadie y que ahora me  
 dicta estas palabras insomnes,

hablo de las torres, los puentes, los subterráneos, los hangares,  
 maravillas y desastres,

el Estado abstracto y sus policías concretos, sus pedagogos, sus  
 carceleros, sus predicadores,

las tiendas en donde hay de todo y gastamos todo y todo se vuelve  
 humo,

[...]

hablo del barrio paralítico, el muro llagado, la fuente seca, la estatua  
pintarrajeada,

hablo de los basureros del tamaño de una montaña y del sol taciturno  
que se filtra en el *polumo*,

de los vidrios rotos y del desierto de chatarra, del crimen de anoche y  
del banquete del inmortal Trimalción,

de la luna entre las antenas de la televisión y de una mariposa sobre  
un bote de inmundicias [...] (pp. 113-114, 115).

Maravillosa yuxtaposición de la multiplicación de lo sórdido con el milagro inesperado de la belleza. Se trata de uno de los tres textos que el poeta confiesa haber redactado primero en prosa sólo para darse cuenta de que reclamaban el ritmo y la disposición del verso.

\*

En la cuarta sección del libro, “Visto y dicho”, dedicada a la pintura, figura un poema sobre Marcel Duchamp. Se llama “La Dulcinea de Marcel Duchamp”. Está dedicado a Eulalio Ferrer, seguramente por el conocido amor que éste ha profesado durante tantos años por Cervantes y el *Quijote*. Después de la dedicatoria, aparece un fragmento de un diálogo humorístico inventado, pero inspirado directamente por el último de los textos preliminares que figuran en la Primera parte del *Quijote* de 1605. Estos poemas preliminares constan de décimas de cabo roto y de sonetos, todos muy ingeniosos y divertidos. No hay que olvidar que Cervantes fue un poeta burlesco muy competente y esto se demuestra en el “Diálogo entre Babioca y Rocinante”, un soneto dialogado en el cual hablan los dos caballos que se permiten burlarse de sus amos, anticipando así, a escala reducida, la fenomenal idea de una de las mejores de las novelas ejemplares, “El coloquio de los perros”. Leamos los dos tercetos del soneto:

- B. ¿Es necedad amar?  
 R. No es gran prudencia.  
 B. Metafísico estás.  
 R. Es que no como.  
 B. Quejaos del escudero.  
 R. No es bastante.  
 ¿Cómo me he de quejar en mi dolencia,  
 si el amo y escudero o mayordomo  
 son tan rocines como Rocinante?<sup>8</sup>

Si Rocinante está “metafísico” (es decir, muy flaco), es porque no come, al igual que su amo y su escudero: estos dos son tan “rocines” como Rocinante.

En 1911 el artista francés Marcel Duchamp vio por única vez a una joven en la calle y decidió que era un caso de amor a primera vista. Nunca más la volvió a ver. La recreó en un cuadro que tituló “Portrait ou Dulcinée”, es decir: “Retrato o Dulcinea”, estableciendo así un paralelismo entre su visión de la transeúnte y la imagen mental que se formó don Quijote de la mujer ideal, la mujer que el narrador describe, en el primer capítulo del *Quijote*, como la “señora de sus pensamientos”. El pintor vanguardista, que en aquel momento entroncaba o coincidía con las formas expresivas de los movimientos futurista y cubista, descompone a la mujer en cinco perspectivas simultáneas, en cada una de las cuales ella se va desvistiendo hasta quedar desnuda (véase figura 1).

<sup>8</sup> Cito por la edición del IV Centenario, *Don Quijote de la Mancha*, ed. Francisco Rico (México: Real Academia Española / Asociación de Academias de la Lengua Española, 2004), I, Preliminares, p. 23. En adelante doy las referencias señalando sólo la parte, el capítulo y el número de página.



Figura 1: "Portrait ou Dulcinée" (1911) de Marcel Duchamp.

Así, Duchamp transmite tanto la visión instantánea del movimiento descompuesto en sus fases, como el carácter ideal y mental del objeto. Octavio Paz señaló, tanto en la breve nota que acompaña al poema en *Árbol adentro* como en las muchas páginas que escribió en sus *Obras completas* sobre Duchamp, que el óleo de 1911 es una clara prefiguración del cuadro mucho más famoso titulado "La novia desnudada por sus solteros, aun..." o el "Gran vidrio" (1915-1923). Veamos el soneto en endecasílabos de Paz:

“La Dulcinea de Marcel Duchamp”

A Eulalio Ferrer

—Metafísica estáis.

—Hago striptease.

Ardua pero plausible, la pintura  
cambia la blanca tela en pardo llano  
y en Dulcinea al polvo castellano,  
torbellino resuelto en escultura.

Transeúnte de París, en su figura  
—molino de ficciones, inhumano  
rigor y geometría— Eros tirano  
desnuda en cinco chorros su estatura.

Mujer en rotación que se disgrega  
y es surtidor de sesgos y reflejos:  
mientras más se desviste, más se niega.

La mente es una cámara de espejos;  
invisible en el cuadro, Dulcinea  
perdura: fue mujer y ya es idea (pp. 146-147).

La operación efectuada por el artista vanguardista no es, esencialmente, distinta de la proyección imaginaria llevada a cabo por Cervantes a través de su personaje. El amor es, en ambos casos, una construcción subjetiva que proyecta sobre el objeto los sueños, las fantasías y las locuras del sujeto. La mujer se vuelve un espejismo, un “surtidor de sesgos y reflejos”, como dice el poema. No sería exagerado relacionar el perspectivismo vanguardista de Duchamp con aquel otro perspectivismo practicado de manera también revolucionaria por Cervantes y tan bien estudiado por Leo Spitzer en un



artículo ya clásico.<sup>9</sup> En 1605 el hombre que publica la Primera parte del *Quijote* es un vanguardista *avant la lettre* del arte narrativo, lo mismo que Duchamp en el campo de la plástica hacia 1911. Poco o nada importa el origen real de la visión porque en el triunfo artístico de la plasmación la mujer se desmaterializa para volverse mito, idea eterna. Su verdadera desnudez es el arquetipo de su Forma platónica. Después de todo, no hay que olvidar la tendencia platónica que inspira al cubismo, sobre todo en su fase analítica. Recordemos, además, que al comienzo del *Quijote* el narrador nos informa que, para don Quijote, “el caballero andante sin amores era árbol sin hojas y sin fruto y cuerpo sin alma”.<sup>10</sup> Dulcinea es “alma”. La relación o identificación que Paz establece entre Cervantes y Duchamp no es un mero destello de virtuosismo lúdico, sino una comparación plenamente consciente. Si Cervantes es el primero en oponer la visión irónica a la cosmovisión analógica, Duchamp será el practicante de lo que Paz llama “metaironía”, una ironía autoconsciente y afirmativa. La metafísica sustituida por la crítica y la crítica transformada por la ironía en el Mito de la Crítica. En el primero de sus dos libros sobre Duchamp (hay que recordar que Duchamp es el pintor más estudiado por el mexicano), Paz ya había trazado un paralelismo entre el pintor francés y el novelista español: los dos continúan la gran tradición occidental en la medida en que la critican y parodian. Inician una nueva tradición al romper con la vieja tradición. De ahí que no sea fortuito que Paz haya seleccionado la forma canónica del soneto como vehículo para su homenaje irónico tanto a Duchamp como a Cervantes.

\*

<sup>9</sup> Leo Spitzer, “Perspectivismo lingüístico en el *Quijote*”, en *Lingüística e historia literaria*, 2ª ed. (Madrid: Gredos, 1961), pp. 135-187.

<sup>10</sup> *Don Quijote de la Mancha*, op. cit., (I, 1, p. 33).

La sección central del libro, la tercera, llamada “Un sol más vivo”, consta de poemas que son reflexiones sobre la muerte. El título, conscientemente paradójico, se toma de un soneto del poeta novohispano Luis de Sandoval y Zapata. Y digo “paradójico” porque hay la certeza de que el sol del poniente ilumina con mayor intensidad. En contraste con la sección anterior predomina aquí la voz de la meditación. Son poemas que enfrentan la muerte, pero tal vez no sea exacto emplear la palabra “enfrentar”, con sus connotaciones de resistencia, porque el poeta no busca combatir o negar la muerte sino contemplarla, hablar con ella, reconocerse en ella y, finalmente, reconciliarse con ella. En este momento culminante de su trayectoria, Paz se reencuentra con Cervantes.

Veamos primero la estructura del poema más ambicioso de la sección, “Ejercicio preparatorio (Díptico con tablilla votiva)”. Consta de tres partes: los dos tableros del díptico y la tablilla final. Estamos ante un objeto devocional de significación claramente religiosa, cosa llamativa en el caso de un autor que siempre se declaró no creyente. Cada una de las tres partes tiene su título y su epígrafe. La inicial se llama “Meditación (Primer tablero)” y se encabeza con una cita del capítulo XX del Primer libro de los *Ensayos* de Montaigne, una cita acerca de la premeditación de la muerte como premeditación de la libertad. Según el estoicismo de Montaigne, hay que aprender a morir y la filosofía es una preparación para la muerte, para el encuentro con “este instante sin nombre, sin cara”, temporalidad que asume, en los versos de Paz, una identidad femenina: “Señora de las reticencias / que dice todo cuando dice nada, / Señora sin nombre, sin cara.” Ya con claros ecos de don Quijote en su lecho de muerte, el poeta declara: “*Es obsceno, / dije en una hora como ésta, / morir en su cama. / Me arrepiento: / quiero morir sabiendo que muero.*” Esta primera parte termina pidiendo una muerte personal e intransferible, una muerte con cara y nombre propios:



glo Borges sintió la necesidad de hacer un análisis técnico de este capítulo párrafo por párrafo para destacar sus logros.<sup>11</sup>

Vale la pena detenernos en este último capítulo de la Segunda parte del *Quijote*, capítulo que es espejo del primero y del último de la Primera parte.<sup>12</sup> Aquí, el héroe regresa al hogar, al solar, pero regresa también a la razón, a la cordura y, sobre todo, regresa a sí mismo, a su “verdadera” identidad. Este último capítulo nos informa por primera vez del verdadero nombre del protagonista, al decirnos que don Quijote vuelve a ser Alonso Quijano y no Quijada, Quesada o Quijana, como se dice en el primer capítulo: “Quieren decir que tenía el sobrenombre de ‘Quijada’, o ‘Quesada’, que en esto hay alguna diferencia en los autores que de este caso escriben, aunque por conjeturas verisímiles se deja entender que se llamaba ‘Quijana’.”<sup>13</sup> En este mismo capítulo inaugural se vuelve a mencionar el asunto del nombre del protagonista con alguna variante: “Puesto nombre, y tan a su gusto, a su caballo, quiso ponérsele a sí mismo, y en este pensamiento duró otros ocho días, y al cabo se vino a llamar ‘don Quijote’; de donde, como queda dicho, tomaron ocasión los autores de esta tan verdadera historia que sin duda se debía de llamar ‘Quijada’, y no ‘Quesada’, como otros quisieron decir.”<sup>14</sup>

El tema fundamental del nombre propio, introducido en el primer capítulo en el cual don Quijote se bautiza a sí mismo y da nombre a Dulcinea del Toboso y a su caballo Rocinante, llega a su

<sup>11</sup> Véase “Análisis del último capítulo del *Quijote*”, *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, 5ª época, año 1, núm. 1 (enero-marzo 1956), pp. 28-36. Este ensayo está recopilado en Jorge Luis Borges, *Textos recobrados (1956-1986)* (Buenos Aires: Emecé, 2003), pp. 13-25.

<sup>12</sup> Mi lectura del capítulo 74 de la Segunda parte debe mucho a dos estudios: José Echeverría, “La muerte de don Quijote”, *La Torre* (San Juan, Puerto Rico), vol. 2, núm. 3 (enero-marzo 1972), pp. 34-42; A. A. Sicroff, “La segunda muerte de don Quijote como respuesta de Cervantes a Avellaneda”, *Nueva Revista de Filología Hispánica*, vol. 24 (1975), pp. 267-291.

<sup>13</sup> *Don Quijote de la Mancha, op. cit.*, (I, 1, p. 28).

<sup>14</sup> *Ibid.*, (I, 1, p. 32).

culminación en el último capítulo de la Segunda parte, donde el héroe declara: “Dadme albricias, buenos señores, de que ya yo no soy don Quijote de la Mancha, sino Alonso Quijano, a quien mis costumbres me dieron renombre de ‘bueno’.”<sup>15</sup> Esta transformación es confirmada por el cura, cuando éste reconoce: “Verdaderamente se muere y verdaderamente está cuerdo Alonso Quijano el Bueno.”<sup>16</sup> En sentido estricto habría que hablar de la segunda muerte de don Quijote ya que al final de la Primera parte de 1605 se nos ofrecen los epitafios del héroe desaparecido. Entonces, como en el último capítulo de la Segunda parte, vuelven a aparecer los mismos personajes reunidos: Sancho Panza, el cura, el barbero, el bachiller Sansón Carrasco, el ama y la sobrina. La segunda muerte tiene que ser más definitiva porque Cervantes acababa de descubrir, en 1614, la existencia del *Quijote* apócrifo de Avellaneda. Es decir: descubre su existencia cuando ya tiene redactado muchísimo de su Segunda parte. De hecho, la especificación del apellido verdadero puede ser leída como parte de su ajuste de cuentas con la persona que se esconde bajo el nombre de “Avellaneda”. Es en este momento, sobre todo, en que Cervantes decide dejar constancia de esta prueba irrefutable de su propia autoría y del carácter apócrifo del *Quijote* de su rival.

La sabiduría es desengaño, saber quién se es, cuál es el nombre propio: es un reconocerse a uno mismo y a los demás. Lo que da sentido a la vida es el arte de buen morir. En un ambiente melancólico de gravedad y serenidad, el protagonista asume y acepta su muerte. Se trata, sin duda, de una muerte cristiana, ejemplar, asumida como un acto de penitencia y expiación para redimir el mundo de los engaños y efectos perniciosos de los abjurados libros de caballerías: “Ya soy enemigo de Amadís de Gaula y de toda la infinita catterva de su linaje; ya me son odiosas todas las historias profanas de la andante caballería; ya conozco mi necedad y el peligro en que me

<sup>15</sup> *Ibid.*, (II, 74, p. 1100).

<sup>16</sup> *Ibid.*, (II, 74, p. 1101).

pusieron haberlas leído; ya, por misericordia de Dios escarmentando en cabeza propia, las abomino.”<sup>17</sup> Estamos ante un acto de catarsis o purificación espiritual. Si uno ha vivido loco, hay que morir cuerdo, con plena conciencia.

Ahora podemos regresar al poema de Paz y leer algunos fragmentos de la segunda parte, “Rememoración (Segundo tablero)”:

Pero al morir tenemos una cara,  
morimos con un nombre.  
En la frontera cenicienta  
¿quién abrirá mis ojos?

Vuelvo a mis escrituras,  
al libro del hidalgo mal leído  
en una adolescencia soleada,  
con plurales violencias compartida  
[...]  
Con los ojos cerrados leo el libro:  
al regresar del desvarío  
el hidalgo a su nombre regresa y se contempla  
en el agua estancada de un instante sin tiempo.

Despunta, sol dudoso,  
entre la niebla del espejo, un rostro.  
Es la cara del muerto.

*En tales trances,*  
dice, *no ha de burlar al alma el hombre.*  
Y se mira a la cara:

deshielo de reflejos (pp. 139, 141-142).

<sup>17</sup> *Ibid.*, (II, 74, p. 1100-1101).

Desde luego, los versos en cursivas son una cita directa de palabras de don Quijote en el último capítulo de la novela.

Alonso Quijano recobra la conciencia y la razón al despertar de un sueño. Despierta, en realidad, de al menos dos sueños: el del dormir y el del sueño de la ficción caballeresca. Volver a uno mismo es rememorar y no es fortuito que la segunda parte del poema de Paz se llame precisamente “Rememoración”. Sin memoria, no hay identidad. El poeta rememora su propio pasado, su juventud, el espectáculo del Valle de México y las primeras lecturas, como la del *Quijote*. La reconciliación más alta o más profunda es la que se da entre el nombre y la cara, entre el hombre y su alma: una muerte personalizada o, como diría Rilke a principios del siglo xx, una “muerte propia”. Don Quijote, transformado en Alonso Quijano, tiene una muerte ejemplar, con conciencia, con los ojos abiertos, desengañado y libre.

La tercera parte de “Ejercicio preparatorio” comienza con un epígrafe de Horacio. Así tenemos, entre los tres epígrafes, a Cervantes equidistante de Montaigne y de Horacio. Es decir, estamos ante un Cervantes estoico cuya religiosidad cristiana es de signo tolerante, personal, un cristianismo de humildad y caridad, marcas del humanismo renacentista. Américo Castro, en su gran libro de 1925, *El pensamiento de Cervantes*, libro que inaugura la crítica moderna sobre nuestro autor, fue uno de los primeros en señalar la cercanía entre Cervantes y Montaigne y Erasmo. Al sostener que cada uno es “artífice de su ventura” y al afirmar “esta autonomía de nuestras determinaciones racionales”,<sup>18</sup> Cervantes coincide con las posturas del estoicismo que ofrece una moral personal, libre de las bases teológicas rígidas de la Contrarreforma. En palabras de Castro, “los héroes cervantinos más bellos y más nobles mueren conscientes, aspirando a inhibir su ser superior de aquel torbellino que les arrastra, pero

<sup>18</sup> Américo Castro, *El pensamiento de Cervantes* (Madrid: Anejo VI de la Revista de Filología Española, 1925), p. 339.







*Árbol adentro* se ve cansancio o repetición. El poeta no quiso descansar sobre sus laureles ni repetir lo que ya había hecho. Por paradójico que parezca, el libro parece obra de un poeta joven, pero con la experiencia de toda una vida. Octavio Paz logró lo más difícil para cualquier poeta y sobre todo para los más grandes: terminar con un libro esencial.

SEGUNDA PARTE  
HACIA LA POLÍTICA



## OCTAVIO PAZ EN EL DEBATE DE LA DEMOCRATIZACIÓN MEXICANA

Soledad Loaeza  
*El Colegio de México*

Desde 1968 y hasta mediados de los años noventa, Octavio Paz participó en forma pertinaz y apasionada en el debate en torno a la democratización mexicana. Sus observaciones y reflexiones a propósito de la historia y de la política, del Estado, de la hegemonía del Partido Revolucionario Institucional (PRI), y del papel de la *intelligentsia* fueron un referente en la discusión pública del último tercio del siglo xx. Con todo ello Paz escribió un capítulo significativo en la historia de las transformaciones del sistema político que pusieron fin al régimen autoritario.

En el contexto de confusión y búsqueda que generó el choque del 2 de octubre en Tlatelolco y que se prolongó durante más de dos décadas, los ensayos y las opiniones de Paz adquirieron un peso notable por la calidad de las ideas y de la prosa, y también porque eran un punto de orientación en medio del colapso de las certezas en que se había acomodado el país desde los años cincuenta. A diferencia de la mayoría de los intelectuales de la época, para quienes la justicia social era el único significado legítimo de la democracia, Paz hizo de la defensa de la libertad y del pluralismo los valores centrales del ideal democrático. Esta diferencia fue, entre otras, motivo de controversia, de polémica y de ruptura en el mundo de la *intelligentsia* mexicana.

Las aportaciones de Paz fueron significativas también porque atravesaban los muros de la universidad, donde se concentró buena parte de la discusión política en los setenta y los ochenta; sus argu-

mentos se apoyaban en una vasta cultura, en alusiones sorprendentes a pasados que eran ajenos sólo en apariencia, o en el memorioso recuento de su propia experiencia política. Por estos caminos apelaba a la curiosidad de un público más amplio que el que atendía los debates universitarios; así logró horadar el cerco de exclusividad que limitaba la discusión política al *campus* e introducirla en otros medios elitistas y de clase media que hasta entonces se habían mantenido al margen de estas preocupaciones.

Desde la publicación de *Postdata* en 1970 hasta sus reacciones ante la aparición del Ejército Zapatista de Liberación Nacional en 1994, las intervenciones de Octavio Paz fueron una guía, tanto para quienes se acogieron a su visión como para quienes la rebatieron; sus posturas en relación con los intelectuales y el poder, el presidencialismo, el Estado posrevolucionario, la revolución, el socialismo, la hegemonía de Estados Unidos y su conflicto con la Unión Soviética, entre otros asuntos, contribuyeron a estructurar la discusión pública. En las páginas de las revistas *Plural* (1971-1976) y *Vuelta* (1976-1998), y después de 1979 en las pantallas de televisión, Paz invitaba a pensar los dilemas y predicamentos del mundo y de México en lo que llamó una *época crepuscular*, un tiempo de incertidumbres y vaguedades<sup>1</sup> en el que se vinieron abajo o se desmoronaron muchas de las creencias que habían gobernado la segunda mitad del siglo xx: las virtudes del intervencionismo estatal, la inevitabilidad histórica del socialismo y la superioridad moral de la Unión Soviética. Sus planteamientos desembocaron en una propuesta liberal y democrática que no era original, pero rompía con la experiencia mexicana y con los modelos que durante años habían regido las ofertas políticas en un país generalmente inhóspito al liberalismo. Atento a los desarrollos en el pensamiento y la política en Europa occidental, en México Octavio Paz desafió el presupuesto de que a más Estado más democracia, y pro-

<sup>1</sup> Octavio Paz, *Tiempo nublado* (México: Seix Barral, 1983), p. 33.

movió, en cambio, la noción de que el Estado era el principal enemigo de la democracia.

La influencia de Paz en el debate político de esos años se explica, al igual que la de todos los intelectuales, porque la estructura jerarquizada y centralizadora del régimen autoritario les atribuía a éstos una posición de privilegio en la formación de la opinión pública y, en algunos casos, en el diseño de las decisiones del poder. En los regímenes democráticos su importancia es mucho menor porque la elaboración de alternativas de gobierno, el diseño de políticas gubernamentales y la orientación y organización de la opinión son asuntos de los partidos políticos. En un medio democrático el Norte del Príncipe son las encuestas de opinión y el cálculo electoral, antes que las apreciaciones o las interpretaciones de los intelectuales. Por esta misma razón la influencia de Paz en el debate en torno a la democratización mexicana fue grande en los años setenta y ochenta, antes de que surgiera una auténtica competencia electoral y partidos representativos, pero disminuyó o adquirió un carácter distinto después de 1994, una vez que se instalaron las bases del pluripartidismo y de la competencia electoral. Entonces, su opinión acerca de los asuntos de la realidad inmediata dejó de ser un llamado a la acción política y fue recibida sólo como la reacción de un artista a los acontecimientos nacionales, importante en sí misma, pero de repercusiones limitadas.

Paz advirtió que para comprender el significado de sus ensayos y comentarios políticos era indispensable situarlos en el contexto en que los había escrito. En la introducción de *El peregrino en su patria* llama la atención sobre el “carácter acusadamente temporal de los textos” que reúne ese volumen; y precisa que deben leerse con “ojos históricos”, porque —dice— están fechados.<sup>2</sup> Esto es, el tiempo con-

<sup>2</sup> Octavio Paz, *El peregrino en su patria: historia y política de México*, tomo 8 de las *Obras completas* (Barcelona / México: Círculo de Lectores / Fondo de Cultura Económica, 1993 / 1994), p. 15.

diciona su validez, a diferencia de lo que ocurre con su poesía. Tanto es así que señala al lector que sus opiniones de hoy (1993) “no son siempre las de aquel que en 1949 escribía *El laberinto de la soledad*; en cambio, otras se han fortalecido con los años”.<sup>3</sup> La evolución de sus percepciones y opiniones sigue el desarrollo de los acontecimientos en México y en el mundo en el último tercio del siglo xx; de ahí también muchas de sus contradicciones. Como se verá más adelante, en este proceso de reflexión sobre una realidad cambiante se fue definiendo su preferencia por la democracia pluralista; sin embargo, no fue éste su punto de partida, el cual estaba todavía influido, en 1970, por los paradigmas derivados de la experiencia mexicana, impregnada de los ideales de la democracia popular.

Para rastrear las contribuciones de Octavio Paz al debate sobre la democracia en México se examinan aquí tres momentos. El primero de ellos se desarrolla en los años 1971-1976, en el contexto del reformismo del Presidente Luis Echeverría, cuando el tema que dominó las preocupaciones de Paz fue el papel político de la *intelligentsia*; el segundo momento arranca con la publicación de *El ogro filantrópico* en 1979, cuando dirige la discusión hacia el intervencionismo estatal y el peso real del contexto internacional sobre las posibilidades de la democracia; y el tercer y último momento se inicia con el ensayo “Hora cumplida (1929-1985)”, a partir del cual Paz concentra su atención en la democracia electoral y en la consolidación del pluripartidismo. Estos tres temas fueron también los principales puntos de ruptura entre Paz y las izquierdas mexicanas, de suerte que cada uno de ellos fue también una fase del diálogo que sostuvo con individuos, grupos y corrientes marxistas o cercanos al marxismo, que fueron los interlocutores de su elección, pese a la acrimonia de los intercambios.

Esta periodización del debate político que condujo Octavio Paz en los años de la transición mexicana es por fuerza arbitraria. Ha sido

<sup>3</sup> *Idem.*



establecida con base en los temas que le imponía la realidad inmediata y que dominaron su reflexión y su discusión —muchas veces áspera— con otros observadores y comentaristas de la vida política. No obstante, ciertas líneas generales guían en forma consistente sus opiniones y juicios: en primer lugar, la primacía de la libertad; luego, la defensa de la independencia de individuos o grupos frente al Estado, es decir, la diversidad social como fuente de riqueza y creatividad; y, por último, la desconfianza frente a lo que percibía como el instinto expansionista del Estado. Si bien su interés fundamental era la actualidad mexicana, su referente para pensarla era, además de la historia y la cultura nacionales, el pensamiento socialista europeo, el socialismo real, el estalinismo, y la experiencia de los comunistas en Europa occidental. Uno de los más severos reproches que le hicieron las izquierdas era que el marco de su reflexión fuera una realidad en la que la hegemonía de Estados Unidos no tenía ni las connotaciones históricas ni las consecuencias que tenía para América Latina; igualmente inapropiadas les parecían las comparaciones con países europeos.

Aun así, Paz desempeñó un papel muy importante en la democratización de la discusión pública. Los años de la transición mexicana fueron propicios para que él se erigiera en el portavoz más distinguido de la corriente liberal que impulsó el desmantelamiento del régimen autoritario, no obstante su notable condición minoritaria.

#### OCTAVIO PAZ Y EL ¿QUÉ HACER? DE LA *INTELLIGENTSIA* MEXICANA DESPUÉS DE 1968<sup>4</sup>

El suplemento cultural de la revista *Siempre, La Cultura en México*, reprodujo en su edición del 30 de octubre de 1968 el texto de una carta que el embajador mexicano en la India, Octavio Paz, había enviado a los coordinadores del Programa Cultural de la XIX Olim-

<sup>4</sup> Esta sección debe mucho a las sugerencias de Eduardo Martínez.

piada, carta que rectificaba tanto su anterior negativa a participar en el Encuentro de Poetas que se había organizado en esa ocasión, como su decisión de no escribir el poema que se le había solicitado para la *exaltación del espíritu olímpico*.<sup>5</sup> En respuesta a las noticias de lo ocurrido en la Plaza de las Tres Culturas en Tlatelolco la tarde del 2 de octubre anterior, Paz pedía que transmitieran a los demás invitados el poema titulado “México: Olimpiada de 1968”, fechado el 7 de octubre de ese mismo año:

La limpidez  
 (Quizá valga la pena  
 Escribirlo sobre la limpieza  
 De esta hoja)  
 No es límpida  
 Es una rabia  
 (Amarilla y negra  
 Acumulación de bilis en español)  
 Extendida sobre la página  
 ¿Por qué?  
*La vergüenza es ira*  
*Vuelta contra uno mismo:*  
 Si  
*Una nación entera se avergüenza*  
*Es león que se agazapa*  
*Para saltar.*  
 (Los empleados  
 Municipales lavan la sangre  
 En la Plaza de los Sacrificios)  
 Mira ahora,  
 Manchada  
 Antes de haber dicho algo

<sup>5</sup> Véase *La Cultura en México*, núm. 350 (30 octubre 1968).

Que valga la pena,  
La limpidez.<sup>6</sup>

En una edición posterior *La Cultura en México* comentaba la noticia publicada en el periódico *Excelsior* el 17 de octubre, según la cual el Embajador Paz había renunciado a esa posición y, en tanto miembro del servicio exterior desde 1943, había solicitado a la Secretaría de Relaciones Exteriores la disponibilidad.

Esta decisión marcó un hito en la historia de las relaciones entre los intelectuales y el poder en México, así como en la de la propia *intelligentsia*, que después de 1970 quedó fracturada. Hasta entonces, y como el propio Paz había escrito en *El laberinto de la soledad* más de veinte años antes, ese grupo se había desarrollado en estrecha cercanía con el Estado en el contexto de una experiencia revolucionaria que necesitaba de su concurso para llevar a cabo los cambios sociales y económicos a que se había comprometido. Los ideales de transformación justificaron este compromiso que fue, sin embargo, un pacto fáustico. Para Paz, la obra de la *intelligentsia* en la construcción del México moderno era admirable, pero la había pagado con su independencia. Su compromiso con el Estado la había empujado a renunciar a ser “la conciencia crítica de su pueblo”:

La *intelligentsia* mexicana [...] no ha podido o no ha sabido utilizar las armas propias del intelectual: la crítica, el examen, el juicio. El resultado ha sido que el espíritu cortesano [...] ha invadido casi toda la esfera de la actividad pública.<sup>7</sup>

Después de 1968 las posiciones de Paz en relación con la *intelligentsia* y con la universidad, que era su medio de reclutamiento y

<sup>6</sup> *Idem.*

<sup>7</sup> Citado en *Sueño en libertad. Escritos políticos*, selección y prólogo de Yvon Grenier (México: Seix Barral, 2001), pp. 313-314.

foro natural, generaron agrias polémicas al menos en tres frentes: entre los mismos intelectuales ya establecidos, con la izquierda intelectual en formación, y con la izquierda universitaria. Distintos temas lo separaban de cada uno de estos grupos, aunque todos ellos derivados del más general de las relaciones entre el poder y la inteligencia. Las diferencias con los primeros derivaron de posiciones encontradas frente a la *Apertura Democrática* del Presidente Echeverría (1970-1976); del segundo grupo lo distanciaba la antinomia intelectual comprometido / intelectual liberal; y la convicción de que la política no debía ser el *domaine réservé* de las universidades ni éstas rehén de partidos o de ideologías, lo oponía a su tercer interlocutor.

Los intelectuales de la época —escritores, pintores, escultores, músicos, científicos y universitarios—, salvo algunas excepciones notables, coincidían en que el país se encontraba en un momento decisivo. Al iniciarse el gobierno de Luis Echeverría pocos cuestionaban el agotamiento del sistema político que había quedado al descubierto en 1968, o la urgencia de los problemas de pobreza y desigualdad. También compartían la creencia de que ante la crisis política sólo había dos posibles caminos: democracia o dictadura. No obstante, el desacuerdo se instalaba en su seno cuando se trataba de discernir el significado de la primera, así como la manera de alcanzarla. Mientras unos hablaban de socialismo, aunque por la vía reformista, otros proponían el fortalecimiento del Estado posrevolucionario, volviendo los ojos a la tradición cardenista de la Revolución mexicana.

Para Paz, la crisis política que habían precipitado los acontecimientos del verano de 1968 era una oportunidad para que la *intelligentsia* se liberara del compromiso del pasado, y recuperara distancia en relación con el Estado, así como su función crítica en la sociedad, pero, sobre todo, frente al poder. Sin embargo, en 1970 su propuesta se topó con la alternativa que ofrecía la política de *Apertura Democrática* que puso en pie el Presidente Echeverría para restablecer el diálogo y las relaciones del Estado y del gobierno con los intelectuales y con los universitarios. Una estrategia que en última instancia condu-

cía también a la neutralización de esta oposición. La voluntad de acercamiento del presidente con sus adversarios de antes, de sus años al frente de la Secretaría de Gobernación, fue aceptada por un sector importante de la *intelligentsia*, que estuvo dispuesto a restablecer la tradición de cooperación con el poder a la que Paz alude en el pasaje de *El laberinto de la soledad* arriba citado. Esta política redujo en forma considerable las perspectivas de independencia de este grupo porque muchos de sus más connotados integrantes atendieron a la invitación de Echeverría de sumarse a su propuesta de autocrítica y promover reformas desde el Estado.

A inicios de 1971 Paz apoyó algunas de las medidas del nuevo gobierno: la liberación de presos políticos y la voluntad de diálogo con la oposición independiente. Sin embargo, las secuelas del asalto que perpetró un grupo paramilitar, *Los Halcones*, dependiente del Departamento del Distrito Federal, en contra de una pacífica e inermes marcha de estudiantes el 10 de junio de ese año empujaron a Paz a rechazar el acercamiento. Para responder a la amplia reacción de ultraje que provocó este nuevo ataque contra un grupo de estudiantes, el Presidente Echeverría cesó al regente de la ciudad y al jefe de la policía, y se comprometió a investigar a fondo el episodio y a castigar a los responsables en un plazo de dos semanas. En una entrevista que se le hizo a poco más de un mes de los acontecimientos, Paz celebró el anuncio con cauteloso entusiasmo. A su manera de ver, el cese de los funcionarios era

un gesto excepcional [...] Creo que es la primera vez que sucede. La medida presidencial conquistó la aprobación y la simpatía de la gran mayoría de la opinión pública. El presidente ganó nuestra confianza. Pero nuestra confianza, ya lo dije, es condicional y crítica. El presidente prometió una investigación y el castigo a los culpables. Ahora el país entero espera, con angustia y con impaciencia, conocer los resultados de esa investigación. [...] En México los infractores de la ley, cuando son poderosos, conquistan con frecuencia la impunidad. Si ahora se

castiga a los culpables se habrá mostrado que México empieza a vivir en un régimen de derecho.<sup>8</sup>

Como es bien sabido, el Presidente Echeverría nunca cumplió esa promesa. Esta falla presidencial provocó una fractura en el seno de la *intelligentsia*. Fernando Benítez y Carlos Fuentes, entre otros escritores, estuvieron dispuestos, pese a todo, a respaldar al presidente porque veían en la institución que representaba el único obstáculo efectivo al avance de las “fuerzas de la reacción”, y la única vía posible de supervivencia del Estado nacional.<sup>9</sup> La división se prolongó a lo largo del período de democratización. En ese lapso surgieron nuevas discrepancias, pero en el origen siempre estuvo el incumplimiento de aquel compromiso presidencial y, en términos generales, las divergencias a propósito de cuál debía ser la relación entre los intelectuales y el poder.

En agosto de 1972 Carlos Fuentes escribió en *Plural*: “Dejar aislado al Presidente de la República significa, para mí, abstenerse de una participación crítica en nuestra vida pública.”<sup>10</sup> Argumentaba que la situación mundial de deterioro de las relaciones entre la Unión Soviética *brejneviana* y los Estados Unidos de Richard Nixon y Henry Kissinger, ponía en peligro la supervivencia de México como “comunidad nacional viable”. Según Fuentes, estaba en marcha un nuevo proyecto imperial que contaba con el respaldo de la derecha mexicana, cuyo propósito era crear “un protectorado que salve sus

<sup>8</sup> Octavio Paz, “Respuestas a diez preguntas (Entrevista con Josefina e Ignacio Solares)” [entrevista transmitida por Radio Universidad el 13 de julio de 1971], en *El peregrino en su patria*, *op. cit.*, p. 487.

<sup>9</sup> Fernando Benítez declaró a la prensa en marzo de 1972: “Echeverría o el fascismo”. Citado en Jaime Sánchez Susarrey, *El debate político e intelectual en México* (México: Grijalbo, 1993), p. 29.

<sup>10</sup> Carlos Fuentes, “Opciones críticas en el verano de nuestro descontento”, *Plural*, núm. 11 (agosto 1972), p. 3.

intereses económicos y sus privilegios de clase”.<sup>11</sup> Sostenía que el Presidente Echeverría era un “estadista visionario” que

[...] lejos de inclinar la cabeza ante el nuevo *status quo* internacional y aceptar con fatalismo la posición geográfica de México como vecino de una de las grandes potencias en un mundo repartido por ellas en zonas impermeables de influencia [...] se ha rebelado contra esa situación.<sup>12</sup>

Desde su perspectiva, el presidente retomaba la tradición cardenista de defensa de la soberanía nacional, aunque reconocía que era omiso en temas de reforma interna tan importantes como la ampliación, el fortalecimiento, la honestidad y la eficacia del sector público, y la promoción del ejercicio de las libertades civiles. Pero, añadía Fuentes, él bien sabía que el presidente no aceptaba “complacido esta situación” y quería cambiarla, como lo había demostrado generando “una nueva atmósfera de libertad”. A quienes pensaban que el reformismo echeverrista era una tabla de salvación para la burguesía, Fuentes respondía: “No lo creo.” Al contrario, el presidente le dificultaba el paso a la derecha. Por esta razón el escritor interpretó los hechos del 10 de junio de 1971 en los siguientes términos:

Todas las fuerzas de la reacción mexicana se confabularon para tenderle una trampa a Luis Echeverría, estigmatizar represivamente al nuevo régimen, desacreditar la difícil y calificada opción democrática con que el nuevo mandatario intentó superar la honda crisis del 68.<sup>13</sup>

En esta ocasión la respuesta estuvo a cargo de Gabriel Zaid, quien en el número siguiente de *Plural* reconvinó a Fuentes por “sumar” su fuerza, su autoridad moral, su prestigio internacional y su

<sup>11</sup> *Ibid.*, p. 6.

<sup>12</sup> *Idem.*

<sup>13</sup> *Ibid.*, p. 8.

independencia al presidente de la república: “Te equivocas si para salvar a México de las Fuerzas del Mal hay que someter la vida pública a las necesidades del Ejecutivo.”<sup>14</sup> Y agregó:

El contexto, aunque no quieras, configura tu posición como una entrega de independencia. Una entrega totalmente gratuita, en el doble sentido de buena para nada y a cambio de nada: ni para el público ni para ti, que no sólo no te beneficias, sino pierdes. Eso es lo más absurdo de todo: independientemente y por tu cuenta, has hecho más difícil la independencia. No porque vaya a desatarse una persecución contra los disidentes de la verdad oficial. No se ve la necesidad. La tenebra puede esperar a que pase el cadáver de una independencia intelectual que no necesitó represión, porque se anuló a sí misma. El desprestigio no será del régimen sino de la independencia. Has hecho fácil la cargada contra los intelectuales: es más fácil ponerse exigentes contigo [...] que con Luis Echeverría.<sup>15</sup>

El tema de la independencia de los intelectuales dominó el debate que sostuvo Paz con sus amigos y colegas en estos años. En octubre de 1972 la revista *Plural* ofreció a sus lectores la discusión “Los escritores y la política”, en la que participaron Carlos Fuentes, Carlos Monsiváis, José Emilio Pacheco, Tomás Segovia, Luis Villoro, Gabriel Zaid y el propio Paz.<sup>16</sup> Éste hizo una crítica del presidencialismo mexicano que puede ser leída como una respuesta oblicua a la postura de Fuentes. Decía que el presidencialismo mexicano se parecía más “a la *dictadura* de la antigua Roma” que al modelo norteamericano que lo había inspirado: “es un régimen de excepción en una

<sup>14</sup> Gabriel Zaid, “Carta a Carlos Fuentes”, *Plural*, núm. 12 (septiembre 1972), p. 52.

<sup>15</sup> Zaid urgía a condicionar su apoyo a Echeverría al esclarecimiento de los hechos del 10 de junio (*ibid.*, pp. 52-53).

<sup>16</sup> “Los escritores y la política”, *Plural*, núm. 13 (octubre 1973), pp. 20-25.



situación de paz y normalidad”. Más adelante insistía en que como escritor su deber era:

[...] preservar mi marginalidad frente al estado, los partidos, las ideologías y la sociedad misma. Contra el poder y sus abusos, contra la seducción de la autoridad, contra la fascinación de la ortodoxia. Ni el sillón del consejero del Príncipe ni el asiento en el capítulo de los doctores de las Santas Escrituras revolucionarias.<sup>17</sup>

La defensa que hacía Paz del intelectual liberal, del que no está comprometido con ninguna ideología ni con más causa que la libertad, provocó la reacción de los jóvenes de la Generación de 1968,<sup>18</sup> cuya sensibilidad, en cambio, exigía el compromiso revolucionario. Al mismo tiempo que polemizaba con sus amigos y colegas a propósito de la *Apertura Democrática*, Paz estableció un incipiente diálogo con este grupo que después de 1978 se convirtió en su interlocutor principal en los debates en torno al Estado y a la política estadounidense en América Latina.

En agosto de 1972 tanto Héctor Manjarrez y Carlos Pereyra como Héctor Aguilar Camín y Enrique Krauze discutieron en *La Cultura en México* el tema del intelectual liberal. El texto de Aguilar

<sup>17</sup> Octavio Paz, “Los escritores y la política”, *ibid.*, p. 20. La relación entre Octavio Paz y Carlos Fuentes se deterioró a lo largo del tiempo. En el verano de 1988 Enrique Krauze, subdirector de *Vuelta*, publicó en esa revista y en *The New Republic* un feroz ataque en contra de Fuentes. Muchos atribuyeron la paternidad de este escrito a Paz. Nunca hubo reconciliación entre los dos escritores.

<sup>18</sup> Apoyado en Ortega y Gasset, así denomina Sánchez Susarrey al “conjunto de individuos” que comparten una experiencia común, que se distinguen por su *sensibilidad vital*, en este caso cincelada por el movimiento estudiantil y, muy en particular, por el 2 de octubre. A esa generación pertenecen los nacidos entre 1936 y 1950. Entre ellos identifica a Héctor Aguilar Camín, Jorge Aguilar Mora, Roger Bartra, José Joaquín Blanco, Arnaldo Córdova, Enrique Krauze, Lorenzo Meyer, José Emilio Pacheco, Carlos Monsiváis, Carlos Pereyra y Guillermo Sheridan. Sánchez Susarrey, *op.cit.*, p. 21.

Camín y Krauze es un ejemplo de estos primeros intercambios.<sup>19</sup> Con apoyo en lecturas de Antonio Gramsci, cuyos textos entonces dominaban el medio universitario, criticaban las posiciones idealistas que confundían el *deber ser* del intelectual, ahistórico y esencialista, que le confería, “merced a un difuso capital cultural, los atributos de la blancura social, la racionalidad pura y la superioridad emocional”, con el *ser* intelectual. Según ellos, si bien en Europa el intelectual liberal era posible, en América Latina la labor de los intelectuales había sido “eminentemente política”. Aguilar Camín y Krauze insistían en que los intelectuales mexicanos se habían comprometido “por necesidad” con la realidad inmediata y que si en ese momento no lo hacían rehuían una responsabilidad que les imponía la urgencia de los problemas del país.<sup>20</sup> Vale la pena subrayar que esta postura no los llevaba a apoyar al echeverrismo, sino que mantenían una clara distancia de los intelectuales que se aglutinaron en torno al presidente de la república.<sup>21</sup>

El tono de la respuesta a los bisoños escritores en esta ocasión fue bastante juguetón. A la queja de Manjarrez de que se les hubiera tildado en forma calumniosa de fascistas y estalinistas, Paz reviró: “Ilustramos nuestra afirmación con un ramillete de citas tomadas de los tres escritos de los dos y medio autores que componen el cuarteto”;<sup>22</sup> y a la protesta de que la columna en que se les respondió fuera anó-

<sup>19</sup> Héctor Aguilar Camín y Enrique Krauze, *La Cultura en México*. Suplemento de *Siempre*, núm. 548 (9 agosto 1972).

<sup>20</sup> *Idem*.

<sup>21</sup> En agosto de 1975 Héctor Aguilar hacía un balance de la política de Echeverría hacia los intelectuales: “Nunca, creo, se han comprado en México tantos libros, nunca los escritores, los investigadores de las ciencias sociales, las burocracias académicas y culturales han tenido tantos recursos a la mano, tantos lugares donde escribir y autopromoverse; tantas proposiciones de trabajo, tantas facilidades presupuestales”, y concluía que Echeverría había logrado comprar, seducir la conciencia crítica del país. Héctor Aguilar Camín, “Las miserias no asimiladas. El festín oficial de la conciencia”, *La Cultura en México*. Suplemento de *Siempre*, núm. 1157 (27 agosto 1975).

<sup>22</sup> “Letras, letrillas y letrones”, *Plural*, núm. 12 (septiembre 1972).

nima contestó: “Los espíritus chocarreros que escriben esta sección (*Letras, letrillas y letrones*) no tienen nombre, pero el responsable de sus dichos es el director de *Plural* (a sus órdenes).”<sup>23</sup>

Paz insistía en que el compromiso ideológico del intelectual, cuando se traducía en acción política, pervertía su función crítica y destruía la creatividad:

La historia de la literatura moderna, desde los románticos alemanes e ingleses hasta nuestros días, es la historia de una larga pasión desdichada por la política. De Coleridge a Mayakovski, la revolución ha sido la gran Diosa, la Amada eterna y la gran Puta de poetas y novelistas. La política llenó de humo el cerebro de Malraux, envenenó los insomnios de César Vallejo, mató a García Lorca, abandonó al viejo Machado en un pueblo de los Pirineos, encerró a Pound en un manicomio, deshonoró a Neruda y a Aragon, ha puesto en ridículo a Sartre, le ha dado demasiado tarde la razón a Breton... Pero no podemos renegar de la política; sería peor que escupir contra el cielo: escupir contra nosotros mismos.<sup>24</sup>

Así pues, el problema para Paz no era la participación política del intelectual, sino los riesgos que traía para su independencia cuando esa participación no se daba de manera estrictamente individual. Repudiaba la colectivización del pensamiento, de la creación y de la acción del artista, que se derivaba de la pertenencia a grandes ideologías unificadoras, las cuales históricamente habían llevado a la formación de partidos antiliberales que, como los estalinistas y los fascistas, habían enjaulado la creatividad. Paz distinguía al político del escritor:

<sup>23</sup> *Idem.*

<sup>24</sup> Octavio Paz, “La letra y el cetro”, publicado originalmente en *Plural*, núm. 13 (octubre 1972).

El político representa a una clase, un partido, o una nación; el escritor no representa a nadie. La voz del político surge de un acuerdo tácito o explícito entre sus representados; la voz del escritor nace de un desacuerdo con el mundo o consigo mismo, es la expresión del vértigo ante la identidad que se disgrega.<sup>25</sup>

El tema de la democratización de la vida pública fue el punto central de las diferencias entre Paz y la izquierda universitaria de la época. La *Apertura Democrática* del Presidente Echeverría significó un importante incremento de recursos financieros para las universidades públicas, así como la creación de nuevas instituciones de enseñanza media superior y superior (en 1971 se fundó el Colegio de Ciencias y Humanidades, como parte de un programa de reforma que incluía la ampliación de las vías de acceso a la universidad). El aspecto de esta política que tuvo mayores repercusiones inmediatas sobre la vida intelectual fue la intensa politización de las universidades. En el contexto de la época este proceso significó el ascenso de la influencia del Partido Comunista Mexicano (PCM), y más en general de la miscelánea de las izquierdas mexicanas, en el ámbito universitario. Pese a que en su momento la liberalidad del gobierno frente a la politización de las universidades fue vista como *disposición al diálogo*, su efecto fue catastrófico para la función educativa de la universidad, así como para el debate político, que casi se convirtió en una actividad especializada del *campus*. Las universidades se transformaron en un avispero de activismo político, mientras que la despolitización prevalecía en el resto de la sociedad.<sup>26</sup>

<sup>25</sup> Octavio Paz, “El escritor y el poder”, en *El peregrino en su patria, op. cit.*, p. 550.

<sup>26</sup> La toma de la torre de rectoría de la UNAM que protagonizaron Mario Falcón y Miguel Castro Bustos en 1972 con el pretexto de exigir pase automático a la Facultad de Derecho a normalistas, fue para Paz la prueba desoladora de la política del gobierno que, bajo la apariencia de la tolerancia, permitía que las instalaciones de la UNAM se convirtieran en un “Teatro del Escarnio”. La indignación que le causaba la política gu-

Octavio Paz consideraba que el gobierno había entregado las universidades al PCM, de manera análoga a la política alemanista que en los años cuarenta había dejado a la UNAM a merced de la extrema derecha. Pese a las diferencias ideológicas entre una y otra experiencia, sus consecuencias eran muy similares: la función esencial de la universidad se desvirtuaba cuando se la veía como “ariete contra el gobierno”, según lo planteaba un líder universitario de la época.<sup>27</sup> Sin embargo, la mayor preocupación de Paz era que esta política no solamente limitaba la transformación del PCM y de la izquierda, encerrada en el *ghetto* de clase media que era la universidad y sin ningún acceso a obreros y campesinos, sino que circunscribía el debate público al medio universitario. Con esta política el gobierno también controlaba la participación porque las izquierdas actuaban en un medio protegido —donde gracias a la autonomía universitaria en el *campus* los grupos más radicales circulaban incluso armados—, y al mismo tiempo el Presidente Echeverría mantenía aislada la discusión pública del resto de la sociedad.

Paz calibró con lucidez las implicaciones de esta política hacia las universidades para la izquierda y para la democratización del debate público. Creía que el camino hacia la “realidad pasa por la organización democrática: la plaza pública, no el claustro ni la catacumba, es el lugar de la política”.<sup>28</sup> De ahí que en 1973 exigiera sacar la política del aula y de los laboratorios, y trasladarla a su medio natural, que eran los partidos. Lo que pidió fue:

---

bernamental sólo era comparable a la irritación que le provocaba la actitud de muchos intelectuales de izquierda que durante dos meses callaron “ante la escandalosa utilización de las ideas de izquierda en la Universidad y que incluso algunos, echando aceite al fuego, amparen con su autoridad la ‘hipótesis astronómica’ y las parodias revolucionarias”. “Letras, letrillas y letrones”, *Plural*, núm. 16 (enero 1973), p. 36.

<sup>27</sup> Citado en *ibid.*, p. 38. Ver también Octavio Paz, “Los partidos en la Universidad”, en *El peregrino en su patria, op. cit.*, pp. 523-526.

<sup>28</sup> Octavio Paz, “La otra violencia”, *Plural*, núm. 21 (junio 1973), citado en *El peregrino en su patria, op. cit.*, p. 493.

[...] cambiar el sitio de la confrontación política: crear un espacio público abierto donde se despliegue la actividad de los grupos independientes. O sea: esforzarse de verdad por la democratización del país. Ése fue el sentido profundo del movimiento estudiantil de 1968 y lo que le valió la inmediata adhesión popular. La izquierda es la heredera natural del movimiento de 1968 pero en los últimos años no se ha dedicado a la organización democrática sino a la representación —drama y sainete— de la revolución en los teatros universitarios.<sup>29</sup>

#### LA DEFENSA DE LA DEMOCRACIA CONTRA EL ESTADO Y CONTRA LA REVOLUCIÓN

En los años ochenta el debate en torno al Estado se instaló en México. Hasta entonces uno de los componentes centrales del consenso que sostuvo la estabilidad política del país había sido la creencia de que el desarrollo del Estado era una condición de la democracia. Después de 1982 fue ganando terreno la opinión de que el Estado era un obstáculo para la democracia. La crisis de 1968 está en el origen de este cambio, pues la violencia de la represión había puesto al descubierto las pulsiones autoritarias del sistema político, tal y como Octavio Paz lo expuso en *Postdata*. En la búsqueda de una alternativa para resolver la crisis política unos respondían que la solución pasaba por el Estado, retomando algunos de los presupuestos tradicionales de la izquierda oficial; pero otros, como Paz mismo, respondían que la independencia en relación con el Estado era el único camino posible hacia la democracia.

La publicación de *Postdata* hizo creer a muchos en México que Octavio Paz podría convertirse en el jefe de la oposición, emulando

<sup>29</sup> *Idem.*

a José Vasconcelos.<sup>30</sup> Sin embargo, esta perspectiva se desvaneció en unos cuantos meses. Paz mostró poco interés en esa posibilidad, pero tampoco podría haberlo sido porque a diferencia de sus lectores de izquierda en 1969 Paz ya no creía en el potencial democratizador ni del Estado ni de las revoluciones que “degeneran en regímenes más o menos paternalistas y opresores”. De esta manera rompía el vínculo entre revolución y democracia, entre Estado y democracia. Este corte está detrás del discurso político paciano del último tercio del siglo xx, y fue su principal contribución a la formación de actitudes democráticas en México.

En esta discusión las posiciones de Paz fueron notablemente consistentes a lo largo del tiempo. En 1972, en una carta a Adolfo Gilly, había subrayado que la *independencia* (Paz enfatizaba con cursivas la importancia que atribuía a esta condición) frente al Estado era una condición esencial para la construcción de una fuerza realmente democrática, y recordaba el alto precio que los comunistas habían pagado por la alianza que establecieron con el cardenismo en el poder, cuando “se convirtieron en el furgón de la cola del lomberdismo”.<sup>31</sup> Después de 1968 la preocupación por la independencia frente al Estado domina las reflexiones pacianas. En 1973, a cinco años de la tragedia de Tlatelolco, escribió:

La verdad es que el primero y casi el único que ha aprovechado la experiencia de 1968 es el régimen mismo, que en los últimos años —no sin recaídas ni contradicciones como la del 10 de junio de 1971— se ha embarcado en un programa de reformas tendientes a liberalizarlo. Sería inmoral ignorarlas o minimizarlas; sería falso decir que son suficientes.

<sup>30</sup> Octavio Paz, “Suma y sigue. Conversación con Julio Scherer”, en Grenier (ed.), *Sueño en libertad, op. cit.*, p. 75.

<sup>31</sup> Octavio Paz, “Carta a Adolfo Gilly, Cárcel de Lecumberri, Crujía N”, fechada “Cambridge, 19 de enero de 1972”, en *Plural*, núm. 5 (febrero 1972), pp. 16-20.

No, el remedio no puede venir de una reforma desde arriba sino desde abajo, impulsada por un movimiento popular *independiente*.<sup>32</sup>

Las críticas de Paz al estatismo deben ser leídas a la luz del contexto interno que entre 1970 y 1982 se caracterizó por el presidencialismo desbordado de los Presidentes Luis Echeverría y José López Portillo, y por la cristalización de esta concentración del poder y de la autoridad del Ejecutivo en la expansión del dirigismo estatal que, si bien era característico del modelo mexicano, en estos años tuvo un alcance sin precedentes. La crítica de Paz al Estado también estaba inserta en un contexto internacional que se modificaba: desde 1978 aparecieron las primeras señales de que los paradigmas que habían gobernado los modelos de crecimiento de la posguerra se habían agotado y empezaban a ser sustituidos por nuevas fórmulas. En aquel año el Presidente de la República Popular China, Deng Xiao Ping, introdujo las primeras medidas de liberalización comercial; en 1979 llegó al poder en Gran Bretaña Margaret Thatcher y Juan Pablo II fue elegido Papa; y en 1980 Ronald Reagan ganó las elecciones en Estados Unidos. Estos cambios fueron configurando el contexto del ascenso del *neoliberalismo*, las embestidas ideológica y política en contra del Estado benefactor y, más en general, del intervencionismo estatal, así como el paulatino desmoronamiento del socialismo en Polonia, un nuevo nivel de confrontación entre Estados Unidos y la Unión Soviética, y una ofensiva más amplia en contra de los regímenes socialistas en la que participaban tanto los gobiernos de Washington y Londres como el Vaticano. En estas circunstancias las políticas de los gobiernos mexicanos de los años 1970-1982 —incluida la política exterior de apoyo a las causas del Tercer Mundo o a las experiencias revolucionarias en Centroamérica— iban a contracorriente de las tendencias internacionales.

<sup>32</sup> Octavio Paz, "A cinco años de Tlatelolco", en *El peregrino en su patria*, *op. cit.*, pp. 334-335.



La reflexión de Paz a propósito del Estado en estos años transcurrió, por una parte, dentro de los márgenes de la observación de los desarrollos internacionales, muy concentrada en la experiencia europea; y, por la otra, era una visión histórica, pero sobre todo culturalista, del desarrollo del Estado en México. Si miramos las posturas de entonces de Paz desde la perspectiva de los inicios del siglo XXI, que son los de una transición democrática concluida, entonces puede apreciarse la originalidad de una posición que rompía con el paradigma posrevolucionario, que veía en el Estado el principal agente de democratización de la sociedad, para exhibirlo, en cambio, como el obstáculo mayor al cambio político. Paz admitía que históricamente el Estado había sido fundamental para formar a la nación mexicana e impulsar el desarrollo económico, pero consideraba que, como lo había demostrado la crisis de 1968, la sociedad de la segunda mitad del siglo XX había cambiado, era más diversa, más compleja y más participativa. Por consiguiente, podía sacudirse la tutela del Estado.

Octavio Paz, y la mayoría de los autores de la revista *Vuelta*, se convirtieron en críticos consistentes del estatismo y de su instrumento más visible: el presidencialismo. Sus posiciones no deben verse sólo a la luz del debate ideológico entre grupos antagónicos, sino como reacción a los resultados negativos de los gobiernos de Echeverría y de López Portillo, que en ambos casos terminaron en una debacle económica. Entonces la crisis del estatismo mexicano no fue únicamente política, como había ocurrido en 1968, sino que se había visto agravada por el severo deterioro de la economía y por la incapacidad de estos gobiernos para encontrar una solución viable y reiniciar un crecimiento sostenido. Las críticas al presidencialismo y al estatismo fueron un vehículo para difundir los valores de la democracia liberal.<sup>33</sup>

La desconfianza que el Presidente Echeverría inspiraba a Paz

<sup>33</sup> Ver, por ejemplo, los ensayos de Gabriel Zaid en *La economía presidencial* (México: Vuelta, 1987).

quedó plenamente justificada al final del sexenio. El 8 de julio de 1976 un grupo mayoritario de la cooperativa *Excélsior* votó la destitución del entonces director general, Julio Scherer García, y del subdirector, Hero Rodríguez Toro, en una asamblea turbulenta y plagada de agresiones en la que fueron acusados de incompetentes y hasta deshonestos. Octavio Paz y el consejo editorial de *Plural* renunciaron a la revista, y en noviembre se publicó el primer número de *Vuelta*. Aunque la responsabilidad del gobierno en este conflicto nunca quedó plenamente demostrada,<sup>34</sup> el *Aviso* con que Paz presenta el primer número de la nueva publicación afirma: “No es fácil medir esa responsabilidad pero me parece indudable que el golpe no se habría dado si sus autores no hubiesen contado por lo menos con el consentimiento tácito del poder.”<sup>35</sup>

A partir de entonces, buena parte de sus reflexiones y ensayos políticos se concentró en la denuncia del poder del Estado y de la amenaza que representaba para la sociedad. La ausencia de una prensa crítica, como lo había sido *Excélsior*, reducía los espacios de libertad. Lo ocurrido en el periódico era, según Paz, la “confirmación de que el Estado sigue siendo el poder determinante en México. El gobierno crece a expensas de la sociedad”.<sup>36</sup> En entrevista con Julio Scherer en 1977 afirmó:

Ésa es la verdadera amenaza a la que se enfrentan lo mismo los europeos que los asiáticos, los africanos que los latinoamericanos, es decir, el mundo entero. El “monstruo frío” ha crecido desmesuradamente en

<sup>34</sup> Carlos Fuentes acusó nuevamente a los enemigos del Presidente Echeverría de tenderle una celada. Así declaró a *El Sol de México* el 30 de julio de 1976: “La historia de los últimos cinco años y medio indica, más bien, que una vez más los enemigos abundantes y poderosos de Echeverría han aprovechado una situación particular, la crisis interna de *Excélsior*, para sumarse a un esfuerzo final, oportuno por tardío, de desacreditar una política que les daña.” Citado en Marco Levario Turcott, “Un mito llamado *Excélsior*”, julio de 2001. [www.etcetera.com.mx](http://www.etcetera.com.mx), 28 de noviembre 2005.

<sup>35</sup> Octavio Paz, “Aviso”, en *El peregrino en su patria*, op. cit., p. 564.

<sup>36</sup> *Idem*.

este siglo. A su imagen y semejanza, las otras organizaciones sociales —empresas capitalistas, sindicatos obreros, partidos políticos— se han transformado en Estados en miniatura, cada uno dotado de su correspondiente burocracia.<sup>37</sup>

En *El ogro filantrópico*, publicado en 1979, encontramos, por una parte, las ideas generales del antiestatismo que desarrolló en estos años, pero sobre todo los ecos de este episodio,<sup>38</sup> así como sus apreciaciones iniciales de la reedición de un nuevo hiperpresidencialismo, con el ascenso al poder de José López Portillo. En este ensayo Paz describe al Estado del siglo xx como la encarnación del *mal*, “como una fuerza más poderosa que la de los antiguos y como un amo más terrible que los viejos tiranos y déspotas. Un amo sin rostro, desalmado y que obra no como un demonio sino como una máquina”.<sup>39</sup>

Paz afirma que en América Latina el Estado ha sido una realidad “ambigua”, con sus propios rasgos. Sus contradicciones le resultan bien aparentes en el caso mexicano, donde, apunta, había sido el agente central de modernización. No obstante sus aciertos en este terreno y en la superación de los caciquismos y de la inestabilidad política, se había constituido en una doble burocracia: una, la que integraban los administradores y los tecnócratas; otra, la de los profesionales de la política que dirigían, en sus diversos niveles y escalones, al PRI. Paz consideraba que en el Estado residía todo el poder en México, que tendía a imponerse sobre la sociedad, primero porque sindicatos y capitalistas por igual estaban subordinados a su autoridad, al igual que los universitarios y los escritores que en esos momentos cumplían la misma función que habían cumplido “los frailes

<sup>37</sup> Octavio Paz, “Suma y sigue”, art. cit., p. 74.

<sup>38</sup> El autoritarismo presidencialista de Echeverría dio un último golpe a finales de 1976, cuando el presidente promovió, primero, la ocupación de tierras en el Valle del Yaqui en Sonora, para luego decretar la expropiación de los predios y su distribución entre los antiguos invasores.

<sup>39</sup> Octavio Paz, “El ogro filantrópico”, *Vuelta*, núm. 21 (marzo 1978), p. 38.

y los clérigos en la Nueva España” con la diferencia de que los antiguos guardianes de la teología y de la religión habían sido sustituidos, en 1979, por la ideología. No obstante, Paz calificaba su descripción: el régimen no era ni totalitario ni dictatorial porque, pese a todo, el Estado no era propietario de las cosas y de los hombres, y porque la sociedad era cada vez más plural y diversa.

En este ensayo el contexto inmediato se hace presente en la insistencia de Paz en el carácter patrimonialista del Estado mexicano. 1979 era el tercer año de gobierno del Presidente López Portillo. Sin embargo, para entonces ya se había hecho evidente una de sus principales debilidades: su inclinación a rodearse de “amigos, parientes y favoritos unidos por lazos de orden personal”,<sup>40</sup> rasgo que Paz describía como una reminiscencia del Estado de la era novohispana y que constituía ahora una fuente de tensión con el impulso modernizador que encarnaban tecnócratas y administradores. En estos años la vida pública y la vida personal del presidente se mezclaban de continuo; la prosperidad petrolera abrió la puerta al dispendio de los recursos públicos y al desorden administrativo; se presentaron problemas serios de corrupción, y la familia del presidente adquirió una prominencia y una capacidad de influencia sin precedentes.

El 1 de septiembre de 1982 el Presidente López Portillo anunció sorpresivamente la expropiación de la banca (*estatificación*, diría Paz). Este grave acontecimiento lo condujo a reflexionar acerca del significado de la arbitrariedad estatal para las perspectivas de desarrollo de una movilización social independiente, porque la reacción que había provocado era prueba de que el Estado podía doblegar a toda la sociedad, y en primer lugar a sus élites. Los “grupos independientes: los banqueros y empresarios protestaron con timidez; los partidos de izquierda y los intelectuales, aplaudieron con entusiasmo”.<sup>41</sup> Lo en-

<sup>40</sup> *Ibid.*, p. 41.

<sup>41</sup> Octavio Paz, *Tiempo nublado*, *op. cit.*, p. 126.

tristecía la reacción de los primeros, pero dirigió a los segundos sus palabras más duras:

No menos triste fue la actitud de la izquierda y de sus intelectuales, sobre todo si se recuerdan sus recientes y ruidosas profesiones de fe democrática y pluralista.<sup>42</sup> A la manera de los hebreos fascinados por el becerro de oro, el decreto presidencial los hizo volver a su estadalatría. En lugar de reprobador la forma en que se había decidido la estatización, se apresuraron a saludarla como si fuese un acto realmente revolucionario. No se hicieron la pregunta básica que todos sus maestros se habrían hecho: ¿a qué grupo social beneficia la medida? Es claro que los favorecidos no han sido los trabajadores ni el pueblo en general sino la nueva clase, es decir, la burocracia estatal. Se redobló así el poder del Gobierno, que en México ya es excesivo.<sup>43</sup>

Las relaciones de Paz con las izquierdas mexicanas se vieron profundamente afectadas no sólo por la severidad con que las juzgaba, sino por su creciente antiestatismo. El contexto de la época también imprimía un significado muy específico a sus posiciones. En las dicotomías políticas de los ochenta, la crítica del Estado, del socialismo y de la revolución era interpretada automáticamente como una postura antipopular y, por ende, antidemocrática. Asimismo, se leía entre líneas la defensa de las imposiciones de Washington, el apoyo a las clases dominantes y a sus instrumentos de manipulación, por ejemplo la “democracia formal”. En el caso concreto de Paz, las izquierdas señalaron su acercamiento a “la burguesía” mexicana con cada vez más estridencia. En 1979, con motivo de su asistencia al II Encuentro Mundial de Comunicación, celebrado en Acapulco, Guerrero,

<sup>42</sup> El PCM había participado con relativo entusiasmo en las elecciones federales de 1979, bajo el amparo de la reforma electoral de 1979 que estimulaba la representación de las minorías políticas en la Cámara de Diputados. En la elección presidencial de 1982 participó el recién creado Partido Socialista Unificado de México (PSUM).

<sup>43</sup> Paz, *Tiempo nublado*, op. cit., p. 127.

con el patrocinio de Televisa, diversos comentaristas y líderes de opinión lo increparon y denunciaron porque defendió la televisión privada frente a la pública. En una aclaración publicada varias semanas después del encuentro, Paz rechazó airadamente los rumores de que era empleado de la televisora o que hubiera recibido un tratamiento principesco. El tono juguetón de los primeros intercambios había desaparecido:

Para ellos [los críticos de su participación en el Encuentro] dictar una conferencia en la Universidad de Harvard o defender en Acapulco la pluralidad y la crítica equivale a convertirse en “ideólogo del imperialismo, el capitalismo y la reacción”; en cambio, son admirables defensores de la democracia y la liberación del género humano los escritores que defienden al gobierno de Hanoi, que arroja a cientos de miles de “indeseables” al mar, o los que saludan como una victoria del “socialismo” el genocidio cultural que, con la complicidad del gobierno de Praga, practican en Checoslovaquia los ocupantes rusos.<sup>44</sup>

Lo más importante de este mensaje es que la denuncia de Paz ponía al descubierto la intransigencia de las izquierdas frente a la pluralidad de opiniones; su renuencia a admitir matices, su inclinación a mirar al mundo en términos dicotómicos, polares y dramáticos. Ésta es una de las razones por las que Paz defendió encarnizadamente la diversidad y el pluralismo, dos nociones que en su argumentación adquirieron la estatura de un valor moral. El principal riesgo de la visión simplificadora de sus adversarios era la descalificación que también se quería una condena moral, porque entonces para las izquierdas, la colaboración con la televisión privada era un

<sup>44</sup> Octavio Paz, “A diestra y siniestra” [contestación a los comentarios que provocó su ponencia en el II Encuentro Mundial de Comunicación], *Vuelta*, núm. 38 (agosto 1979), p. 40.

tema de moralidad pública, antes que simplemente una estrategia de comunicación.

En “Metáforas de la tercera vía. Sobre *El ogro filantrópico* de Octavio Paz”, de 1979, Héctor Aguilar Camín respondió como historiador a varias de las reflexiones de Paz a propósito del Estado. Más allá de las “obsesiones antisoviéticas y antimarxistas”,<sup>45</sup> le reprocha generalizaciones e inexactitudes en una visión de la historia de México “insuficiente” porque

[...] descuida toda la esfera del comportamiento real de la sociedad para poner el acento, por un lado, sólo en la actuación de las élites y por el otro en las ideas y las creencias que parecen haberlas inspirado. En suma, porque es una crítica histórica que obedece a la concepción de las ideas y el pensamiento como motores del mundo y de las sociedades, y, no a la inversa, o mezcladas.<sup>46</sup>

Las metáforas de Paz no eran respuesta a las preguntas acerca del peculiar desarrollo histórico mexicano, ni acerca de su Estado, que es para Aguilar Camín “un ente complejo en cuyo eje palpita la lenta y profunda agregación de experiencia histórica que conocemos con el nombre de Nación”.<sup>47</sup> En cambio Paz ofrece, bajo las apariencias de una perspectiva histórica de largo plazo que se remonta a los tiempos prehispánicos, una explicación a-histórica, concentrada en *ideas y creencias*, que olvida los acontecimientos y hechos reales. No obstante, el corazón de la crítica de Aguilar Camín era la visión paciana de “la degradación modernizante del país”, que desembocaba en la reivindicación de un pasado colonial idealizado, en “un juego de abstracciones”, en distracciones de ilusionista que no trata problemas

<sup>45</sup> Héctor Aguilar Camín, “Metáforas de la tercera vía. Sobre *El ogro filantrópico* de Octavio Paz”, en *Saldo de la Revolución. Cultura y política en México, 1910-1980* (México: Nueva Imagen, 1982), pp. 207-236.

<sup>46</sup> *Ibid.*, p. 212.

<sup>47</sup> *Idem.*

concretos como la transformación política, las relaciones de explotación interna, la dependencia de Estados Unidos o los privilegios de los ricos mexicanos.<sup>48</sup>

Más allá del sesgo ideológico de las argumentaciones antiestatistas de Paz, muchas son las contradicciones de su crítica, en buena medida derivadas de la debilidad que aqueja a toda explicación culturalista. La mayor dificultad con que se topa su análisis consiste en que, al subrayar el peso de las continuidades, de la persistencia de las tradiciones y de las inercias del pasado, niega la posibilidad del cambio. De hecho, sus ensayos pocas veces ofrecen una visión de futuro, y cuando lo hacen lo construyen con base en el pasado virtuoso de las comunidades indígenas. Para él, cada vez que México daba un paso hacia la modernidad la historia le asestaba un fenomenal golpe, como si tratara de recordarle que ese “paraíso”, el futuro, estaba por completo fuera de su alcance. 1968 ilustra este patrón histórico: había sido una crisis de modernización. La represión con que el gobierno respondió a las demandas de inclusión de los grupos que habían sido beneficiados por el desarrollo fue “un regreso a períodos anteriores de la historia de México”. Paz agrega:

Fue una repetición instintiva que asumió la forma de un ritual de expiación; las correspondencias con el pasado mexicano, especialmente con el mundo azteca, son fascinantes, sobrecogedoras y repelentes. La matanza de Tlatelolco nos revela que un pasado que creíamos enterrado está vivo e irrumpe entre nosotros. Cada vez que aparece en público, se presenta enmascarado y armado; no sabemos quién es, excepto que es destrucción y venganza.<sup>49</sup>

A lo largo del período, el antiestatismo de Paz se fue acentuando, no sólo por efecto del marco general de su reflexión: la experiencia de

<sup>48</sup> *Ibid.*, p. 227.

<sup>49</sup> Octavio Paz, *Postdata*, en *El peregrino en su patria*, *op. cit.*, pp. 280-281.



los comunistas europeos y de los países del bloque soviético, sino como reacción a la polémica que entabló con otros críticos del poder en México, críticos que reivindicaban, en cambio, la intervención del Estado como irrenunciable para la democratización. Es probable que su discurso antiestatista se haya radicalizado por reacción a las denuncias de que fue objeto como “cómplice” de los “tiburones antiestatistas locales de la industria, las finanzas, el comercio”, “oficiante ciego” de la crítica antiestatista, “prestaideas” del sistema de explotación.<sup>50</sup>

La irritación que Paz inspiraba a muchos de los intelectuales que defendían el intervencionismo estatal sugiere, primero, que consideraban una suerte de traición que hubiera abandonado la ortodoxia mexicana del siglo xx; le reprochaban que sus explicaciones minimizaran o relegaran a segundo plano la pobreza y la dependencia del exterior —concretamente de Estados Unidos—, que eran los principales argumentos con que ellos defendían el Estado. Tal vez lo que más les alteraba era la creciente influencia de Paz en la opinión pública, apoyada en el ascenso de su estrella como escritor. Su circunstancia personal en los años setenta y ochenta —que culminó cuando recibió el Premio Nobel de Literatura en 1990— desmentía en forma estruendosa la condición de marginalidad que se empeñaba en ostentar. Según Aguilar Camín, tal pretensión era un acto de mala fe, cuando la asumía el

[...] anfitrión intelectual de Giscard d'Estaing en su reciente viaje a México, [el] aportador de citas para el discurso mexicano del Presidente Carter, al Premio Jerusalén 1977, Nacional de Letras de México 1978, Doctor Honoris Causa de la UNAM y Premio Águila de Oro de Niza 1979 —para no hablar de sus altos bonos como candidato al Nobel.<sup>51</sup>

<sup>50</sup> Aguilar Camín, “Metáforas de la tercera vía...”, art. cit., p. 230.

<sup>51</sup> *Idem.*

En octubre de 1984 Octavio Paz pronunció un discurso en Frankfurt con motivo de la entrega del *Premio para la Paz*, que le otorgó la Asociación de Editores y Libreros Alemanes. Presentó su visión hobbesiana del Estado como una construcción histórica indispensable para superar la condición de *naturaleza caída* del hombre, donde reinaban la injusticia y la violencia: “El Estado nació para defender a los hombres de los hombres.”<sup>52</sup> Sin embargo, lo entendía también como una fuerza intrínsecamente perversa, contra la que la sociedad tenía que defenderse, resistir, aunque su abolición era impensable, porque “nos haría regresar a la discordia civil perpetua”.<sup>53</sup>

El intervencionismo estatal tenía en México el apoyo de las distintas corrientes que entonces formaban las izquierdas no revolucionarias, para las que la disyuntiva del país quizá había dejado de ser “Echeverría o el fascismo”,<sup>54</sup> pero al iniciarse los ochenta veían nuevamente sólo dos alternativas: el neoliberalismo o el nacionalismo. En 1981 Rolando Cordera y Carlos Tello escribían que la única opción verdaderamente mexicana y, por lo tanto, viable era la expansión de la autoridad estatal en alianza con las organizaciones de masas. Propugnaban por el modelo cardenista, que para ellos estaba arraigado en “la historia más profunda del pueblo mexicano”.<sup>55</sup> Según Cordera y Tello:

Los proyectos neoliberal y nacionalista se presentan como las coordenadas dentro de las cuales se dará el desarrollo del país. Salvo situaciones excepcionales ninguno de ellos parece tener posibilidades ciertas de realizarse de manera absoluta. La combinación económico-política que resulte, el peso que cada proyecto alcance en la realidad social del porvenir será el producto de la lucha entre las clases, de las

<sup>52</sup> Octavio Paz, “El diálogo y el ruido”, *Vuelta*, núm. 96 (noviembre 1984), p. 5.

<sup>53</sup> *Idem*.

<sup>54</sup> Fernando Benítez, citado en Sánchez Susarrey, *op.cit.*, p. 29.

<sup>55</sup> Rolando Cordera y Carlos Tello, *México: la disputa por la Nación. Perspectivas y opciones del desarrollo* (México: Siglo XXI, 1981), p. 130.

formas e inclinaciones que adopte el quehacer estatal y del grado de organización y persistencia que pongan en juego las fuerzas sociales que los promueven. Su concreción cotidiana habrá de percibirse en la política económica y social que día con día se instrumente en el país.<sup>56</sup>

Octavio Paz, en cambio, insistía cada vez con mayor firmeza en abrazar el liberalismo como la única fórmula política que conducía a la democracia, porque garantizaba el respeto a la condición única de cada individuo. Su apasionada adhesión al liberalismo se explica porque era la única fórmula política que garantizaba la plenitud del artista, la calidad única de su obra:

La libertad no es un sistema de explicación general del universo y del hombre. Tampoco es una filosofía: es un acto, a un tiempo irrevocable e instantáneo, que consiste en elegir una posibilidad entre otras. No hay ni puede haber una teoría general de la libertad porque es la afirmación de aquello que, en cada uno de nosotros, es singular y particular, irreductible a toda generalización.<sup>57</sup>

Estas posturas no provocaban en el seno de las izquierdas tanta hostilidad como las opiniones —o los silencios— de Paz respecto a Estados Unidos. Ahora parecen injustos los reproches que le hacían a lo que les parecía una crítica tímida e insuficiente a la hegemonía de Washington en América Latina, a su responsabilidad en la insta-

<sup>56</sup> *Ibid.*, pp. 78-79.

<sup>57</sup> Octavio Paz, “La tradición liberal”, en *El peregrino en su patria*, *op. cit.*, p. 306. “Paz no era un liberal si eso significa que apoyase todo el *corpus* del liberalismo o que escribiese sus ensayos bajo la guía de una fidelidad a un sistema de pensamiento liberal. El pensamiento político de Paz era un caldo que hirvió a fuego lento por mucho tiempo, en un ambiente muy antiliberal. Él era un liberal, sobre todo, debido a su defensa constante e inquebrantable de la libertad individual que celebraba en el arte y, por extensión, en la política democrática.” Yvon Grenier, *Del arte a la política* (México: Fondo de Cultura Económica, 2004), p. 82.

lación de dictaduras militares en la región. Sin embargo, una lectura contextualizada de estas actitudes de las izquierdas ayuda a comprender la exasperación que les causaba la crítica paciana. Los años ochenta fueron los de la Revolución sandinista en Nicaragua, de los intentos de construcción del socialismo en ese país y de la intensificación de los conflictos civiles en El Salvador y Honduras. Fue ésta una época de cruel violencia del ejército guatemalteco en contra de los indígenas y de la guerrilla. Fueron sobre todo los tiempos de la más brutal injerencia del gobierno de Reagan en la región, del financiamiento de la *Contra* y de la imposición de la democracia electoral mediante el bloqueo económico para que por hambre y enfermedad los nicaragüenses, ya pobres de por sí, se rindieran a las virtudes de ese régimen.

La rabia contra Paz de muchos que en México miraban con entusiasmo y admiración los esfuerzos de un pequeñísimo país para defenderse de los ataques externos resulta inexplicable, a menos de que se tenga presente la inescrupulosa agresión de Washington, violatoria de muchos principios del Derecho Internacional. En el discurso de Frankfurt arriba citado Paz hizo un rápido recorrido por la infortunada historia de la región centroamericana y de Nicaragua, en el que denunciaba la responsabilidad de Estados Unidos en la situación de ese país, aunque apuntaba también a los actores internos:

Los Estados Unidos no inventaron ni la fragmentación ni las oligarquías ni los dictadores bufos y sanguinarios pero se aprovecharon de esa situación, fortificaron las tiranías y contribuyeron decisivamente a la corrupción de la vida política centroamericana. Su responsabilidad histórica es innegable.<sup>58</sup>

Asimismo, recriminó a los sandinistas la supresión de las libertades, su intolerancia frente a las oposiciones, los atropellos en contra

<sup>58</sup> Paz, "El diálogo y el ruido", art. cit., p. 6.

de las minorías, la construcción de un sistema monolítico que negaba el pluralismo. Peor aún para las izquierdas mexicanas que todavía entonces descartaban los procedimientos electorales con la expresión de “democracia formal”, que se quería peyorativa, Paz proponía que para resolver los conflictos internos se celebraran elecciones

[...] de verdad libres y en las que participen todos los partidos. Estas elecciones permitirían la constitución de un gobierno nacional. Ciertamente, con ser esenciales, las elecciones no son todo. Aunque en nuestros días la legitimidad de los gobiernos se funda en el sufragio libre, universal y secreto, deben satisfacerse otras condiciones para que un régimen merezca ser llamado democrático: vigencia de las libertades y derechos individuales y colectivos, pluralismo y, en fin, respeto a las personas y a las minorías. Esto último es vital en un país como Nicaragua, que ha padecido prolongados períodos de despotismo y en cuyo interior conviven minorías raciales, religiosas, culturales y lingüísticas.<sup>59</sup>

Leída hoy, su argumentación es impecable, pero en el contexto de la época la impregnaba una benevolencia hacia las agresiones de Estados Unidos que subestimaba el poderoso sentimiento antiimperialista que esa misma política había provocado, no sólo en México sino en toda la región. Por esta razón, las críticas a los sandinistas provocaron una desmesurada embestida antipaciana. Durante una marcha de protesta contra la política de Reagan hacia Nicaragua un grupo de jóvenes quemó la efigie de Octavio Paz frente a la embajada de Estados Unidos en la Ciudad de México, al tiempo que gritaba “Reagan, rapaz, tu amigo es Octavio Paz”.<sup>60</sup>

<sup>59</sup> *Ibid.*, p. 7.

<sup>60</sup> El Partido Socialista Unificado de México (PSUM) firmó la invitación a la marcha que fue convocada por las diversas organizaciones de izquierda entonces existentes. Organizaron la marcha en un inusitado acto de unidad en contra del entonces Secretario de Estado estadounidense, George Schultz, que estaba de visita oficial en México. Marcharon los dirigentes del Partido Popular Socialista, del Partido Revolucionario de los

1985: HORA CUMPLIDA. EL PLURALISMO MEXICANO Y EL SORPRESIVO  
ÉXITO DE LA REFORMA DEMOCRÁTICA

La promoción del pluralismo fue, en el contexto mexicano, una de las aportaciones más originales de Paz al debate sobre la democracia, aun cuando hasta mediados de los años ochenta él mismo viera pocas posibilidades de que en México se instalara —al menos en el corto plazo— el pluripartidismo. En este caso, de nuevo, surge la contradicción que subyace a lo largo de toda su reflexión política: el cambio es deseable, pero imposible porque el pasado se impondrá inclemente sobre cualquier intento de modernización.

Según Paz, uno de los principales obstáculos para la construcción de la democracia en México era la ausencia de tradiciones democráticas. Pero, si el futuro sólo nace de semillas sembradas en el pasado, simplemente no hay ninguno por delante, sólo un pasado que se repite sin misericordia. Todavía en 1985, es decir, cuando la ola de protesta electoral que se había levantado en varios de los estados más ricos del país había llevado por la vía de los comicios a candidatos de oposición al poder, Paz afirmaba que el principal problema del país era “la ausencia de tradiciones democráticas”.<sup>61</sup> Como se verá más adelante, en *El ogro filantrópico* se manifiesta esta tensión entre su noción del pasado mexicano y su perspectiva de futuro: para “democratizar”, dice, el reformismo del gobierno tenía que “descender del nivel de los partidos” y llegar al nivel de los “intereses y sen-

---

Trabajadores, del Partido Mexicano de los Trabajadores, encabezados por Heberto Castillo, viejos comunistas fundadores del Frente Manos Fuera de Nicaragua, el Movimiento Mexicano por la Paz, el Grupo Amistad con Kampuchea y el Comité de Solidaridad con Vietnam. Repudiaban “la política guerrillera [sic] de Ronald Reagan en Centroamérica” y apoyaban las luchas en Nicaragua y El Salvador. Véase “Manifestación contra la visita de Schultz. Se expresó solidaridad con Nicaragua y El Salvador”, *La Jornada* (12 octubre 1984), p. 28.

<sup>61</sup> Octavio Paz, “Hora cumplida (1929-1985)”, *Vuelta*, núm. 103 (junio 1985), p. 9.

timientos concretos y particulares de los barrios, los grupos y los pueblos”.<sup>62</sup>

En el caso de la Reforma Política (1977) la expresión “volver al origen” quiere decir: tratar de insertarla en las prácticas democráticas tradicionales de nuestro pueblo. Esas prácticas y esas tradiciones — ahogadas por *muchos años de opresión y recubiertas por unas estructuras legales formalmente democráticas pero que son en realidad abstracciones deformantes*— están vivas todavía.<sup>63</sup>

La amplia movilización de protesta electoral que desencadenó la expropiación de la banca y el gradual desmantelamiento de la hegemonía del PRI, desmintieron el escepticismo paciano. Lo mismo ocurriría con el juicio más bien indiferente, si no es que de plano negativo, que le inspiraban los partidos políticos existentes, porque en la coyuntura fueron el canal privilegiado de la participación política y en el mediano plazo se convirtieron en los protagonistas centrales de la democratización mexicana.

Aunque Paz no previó la trayectoria partidista y electoral del cambio político, supo identificar la presencia de algunos de sus elementos: en primer lugar, la pluralidad social; en segundo lugar, el ascenso de las regiones y el consecuente debilitamiento de la estructura centralizada del poder.

En cuanto al pluralismo basta leer la carta que envió a Adolfo Gilly en 1972, en la que proponía la formación de “una gran alianza popular independiente” que incluyera a “técnicos, estudiantes, profesores, intelectuales, trabajadores del sector terciario y otras capas de la clase media”.<sup>64</sup> Al igual que otros, Paz veía en el cardenismo y la formación de un frente político amplio un antecedente histórico no-

<sup>62</sup> Paz, “El ogro filantrópico”, art. cit., p. 43.

<sup>63</sup> *Idem*. Cursivas de la autora.

<sup>64</sup> Paz, “Carta a Adolfo Gilly”, art. cit., p. 16.

table, pero introducía un matiz importante: había que verlo “como un punto de partida, claro, no como una meta”.<sup>65</sup> Enfatizaba la urgencia de que esa alianza fuera independiente del Estado y de su partido; pero, sobre todo, subrayaba el carácter plural del México contemporáneo:

Hay una oposición entre el México real, diverso y múltiple, y los monolitismos, económicos, políticos e ideológicos. La pluralidad es el enemigo de los monopolios políticos (PRI), económicos (burguesía e imperialismo) e ideológicos (sectarismos).<sup>66</sup>

La promoción del pluralismo en México en esos años era una causa original porque los intelectuales y políticos estatistas que apoyaban a Luis Echeverría, extendían la visión binaria del futuro del país a la sociedad y distinguían sólo dos identidades políticas posibles: revolucionarios y contrarrevolucionarios. En este esquema, el Estado era el aliado de las masas, como durante el cardenismo, frente a la burguesía, su enemiga histórica. En cambio, en 1972 Octavio Paz también hablaba de dos opciones políticas para el país; pero en lugar de la “recuperación del proyecto de la revolución” proponía una “reforma democrática y social”, ya no en alianza con el Estado ni con su partido. Además, para él la crisis de 1968 había sido una crisis de modernización en la que los “hijos del desarrollo”, los universitarios de clase media, habían impulsado demandas de participación que desbordaban con mucho las fronteras del partido oficial, que ya no tenía la capacidad para abarcar la amplia diversidad mexicana.

En este texto la defensa que hace Paz del pluralismo no se detiene en el ámbito de la política, sino que alcanza a la historia misma: “La historia no es un proceso previsible y hay una pluralidad de caminos y direcciones.” Esta afirmación negaba otras de este mismo

<sup>65</sup> *Ibid.*, p. 19.

<sup>66</sup> *Idem.*



texto respecto a los dos caminos que llevaban al futuro de México; no obstante, habría que leerlas como parte de su discusión con los marxistas, a quienes contesta que la historia no “se despliega conforme a un orden progresivo. Ni lineal, ni dialéctico. No hay leyes históricas ni sociales”.<sup>67</sup> Contrariamente a lo que parecieron sostener sus posteriores ensayos con relación al futuro del cambio en México, cuando lo miraba condenado a la ley del eterno retorno, en 1972 Paz enfatizaba en forma implícita el valor de la contingencia, la incertidumbre que es inherente a la historia, y rechazaba la predicción “científica” del desarrollo histórico: “La historia es diacrónica, variación y cambio. Es el mundo de lo imprevisible, de lo singular, la región en donde ‘el día menos pensado’ es el día histórico por excelencia.”<sup>68</sup>

La defensa de Paz de la reforma democrática, alimentó desde los años setenta el antagonismo de la izquierda revolucionaria, a la que descalificaba inclemente:

Los grupos y grupitos que menosprecian esta herencia (las instituciones cardenistas, como el ejido, las empresas públicas descentralizadas y los sindicatos obreros) y quieren comenzar todo de nuevo, están condenados a una suerte peor que la de los comunistas en la época de Cárdenas. En aquel entonces los comunistas se convirtieron en el furgón de cola del lombardismo; ahora los grupitos se están transformando en una minúscula orquesta crepuscular de ranas y grillos que toca una delirante partitura, es “la revolución ahora mismo” pero su verdadero significado, lo que llaman los psicoanalistas el *contenido latente*, es el suicidio político.<sup>69</sup>

La condena de la vía revolucionaria le ganaba las antipatías de

<sup>67</sup> *Ibid.*, p. 20.

<sup>68</sup> *Idem.*

<sup>69</sup> *Ibid.*, p. 16. Cursivas en el original.

muchos otros integrantes de la miscelánea franja de las izquierdas mexicanas, porque aunque no apoyaran este recurso activamente, tampoco se atrevían a descartarlo. En realidad pocos lo hacían abiertamente. A sus ojos las condiciones del país no justificaban la renuncia a la tradición insurreccional, así no fuera más que como componente simbólico y expresión de lealtad a un pasado heroico. Habría que recordar también que la elección del socialista Salvador Allende a la presidencia de Chile en 1970, había sido una carga de optimismo para las izquierdas latinoamericanas que pensaron que se inauguraba una racha de cambios radicales en la región. En esta atmósfera, las palabras de Paz desenmascaraban a quienes en México habían hecho de la virulencia de los gestos revolucionarios un símil de acción política que obstaculizaba la reforma democrática.

No obstante la defensa de la diversidad y del pluralismo, Paz llegó lentamente a la fórmula pluripartidista. Su reacción a la reforma electoral que introdujo el Secretario de Gobernación Jesús Reyes Heróles en 1977, con el fin de incorporar a las minorías a la vía electoral y partidista, fue cautelosa, si no es que francamente escéptica:

A la larga, si no se malogra, la Reforma Política realizará el sueño de muchos mexicanos, sin cesar diferido desde la Independencia: transformar al país en una verdadera democracia moderna. A corto plazo, sin embargo, es lícito dudar que baste con unas cuantas medidas de orden legal para cambiar las estructuras políticas de una sociedad.<sup>70</sup>

Veía en el reformismo electoral una vía de renovación de la legitimidad de las instituciones políticas, pero no creía que los partidos existentes pudieran tornarse en organizaciones democráticas. En su opinión las izquierdas estaban sumidas en el dogmatismo y el sectarismo o eran incapaces de sacudirse el yugo del discurso de la revolu-

<sup>70</sup> Paz, "El ogro filantrópico", art. cit., p. 42.

ción institucionalizada. Tenía una pobre opinión del PAN: “un partido nacionalista, católico y conservador” que no había sabido beneficiarse del descontento contra el partido oficial. Una incapacidad que Paz se explicaba, curiosamente, en los mismos términos que lo hacía el discurso oficial. Al igual que muchos priistas y grupos y personajes de izquierda, descalificaba a Acción Nacional como opción democrática porque, decía, era un partido de derecha que representaba a la burguesía, que, como era bien sabido, no tenía ideas sino intereses.

Las opiniones de Paz respecto a los partidos muestran las contradicciones que se derivaban de la lectura que hacía del significado de la tradición y del pasado ya no como un marco de referencia, sino como un corsé que ceñía las posibilidades del futuro:

El PAN es el heredero del antiguo Partido Conservador y de la tradición católica mexicana. Desde este punto de vista su legitimidad histórica es incuestionable. Es imposible entender a nuestro país sin la tradición conservadora: Lucas Alamán no es menos central para México que Benito Juárez. El primer equipo dirigente del PAN era muy brillante pero demasiado ligado al pensamiento conservador europeo. Durante algún tiempo su tradicionalismo lo llevó a simpatizar con Franco.<sup>71</sup>

El segundo factor de cambio que Paz percibió con claridad fueron las demandas de descentralización de los estados que, en un plazo relativamente breve, socavarían los fundamentos del exacerbado centralismo gubernamental: es lo que llamó “el despertar de la provincia”. Efectivamente, entre diciembre de 1982 y hasta los comicios federales de julio de 1985, aumentó la votación por el PAN en elecciones locales y en los estados del norte del país. Gracias a estos resultados el partido se convirtió entonces en una oposición relevante, es decir, en una organización que el gobierno y el PRI debían tomar en

<sup>71</sup> Paz, “Hora cumplida...”, art. cit., p. 9.

cuenta si no para gobernar, al menos para sostener la hegemonía del partido oficial:

Estamos ante un hecho nuevo y de incalculables consecuencias históricas. Desde la fundación de Teotihuacan, los mexicanos han padecido la dominación del Centro. Centralismo y concentración excesiva de poder en una persona (sacerdote-rey, caudillo, monarca o presidente) han sido realidades complementarias en nuestra historia y casi siempre nefastas. Hoy presenciamos un lento pero poderoso movimiento de reflujó histórico. Es un fenómeno que, probablemente, pertenece al dominio de lo que llaman los franceses *la cuenta larga*. Si es así, será irreversible.<sup>72</sup>

Paz no se detuvo a explicar cómo o porqué el PAN había tenido la capacidad de atraer el voto de protesta, una cualidad que menos de diez años antes le había negado; en cambio, contrastaba el crecimiento de ese partido con el estancamiento de las izquierdas. En este caso su juicio era contundente. Más allá del divisionismo y de su incompetencia para modernizarse, la izquierda era ajena a la historia de México:

Los partidos de izquierda no han logrado insertarse en la vida colectiva mexicana porque ni su lenguaje ni sus ideas tienen una relación clara con la presente realidad mexicana. Tampoco con la historia de nuestro país. La izquierda mexicana, en general, se preocupa más por los temas internacionales que por los mexicanos: les importa más Nicaragua que Sonora y más Cuba que Chiapas. El Partido Mexicano de los Trabajadores ha sido sensible a esta falla y ha procurado mexicanizar su lenguaje, sus programas y sus símbolos. Es loable y positivo pero no suficiente. Para que la gente los oiga, los grupos de izquierda no

<sup>72</sup> *Ibid.*, p. 10.

sólo tienen que mexicanizar el lenguaje sino responder a una pregunta básica: ¿qué clase de socialismo pretenden implantar en México?<sup>73</sup>

La irritación y rabia de las izquierdas mexicanas en contra de Paz es comprensible, no sólo porque con esta descripción les negaba el apoyo mayoritario que pretendían tener y que, de acuerdo con su discurso, no podía expresarse plenamente porque era víctima de la represión autoritaria. Paz también atacaba el corazón del imaginario de las izquierdas inspirado en el marxismo: la creencia de que los oprimidos son, por su misma condición de explotados, irremediablemente de izquierda. Una creencia que justificaba su aislamiento, les ahorra el trabajo que supone la reflexión, el debate, la persuasión y la continua evaluación de circunstancias cambiantes y siempre renovadas, porque desde esta perspectiva la victoria vendría espontánea y naturalmente con la destrucción de las estructuras dominantes. Paz también se quejaba de una izquierda parasitaria del discurso de la Revolución mexicana, que a finales del siglo xx no había podido o no había querido crear una fórmula original.

Paz nunca habló de o exigió la desaparición del PRI: primero, porque defendía el pluralismo; segundo, porque esta posición era consistente con su creencia de que las tradiciones políticas eran insuperables y veía que parte del éxito de ese partido había consistido precisamente en apropiarse de muchas de esas tradiciones. Reconocía logros, debilidades y vicios, pero veía en ese partido otro protagonista de la democratización al que le urgían reformas. En 1985 Paz escribía:

Ojalá que retome [el PRI] en su *totalidad*, es decir, sin olvidar al demócrata Madero, su herencia como partido de la Revolución mexicana. Así aprenderá a compartir el poder con los otros partidos y grupos. Sería una vuelta a los orígenes: la Revolución mexicana

<sup>73</sup> *Idem.*

comenzó en 1910 como una inmensa aspiración democrática. Realizar esa aspiración será convertir efectivamente a la Revolución en Institución.<sup>74</sup>

Las elecciones de 1988 y de 1994 registraron, en el caso de la primera, una afluencia grande de votantes; en el de la segunda, avances sustantivos para los partidos de oposición. Fueron saludados con entusiasmo por Paz, que vio en ambos procesos un paso inequívoco hacia la democracia y la modernidad política, que para él eran lo mismo. Estos episodios habían roto la tradicional ingobernabilidad que se había impuesto en el pasado y habían dado lugar a comicios competidos y plurales. En “Las elecciones de 1994: el doble mandato” Paz apuntó que desde la Independencia y a lo largo de nuestra historia, la inestabilidad era el “funesto complemento” de las elecciones.<sup>75</sup> De manera casi invariable, éstas eran causa de “motines, disturbios, levantamientos, guerras y, al fin, el remedio brutal contra el desorden: la dictadura”. A finales del siglo xx habíamos roto con esta tradición que nos condenaba a soluciones autoritarias: aceptábamos la competencia política, la diversidad y el pluralismo. Los debates que provocó la crisis de 1968 habían sido el inicio de la penosa y lenta fundación de la tradición democrática en México y Octavio Paz fue uno de sus más activos constructores.

## CONCLUSIONES

Paz renegaba del liderazgo político de los escritores; no obstante, en las circunstancias de la época en que la política se extendió como la humedad a sectores cada vez más amplios de la sociedad mexicana,

<sup>74</sup> *Ibid.*, p. 12. Cursivas y negritas en el original.

<sup>75</sup> Octavio Paz, “Las elecciones de 1994. El doble mandato”, en *Sueño en libertad...*, *op. cit.*, pp. 287-288.

asumió con toda naturalidad un papel determinante en la formación de la opinión. Su actividad y su influencia se explican en buena medida por un contexto institucional en el que la ausencia o la debilidad de los partidos políticos invitaba la participación de otro tipo de actor, en este caso un intelectual, en tanto que intérprete de la realidad inmediata y también como impulsor del debate público. Cumplió esta función, sobre todo provocando a la izquierda. A pesar de las acusaciones que se le hicieron, la derecha no le merecía mucha atención ni estima. Lo cual no significa que negara su existencia, simplemente le era indiferente. No le parecía amenazadora ni suficientemente atractiva.

Para las izquierdas mexicanas esta actitud frente a la derecha era prueba de complicidad. No obstante, las razones de su hostilidad hacia Paz eran mucho más profundas; los severos cuestionamientos de éste a su historia, a sus estrategias, a su debilidad resultaban incómodos para muchos que antes que responder, reaccionaban con una presunta descalificación moral. Aun así, Paz no era ni un filósofo ni un analista político. Era un liberal en tierra inhóspita, un observador ilustrado de la realidad mexicana que se contradecía en muchas ocasiones porque no lograba reconciliar una visión estilizada de la historia con las realidades de su desarrollo. Sus intuiciones resultaron acertadas, pudo identificar algunos de los factores del cambio político mexicano, pero no supo prever su rumbo. Pese a su renuencia, Octavio Paz fue un intelectual comprometido con los valores de la democracia.





## OCTAVIO PAZ: REMEMBRANZA

José Woldenberg

*Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM*

El panorama y el debate intelectual en México serían otros sin Octavio Paz. Referencia obligada, polémica, ilustrada, incisiva, contundente, su obra generó y genera los más álgidos debates y obliga a un encuentro cargado de pasión. No se le puede ni se le debe leer con distancia, descuido, impunemente.

Cuando Anthony Stanton me invitó a esta mesa me preguntó sobre el título de mis notas. Le respondí que sería sobre “Paz y la izquierda”. Pero cuando puse manos a la obra me di cuenta de que si bien el enunciado no debía ser desatendido, lo mejor sería un acercamiento personal a la obra de Octavio Paz.

Creo que para una generación —la mía—, nuestro primer contacto, la primera referencia, fue la renuncia al cargo de embajador en la India, el gesto de dignidad en 1968. Es decir, no su poesía ni sus ensayos, sino su conducta vertical en un ambiente opresivo. Luego de la represión al movimiento estudiantil, y en aquel clima de rabia e impotencia, la decisión de Paz se convirtió en una denuncia, en un gesto de entereza y en una luz de esperanza. No todo ni todos se inclinaban servilmente ante el poder paranoide.

De esa manera, el primer libro que leí de Paz fue *Postdata* (Siglo XXI) en 1970, año de mi ingreso a la Facultad de Ciencias Políticas en la UNAM. Era un ensayo que intentaba aprehender el significado del movimiento estudiantil de 1968 y el de la represión criminal de la que había sido víctima.

Se vivía un ambiente ominoso, cargado de los peores presagios, y desde la izquierda se multiplicaban los diagnósticos y las más diver-

sas propuestas de acción política. Fueron tiempos en los que surgieron proyectos editoriales y organizativos; se construyeron opciones múltiples en las universidades, los sindicatos, el campo y las colonias populares; no fueron pocos los estudiantes que llegaron a la conclusión de que las vías del quehacer político estaban clausuradas y que por ello las armas eran la única forma para cambiar “las cosas” y, en el extremo opuesto, los que vieron en el nuevo presidente de la República la única salida del laberinto autoritario.

En ese ambiente que conjugaba rabia y ganas de cambios, irritación y proyectos sin fin, Paz apuntó con claridad que la única salida perdurable era la democratización de la vida política. Y lo hizo a través de un ensayo luminoso y sugerente. Hoy, algunos de sus pasajes pueden aparecer como parte del sentido común, pero en su momento no lo eran. De ahí su importancia. De ahí la forma tan intensa en que fue debatido. ¿Qué vio Paz que otros no veían? Las siguientes son apenas respuestas tentativas:

*a)* “Una subcultura juvenil internacional”, fruto del status específico de los estudiantes, “mitad reclusos privilegiados” y “mitad irresponsables peligrosos”. Se trataba de una nueva sensibilidad, rebelde, ante los efectos de una modernidad que fragmentaba y excluía. Una forma de expresión que reclamaba justicia y espacios para el placer.

*b)* En el caso de los países del este europeo y en México, movimientos portadores de un profundo reclamo democrático y con fuertes pulsiones nacionalistas. Estas últimas frente a la dominación y la injerencia externas (soviética en un caso, estadounidense en el nuestro) y democracia frente a los autoritarismos.

*c)* Una defensa de la democracia y un alegato a favor de la democratización, más allá del desencanto que una franja del mundo ilustrado pudiese tener en relación con los países de Europa occidental. Las limitaciones de la democracia occidental son muchas —escribía Paz—, “régimen burocrático de partidos, monopolio de la información, corrupción, etc.”, pero “sin libertad de crítica y sin pluralidad de opiniones y grupos no hay vida política”.

*d)* La democracia como un fin en sí mismo. “Toda dictadura, sea de un hombre o de un partido, desemboca en las dos formas predilectas de la esquizofrenia: el monólogo y el mausoleo. México y Moscú están llenos de gente con mordaza y de monumentos a la Revolución.”

*e)* México vivía un período posrevolucionario, y no escatimaba en subrayar algunos de sus logros: crecimiento económico, instituciones que generaban estabilidad, modernización de la vida toda. Pero eran precisamente esas novedades las que pugnaban por abrir el monolitismo político.

*f)* “El movimiento fue reformista y democrático, a pesar de que algunos de sus dirigentes pertenecían a la extrema izquierda.” Es decir, por sus formas de lucha —pacíficas y masivas—, por su pliego petitorio —a decir de Paz, moderado—, y porque su poder de seducción consistió en su clamor democratizador, se trató de un movimiento anunciador de lo que vendría.

*g)* Con la represión no finalizó solamente el movimiento estudiantil sino una época de la historia de México. La paranoia y el miedo que se apoderaron de las élites gubernamentales, la apelación a la violencia estatal mientras se mantenía acartonado el lenguaje revolucionario, la esclerosis que impedía comprender los nuevos reclamos, sellaron el fin de una etapa. “Como esos neuróticos que al enfrentarse a situaciones nuevas y difíciles retroceden, pasan del miedo a la cólera, cometen acciones insensatas y así regresan a conductas instintivas, infantiles o animales, el gobierno regresó a períodos anteriores de la historia de México: agresión es sinónimo de regresión.”

*h)* Para entender el 68, hacía una elocuente recapitulación de la historia política de México. Apreciaba el papel civilizatorio de la no reelección presidencial, de la creación del Partido Nacional Revolucionario (PNR) para evitar rebeliones y caudillismos regionales, de las reformas sociales de Cárdenas y del desarrollo económico a partir de Alemán, es decir, no se mimetizaba a esa idea infantil que presupone que la crítica es sinónimo de nulo reconocimiento a todo lo que han

hecho “los otros”. Por el contrario, era precisamente esa evaluación de lo que significaba la estabilidad, por un lado, y los agudos conflictos, por el otro, de donde provenía la fuerza de su propuesta reformadora.

i) El Partido Revolucionario Institucional (PRI) resultaba una pieza clave. A diferencia de los partidos comunistas, no se trataba de una organización ideológica. Había sido un instrumento de “paz y estabilidad” y un dique para la dictadura personalizada. Era una escuela de disciplina y un organismo burocrático que cumplía funciones político-administrativas. Pero al mismo tiempo era sumiso al presidente, mecanismo de dominación política, cada vez más sordo a los reclamos de la sociedad y protector de la irresponsabilidad y la venalidad. Por ello, su democratización era una necesidad.

j) Era consciente que la vida política siempre puede ir a peor. Temía a la dictadura y a la anarquía, como fórmulas que paradójicamente se alimentan una a la otra, y a las cuales podíamos arribar si se endurecía más el sistema (hasta desembocar en una dictadura), lo cual multiplicaría la espiral de conflictos (anarquía).

k) La industrialización del país, impulsada desde el gobierno, había generado la aparición de una nueva clase capitalista que se independizaba del poder político. Es más: de las propias filas del PRI surgían quienes se ponían al frente de empresas privadas y quienes asumían la dirección de las empresas estatales, generándose lógicas de comportamiento enfrentadas.

l) La corrupción en el lenguaje constituía una ola expansiva que todo lo degradaba. Era necesario restablecer el poder explorador y liberador del lenguaje para intentar trascender la profunda crisis moral que teñía a la vida pública. De ahí su esperanza en la nueva literatura y la creación artística como fórmulas para abrirle paso al “sueño en libertad”.

Y mucho más.

De ahí pasé a *El laberinto de la soledad* (Cuadernos Americanos, 1950). Paz aparecía como un escritor singular, encantado y encanta-

dor con el manejo del lenguaje; su capacidad lúdica y su erudición, eran capaces de jugar con intuiciones y crear moldes y modelos. De cara a la aridez de muchos textos de historia, sociología y política, resultaba agudo, sugerente, vital. El lenguaje no aparecía como algo petrificado, sino como una materia viva, expresiva. Pero también se trataba de un gran ejercicio mitificador, más resultado de la “imaginación crítica” que del afán indagador. *El laberinto...* no solicitaba una lectura literal, provocaba el hipnotismo del mago. La palabra que amplía el horizonte pero también disfraza y porta un destello cegador.

Y de ahí, aunque soy incapaz de recrear el orden exacto, a una obra monumental, rica, diversa, envidiable: *El signo y el garabato* (Joaquín Mortiz, 1973), *El ogro filantrópico* (Joaquín Mortiz, 1979), *Claude Lévi-Strauss o el nuevo festín de Esopo* (Joaquín Mortiz, 1967); su poesía: *Libertad bajo palabra* (Fondo de Cultura Económica, 1960); sus ensayos literarios: *Cuadrivio* (Joaquín Mortiz, 1965), *El arco y la lira* (Fondo de Cultura Económica, 1956) y *Al paso* (Seix Barral, 1992). Y tantas obras más.

Decir que la izquierda leía o lee a Paz resulta una insensatez. La izquierda es un universo complejo, diferenciado, que al igual que cualquier corriente política e ideológica, no puede ser reducida a unos cuantos de sus integrantes. Pero afirmar que los “cuadros” lectores de la izquierda estaban pendientes y que, claro, leían a Paz, creo que no puede ser refutado. Sus opiniones y juicios políticos estaban ahí, no podían ser eludidos, y sólo desde posiciones autistas (que por cierto las hay) se le podía dar la espalda.

Pero hay que decirlo. No siempre la pasión polémica de Paz resultó agradable. Un botón de muestra. Muy, pero muy menor, menor en la obra de Paz, pero mayor para quienes resentimos sus juicios categóricos.

El 7 de julio de 1977 doce mil policías irrumpieron en Ciudad Universitaria para romper la huelga del STUNAM. Entonces yo era el Secretario de Educación Sindical y Promoción Cultural de aquel sin-

dicato que intentaba reunir a los trabajadores académicos y administrativos y que demandaba la firma de un contrato colectivo único de trabajo. Paz escribió: “La actitud del rector Soberón mostró, una vez más, que la firmeza es la mejor política para emprender una negociación.” El texto me (nos) resultó irritante, agresivo, incluso —cosa rara en Paz— mostraba desconocimiento de los hechos (“detrás de las decisiones de los líderes del sindicato estaba y está el Partido Comunista Mexicano”, haciendo a un lado a las otras corrientes que no solamente convergíamos en el sindicato sino en la dirección del mismo) y una reproducción acrítica de las tesis de la Rectoría (“no eran negociables la libertad de cátedra e investigación, el pluralismo ideológico y filosófico...”, como si ello pretendiera el sindicato). En ese texto, recogido en *El ogro filantrópico*, dolió la descalificación en bloque de una mirada pasajera y distante. Tan las demandas sindicales no eran una insensatez que unos años después (1979-1980) los derechos laborales de los trabajadores universitarios fueron incorporados de manera inequívoca a la Constitución y la Ley Federal del Trabajo. (Y me apresuro a establecer mis salvaguardas: asunto distinto es la evolución gremialista y poco solidaria de los sindicatos con las propias universidades y por supuesto la utilización de la huelga como una fórmula contra la propia Universidad, pero creo que vale la pena situarnos en aquel 1977 y no en el año 2004.)

Pero incluso en esa misma nota, cuando Paz ampliaba su marco de visión, volvía a ser certero: “la raíz del mal no está en la Universidad sino fuera de ella [...] los mexicanos no hemos sabido o no hemos podido crear ese espacio donde, en las democracias, se despliegan las luchas políticas”.

Otro desencuentro ocurrió en 1984. Como se sabe, ese año Paz recibió mercedamente en Frankfurt el premio de los libreros alemanes. Y en su discurso Paz hizo una crítica clara y abierta al gobierno sandinista, pero también los acusó de pretender “instalar en Nicaragua una dictadura burocrático-militar según el modelo de La Habana”. Esa afirmación a mí me pareció entonces, y aún hoy, inexacta.

Con los años y con la degradación por corrupción del Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN), buena parte de la crítica de Paz resultó certera, pero lo cierto es que el FSLN nunca pretendió eternizarse en el poder suprimiendo a los partidos disidentes o a las elecciones, y ello constituye un elemento claramente diferenciador del autoritarismo cubano. Esa descalificación de lo que era un proceso vivo y en modelación dentro del mundo de la guerra fría, cuando muchos se preguntaban hacia dónde y cómo evolucionaría Nicaragua, me pareció excesiva.

No obstante, aquel discurso de Paz también desató las pulsiones más autoritarias y vergonzosas de la izquierda, las cuales tuvieron su máxima expresión en la quema de su efigie frente a la embajada de los Estados Unidos. Acto inexcusable y vergonzoso que hasta la fecha —quiero imaginar— ruboriza a la izquierda democrática.

Paz nos volvió a sacudir y a iluminar en 1990 con su *Pequeña crónica de grandes días* (Fondo de Cultura Económica), en la que desplegaba algunas de sus mejores cualidades como ensayista: claridad, imaginación, espíritu crítico y convicción democrática. Un texto destinado a contribuir a forjar un México más abierto intelectualmente. Con unos cuantos trazos precisos, Paz daba cuenta del “fin de un sistema”, el edificado en la URSS a partir de 1917. Enumeraba causas, detectaba obstáculos para el proceso de reformas, observaba cómo se desgranaba un imperio. Alertaba en torno a la emergencia de nacionalismos beligerantes y apostaba a favor de la construcción de una gran casa europea.

En un mundo que se integra aceleradamente, repasa la situación de América Latina, las dos caras de la política estadounidense (democracia e imperio), y las posibilidades y contradicciones, los retos y los miedos de lo que entonces era una eventual asociación económica entre México, Canadá y los Estados Unidos. Hay dos opciones —nos dijo—, “asociación o soledad histórica”. Analizaba con perspicacia el proceso democratizador que vivía México y reclamaba una concurrencia más decidida de la izquierda. Porque quizá como nadie Paz

insistió en que la única desembocadura digna que tenía México era la de la democracia, único arreglo político que permitiría la coexistencia de la diversidad política.

Porque Paz no alcanzó a ver la alternancia en la presidencia de la República a través de elecciones libres y equilibradas, pero acompañó, quizá como ningún otro, con lucidez, pasión y razón, el proceso democratizador.

Estoy convencido de que una de las constantes —quizá una de las obsesiones— presentes en la iluminadora obra de Octavio Paz es una especie de atracción/repulsión por la izquierda mexicana. En diálogo con ella, como fiscal agudo siempre exigente y más de una vez incomprendido, la historia intelectual de Paz y la trayectoria política de la izquierda en México no pueden apreciarse cabalmente sin las mutuas tensiones y también los encuentros (más de los que Paz reconoció y más de los que la izquierda está dispuesta a aceptar).

¿Por qué le interesó tanto la izquierda a Paz y qué quiso de ella? Éstas son mis respuestas.

Paz supo, conoció y compartió el aliento profundo que anima a la izquierda, el anhelo de justicia; sabía que las causas de la izquierda —equidad y democracia— podían ser o eran sus causas, pero —claro— siempre y cuando la izquierda asumiera sin dobles lenguajes ni falsos compromisos su adhesión a la democracia. Paz sabía que durante largas décadas de autoritarismo gubernamental y corrupción expansiva, la izquierda fue portadora de una ética a prueba de balas y sobornos; que ante los intereses duros y maduros de los grupos de poder, la política de la izquierda ofreció una agenda que puso en el centro múltiples necesidades; y que buena parte del laicismo que aún preside parte de las relaciones políticas tiene su fuente de inspiración en la izquierda.

Pero Paz deseaba algo más y así lo enuncié en un artículo en *La Jornada* del 2 de abril de 1994. El siguiente es el texto que escribí en aquella ocasión.



\*

Paz desea:

1. una izquierda ilustrada que no se deje arrastrar por los prejuicios y sinrazones que emergen de lo profundo de una sociedad sin escolaridad y sin información;
2. una izquierda civilizada con argumentos y sin guiños cómplices hacia la violencia;
3. una izquierda más cercana a Europa y alejada de la fascinación por la Unión Soviética;
4. un compromiso profundo con las libertades, las cuales no deben ser vulneradas aduciendo coartadas políticas de coyuntura;
5. un socialismo absolutamente impregnado de liberalismo que garantice amplias zonas de autonomía y libertad a los individuos;
6. un socialismo que no suprima por decreto al mercado, pero está muy lejos de haber caído en la fascinación por un mercado que supuestamente todo lo pone en su lugar;
7. lectores y no oidores;
8. una izquierda más educada en el pluralismo, menos segura de sus consignas y más dispuesta a escuchar otras razones;
9. una izquierda menos iluminada y más estudiosa, menos creyente y más dispuesta al aprendizaje;
10. una izquierda laica heredera de la Ilustración y refractaria al dogmatismo;
11. una vía “gradual y pacífica hacia una democracia plural y moderna” y que sabe de los peligros que incuba cualquier vía corta —revolucionaria— de transformación;
12. una izquierda autocrítica, que no vea sólo la paja en el ojo ajeno sino la viga en el propio. Una izquierda pedagógica, capaz de hacer el balance de su pasado;
13. convencer a la izquierda de que requiere menos de ideólogos y más de políticos (democráticos), menos de comisarios y más de hombres ilustrados;

14. que los intelectuales de izquierda no sean compañeros de viaje sino intelectuales a secas;
15. una izquierda moderna y modernizadora no atada a un idílico pasado que nunca existió ni a todo tipo de mitos premodernos;
16. una izquierda abierta y no una fortaleza paranoica que en cada crítica vea un enemigo;
17. una izquierda receptiva, guiada por el espíritu de Occidente y ajena a todo fundamentalismo;
18. una izquierda tolerante;
19. que la visión de la izquierda fuera más allá de la política, y se convirtiera en un amplio horizonte para la vida civilizada. La política es imprescindible, pero no lo es todo.
20. Paz se desespera cuando la izquierda, sin capacidad para evaluar lo que realmente significan los Estados Unidos, hace de cualquier enemigo de éste un amigo de la izquierda (*remember* al tristemente célebre Saddam Hussein).
21. Paz tiene buena parte de sus mejores lectores en la izquierda y de sus no lectores (ellos se lo pierden) también.
22. Paz teme a la izquierda cuando se convierte en Iglesia o Ejército.
23. Paz quisiera que cuando señala que los comentaristas fueran más responsables y no hicieran la apología de la violencia, no le contestaran con la necedad de que entonces él está contra la libertad de expresión.  
Bueno, creo yo, su lector, que eso quiere.

\*

Octavio Paz asumió a la izquierda como su sombra, y la izquierda tuvo en Paz una conciencia crítica incómoda, pero productiva. Se trató de un debate en ocasiones cargado de pasión, “opacado por el ruido que nos niega” y “el silencio que nos ignora”, pero que al final modificó buena parte de las pautas culturales, por lo menos de la izquierda democrática.

Paz fue para la izquierda un acicate y dejó una huella más fuerte de lo que él mismo creyó. Al final, como decía aquel personaje suyo en “Monólogo en forma de diálogo”, “si el regreso a la unanimidad es imposible, ¿es factible la construcción de la pluralidad política?”.<sup>1</sup>

<sup>1</sup> “Monólogo en forma de diálogo”, en *El peregrino en su patria: historia y política de México*, tomo 8 de las *Obras completas* (Barcelona / México: Círculo de Lectores / Fondo de Cultura Económica, 1993 / 1994), p. 520.



EL SOCIALISMO EN UNA SOLA PERSONA:  
EL ESPECTRO DE MARX EN LA OBRA DE OCTAVIO PAZ

Yvon Grenier  
*Universidad de St. Francis Xavier, Canadá*

*If influence is omnipresent in literature,  
it is also, one should emphasize, always  
secondary in any work of quality*

Salman Rushdie<sup>1</sup>

La influencia de Marx en la obra de Octavio Paz conlleva por lo menos tres dimensiones clave: la especificidad y profundidad de la influencia de Marx; su evolución en la trayectoria intelectual de Paz; y su trascendencia en relación con otras influencias estéticas e intelectuales.

Como muchos intelectuales de su generación —y quizá como la mayoría de los individuos politizados— las disposiciones de izquierda del “joven Paz” eran más agudas (y más ingenuas) que las del intelectual maduro. Sin embargo, en muchos comentarios sobre su vida y su obra se exagera en extremo el alcance de sus “virajes” ideológicos (ésta es mi tesis), y esto ocurre de dos maneras complementarias: 1) se amplifica la influencia de Marx en los orígenes del pensamiento de Paz; y 2) se atenúa la fidelidad de Paz a posiciones y disposiciones de izquierda en su pensamiento político tardío. En otros términos, lo que se subvalora es la consistencia notable con la cual Paz logró capear el gran temporal ideológico de su siglo.<sup>2</sup>

<sup>1</sup> Salman Rushdie, *Step Across This Line. Collected Nonfiction, 1992-2002* (Toronto: Alfred Knopf Canada, 2002), p. 65.

<sup>2</sup> Comparto el sentimiento de Juan Soriano, gran pintor y viejo amigo de Paz, cuando dice: “Yo no sé por qué piensan que Paz ha cambiado; lo conozco desde siempre y siempre ha pensado lo mismo. El de 87 es el mismo que el de 37. No se desdice, o ¿es

Su pensamiento evolucionó de una manera significativa desde los años treinta hasta los años noventa, pero con muy poca variación en su defensa de la libertad, de la crítica, del pensamiento y del arte independientes. Paz era un republicano progresivo a gusto con las prácticas y las ideas liberales. Sin embargo, jamás fue un liberal (o un romántico) *puro*. En otras publicaciones mías, he intentado demostrar que en la mayor parte de su obra ensayística, la cual corresponde a su época de madurez, el autor de *El laberinto de la soledad* aparece como un liberal escéptico y ecléctico.<sup>3</sup> Esto le da cabida en el gran club de los *hyphenated liberals*: liberal-comunitaristas, liberal-románticos, liberal-socialistas, liberal-conservadores, liberal-anarquistas, liberal-cristianos, entre otros.

Ávido y ambicioso lector, Paz se interesó en las obras de aquellos autores que compartían sus inquietudes en el campo del conocimiento que más le apasionó (después de la poesía): la “modernidad” y su crítica. Paz fue un lector apasionado de Marx, Freud y Nietzsche, y muchas veces comentó con admiración ideas de Heidegger, Husserl, Tocqueville y Kant. Sin embargo, siempre lo hizo con el propósito de buscar su propia voz: no fue su discípulo y no emprendió lecturas especializadas y sostenidas de sus obras. También nos ofreció comentarios informados y no pocas veces brillantes sobre grandes construcciones intelectuales y artísticas de su tiempo, e incluso retratos intelectuales de individuos cuyas disposiciones morales le parecían dignas de mención. Sin duda, sería apabullante hacer el

---

que entonces no lo conocían bien, entonces? Para mí, nadie en México [ha sido] tan consecuente consigo mismo.” Citado en Elena Poniatowska, “Una sillita al sol”, *La Jornada* (12 octubre 1990), p. 9.

<sup>3</sup> En *Del arte a la política* (México: Fondo de Cultura Económica, 2004) afirmo que “Paz fue al mismo tiempo un romántico que rechazó el materialismo y la razón, un liberal que alabó la libertad y la democracia, un conservador que respetaba la tradición y un socialista que lamentaba el debilitamiento de la fraternidad y la igualdad. Defensor de la transformación fundamental de la visión que tenemos de nosotros mismos y de la sociedad moderna, Paz fue asimismo un promotor del cambio gradual, no de la revolución” (p. 88).

inventario de todos los pensadores occidentales u orientales con quienes Paz dialogó (esencialmente artistas, intelectuales, filósofos, algunos historiadores, pero no científicos sociales ni economistas — claro, con la posible excepción de Carlos Marx). Casi siempre se señaló como un observador independiente, perspicaz y generoso, regalándonos una de las últimas grandes obras sobre la cultura de su tiempo. Al final, su pensamiento constituye una gran receta cuya originalidad proviene no tanto de la novedad de sus ingredientes como de la elegante intrepidez con la cual *combinó* elementos supuestamente mal surtidos. El arte de la *coincidentia oppositorum* fue el hilo conductor de su obra ensayística.<sup>4</sup>

## I. EL SOCIALISMO EN UNA SOLA PERSONA

En *Itinerario* (1993) Paz comenta lo siguiente:

Si yo hubiese escrito *El laberinto de la soledad* en 1937, sin duda habría afirmado que el sentido de la explosión revolucionaria mexicana —lo que he llamado la *búsqueda*— terminaría en la adopción del comunismo. La sociedad comunista iba a resolver el doble conflicto mexicano, el interior y el exterior: comunión con nosotros mismos y con el mundo. Pero el periodo que va de 1930 a 1945 no sólo fue el de la fe y las ruidosas adhesiones sino el de la crítica, las revelaciones y las desilusiones. Mis dudas comenzaron en 1939; en 1949 descubrí la existencia de campos de concentración en la Unión Soviética y ya no me pareció tan claro que el comunismo fuese la cura de las dolencias del mundo y de México. Las dudas se convirtieron en críticas, como

<sup>4</sup> Podríamos añadir que los ensayos de Paz no son tanto “interdisciplinarios” como “antidisciplinarios”: Paz no fue el producto de la universidad y nunca adoptó su fragmentación disciplinaria del conocimiento. Véase mi “Sin decirlo todo, decir todo lo que hay que decir: los ensayos de Octavio Paz”, en *Octavio Paz: la dimensión estética del ensayo*, ed. Héctor Jaimes (México: Siglo XXI, 2004), pp. 215-232.

puede verse en la segunda edición del libro [*El laberinto de la soledad*] (1959) y en otros escritos míos.<sup>5</sup>

Sabemos que con la excepción de algunos poemas de juventud, la poesía de Paz nunca fue “política” en el sentido didáctico o propagandístico del término. Durante lo que Guillermo Sheridan llama la “adolescencia filocomunista” de Paz, el autor de *Raíz del hombre* cultivaba sospechas sobre la llamada “literatura política” y celebraba una poesía libre de todo constreñimiento.<sup>6</sup> Por consiguiente, no son los poemas de Paz sino sus ensayos los que constituyen el corpus *principal* donde se puede explorar con beneficio el tema del presente ensayo: la influencia de Marx y del marxismo en la obra de Paz.<sup>7</sup>

Las desilusiones de Paz con el comunismo duraron más o menos dos décadas: empezaron durante los años treinta y “se convirtieron en críticas” a principios de los años cincuenta, cuando ya tenía cerca de cuarenta años. Como ensayista, Paz era un *late bloomer*. La casi totalidad de sus ensayos fueron escritos *después* de su conversión a posiciones críticas acerca de la experiencia del comunismo —o de lo que en América Latina se llama, curiosamente, el socialismo “real” o “realmente existente”. Cuando hablamos del tema de la influencia de Marx y del marxismo en su caso, nos referimos a residuos marxistas o a disposiciones o prejuicios que vienen de su lealtad a una familia de ideas y de personas de izquierda.<sup>8</sup> No podemos referirnos a los (inexistentes) *escritos marxistas* de Paz.

<sup>5</sup> Octavio Paz, *Itinerario* (México: Fondo de Cultura Económica, 1993), p. 38.

<sup>6</sup> Guillermo Sheridan, *Poeta con paisaje. Ensayos sobre la vida de Octavio Paz* (México: Era, 2004), p. 13. Véase, en este mismo libro, la respuesta de Paz a la admonición de Neruda en contra de la literatura insuficientemente política (p. 400).

<sup>7</sup> Por lo menos en el caso mío: soy politólogo, no crítico literario.

<sup>8</sup> Dice Paz: “[. . .] nací con la izquierda. Me educé en el culto a la Revolución francesa y al liberalismo mexicano. En mi juventud hice mía la gran y prometeica tentativa comunista por cambiar al mundo. La idea revolucionaria fue y es un proyecto muy generoso. Mis afinidades intelectuales y morales, mi vida misma e incluso mis críticas, son parte de la tradición de la izquierda. [...] A pesar de que mi diálogo con la



ENSAYOS Y LIBROS DE ENSAYOS DE OCTAVIO PAZ<sup>9</sup>

- 1950: *El laberinto de la soledad* (partes del ensayo fueron publicadas en *Cuadernos Americanos* durante los años precedentes)
- 1956: *El arco y la lira*
- 1957: *Las peras del olmo*
- 1965: *Cuadrivio; Los signos en rotación*
- 1966: *Puertas al campo*
- 1967: *Claude Lévi-Strauss, o el nuevo festín de Esopo*
- 1968: *Marcel Duchamp o el castillo de la pureza*
- 1969: *Conjunciones y disyunciones*
- 1970: *Postdata*
- 1973: *El signo y el garabato; Apariencia desnuda: la obra de Marcel Duchamp*
- 1974: *El mono gramático; Los hijos del limo: del romanticismo a la vanguardia*
- 1978: *Xavier Villaurrutia en persona y en obra*
- 1979: *El ogro filantrópico; In/Mediaciones*
- 1982: *Sor Juana Inés de la Cruz o las trampas de la fe*
- 1983: *Sombras de obras: arte y literatura; Tiempo nublado*
- 1984: *Hombres en su siglo y otros ensayos*
- 1985: *Pasión crítica*
- 1989: *Poesía, mito, revolución*
- 1990: *La otra voz; Pequeña crónica de grandes días*
- 1991: *Convergencias*
- 1992: *Al paso*
- 1993: *Itinerario; La llama doble: amor y erotismo*
- 1994: *Un más allá erótico: Sade*
- 1995: *Vislumbres de la India*

---

izquierda se ha transformado con frecuencia en disputa, nunca se ha interrumpido. Al menos por mi parte. En mi fuero interno converso y discuto silenciosamente con mis adversarios. Son mis interlocutores. Se trata de un diálogo en vías de extinción: pronto no habrá derecha ni izquierda. De hecho esa división ha desaparecido enteramente en Europa.” Entrevista con Braulio Peralta, en *El poeta en su tierra: diálogo con Octavio Paz* (México: Grijalbo, 1996), p. 164.

<sup>9</sup> Como es bien sabido, muchos de los libros de Paz son colecciones cambiantes, pero para nuestro propósito la lista siguiente es suficiente.

Analizar la época de juventud presenta un gran interés para los biógrafos de Paz y para los historiadores de su pensamiento. Las fuentes de información sobre ella son escasas; de hecho, la fuente mayor son los escritos del mismo Paz, principalmente *Itinerario* (1993).<sup>10</sup> En todo caso, parece que la llamada época “filocomunista” de Paz fue menos de “formación” propiamente dicho que de “experimentación”. Inmerso en el torbellino de la primera mitad del siglo, el joven poeta no tuvo más remedio que meterse en la política y, para un joven intelectual y rebelde, esto significaba involucrarse en la política de izquierda.

Todo empezó, como es bien sabido, con su familia (liberal y revolucionaria) y con la Revolución mexicana. Luego siguieron las conmociones del resto del mundo: la Revolución rusa y el *perevorot* (golpe de estado) de octubre, la irrupción del fascismo, el *crash* de 1929, la Guerra Civil española y la cobardía de las democracias frente a la insurrección fascista. Finalmente, la Segunda Guerra mundial y el comienzo de la Guerra Fría. Estas tres primeras décadas se correspondieron con la adolescencia del siglo: época turbulenta e irracional, pero con gran ebullición artística e intelectual. Muchos de los intelectuales y escritores de la época buscaron en Moscú un “modelo” alternativo al liberalismo político y económico.<sup>11</sup> “Para mi generación”, dice Paz refiriéndose a esta época, “los términos *democracia*

<sup>10</sup> En *Poeta con paisaje* Guillermo Sheridan pone en duda unas de las afirmaciones de Paz con respecto a su juventud, en particular su viaje a los Estados Unidos. Véase también los muchos textos importantes de Enrico Mario Santí, en particular *El acto de las palabras: estudios y diálogos con Octavio Paz* (México: Fondo de Cultura Económica, 1997).

<sup>11</sup> Comentando sus actividades en la Unión Estudiantil Pro-Obrero y Campesino (УЕРОС), fundada en 1926, Paz dice en *Itinerario* (1993): “Fue el semillero de varios y encontrados destinos políticos: unos cuantos fueron a parar al partido oficial y desempeñaron altos puestos en la administración pública; otros pocos, casi todos católicos, influidos unos por Maurras, otros por Mussolini y otros más por Primo de Rivera, intentaron sin gran éxito crear partidos y falanges fascistas; la mayoría se inclinó hacia la izquierda y los más arrojados se afiliaron a la Juventud Comunista” (*op. cit.*, p. 48).

*parlamentaria, injusticia social, imperialismo, capitalismo, crisis económica, desempleo y guerra* se convirtieron en sinónimos.”<sup>12</sup> Todos sus amigos y colaboradores se decían “revolucionarios”,<sup>13</sup> con la ingenuidad, la irresponsabilidad y la libertad (Mannheim diría: *sans attache*) de las cuales gozan (y padecen) los artistas e intelectuales de todo tiempo.<sup>14</sup> En el congreso antifascista de Valencia y luego de París (1937), los más destacados intelectuales y hombres de letras (incluyendo al muchacho Paz) se reunieron para *conferenciar*, sin impacto alguno sobre el ruido y el furor que les rodeaban pero con el sentimiento trágico de que la Historia, *avec sa grande Hache* (Perc), les tenía que rendir cuentas.

No podemos recorrer los episodios de la vida del joven Paz: el periplo en la península de Yucatán, la fundación de nuevas revistas, el viaje a España y Francia, el encuentro con Aragon, Cuesta, Breton, Camus, Neruda, Serge y otros. Basta con decir que el revolucionarismo de Paz, conjugado con la época y con el *milieu* dentro de los cuales Paz evolucionaba, le incitó a acercarse a individuos, grupos e ideas comunistas, marxistas y anarquistas; que estas *liaisons dangereuses* explican su propensión a reproducir, por lo menos unas veces, aunque no en textos clave de su obra, algunos de los “lugares comunes del comunismo”.<sup>15</sup> Paz se decía “cercano a los comunis-

<sup>12</sup> Véase “Un escritor mexicano ante la Unión Soviética”, publicado en *La Jornada* los días 9, 10, 11 y 12 de octubre de 1991, recogido en *Ideas y costumbres I: la letra y el cetro*, tomo 9 de las *Obras completas* (Barcelona / México: Círculo de Lectores / Fondo de Cultura Económica, 1993 / 1995), p. 230.

<sup>13</sup> Según Sheridan, Jorge Cuesta es “el único escritor serio en México que, en ese momento, está nadando con inteligencia a contracorriente de la izquierda”. *Poeta con paisaje, op. cit.*, p. 138.

<sup>14</sup> Sobre la manipulación soviética de los intelectuales occidentales, véase Stephen Koch, “Lying for the Truth: Münzenberg and the Comintern”, *The New Criterion*, vol. 12, núm. 3 (noviembre 1993).

<sup>15</sup> Sheridan, *Poeta con paisaje, op. cit.*, p. 222. Por ejemplo: “Todas las fuerzas creadoras de la cultura y la técnica, mediante la democracia burguesa, acuden ahora, en la época en que hacen crisis todas las concepciones y formas tradicionales, al fachismo, que es la tiranía brutal del capital monopolista.” Citado por Sheridan, *op. cit.*, p. 223.

tas”,<sup>16</sup> pero sin jamás, que yo sepa, afiliarse formalmente ni al partido comunista ni, como militante de tiempo completo, a ninguna otra agrupación de corte marxista o comunista.

La información disponible no permite interpretaciones unívocas, pero parece probable y razonable deducir que la adhesión de Paz fue más a la “mística revolucionaria”, tan íntimamente asociada al arte de vanguardia y a la poesía moderna, que al marxismo propiamente dicho. Además, la parte de la obra de Marx que merece su atención no es la parte económica, ni el Marx heredero de Hegel y de una gran tradición europea —recordamos a Joachim di Fiore, al Libro de las Revelaciones y a todo tipo de *lendemains qui chantent*—, vaticinando sobre el sentido de la historia. Le fascina el Marx joven o, deberíamos decir, las disposiciones generalmente asociadas con la época de juventud de Marx, pero que encontramos también en su obra posterior, con su *angst* bien alemán y romántico.<sup>17</sup> Paz rechaza lo que la concepción marxista de la “alienación” debe al determinismo historicista o a cualquier concepción de la experiencia humana que niega la libertad. Sin embargo, Marx tiene razón —según Paz— cuando condena, en términos típicamente “marxistas” o no, la degradación de la esencia humana bajo el capitalismo triunfante y el fetichismo de la mercancía. Llama su atención la perspectiva marxista sobre el *malaise* en la civilización (capitalista), por lo que atañe al *ser humano* y al *individuo*, no a las clases sociales. Por eso decimos, contorsionando la famosa fórmula bujarino-estalinista del “socialis-

<sup>16</sup> “Octavio Paz, itinéraire d’une vie, propos recueillis par Frédéric de Towarnicki”, *Magazine Littéraire*, núm. 342 (abril 1996), p. 142.

<sup>17</sup> Es bien conocida la influencia de su vecino de juventud y amigo de la familia Marx, el culto y muy literario Freiherr Ludwig von Westphalen, a quien Marx dedicó su tesis de doctorado y con cuya hija se casó. Según Isaiah Berlin, “Karl, who reached maturity at a very early age, became a devoted reader of the new romantic literature: the taste he acquired during these impressionable years remained unaltered until his death.” I. Berlin, *Karl Marx. His Life and Environment* (Nueva York: TIME Reading Program Special Edition, reprinted with special arrangement from Oxford University Press, 1963), p. 27.

mo en un solo país”, que a Paz le interesaba el “socialismo en una sola persona”: la crítica socialista y humanista de la civilización capitalista.

¿Fue precoz el despertar de Paz a la dimensión trágica del comunismo? Santí acaso exagera cuando dice: “Paz’s flirtation with the Left, which continued after his return to Mexico, dissolved as a result of the Hitler-Stalin Pact (1939), Trotsky’s assassination in Mexico the following year, and his personal breakup with Neruda, who was then Chilean Consul General in Mexico City.”<sup>18</sup> Y quizás Guillermo Sheridan exagera cuando dice (hablando del año 1943): “A Paz le tomaría todavía seis años reconocer que había campos de concentración en Siberia —cuando lee en París, en 1949, *L’Univers concentrationnaire* de David Rousset. Parecería tarde y, sin embargo, temprano en relación con tantos otros y, desde luego, prematuro en relación con la pausada *intelligentsia* latinoamericana.”<sup>19</sup> En 1946, ya en París —continúa Sheridan—, “Paz sigue convencido de que, terminada la guerra, los levantamientos obreros iniciarán una nueva etapa de la revolución proletaria en Europa”.<sup>20</sup> De todos modos, si el despertar de Paz fue precoz en comparación con sus contemporáneos, no fue fácil ni abrupto.

Los años sesenta empezaron con el triunfo del castrismo y su secuela en muchos países latinoamericanos. Jorge Castañeda llamó “guerra de treinta años” a la que opuso los émulos de Fidel y del Che a regímenes dictatoriales o democráticos. Durante esa década, según Castañeda, “every Latin American intellectual worth his pen, canvas, or songbook made the journey to Havana at one point or another”.<sup>21</sup>

<sup>18</sup> Enrico Mario Santí, “Octavio Paz: Otherness and the Search for the Present”, *The Georgia Review*, vol. 49, núm. 1 (primavera 1995), p. 267.

<sup>19</sup> Sheridan, *Poeta con paisaje*, *op. cit.*, p. 407.

<sup>20</sup> *Ibid.*, p. 409.

<sup>21</sup> Jorge G. Castañeda, *Utopia Unarmed. The Latin American Left After the Cold War* (Nueva York: Vintage Books, 1994), pp. 177 y 184.

En *Itinerario* Paz se refiere a la Revolución cubana en estos términos:

Comenzó como un levantamiento en contra de una dictadura; por esta razón, así como por oponerse a la torpe política de los Estados Unidos, despertó grandes simpatías en todo el mundo, principalmente en América Latina. También despertó las mías aunque, gato escaldado, procuré siempre guardar mis distancias. Todavía en 1967, en una carta dirigida a un escritor cubano, Roberto Fernández Retamar, figura prominente de la Casa de las Américas, le decía: “soy amigo de la Revolución cubana por lo que tiene de Martí, no de Lenin”.<sup>22</sup>

Paz no asistió al famoso Congreso de 1967 en La Habana, “que marcó el apogeo de la ilusión castrista entre los intelectuales”.<sup>23</sup> Cabe recordar que mientras tanto, lo que Perry Anderson llamó el “marxismo occidental”, con sus ramas existencialista, castrista, maoísta, situacionista, neo-leninista y blanquista-terrorista, florecía en las capitales europeas y en muchos campus universitarios de América del Norte. Habrá que esperar los años ochenta para asistir a una contracorriente liberal fuerte en las capas intelectuales y artísticas de Occidente. El “despertar” de Paz, recordemos, ocurrió un cuarto de siglo antes.

Durante los años sesenta Paz fustigó los regímenes comunistas con términos rizzi-trotskyistas (es decir, la Unión Soviética es una “burocracia” o una “ideocracia totalitaria”), pero rechazaba la etiqueta de anti-marxista e incluso de “anti-comunista”. En *Itinerario* y en muchos otros textos afirma que “el verdadero cadáver intelectual de nuestro tiempo no es el del marxismo sino el de la idea de la historia como depositaria de una mítica trascendencia”.<sup>24</sup> No obstante, sus

<sup>22</sup> *Itinerario*, *op. cit.*, p. 107.

<sup>23</sup> Nota de 1993 al texto “Las ‘confesiones’ de Heberto Padilla” (1971), recogida en *Ideas y costumbres I*, *op. cit.*, p. 171.

<sup>24</sup> *Itinerario*, *op. cit.*, p. 162. En 1977, respondiendo a la acusación de ser “anti-

acusadores no se equivocaban al ver en él a un firme y perspicaz enemigo del comunismo “realmente existente”.

## II. MUCHOS MARX

Para discutir con seriedad el tema que nos interesa, conviene hacer unas aclaraciones preliminares sobre el concepto mismo de la “influencia de Marx”. Para empezar, cabe distinguir entre “Marx” y el llamado “marxismo”. No son equivalentes, por razones obvias y no tan obvias (no podemos detenernos aquí). No es siempre claro lo que Paz designa por “marxismo”. A veces habla del marxismo simplemente en el sentido de las ideas de (o dignas de) Marx.<sup>25</sup> Sin embargo, no pocas veces compara favorablemente a Marx con sus inmerecidos émulos, poniendo de manifiesto el dogmatismo, la falta de espíritu crítico y las carencias tanto intelectuales como artísticas de estos últimos. Un contraste *fundamental* para Paz es que Marx (y raramente los marxistas) encarnó una rara combinación de virtudes cardinales: fue a la vez un rebelde y (cosa muy importante) un *escritor* —ávido lector de las tragedias griegas, de Cervantes (ver *La ideología alemana*) y de Shakespeare— cuyas ideas (de algún modo sincréticas: era racionalista y romántico a la vez) transfiguraron el mundo. Esta

---

comunista”, Paz decía: “Octavio Paz no ha sido nunca anticomunista pero es, desde hace mucho, un enemigo de la burocracia que ha convertido a la URSS y a otros países ‘socialistas’ en ideocracias totalitarias. Pensar así no me convierte en un anticomunista: el que asesinó a los comunistas fue Stalin, no sus críticos.” En “Suma y sigue”, *Proceso*, núms. 57 y 58 (5 y 12 diciembre 1977), recogido en *El peregrino en su patria: historia y política de México*, tomo 8 de las *Obras completas* (Barcelona / México: Círculo de Lectores / Fondo de Cultura Económica, 1993 / 1994), p. 371.

<sup>25</sup> Por ejemplo, en “Re/visiones: la pintura mural” (1978) el autor dice: “Reducir el marxismo al dualismo en blanco y negro de nuestros muralistas (también de muchos poetas, como Neruda) no sólo es empobrecerlo sino desfigurarlos.” En *Los privilegios de la vista II: arte de México*, tomo 7 de las *Obras completas* (Barcelona / México: Círculo de Lectores / Fondo de Cultura Económica, 1993 / 1994), p. 223.

singular combinación de atributos merece respeto e incluso admiración por parte de un hombre que, presumiblemente, tuvo las mismas ambiciones.<sup>26</sup>

Esto nos lleva a una segunda aclaración sobre las varias maneras en las cuales Marx o el marxismo pueden ejercer influencia. Conviene distinguir las ideas originales de Marx de otras ideas que son de izquierda pero sin ser especialmente marxistas. La misma obra de Marx conlleva ideas falsamente atribuidas a él: los conceptos de lucha de clase (Guizot), de la clase obrera como clase universal y liberadora (Flora Tristan), por no decir nada de los conceptos de dialéctica y materialismo, entre otros. Más allá de eso, e independientemente de la originalidad de los “ingredientes” utilizados por Marx, es ya parte del sentido común que su gran receta europea contiene la concepción materialista y dialéctica de la historia, la naturaleza de clase del estado, la promoción de la violencia como partera de la historia, la división de la sociedad en clases antagónicas y, finalmente, la necesidad o inevitabilidad (se trata de una aporía en la teoría de Marx) del colapso del capitalismo,<sup>27</sup> concebido éste como el último modo de producción de la “pre-historia”, con sus desigualdades, su alienación y su miseria. Me parece que es lícito llamarse seguidor de Marx y expresar dudas sobre algunos de sus preceptos, sobre todo los más fechosos: por ejemplo, la inevitabilidad del socialismo, la pauperización absoluta de la clase obrera, la insignificancia de la clase media, el carácter exclusivamente instrumental y represivo

<sup>26</sup> En su reseña del *Karl Marx* del biógrafo inglés Francis Wheen, Christopher Domínguez Michael, siguiendo una manera puramente paziana de pensar, deplora (sin insistir en ella) la resistencia del biógrafo a reconocer las disposiciones autoritarias de su sujeto, pero se deja seducir por el retrato simpático del Marx *gentleman* y rebelde, “victoriano eminente”, personaje de Dickens, creatura romántica en “radical desprendimiento de los bienes materiales”, pero típico burgués por su intensidad y su instinto trabajador. Admira sobre todo su “decisiva influencia en la historia” y su calidad de “prosista formidable”. En *Letras Libres*, núm. 33 (septiembre 2001), pp. 82-84.

<sup>27</sup> Utilizo la palabra por comodidad: Marx raramente habla de “capitalismo”; prefiere hablar de “capital”.



del estado, o la naturaleza derivada de los fenómenos culturales (religión, costumbres, ideas e ideologías). Se entiende también que la *intensidad* de la adopción del credo marxista puede variar mucho. Nuestros colegas universitarios nos recuerdan diariamente que los preceptos marxistas se pueden abrazar sin tener que abandonar una conducta como pequeños burgueses aprovechados y elitistas.

Hay flexibilidad. No obstante, no me parece admisible calificar de marxista a un cuerpo integral de ideas que contradice los preceptos fundamentales de Marx sobre la propiedad privada, la lucha de clase, la revolución o el papel del Estado en una sociedad capitalista. La tarea es complicada por el hecho de que el marxismo no constituye la única opción socialista radical o revolucionaria. Algunas de sus posiciones son compartidas, de algún modo, por no marxistas e incluso por anti-marxistas: por ejemplo, por los anarquistas, a quienes Paz probablemente leyó más que a los marxistas.

Un último tipo de influencia corresponde al ambiente intelectual “radical” que, con razón o no, queda íntimamente asociado con Marx y el marxismo. No conecta con el cuerpo integral de las ideas marxistas. Está hecho de disposiciones (antecedentes de las ideas) y actitudes negativas hacia la modernidad occidental dominante, es decir hacia el liberalismo político y lo que C. B. Macpherson llamó su individualismo posesivo. Se trata aquí de un repertorio de respuestas automáticas, de representaciones, de imágenes, de creencias, de *micro-doxa*: no de sistemas integrados de ideas. Por ejemplo, hoy en día encontramos este tipo de influencia en los llamados *cultural studies* (en particular en lo que Harold Bloom llama “la escuela del resentimiento”), a pesar del carácter anti-marxista de muchos de sus preceptos y lugares comunes (los discursos flotantes, el desprecio por la ciencia y por el concepto de objetividad, el rechazo de las *grand narratives*, y sobre todo el ninguneo del actor histórico). El politólogo Mark Lilla mostró que la obra de Jacques Derrida está impregnada del “mesianismo” de Marx; otra vez, a pesar de las muchas antinomias que existen entre desconstrucción y materialismo dialéc-

tico.<sup>28</sup> Detectamos una influencia marxista incluso en el islamismo radical, cuyo *occidentalismo* echa raíces, en buena medida, en el suelo del anti-liberalismo occidental.<sup>29</sup> En suma, estamos examinando no las posiciones sino las *disposiciones* —o sea, literalmente, los prejuicios—, las cuales desempeñan un papel importantísimo en la genealogía de las ideologías y las micro-culturas políticas. A este nivel se puede investigar, por ejemplo, el por qué del reciclaje, generación tras generación, del pensamiento marxista, a pesar del fracaso evidente de su sistema de ideas y de su capacidad explicativa o programática. En cambio, lo que complica mucho su estudio son sus vínculos familiares con un repertorio más amplio y antiguo: el utopismo occidental. La asociación de la aventura comunista con la búsqueda del paraíso, del lugar que ya no existe (*u topos*), y del Hombre Nuevo, ha hecho mucho para ennoblecer la experiencia comunista (y terrorista, en su versión roja) en el siglo xx.

En resumen, tenemos tres tipos de influencia. El primer tipo corresponde a Marx como exitoso y elocuente crítico de algunas ideas dominantes de su época, y se encuentra tanto entre los marxistas como entre destacados hombres de ideas que admiran a aquéllos. El segundo se refiere al corpus de las ideas de Marx y a sus adeptos. Finalmente, el tercero atañe al ambiente intelectual y a las disposiciones que el marxismo comparte con otras ideologías radicales o utópicas.

Encontramos muchos ejemplos del primer tipo en la obra de Paz, pero muy pocos del segundo, a pesar de las ideas recibidas sobre

<sup>28</sup> Mark Lilla, *Reckless Minds* (Nueva York: NYRB, 2001), p. 184.

<sup>29</sup> Forrest Colburn muestra que en la Revolución iraní, las nuevas políticas económicas, entre otras, se conformaban a unos preceptos marxistas comunes a las revoluciones de la segunda mitad del siglo xx en el Tercer Mundo. "In sum, the Iranian revolution was an Islamic revolution, but in Iran there was, as elsewhere, an intellectual culture of Marxism." Forrest D. Colburn, *The Vogue of Revolution in Poor Countries* (Princeton: Princeton University Press, 1994), p. 32. Véanse también los ensayos de Paul Berman, *Liberalism and Terror* (Nueva York: Norton, 2004) y de Ian Buruma y Avishai Margalit, *Occidentalism. The West in the Eyes of its Enemies* (Nueva York: Penguin, 2004).

la influencia determinante de Marx en el pensamiento de Paz. La obra ensayística de Paz, incluso la más temprana, ni siquiera se detiene mucho en asuntos económicos (como buen romántico, Paz demuestra un supremo *desinterés* por las cosas materiales). Cuestiones como la economía política de la propiedad privada no le preocupan en absoluto. Menciona de vez en cuando problemas de pobreza y desigualdad, pero sin detenerse mucho y con el empleo de términos tan generales que cada quien, ya sea de la izquierda, del centro o incluso de la derecha, podría adoptar. Paz nunca aceptó la idea de que la historia de la humanidad es la historia de la lucha de clases, y en realidad habla muy poco de clase. Cuando lo hace, es de una manera mucho más weberiana que marxista. Jamás describió el Estado mexicano como un mero instrumento en las manos de la burguesía nacional. Su interpretación de la Revolución mexicana es populista y romántica (“el encuentro de México consigo mismo”): no es marxista.

Finalmente encontramos, especialmente en el “joven Paz”, una cierta propensión a redimir la parte de la utopía marxista que, a pesar de sus consonancias marxistas, en realidad continúa una cierta tradición cristiana y occidental. No recupera la parte que celebra la violencia redentora y el rechazo total de la modernidad liberal.

A estos tipos de influencia habría que agregar los tipos de referencias que no son indicadores de influencia: es decir, aquellos casos en los cuales Paz cita a Marx de paso, para mejorar una explicación,<sup>30</sup> para confirmar una idea no necesariamente marxista,<sup>31</sup> o para saludar una formulación dichosa de Marx (como sus “alejandrino[s]

<sup>30</sup> Por ejemplo, en “América en plural y en singular” (1991) Paz afirma: “Marx criticaba al capitalismo porque reducía al obrero a horas de trabajo. Tenía razón.” Recogido en *Ideas y costumbres I*, *op. cit.*, p. 149.

<sup>31</sup> En *Corriente alterna* Paz dice: “Marx nunca creyó en una revolución comunista de los campesinos.” Recogido en *Ideas y costumbres II: usos y símbolos*, tomo 10 de las *Obras completas* (Barcelona / México: Círculo de Lectores / Fondo de Cultura Económica, 1996 / 1996), p. 598.

perfecto[s]”). Lo hace de la misma manera con Platón, Kant, Tocqueville, Vasconcelos, Reyes y Breton, entre otros. También encontramos interpretaciones discutibles, como por ejemplo cuando dice en *El arco y la lira* que “la misión final que Marx asigna a la especie humana al final del dédalo de la historia —la autonomía de la conciencia y su posibilidad casi demiúrgica de crear la existencia y modificarla— el hombre moderno la ha realizado en determinados territorios de la realidad. También para el pensamiento científico moderno la realidad objetiva es una imagen de la conciencia y el más perfecto de sus productos”.<sup>32</sup> Allí la idea corresponde más bien a Kant que a Marx, quien nunca concedió mucha autonomía a la conciencia humana. Si el propósito es el de celebrar el advenimiento del espíritu práctico y científico, Paz hubiese podido citar a cualquier pensador del Siglo de las Luces. Cita a Marx para recordarnos lo que Marx debe a las ideas *dominantes* de su tiempo (progreso, positivismo, ciencia, universalismo). Por supuesto, también cita a Marx para criticarle, aunque siempre con mucho respeto y, a menudo, para dar la razón a otro gran crítico de la modernidad capitalista (la ropa sucia se lava en familia).<sup>33</sup>

### III. CITAS

Consultando los índices alfabéticos de las *Obras completas* de Paz, publicadas en México por el Fondo de Cultura Económica, nos damos cuenta de que las referencias a Marx son constantes en la obra de Paz y de que no hay mayor variación, en términos de can-

<sup>32</sup> *La casa de la presencia: poesía e historia*, tomo 1 de las *Obras completas* (Barcelona / México: Círculo de Lectores / Fondo de Cultura Económica, 1991 / 1994), p. 217.

<sup>33</sup> Por ejemplo, en *Corriente alterna* Paz afirma: “Marx fue insensible a lo que sería uno de los descubrimientos de Nietzsche: la fisonomía de las culturas, su forma particular y su vocación singular.” Recogido en *Ideas y costumbres II, op. cit.*, p. 627.

tividad, entre los textos de juventud y los textos finales.<sup>34</sup> También resulta claro que en la mayoría de los casos no son citas comprometedoras en términos de su importancia en el argumento principal.

Los casos en los cuales la presencia de las ideas de Marx parece más sustancial pertenecen esencialmente a dos categorías. En primer lugar, tenemos los casos en que Paz parece referirse a ideas propias de Marx, pero aquí, en realidad, la influencia no es tan directa. El mejor ejemplo quizás se puede encontrar en “Vuelta a *El laberinto de la soledad*”, publicado por primera vez en 1975 y recogido en 1979 en *El ogro filantrópico*. Allí encontramos la idea de que “las revoluciones son la consecuencia del desarrollo, como no se cansaron de decirlo Marx y Engels”.<sup>35</sup> La misma premisa sobresale en la llamada “teoría de la modernización” e intuitivamente en buena parte de la sociología política moderna: es decir, no sola o principalmente en la obra de Marx. Según Paz, los países subdesarrollados no pueden tener más que *revueltas y rebeliones*: “actores de grupos e individuos marginales” y “levantamientos populares contra un sistema reputado injusto”.<sup>36</sup>

También en “Revisión y profanación” (publicado en *Corriente alterna* en 1967) Paz dice: “*Por lo menos en este punto* Marx tenía razón: la sociedad igualitaria se funda en el desarrollo y toda economía de escasez engendra opresión y regimentación.”<sup>37</sup> Dejando a un lado por el momento la cuestión de la veracidad de la afirmación (a mi juicio, el mexicano recoge aquí una de las ideas más equívoca-

<sup>34</sup> Un punto metodológico: la utilización de las citas como datos principales deja de lado las instancias de influencias implícitas o no abiertamente reconocidas. Sin embargo, Paz siempre estuvo muy dispuesto a reconocer sus deudas intelectuales, así que sus referencias son generalmente muy explícitas.

<sup>35</sup> “Vuelta a *El laberinto de la soledad*”, recogido en *El peregrino en su patria*, *op. cit.*, p. 249.

<sup>36</sup> *Idem.*

<sup>37</sup> Recogido en *Ideas y costumbres II*, *op. cit.*, p. 612 —subrayado mío.

das de Marx), llama la atención que Paz parece compartir la conclusión de Marx, pero no el razonamiento que lleva a esta conclusión. Según Marx, el desarrollo de las fuerzas productivas establece las condiciones objetivas de toda revolución. Por eso veía con buenos ojos el colonialismo: porque hacía avanzar las sociedades atrasadas hacia el capitalismo y, por lo tanto, hacía posible la promesa del socialismo. Según Paz, por el otro lado, hay una *correlación* entre el desarrollo y la revolución, no en el sentido en que el desarrollo *causa* la revolución sino en el sentido de que una *verdadera* revolución no es posible *sin* el desarrollo. Paz sabía muy bien que las revoluciones del siglo xx triunfaron en los países intermedios: no en los países más desarrollados ni en los más atrasados. Podemos suponer que por revolución, entendía no solamente la toma del poder, las revueltas callejeras y las políticas radicales, sino el acercamiento cualitativo a ideales universales de libertad, igualdad y fraternidad. Paz tenía una visión muy romántica y utópica (aunque decepcionada) de la revolución, y le resultaba difícil comparar el ideario con la realidad de las revoluciones de palacio del Tercer Mundo. A pesar de eso, es muy probable que en el origen de su interpretación sobre revolución y desarrollo se hallan ideas o intuiciones encontradas en la lectura de Marx, aunque esto no significa que aquellas ideas sean marxistas en sentido estricto.

En segundo lugar, hay bastantes textos de juventud en los cuales Paz adopta la parte utópica de la obra de Marx. En un texto sobre el poeta Luis Cernuda, publicado en 1943, Paz utiliza el ejemplo de Marx para explicar que muchos grandes autores no han escrito más que un solo gran libro. Según Paz, el gran libro de Marx es *El capital*, el cual nunca fue terminado. “¿Qué hubiera ocurrido si Marx termina su libro, que es algo más que una crítica de la economía capitalista?”, pregunta el joven Paz. Y agrega: “Los marxistas piensan que será el futuro mundo socialista quien mañana *escriba* todo lo que Marx no pudo escribir. Este hombre no sólo nos dejó un testamento, cuyas cláusulas debemos cumplir, sino un pensamiento que debemos desa-

rollar y completar.”<sup>38</sup> Más adelante afirma que “me parece que todo esto resulta particularmente verdadero en poesía”, y utiliza el ejemplo del libro *La realidad y el deseo*, único libro de Luis Cernuda, para demostrarlo.

En “Los signos en rotación” (1965) encontramos quizás el elogio más elocuente de Marx y del marxismo. Incluso se *cita* extensamente (cosa muy rara) a Marx (al Marx de la *Introducción general a la crítica de la economía política*). En la versión recogida en sus *Obras completas* (1993), Paz siente la necesidad de añadir una nota a pie de página, con el comentario siguiente: “Estas líneas fueron escritas en 1964. Hoy, veintiséis años después, el enorme fracaso histórico del marxismo-leninismo es un hecho incontrovertible. Pero no ha surgido un nuevo pensamiento crítico y creador.” Al parecer, tenemos aquí un ejemplo rotundo de un “cambio de piel” ideológico, reconocido por el propio Paz. Ahora bien, ¿qué dice Paz en su texto de 1964? Esencialmente esto: encontramos en el marxismo dos cosas, un instrumento (la crítica) y una utopía (el comunismo), a las cuales, por ser elementos fundamentales de la tradición occidental, no podemos renunciar. La crítica es lo que define a la modernidad occidental y la debemos utilizar continuamente, incluso cuando analizamos el propio marxismo. Por otra parte, ¿a qué se refiere exactamente Paz cuando defiende la utopía comunista? Escuchémoslo:

La idea de una comunidad universal en la que, por obra de la abolición de las clases y del Estado, cese la dominación de los unos sobre los otros y la moral de la autoridad y del castigo sea reemplazada por la de la libertad y la responsabilidad personal —una sociedad en la que, al desaparecer la propiedad privada, cada hombre sea propietario de sí mismo y esa “propiedad individual” sea literalmente común, compartida por todos

<sup>38</sup> “Luis Cernuda, *Ocnos*”, recogido en *Miscelánea I: primeros escritos*, tomo 13 de las *Obras completas* (Barcelona / México: Círculo de Lectores / Fondo de Cultura Económica, 1998 / 1999), p. 305.

gracias a la producción colectiva; la idea de una sociedad en la que se borre la distinción entre el trabajo y el arte —esa idea es irrenunciable. No sólo constituye la herencia del pensamiento moral y político de Occidente desde la época de la filosofía griega, sino que forma parte de nuestra naturaleza histórica. Renunciar a ella es renunciar a ser lo que ha querido ser el hombre moderno, renunciar a ser. No se trata únicamente de una moral ni de una filosofía política.<sup>39</sup>

Cabe recordar que Marx *nunca* expuso con exactitud la configuración de la nueva sociedad comunista. Como muchos autores de los siglos XVIII y XIX, Marx no concebía la política como una esfera autónoma, sino como un reflejo de otras esferas de la vida social: la historia, la sociedad misma, la economía. El comunismo es lo que permanece una vez que el problema fundamental y, por ende, todos los problemas secundarios estén resueltos. El desarrollo de las fuerzas productivas, con el apoyo de la violencia revolucionaria (*partera* de la historia: no genitora), solucionará todos los problemas. Paz celebra aquí la parte más indefinida, oscura (¿religiosa?) del marxismo. Para renunciar a ella, habría que renunciar a la idea del progreso, de la existencia de leyes históricas, y de toda solución final, exactamente lo que Paz hizo a partir de los años setenta.

Ahora bien, Paz sí menciona en esta cita una idea típicamente marxista: la de que la liberación de la humanidad pasa por la desaparición de la producción privada. Pero no insiste sobre este tema, ni en este texto ni en ningún otro, prefiriendo calificar como “irrenunciable” a un conjunto de ideas que forma parte de la tradición utópica occidental. Llama la atención que las ideas *específicas* de Marx —es decir, las que no pueden ser confundidas con o asemejadas a las del cristianismo, las de la Ilustración, las de otras corrientes del socialismo o de cualquier otra posición o disposición intelectual a las cuales uno puede suscribir sin ser marxista— son rechazadas en el mismo

<sup>39</sup> *El arco y la lira*, recogido en *La casa de la presencia*, *op. cit.*, p. 252.



párrafo donde se hacen alabanzas de la “visión” del filósofo alemán. Dice Paz: “La noción del proletariado como agente universal de la historia, la del Estado como simple expresión de la clase en el poder, la de la cultura como ‘reflejo’ de la realidad social, todo esto, y muchas otras cosas más, desaparecerá. No la visión de una sociedad comunista.”<sup>40</sup> A continuación del largo párrafo que acabamos de citar, también afirma que “es verdad que, si ha de surgir un nuevo pensamiento revolucionario, tendrá que absorber dos tradiciones desdeñadas por Marx y sus herederos: la libertaria y la poética, entendida esta última como experiencia de la *otredad*”.<sup>41</sup> Uno puede especular que aquí Paz no se incluye en el grupo de los “herederos” sino en el de los “desdeñados”. En otro texto suyo —sobre Rubén Darío— publicado en la misma época (1964), Paz critica la manera en que al “considerar a las civilizaciones como máscaras que encubren la verdadera realidad social —o sea: como ‘ideologías’, en el sentido que daba Marx a esta palabra— habíamos terminado por atribuir un valor absoluto a los sistemas sociales y económicos”.<sup>42</sup> Es decir: como ya consideraba las ideas, la imaginación y las formas culturales como fundamentalmente indeterminadas, se oponía a un positivismo y un economicismo a los cuales es fácil asociar el marxismo.

#### UNA CONCLUSIÓN Y DOS PREGUNTAS MÁS

La cuestión de las influencias es compleja y quizás está condenada, por su propia naturaleza, a permanecer insondable en “última instancia”. Acaso la única corriente intelectual que influyó fuertemente en Paz fue el romanticismo, corriente que se encuentra también en

<sup>40</sup> *Ibid.*, p. 251.

<sup>41</sup> *Ibid.*, p. 252.

<sup>42</sup> “El caracol y la sirena: Rubén Darío”, recogido en *Fundación y disidencia: dominio hispánico*, tomo 3 de las *Obras completas* (Barcelona / México: Círculo de Lectores / Fondo de Cultura Económica, 1991 / 1994), p. 161.

Marx y en muchas de las vanguardias artísticas radicales del siglo xx. No obstante, la lectura de la vasta obra de Paz —es decir, no solamente la lectura de unos textos o de unos tipos de textos— indica de manera contundente que Paz siempre fue Paz: un Paz íntimamente comprometido con su tiempo pero radicalmente independiente, un Paz libre pensador pero con muchísimo sentido de la responsabilidad intelectual, un Paz que toda su vida buscó su voz, su “otra voz”, pero con una gran propensión a absorber múltiples ideas del pensamiento occidental e incluso del oriental. Como dijo varias veces, el desafío para él no fue el de cambiar al hombre sino el de ser uno de ellos.

El presente texto nos deja con dos preguntas sin respuesta. La primera: si mi análisis es correcto, entonces ¿por qué tantos mexicanos exageran tanto el marxismo del joven Paz como el anti-marxismo de su vejez? En mi introducción a *Sueño en libertad*, me atreví a identificar un indicio: es conveniente, para muchos, recordar al joven Paz como uno entre muchos que fueron atrapados por el canto de sirena del comunismo. Es particularmente importante para la izquierda porque le permite presentar la crítica de Paz al castrismo, al sandinismo y al culto de Marcos no como una consecuencia lógica de sus disposiciones libertarias sino como el producto de un acto venenoso: una abjuración, una deserción.

La segunda pregunta es más interesante: ¿cómo pensar la interconexión entre las disposiciones y posiciones de Paz sobre política, por una parte, y sus ideas sobre el arte, por la otra? En *Itinerario* Paz dice:

Recuerdo que en 1935, cuando lo conocí, Jorge Cuesta me señaló la disparidad entre mis simpatías comunistas y mis gustos e ideas estéticas y filosóficas. Tenía razón pero el mismo reproche se podía haber hecho, en esos años, a Gide, Breton y otros muchos, entre ellos al mismo Walter Benjamin. Si los surrealistas franceses se habían declarado comunistas sin renegar de sus principios y si el católico Bergamín proclamaba su

adhesión a la revolución sin renunciar a la cruz, ¿cómo no perdonar nuestras contradicciones? No eran nuestras: eran de la época.<sup>43</sup>

En la respuesta a esta pregunta se podrá buscar cómo y por qué, como lo afirma Paz, el arte es una escuela de libertad, y la historia del arte es la historia de la libertad.

<sup>43</sup> *Itinerario, op. cit.*, pp. 50-51.



## LA MODERNIDAD DE LOS MODERNIZADORES

Ricardo Pozas Horcasitas  
*Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM*

*Un texto es un tejido de relaciones*

Octavio Paz

### I. PROEMIO

Para 1990 Octavio Paz era el intelectual mexicano con mayor reconocimiento mundial: el 8 de noviembre de ese año le había sido otorgado el Premio Nobel de Literatura;<sup>1</sup> formaba parte de El Colegio Nacional; había obtenido, entre otros premios, el Príncipe de Asturias y varios doctorados *honoris causa*; y había impartido cátedra y conferencias en universidades de reconocido prestigio internacional. Su obra poética y ensayística se consideraba parte importante del canon de la cultura iberoamericana y mundial, sus escritos y entrevistas eran citados por los más importantes analistas y teóricos del momento incluyendo a aquellos que se encontraban fuera del “campo” de la literatura, como fue el caso de Jürgen Habermas, entre otros muchos.

Octavio Paz era un poeta, pero también un emprendedor. Parte de su actividad social fue la organización de eventos en los que se

<sup>1</sup> El discurso pronunciado por Octavio Paz el 8 de diciembre de 1990 en la ciudad de Estocolmo, al recibir el Premio Nobel, así como el brindis en el que lo agradece, aparecen reproducidos en la revista *Vuelta*, núm. 170 (enero 1991), pp. 10-14.

convocaba a personajes del mundo intelectual a seminarios de discusión, que en varios casos fueron televisados, poniendo en el centro de la opinión pública el debate sobre perspectivas e ideas que animaban la vida cultural del mundo. Asimismo, siguiendo la tradición de los creadores modernos, fundó revistas culturales como *Plural* y *Vuelta*, en torno a las cuales se agruparon intelectuales de distintas generaciones. Su figura convocó a poetas y ensayistas de todo el mundo, quienes con sus textos dejaron en las revistas testimonio de los cambios en la crítica del arte, la literatura, la creación y las corrientes reflexivas de su tiempo. Durante 27 años mostraron a los lectores mexicanos e iberoamericanos, a través de los ensayos, una amplia gama de interpretaciones y, con la poesía, las diversas visiones del mundo.<sup>2</sup>

La posición especial que adquirió Octavio Paz en la sociedad mexicana lo colocó en una condición de interlocutor privilegiado frente a los presidentes que concentraban el poder del Estado: frente a El Presidente, él llegó a ser El Poeta y el Intelectual independiente, en una sociedad con un alto nivel de centralización y jerarquización de funciones sociales y culturales, fundada en relaciones políticas de influencia. Sus palabras eran significativas en el conjunto de las voces que formaban la opinión pública mexicana de los últimos treinta años del siglo xx. A partir de su renuncia de la embajada de la India, después de la represión de Tlatelolco en 1968, el autor de *Postdata* se erige en una autoridad moral frente a un régimen político que se quedó atrapado en los rígidos márgenes del poder autoritario. Sus opiniones sobre la cosa pública eran escuchadas y leídas, no sólo por los que ejercían el poder político en los distintos ámbitos del Estado y la sociedad, sino también por los que estaban al frente de los medios de comunicación masiva: los comentaristas de radio y televisión, quienes transmitían lo dicho por él a nivel nacional, comentarios y

<sup>2</sup> Octavio Paz habló de “la poesía, que ha sido siempre una visión del mundo”, en *La otra voz: poesía y fin de siglo* (México: Seix Barral, 1990), p. 120.

declaraciones que con frecuencia aparecían reproducidas internacionalmente. Sus opiniones despertaron siempre reacciones encontradas; muy pocas veces sus posiciones políticas fueron envueltas por la indiferencia pública.

Su autoridad, de intelectual reconocido socialmente, lo volvió un personaje central en la vida política de México. Su opinión individual remarcaba la singularidad de sus convicciones en el conjunto de una sociedad económicamente muy estratificada y culturalmente diferenciada. Él enfatizó siempre su singularidad en el debate y reafirmó la identidad pública de su persona. Al afirmar sus opiniones particulares buscó siempre la diferenciación de aquellos cuya adscripción institucional, estatal o partidaria, los obligaba a asumir posiciones disciplinadas y previsibles, como evidencia de la conducta política en el ejercicio ideológico. Se sabe que la lealtad de los voceros suele ser bien recompensada. En la actitud política de la obediencia disciplinada, la individualidad y la responsabilidad de ejercerla se anulan y quedan confinadas en la fidelidad irreflexiva rendida a la jerarquía política e ideológica que rige el orden institucional de un régimen autoritario o de un partido con tradición totalitaria. En estos ámbitos la individualidad, que funda la identidad de la persona y el derecho ciudadano, queda diluida en “los otros”, en el “nosotros”: en el colectivo gobernado con un alto grado de impunidad y capacidad de sanción, frente al cual no existe ni la réplica ni el derecho a la diferencia, tradición autoritaria heredera de los gobiernos de masas y ejercida por los responsables del mando en las instituciones políticas. Libró parte importante de sus combates ideológicos frente a los voceros de las izquierdas dogmáticas y totalitarias, así como contra los funcionarios del régimen autoritario.

Octavio Paz fue un moderno que ejerció en la escritura las acciones individuales que la convicción de la modernidad impone. Entendió a la modernidad y contribuyó a comprender su simiente móvil e incierta. La modernidad está asentada sobre una paradoja: aquella en la que la racionalidad que busca la certeza en la consecución de los

fines, construye en su andar la incertidumbre y edifica los resultados en el juego de lo incierto. Las acciones individuales o colectivas, que dan origen a los eventos sociales y políticos, sólo son susceptibles de ser calculadas y dirigidas racionalmente con un cierto margen de certeza en medio del azar: “La modernidad nace de la desesperación y está perpetuamente enamorada de lo inesperado.”<sup>3</sup>

El individuo moderno tiene la conciencia de que las certezas políticas, producto del cálculo racional fundado en la reflexibilidad y el conocimiento, se edifican sobre lo incierto de las acciones colectivas y que la participación de las personas corre el riesgo de lo imprevisible, que confirma la incertidumbre propia de la libertad democrática al disolver la participación personal en la acción social. En la actividad pública, toda posición política individual es un riesgo construido sobre la indeterminación de los resultados finales, desenlace definido por la posición cambiante de las fuerzas existentes y por el peso que van adquiriendo, en las relaciones de poder, los actores que se constituyen como sujetos dominantes del escenario público.

En los confines de los años ochenta, años de cambio acelerado, apareció un nuevo horizonte político, apertura de la que brotaban explicaciones sobre el acontecer, versiones del mundo que iban desde la edificación de escenarios posibles, fundados en la racionalidad de las ciencias sociales, hasta el pensamiento utópico de la modernidad y el escepticismo que produce lo nuevo y el fin de lo sabido. El cierre del siglo se adelantó y el mundo contemplaba uno más de los finales de una época. En ese tiempo, el presente ensayaba a imaginar sus futuros y el ensayista buscaba en la escritura la perspectiva que le diera certeza sobre las nuevas formas de mirar el mundo:

La aceleración de la historia se debe, probablemente, a la concatenación de fuerzas silenciosamente a la obra durante años y años; una

<sup>3</sup> Octavio Paz, “Poesía en movimiento”, prólogo a *Poesía en movimiento: México, 1915-1966* (México: Siglo XXI, 1966), p. 6.



circunstancia fortuita las combina y su mezcla provoca cambios y explosiones. Colaboración entre la necesidad y el accidente: el azar, más que la violencia, es el partero de la historia. Vivimos ahora uno de esos momentos. Los cambios que nos asombran son parte de un proceso que comenzó hace mucho y que no sabemos cuándo ni cómo terminará. Sería presuntuoso tratar de descubrir su verdadero sentido; no lo es arriesgar algunas conjeturas sobre sus causas inmediatas y su probable dirección.<sup>4</sup>

Uno de los rasgos distintivos de la personalidad de Octavio Paz fue su voluntad de correr a la par del cambio, de asumir el riesgo político de opinar sobre lo incierto, sobre el presente y sus resultados posibles. Para él, la palabra fue un ejercicio de conciencia, una forma de compromiso con la edificación del presente: la manera de cumplir con la condición de la conciencia reflexiva, que el compromiso con la modernidad impone al intelectual. Su batalla política fue también por el libre juego de las opiniones personales, por la libertad de decir, de construir una tradición del debate público que confrontara la tradición política del silencio y el hábito individual de la autocensura, cultura de lo público que asienta la voz de la autoridad como la única: práctica de la obediencia que marcha sobre la llanura callada de los miedos.

Las convicciones políticas y estéticas del poeta son ejercidas en el ensayo y forman parte, como en toda biografía intelectual, de los límites que decantan al escritor frente al mundo y frente a la historia. Éstas son tan definitorias de su personalidad como su talento creador y la disciplina para desarrollarlas y mantenerlas a lo largo del tiempo. Ambas, la crítica literaria y la crítica política, son una parte sustantiva de la emoción y el riesgo de estar vivo: de comprometerse con lo que se cree, por lo que se sabe. Decir lo que se piensa y confrontarlo

<sup>4</sup> Octavio Paz, *Pequeña crónica de grandes días* (México: Fondo de Cultura Económica, 1990), p. 17.

con las ideas y las visiones que los otros tienen del mundo, construye en el ensayista la convicción de ser libre.

En Octavio Paz la poesía nunca fue una acción política; la escritura del ensayo político es una escritura de valores e ideas, una defensa de principios lógicamente desarrollados, con una racionalidad argumentativa, cautiva en el horizonte de la historia, capturada por los instrumentos con los que cada tiempo mide y dice “la verdad”, a diferencia de la escritura poética que busca siempre, desde lo individual, lo primigenio y lo universal: “Afirmo que la poesía es irreductible a las ideas y a los sistemas. Es la otra voz. No la palabra de la historia ni de la antihistoria, sino la voz que en la historia dice siempre otra cosa, la misma desde el principio.”<sup>5</sup>

El ejercicio de la poesía genera en el poeta la necesidad de la distancia de sí mismo. Esta actitud vital implica un desdoblamiento en el que la materia del poema es la esencia emocional y racional del poeta, diferenciación y unidad del yo, que supone la capacidad del creador de desplegar la condición íntima en la búsqueda de lo primigenio y lo universal de las distintas experiencias de la vida, testigo de los demás y observador de los otros en él mismo. La diversidad de saberes y sensaciones puestos en movimiento, con los que el escritor construye las imágenes y las figuras poéticas a través de la gramática propia de la poesía, es un despliegue de la palabra que mantiene viva la tensión sustantiva del poema, en la que se desarrolla la relación entre el sentido y el sonido.<sup>6</sup> Los poetas son individuos que refinan sus sentidos y percepciones sobre la vida en el otro ámbito del tiempo: el que conjuga la temporalidad subjetiva con la intemporalidad universal.

<sup>5</sup> Octavio Paz, *Los signos en rotación y otros ensayos* (Madrid: Alianza, 1971), p. 109.

<sup>6</sup> “En ningún otro género literario es de tal modo íntima la unión entre sonido y sentido como en la poesía. Esto es lo que distingue al poema de las otras formas literarias, su característica esencial. El poema es un organismo verbal rítmico, un objeto de palabras dichas y oídas, no escritas ni leídas.” Octavio Paz, *La otra voz*, *op. cit.*, p. 122.

Octavio Paz fue ante todo un poeta que practicó otras formas de escritura como experiencia de conocimiento. El ensayo político es una de ellas. Evitó la poesía política, lo que no significa que sus poemas no tengan el significado y el contenido universal de la política, cuyos efectos forman parte ineludible de la experiencia humana. Su prosa política es la de un poeta.<sup>7</sup> La capacidad seductora de sus ensayos reside también en el despliegue de los recursos poéticos cuyo efecto anímico está en la emoción que busca construir la armonía textual, a través del conflicto que produce el despliegue de los argumentos racionales, sobre la conducta inmediata y causal de las acciones políticas. Paz buscó la diferencia entre las dos escrituras, pero no eludió al poeta que se bate en la emoción incierta del ensayo.

El creador Octavio Paz diferenció siempre entre la poesía y la política, ambas escrituras como dos formas distintas de estar presente en el tiempo. Se supo poeta y buscó lo universal: lo primigenio. Se asumió como hombre de su tiempo y definió sus convicciones frente a las circunstancias, sus historias y los otros: sus interlocutores y sus adversarios. Construyó la solidez de su identidad en la poesía y se aventuró en la historia, ambas como diferencia, como contradicciones que se atraen y se niegan y en cuya relación se produce el movimiento, tránsito permanente hacia lo incierto, en cuyo centro está el poeta, punto donde confluyen los opuestos y se recrea el conflicto de los términos. Práctica de la conciencia de la vida en el tiempo: la del poeta, en la búsqueda del instante y su eternidad; la del ensayista, viviendo el curso de *las aguas del río*, para utilizar la metáfora de Heráclito, y la dialéctica, que le fue tan afín. Paz es un hombre seducido

<sup>7</sup> “El ensayo político de Octavio Paz es la prosa de un poeta. Esta condición de creador implica una actitud vital así como una posición analítica frente al lenguaje, y no puramente instrumental.” Ricardo Pozas Horcasitas, “La libertad en el ensayo político de Octavio Paz”, *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 58, núm. 2 (abril-junio 1996), pp. 3-21. Este texto aparece reproducido en la revista *Vuelta*, núm. 237 (agosto 1996), pp. 28-38.

por el transcurrir, buscador del cambio, imaginador de lo incierto. Es el poeta que vive en la paradoja de atrapar lo infinito en el instante.

La vivencia de la fractura y la experiencia cotidiana de la escisión caracterizan a la modernidad: ruptura que se expresa en la disonancia entre principios y prácticas, entre instituciones y sociedad, entre biografía y conciencia. Octavio Paz es claro en esta visión del mundo que es una constante en la temática de su poesía y una continua búsqueda en sus ensayos:

La Edad Moderna, desde el Renacimiento, ha sido la de la ruptura: hace ya más de quinientos años que vivimos la discordia entre las ideas y las creencias, la filosofía y la tradición, la ciencia y la fe. La modernidad es el período de la escisión [...] Nuestro tiempo es el de la conciencia escindida y el de la conciencia de la escisión. *Somos almas divididas en una sociedad dividida.*<sup>8</sup>

Como ciudadano ejerció su derecho intelectual a la política y enfrentó como poeta a aquellos que reducían la creación poética al discurso de las luchas por el poder:

La poesía política tuvo una gran importancia en la primera mitad del siglo xx pero *muy pocos de los poemas escritos en esos años alcanzaron la universalidad de la verdadera poesía*. Sus autores estaban demasiado cerca de la noticia y muy lejos del acontecimiento. La noticia se disuelve en propaganda, mientras que el acontecimiento es la historia que de pronto aparece. Es una realidad enigmática que debemos descifrar para no ser devorados.<sup>9</sup>

<sup>8</sup> Octavio Paz, *Itinerario* (México: Fondo de Cultura Económica, 1993), p. 43 (las cursivas son nuestras). Y agrega: “La modernidad es el período de la escisión. La separación comenzó como un fenómeno colectivo; a partir de la segunda mitad del siglo xix, según lo advirtió Nietzsche primero que nadie, se interiorizó y dividió a cada conciencia.”

<sup>9</sup> *Los signos en rotación...*, *op. cit.*, p. 118 (las cursivas son nuestras).

La política fue para Octavio Paz un ejercicio de conciencia, un acto reflexivo: la convicción del derecho individual de la ciudadanía moderna de practicar la libertad para preservarla. La libertad se sustenta al asumir una posición autónoma frente a la otredad, frente a los diferentes, los conciudadanos y los gobernantes. La actitud política libre no ve en las prácticas de los conciudadanos y gobernantes sólo la reiteración de aquello que forma la versión previa de la realidad, concepción cerrada y autorreferencial que sólo distingue en los hechos la evidencia de los juicios. Estas versiones del mundo, en las que se funda el dogmatismo político, no sólo no advierten el cambio sino que ven, a pesar del curso de los tiempos, siempre lo mismo. “Doy por supuesto que la crítica política y literaria de Paz”, afirma Charles Tomlinson, “son producto de la misma fuente: la de la inteligencia no doctrinaria.”<sup>10</sup>

El escritor explica su presencia de poeta en la vida pública como una práctica de la libertad, como la batalla permanente por ella y lo que implica, como el valor de no callar lo que se observa: “desde adolescente quise ser poeta y nada más; pero pronto descubrí que la defensa de la poesía era inseparable de la defensa de la libertad. De ahí mi interés apasionado por los asuntos políticos y sociales que han agitado nuestro tiempo”.<sup>11</sup>

Desde la convicción del derecho individual a ser libre y tener una posición política independiente, Paz se confrontó con los ideólogos que construyen las versiones sobre los otros y los hechos a partir de los juicios ideológicos elaborados *a priori*, versiones sobre la realidad antes de que la realidad acontezca. Estas actitudes personales o de

<sup>10</sup> Charles Tomlinson, “Un juego libre de pensamiento”, en *Octavio Paz: el escritor y la crítica*, ed. Pere Gimferrer (Madrid: Taurus, 1988), p. 31.

<sup>11</sup> Octavio Paz, “Poesía, mito y revolución”, *Vuelta*, núm. 152 (julio 1989), p. 8. Hizo esta declaración el 22 de junio de 1989, al recibir el Premio Alexis de Tocqueville en París. En esa ocasión, el Presidente de Francia, François Mitterrand, apuntó que muchos de los pasajes, los momentos y las actitudes de Paz eran comunes a la trayectoria de Alexis de Tocqueville.

grupo son elaboradas desde la visión cerrada al mundo, a partir de la versión acrítica o contestataria que reitera el juicio de valor sobre las conductas de los gobiernos y los gobernantes, así como de las otras posiciones y corrientes políticas. Apreciación cerrada y reiterativa que modela la mirada del que observa los acontecimientos de su tiempo.

La independencia de criterio, fundada en la conciencia de la diferencia individual y la diversidad de posiciones frente a los hechos sociales, propia de la identidad del individuo moderno, le generó a Paz, durante toda su vida, descalificaciones y confrontaciones que forman el itinerario de sus debates públicos, confrontaciones con personajes de la vida nacional, con los que siempre polemizó.

La convicción de su libertad y el compromiso con su independencia fundan la necesidad intelectual de escribir frente a las otras versiones del mundo, de decir lo que observa, de ensayar a comprender los cambios en la sociedad en la que vive. Esta forma de ejercer la libertad está en la raíz de sus textos sobre México y el mundo que transita por el fin del siglo y el principio de una nueva época de la historia. Sus textos, al final de su vida, son reflexiones sobre los acontecimientos que buscaban el significado del cambio.

#### LA MODERNIDAD ATRAPADA POR LOS MODERNIZADORES

En septiembre de 1990 Octavio Paz escribía sobre los eventos que definían el principio de las nuevas condiciones del mundo. Tanto la caída del socialismo totalitario como la hegemonía de la economía de mercado eran los primeros trazos que definían a la sociedad global.

Los trabajos y las opiniones que son analizados en este texto fueron producidos en ese tiempo de transformaciones radicales que fue el fin del siglo xx, período político en el que se desarrolló en México el sexenio del Presidente Carlos Salinas de Gortari (1988-1994),

años clave en la historia del mundo y del país, tiempo en el que el cambio abrió un nuevo horizonte de posibilidades que fueron acotadas por los límites impuestos por las nuevas formas hegemónicas de dominación: la globalización del mercado y la consolidación de los Estados Unidos de Norteamérica como la más importante potencia militar.

En esos años de cambio, el entusiasmo alimentaba las polémicas sobre los rumbos que tomaría la sociedad global. Los debates, que eran frecuentes y airados, ocupaban a intelectuales y políticos. Se habían abierto de nuevo el horizonte y las fronteras de las sociedades; los Estados, que durante cincuenta años se mantuvieron cerrados, custodiados por los nacionalismos, ahora se derrumbaban ante las reformas impuestas por el desarrollo de la economía de mercado y las transformaciones en los sistemas políticos impulsadas por la llamada “tercera ola de la democratización”. En esos años se revisó intensamente el pasado y los actores políticos se hacían promesas y hacían promesas; después de una larga crisis ofrecían a las sociedades futuro y bienestar. Era el momento de abrirse al mundo, el tiempo de la otredad, del ajuste de cuentas con las ideologías cerradas y con los nacionalismos y sus historias:

Ya sé que es imposible luchar contra el mercado o negar su función y sus beneficios. Sin embargo, ahora que, según todos los signos, el socialismo totalitario se derrumba y ha dejado de amenazar a las sociedades democráticas, un nuevo pensamiento político y social tal vez podrá diseñar formas de intercambio menos onerosas. Ésta es mi ardiente esperanza. Desvanecidas las crueles utopías que han ensangrentado a nuestro siglo, ha llegado, al fin, la hora de comenzar una reforma radical, más sabia y humana, de las sociedades capitalistas liberales. También, claro está, de los pueblos de la periferia, agrupados bajo el nombre equívoco de Tercer Mundo. Tal vez esas naciones empobrecidas, víctimas sucesivamente de tiranos arcaicos y de astutos demagogos, de oligarquías rapaces y de intelectuales delirantes enamorados de

la violencia, escarmentadas por los desastres de estas décadas, logren encontrar la salud política y con ella un poco de bienestar.<sup>12</sup>

El final de siglo fue uno de esos tiempos en que la idea de la modernización vuelve con la intensidad de la promesa mientras el pasado inmediato, envuelto en la concepción de tradición, es sometido a una crítica intensa.<sup>13</sup> Fue un tiempo en el que la modernización se volvió el eje temático de la construcción ideológica del cambio y de la lucha política por edificarlo. Ésta se constituye en el núcleo duro de la propuesta programática del gobierno del Presidente Salinas. Frente a la modernización y el cambio se construyeron agendas políticas y de gobierno, se debatió y criticó entre grupos políticos y partidos. En el imaginario social, el país estaba de nuevo en el principio y era la oportunidad de rehacerlo.

La búsqueda de la modernidad democrática ha sido en la historia de México un problema y una constante y, en la biografía intelectual de Octavio Paz, casi un destino. Esta búsqueda fue uno de los objetivos que dio sentido e identidad a su acción pública y fue uno de los ejes analíticos con el que explicó y dio sustento a sus posturas políticas, concepción teórica y principio de acción que atravesaron su carrera intelectual. La idea de la modernidad, presente desde *El laberinto de la soledad* en 1950, llega hasta *Pequeña crónica de grandes días*, en 1990:

Universalidad, modernidad y democracia son hoy términos inseparables. Cada uno depende y exige la presencia de los otros. Éste ha sido el tema de todo lo que he escrito sobre México desde la publicación de *El laberinto de la soledad*. Ha sido un combate áspero y que ha durado demasiado tiempo. Un combate que ha puesto a prueba mi paciencia

<sup>12</sup> *La otra voz, op. cit.*, pp. 125-126.

<sup>13</sup> Para la relación entre modernidad, tradición y cambio, véase Ricardo Pozas Horcasitas, "El laberinto de los tiempos: la modernidad atrapada en su horizonte", *Fractal*, núm. 24 (primavera 2002), pp.133-163.



pues han menudeado los golpes bajos, las insinuaciones malévolas y las campañas calumniosas. *La defensa de la modernidad democrática, debo confesarlo, no ha sido ni es fácil*. En ningún momento he olvidado las injusticias y desastres de las sociedades liberales capitalistas [...] Una gangrena moral corroe a las democracias modernas.<sup>14</sup>

La defensa de la “modernidad democrática” fue en Octavio Paz la convicción que cimentó su compromiso político y dio sentido a sus intervenciones públicas. Su postura personal se tradujo en la lucha intelectual por la civilidad y en la construcción de una cultura política moderna, en la que los intelectuales opinen libremente y con sus textos confronten las prácticas políticas de las coaliciones gobernantes del Estado. El régimen político mexicano era heredero de una tradición ideológica fundada en múltiples versiones de la Revolución mexicana y el patrimonialismo iberoamericano, amalgama de tradiciones que había logrado construir un régimen jurídico que garantizaba el funcionamiento de instituciones políticas que establecieron una relación corporativa del Estado, fundada en un partido hegemónico y dominante que copaba el sistema político y controlaba y encuadraba en sus organizaciones a contingentes de masas de los principales sectores y clases sociales de la nación. La relación Estado-sociedad configuró en México, hasta mediados de los años noventa del siglo xx, un régimen con fuertes componentes de carácter autoritario y antidemocrático.

Frente a la crisis del régimen político mexicano —sustentado en el modelo de economía cerrada y en el Estado interventor y regulador del mercado—, la libertad individual y la cultura ciudadana, en las que se sustenta el funcionamiento de las instituciones democráticas, aparecen como la solución política de la racionalidad moderna para plantear, discutir y resolver los principales problemas sociales de la nación, generados por más de diez años de agotamiento del mode-

<sup>14</sup> *Itinerario, op. cit.*, pp. 41-42 (las cursivas son nuestras).

lo económico en México y en América Latina. Este primer paso para la solución de la crisis del Estado social de corte autoritario, significó reconstituir la confianza de la sociedad en la política a través de la democratización de las instituciones del Estado mexicano. El resultado fue la instauración de procedimientos electorales confiables y creíbles, que enfrentaban el control y el fraude, así como la creación de un sistema de partidos de competencia abierta que confrontaba la hegemonía del Partido Revolucionario Institucional (PRI).

El régimen democrático se funda en las libertades individuales de carácter universal y preserva los derechos individuales, porque éstos se encuentran en el origen social de su contenido político: la ciudadanía que le da sustento y son su fin, porque la preservación de las garantías individuales posibilita la reproducción de la democracia.

El respeto de los funcionarios del Estado hacia la práctica cotidiana de los derechos individuales es la única manera de mantener vigente el régimen democrático. Éste no admite excepciones, ni versiones particulares y nacionales de los derechos universales, deformación recurrente de los nacionalismos extremos de carácter totalitario o de los autoritarismos latinoamericanos, que conciben los derechos humanos y ciudadanos como excluyentes de los derechos de grupos sociales y corporaciones, amparándose en el argumento ideológico de la justicia social, bien del pueblo o bien del derecho de las masas que dan sustento a los Estados imponiendo a las personas reducidos márgenes de garantías individuales. La simiente populista de los gobiernos modernizadores latinoamericanos, en su modalidad desarrollista, de corte autoritario, operó bajo estos referentes ideológicos, en los que se construyó siempre una falsa oposición entre derechos de grupos y clases sociales y garantías individuales, entre justicia social y democracia:

La democracia es una idea, pero asimismo es una cultura y una práctica, un aprendizaje. Triunfa allí donde se convierte en costumbre y segunda naturaleza. Y una advertencia: la política es el teatro del espe-

jismo; sólo la crítica puede preservarnos de sus nefastos y sangrientos hechizos. No me hago ilusiones acerca de la democracia: no nos dará ni la felicidad ni la virtud. Los demócratas mexicanos deben contemplarse en el espejo de las democracias occidentales. La imagen no es admirable: abundan las injusticias y las desigualdades; hay muchos horrores, muchas estupideces. En el momento en que México parece dar, al fin, el salto hacia la modernidad, descubrimos que esa modernidad está en crisis y que vive en una pausa, en un vacío histórico. La suerte de México no es distinta a la del mundo; la pregunta sobre la modernidad y su desenlace en el siglo XXI también nos concierne a nosotros. Me atreví a decirlo hace ya más de cincuenta años: “por primera vez en la historia, somos contemporáneos de todos los hombres”.<sup>15</sup>

#### EL DECIR DE LOS DÍAS

En marzo de 1990 aparece *Pequeña crónica de grandes días*, libro en el que Octavio Paz escribe sobre el mundo y el México que está surgiendo de la caída del orbe organizado en dos bloques hegemónicos y en permanente tensión. Esta organización del mundo fue el referente geopolítico de las alianzas y los conflictos internacionales entre 1949 y 1989. A partir de él se construyeron las lógicas de la hegemonía mundial y se diseñaron las estrategias político-militares que formaban los márgenes posibles de acción dentro de los cuales se movían las conductas de los gobernantes y las acciones de aquellos que integraban los grupos de poder e influencia que formaban las coaliciones gobernantes y los grupos políticos de las sociedades nacionales.

Entre diciembre de 1989 y enero de 1990 Octavio Paz fijó su posición frente a los cambios que corrían en el mundo y que se expresaban en las batallas entabladas entre las fuerzas políticas en México. En el libro están dos trabajos dedicados a reflexionar sobre los

<sup>15</sup> *Ibid.*, p. 270.

cambios en el país: “México: modernidad y tradición” y “México: modernidad y patrimonialismo”. Al final del segundo texto el poeta y ensayista concluye:

Termino estas reflexiones: los cambios de México corresponden, aproximadamente, a los del mundo. Aunque el proyecto de modernización viene del gobierno, ha sido la respuesta a una demanda colectiva de cambio, muchas veces implícita, como todo lo que brota del fondo social. La participación popular no tiene por qué traducirse en asentimiento mecánico; puede manifestarse como diálogo, crítica o divergencia. *La modernización no busca sólo partidarios: también busca interlocutores.*<sup>16</sup>

Los dos capítulos del libro, así como los otros artículos analizados en el presente trabajo: “El TLC: ¿siembra de tempestades?”, los textos sobre el levantamiento en Chiapas y el de las elecciones de 1994, constituyen el instrumento de la interlocución del intelectual con los agentes políticos modernizadores del país. Octavio Paz fija por escrito, en la opinión pública y en la memoria colectiva de varios grupos sociales, su posición frente a los eventos y los personajes que constituyen los actores emergentes de la modernización. A través de sus textos, el ensayista mexicano confirma la relación entre la flexibilidad crítica, fundamento de la racionalidad moderna, y el compromiso del intelectual de participar en el cambio modernizador del país a través de sus análisis, como creador de ideas y caracterizador de los sentidos y las direcciones que adquieren los procesos sociales.

La función política del intelectual moderno se construye socialmente a través del ejercicio independiente de la palabra, escrita y oral, creadora del *diálogo*, la *crítica* o la *polémica*, con aquellos que gobiernan los distintos poderes del Estado, los dirigentes de las organizaciones ciudadanas y los representantes de las agrupaciones

<sup>16</sup> *Pequeña crónica...*, *op. cit.*, p. 78 (las cursivas son nuestras).

corporativas. Este ejercicio de la libertad de expresión confirma una de las funciones que los creadores desempeñan en la construcción de la opinión pública, ejerciendo abiertamente la flexibilidad crítica, no sólo en el análisis de las acciones de los gobernantes, sino también en el de los otros actores, que desde distintas posiciones de la sociedad entablan relaciones políticas con los gobiernos y los grupos de poder.<sup>17</sup>

El compromiso de Octavio Paz, de participar intelectualmente en el diálogo por la modernización de México, fue un acto de consecuencia ética y de consistencia ideológica del autor, quien desde sus primeros trabajos identificó a la modernidad como la modalidad de las fuerzas innovadoras de la política frente a los efectos nocivos de las tradiciones retardatarias en el interior de las distintas épocas de la historia del país.

Los proyectos modernizadores, como las acciones particulares de innovación del orden establecido, fueron procesos llevados a cabo por personajes políticos y actores sociales particulares en coyunturas específicas. En los recuentos que Octavio Paz hace de la historia de México, adscribe a las acciones y procesos modernizadores una carga valorativa de carácter positivo y siempre en lucha contra los obstáculos políticos y culturales que a lo largo del tiempo han frenado o desvirtuado los procesos modernizadores que buscan, en un momento dado de la historia, la superación de los límites políticos y los cambios institucionales y culturales que han producido los grandes déficits sociales del país.

Los ensayos escritos en torno a las distintas acciones modernizadoras, encabezadas por Carlos Salinas de Gortari, son dialógicos y por lo tanto polémicos, concepciones sobre el presente que se vive: opiniones reflexivas sobre la realidad que corre. En ellos, Octavio Paz muestra sus saberes y convicciones sobre su función en la política

<sup>17</sup> Para un análisis e interpretación de Octavio Paz como intelectual moderno, véase Ricardo Pozas Horcasitas, "La libertad en el ensayo político de Octavio Paz", art. cit.

mexicana a partir de su prestigio social, refrendando su imagen pública de intelectual ciudadano, heredero de la Ilustración y buscador de la democracia moderna. El autor de *El laberinto de la soledad* fue un personaje público que ejerció sus derechos individuales a la opinión libre de sus conocimientos, sus convicciones políticas y sus compromisos frente a los gobernantes y los partidos políticos de oposición.

La actitud personal abierta, asumiendo públicamente la responsabilidad de sus opiniones, fue en él una posición que confronta una de las tradiciones intelectuales en México y en América Latina: la contestataria, la que se acredita sólo con la descalificación, y no con la evaluación crítica del ejercicio del gobierno. Fue la posición practicada por los militantes de las *izquierdas* y las *derechas* extremas, cuya esencia y sentido es descalificar al que ejerce las funciones de Estado o depositar en él la fe ciega del creyente, nunca entablar el diálogo en el cual el debate de las ideas que fundan las acciones políticas esclarezca a los interlocutores y a los que forman parte del entorno dialogal, el sentido mediato de la actuación del gobernante.

Es a través de la discusión de los proyectos, de las ideas que sustentan los programas y de la discusión sobre los límites y alcances de las instituciones del Estado, que el intelectual muestra los problemas a los que se enfrenta la realización de los planes de gobierno. Esta participación cultural en la política contribuye a la construcción de las reglas de civilidad ciudadana, que parten del derecho individual a formar parte de la cosa pública, derecho que se ejerce a través del ejercicio racional de la palabra. La obligación individual de ejercer la palabra como acto público de compromiso funda y preserva la democracia moderna como relación política dialogal entre personas conscientes. La actitud que niega la discusión analítica que cimienta la crítica moderna, tiene como propósito reiterar la sospecha de cooptación que cae sobre el intelectual que ejerce el diálogo, descalificándolo y estigmatizándolo. En ese tiempo, el prestigio de Octavio

Paz lo libró de la sospecha “*de ser un vendido*”, pero los extremistas lo colocaron en la condición de “ideólogo de la derecha” y “vocero del imperialismo”,<sup>18</sup> por entablar el diálogo con el presidente.

En la introducción, intitulada “Apunte justificativo”, el escritor fija su compromiso frente a la *circunstancia* y el *sentido de los textos*:

Me decidí a escribir estas páginas por fidelidad a mí mismo. He dedicado a estos temas muchos ensayos y artículos, recogidos en varios libros. Los más recientes son *El Ogro Filantrópico* (1979) y *Tiempo Nublado* (1983). Estos libros provocaron en ciertos medios de México reacciones hostiles. A unos les pareció que cometía un sacrilegio; otros me llamaron “ideólogo de la reacción” y “vocero del imperialismo”; los doctos especialistas castigaron mi atrevimiento —¡escribir sobre asuntos que son de su dominio!— con un silencio desdeñoso; y no faltaron buenos amigos que, al deplorar mi imprudencia, se sintiesen obligados a declarar, una y otra vez, que me estimaban “a pesar de no compartir mis opiniones”.<sup>19</sup>

#### EL PRESIDENTE MODERNIZADOR

En su libro de 1979, *El ogro filantrópico*, Paz profundiza sus ideas sobre la condición y las características del régimen presidencialista mexicano que se desarrolló a lo largo del siglo xx y en el que se fue incrementando el poder del titular del Ejecutivo Federal para otorgarle más capacidades de gobierno y control frente a los otros poderes del Estado, de la federación, del sistema político y de las organizaciones sociales corporativas. En este texto el autor afirma:

<sup>18</sup> Véase *infra*.

<sup>19</sup> *Pequeña crónica...*, *op. cit.*, pp. 7-8.

El Presidente es el hombre de la ley: su poder es institucional. Los presidentes mexicanos son dictadores constitucionales, no caudillos. Tienen poder mientras son presidentes; y su poder es casi absoluto, casi sagrado. Pero deben su poder a la *investidura*. En el caso de los caudillos hispanoamericanos, el poder no les viene de la investidura sino que ellos le dan a la investidura el poder.<sup>20</sup>

El Presidente Salinas señaló en su mensaje de toma de posesión, en diciembre de 1988:

La modernización de México es inevitable, sólo así podemos afirmar nuestra soberanía en un mundo en profunda transformación. Hay una revolución científica en marcha; los centros de la dinámica tecnológica, financiera y comercial se alejan de los centros del poder militar. Se anticipa el fin del conflicto bipolar y empieza a prevalecer la negociación diplomática sobre las soluciones de fuerza; ha terminado la guerra fría.<sup>21</sup>

Paz entabla el diálogo con el Presidente Salinas y participa, junto con otros muchos intelectuales y académicos, en el entusiasmo modernizador producido por el cambio y en la necesidad de edificar lo nuevo, representación colectiva que invade en ese momento el mundo:

El Presidente Salinas de Gortari ha declarado muchas veces que uno de los propósitos esenciales de su gobierno es la modernización del país. Tal vez habría que decir que es su propósito central. El proyecto modernizador se dio a conocer desde los días de su campaña electoral: reforma de la economía, la política y el Estado. En materia económica el cambio se inició desde el régimen anterior.<sup>22</sup>

<sup>20</sup> *El ogro filantrópico* (México: Joaquín Mortiz, 1979), p. 23.

<sup>21</sup> *Presidencia de la República. México Cívico. Los Mensajes de Carlos Salinas de Gortari ante el Congreso de la Unión* (México: Rayuela), p. 9.

<sup>22</sup> *Pequeña crónica...*, *op. cit.*, p. 58.



Y en el mismo texto Paz agrega:

Me limito a señalar que se procura devolver a la sociedad la iniciativa económica, limitar el estatismo y, en consecuencia, la proliferación burocrática. Renuncia al populismo, a la ineficacia y al despilfarro, no vuelta a un capitalismo salvaje como se le ha dicho. Ha disminuido la carga de las onerosas empresas estatales —aunque todavía quedan algunos paquidermos—, el gasto público se ha reducido, se ha limitado el abusivo poder burocrático, se ha combatido la corrupción y se ha llegado a un acuerdo con nuestros acreedores.

Queda muchísimo por hacer. Años de incurias y derroches nos presentan hoy una cuenta terrible: las desigualdades, la quiebra de la educación, el excesivo crecimiento demográfico y su doble consecuencia, la emigración hacia los Estados Unidos y el hacinamiento en la ciudad de México —castigo de nuestro secular centralismo—, la salud, la contaminación del aire y el agua.<sup>23</sup>

Octavio Paz encuentra en el Presidente Salinas la semejanza discursiva en el proyecto modernizador del país, propuesta transformadora que había definido su intervención pública a lo largo de su vida. Vio en él un contraste, una diferencia insalvable entre la formación técnica que exigía la reforma modernizadora del Estado mexicano frente a la globalización, y la retórica desgastada de los políticos tradicionales, atrapados en la autorreferencialidad nacionalista y estatista de la Revolución mexicana.

A partir de la primera mitad de la década de los ochenta, la tecnocracia arribó a los gobiernos latinoamericanos para diseñar los cambios en las instituciones estatales y construir los instrumentos administrativos de políticas públicas que eliminaran el proteccionismo y abrieran los diques fronterizos para permitir la integración nacional a la economía global de mercado, en franca expansión.

<sup>23</sup> *Ibid.*, p. 59.

Los dos ejes del cambio global, en las sociedades y economías nacionales, lo constituyeron las políticas de *estabilización y ajuste estructural*. Iniciadas de manera simultánea, fueron implantadas y financiadas por el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional a partir de 1982, cuando el gobierno mexicano declaró la imposibilidad de continuar con el servicio de la deuda. Estas reformas fueron conocidas como las reformas de primera generación; diez años más tarde, a principios de los años noventa, los organismos multilaterales promovieron las llamadas reformas de segunda generación, que tuvieron como objetivo corregir los efectos no deseados de las primeras, entre ellos la excesiva concentración del ingreso y la ampliación de la pobreza.

El argumento sustentado por los organismos multilaterales para llevar a cabo las reformas de segunda generación, explicó las fallas del modelo de mercado libre por factores externos a éste. Estas limitaciones al modelo económico de mercado libre las encontraron los expertos en las limitaciones político-administrativas aún existentes en las instituciones de Estado. Los mecanismos correctivos adoptados en estas segundas reformas se dirigieron al rediseño de las instituciones estatales para profundizar las reformas administrativas que interferían en la libre concurrencia de los factores económicos que permitirían el funcionamiento del mercado.

Aunadas al rediseño de las instituciones llevado a cabo por las reformas administrativas, se enfrentaron las limitaciones políticas que mermaban la credibilidad de los gobiernos a diez años de las reformas de primera generación. La continuidad de las reformas estatales requirió la reacreditación de los gobiernos para llevar a cabo los cambios que crearan las condiciones necesarias para la realización del supuesto ideológico liberal, a partir del cual la libre concurrencia de las fuerzas económicas que constituyen el mercado produce el equilibrio económico en la sociedad. En este entorno global de apertura y cambio se estimularon los procesos para transformar los sistemas políticos y acreditar a las autoridades electorales, como condición de

la democratización de los países. El cambio se enfocó en la construcción de procedimientos que garantizaban elecciones confiables y transparentes y aumentaban la credibilidad de los gobiernos surgidos de procesos democráticos claros. En México estas reformas de segunda generación fueron promovidas por Carlos Salinas de Gortari.

La crisis de la economía mexicana, que tuvo efectos mundiales, estalló en el último año del gobierno del Presidente López Portillo (1976-1982) y el acuerdo de su manejo entre los organismos multilaterales y el gobierno mexicano se estableció con el Presidente entrante Miguel de la Madrid (1982-1988), siendo el verdadero operador de las reformas adoptadas para resolver la crisis el Secretario de Programación y Presupuesto, Carlos Salinas de Gortari, quien se convirtió en el líder de la tecnocracia mexicana, condición de mando que se confirma al llegar a la presidencia en 1988. Esta tecnocracia que arribó al poder en México en el año de 1982 gobernó el país hasta 2000. El Presidente Ernesto Zedillo (1994-2000) era parte del núcleo duro del grupo de expertos que conduce hasta hoy, en el 2006, la política económica nacional, desde la autonomía del Banco Central con Guillermo Ortiz Martínez hasta la Secretaría de Hacienda con Francisco Gil Díaz, ambos miembros del grupo original.<sup>24</sup>

Carlos Salinas de Gortari fue en México el representante de la tecnocracia que arribó a los gobiernos latinoamericanos a principios de la década de los ochenta del siglo xx. Esta capa social formaba una red global de políticos modernizadores con una ideología fundada en los principios liberales del saber técnico, cuyo objetivo fue reforzar el “viejo” Estado nacional interventor de la economía y regulador de la vida social a través de formas clientelares corporativas. El tipo de Estado social, heredero de la posguerra, aparecía en ese entonces como el responsable de la pobreza y de los déficits: el fiscal, el de

<sup>24</sup> Para un análisis del proceso de globalización, véase Ricardo Pozas Horcasitas, “La modernidad desbordada”, *Revista Mexicana de Sociología*, año 61, núm. 1 (enero-marzo 1999), pp. 149-175.

cuenta corriente, el de la balanza de pagos, el del desarrollo tecnológico, entre otros. El Estado nacionalista y social era el causante del agotamiento de un modelo económico y su correspondiente régimen político. Signos de un pasado que simbólicamente representan la tradición y que en el discurso de la modernidad aparecen, en el horizonte social, para acreditar a los modernizadores.

Las diferencias de formación y de discurso entre la tecnocracia y los políticos tradicionales, socializados en la disciplina priista y en la reiteración de los referentes identitarios de la política nacional, eran discursivamente insalvables. Carlos Salinas de Gortari, miembro de una familia de la élite mexicana, egresado de Harvard, era también hijo de un político mexicano que había estudiado en esa misma prestigiosa universidad americana.<sup>25</sup> En el caso de Salinas, esta combinación de herencia política tradicional y de formación tecnocrática, lo hizo excepcional entre los políticos mexicanos. Esa excepcionalidad cautivó a políticos, académicos e intelectuales, nacionales e internacionales y ¿por qué no? al mismo Carlos. La revista *Time* le dedicó una portada —como se la dedicó al “otro” modernizador del momento, Gorbachov— y el entusiasmo era tal que el día que ganó la elección presidencial las acciones mexicanas de la Bolsa de Valores de Nueva York subieron en una hora lo que habían subido en un año.<sup>26</sup>

A veces, en política, el discurso del poder aparece como verdad: dice lo creíble y encubre lo cierto; elimina las sospechas. En esas épocas la representación colectiva del fin de un tiempo produce so-

<sup>25</sup> El padre y la madre de Carlos Salinas de Gortari obtuvieron títulos universitarios de economía. El señor Raúl Salinas de Gortari obtuvo la maestría en Administración Pública en la American University y estudió economía en Harvard. Véase Roderic Camp, “Las élites mexicanas. Las élites políticas: retrato mínimo”, *Vuelta*, núm. 139 (junio 1988), p. 40.

<sup>26</sup> Véase *The New York Times* (5 octubre 1987), p. 1. El texto en el que se da la noticia del triunfo electoral de Carlos Salinas de Gortari aparece titulado de la siguiente forma: “Waiting Game is Over in Mexico as Presidential Choice is Named.”

cialmente la necesidad de un futuro promisorio, hace factible la oferta del político y ésta se convierte en la base de su consenso. Es ahí en donde el futuro aparece como negación del presente, como lo verdaderamente nuevo, como horizonte que revierte el sino del pasado: la continuación de lo acaecido. Ahí la memoria colectiva rompe con su tradición condensada en los ritos y en los lenguajes que la envuelven (que nos envuelven), que la nombran y reiteran los sentidos que la hacen creíble, dándole certeza y confianza.

El Presidente Carlos Salinas representa para Paz el principio del cambio, el inicio de las reformas inaplazables de la sociedad y del Estado, reformas que le abren al país el futuro. El poeta habla, reacciona frente al nuevo estilo político de decir. Para el hombre de letras, para el creador de sentidos, “decir, también es hacer: hacer”.

Toda reforma debe comenzar por el lenguaje. El de nuestros políticos ha tenido la sequedad de un tratado de estilística o ha sido una retórica de yeso, molduras, dorados y volutas: rodeos. Salinas fue simple, directo y conciso. Pero el informe fue notable, sobre todo, por su contenido. Fue una exposición de principios. El Presidente no apeló a nuestros sentimientos sino a nuestra razón. Nos dijo con claridad qué es lo que se propone y qué entiende por modernización. Su tema fue la reforma del Estado y la tradición de la Revolución mexicana.<sup>27</sup>

El diálogo entablado entre el poeta y el presidente parte de la propuesta de cambio hecha desde el poder Ejecutivo, transformación interna que significó en ese momento la búsqueda de la adecuación de la nación a los cambios operados en el mundo.

El intelectual recapitula sobre la historia de los modernizadores y advierte al presidente que emprende el camino del cambio y de la modernización sobre los riesgos de dicha empresa:

<sup>27</sup> *Pequeña crónica...*, *op. cit.*, p. 68.

La historia de México está llena de modernizadores entusiastas, desde la época de los virreyes ilustrados de Carlos III. La falla de muchos de ellos consistió en que echaron por la borda las tradiciones y copiaron sin discernimiento las novedades de fuera. Perdieron el pasado y también el futuro. Modernizar no es copiar sino adaptar; injertar y no transplantar. Es una operación creadora, hecha de conservación, imitación e invención.<sup>28</sup>

Y en el mismo texto agrega: “La relación entre modernidad y tradición ha sido y es capital en la historia de México. La mayoría de nuestros grandes conflictos históricos son variaciones de este tema medular.”<sup>29</sup>

En su discurso de Estocolmo, al recibir el Premio Nobel, el poeta y ensayista aborda el tema de la modernidad en las dos modalidades en las que lo trató a lo largo de su vida: como creador y crítico de la literatura y del arte y como analista de la vida política y social:

¿Qué es la modernidad? Ante todo, es un término equívoco: hay tantas modernidades como sociedades. Cada una tiene la suya. Su significado es incierto y arbitrario, como el del período que la precede, la Edad Media. Si somos modernos frente al medievo, ¿seremos acaso la Edad Media de una futura modernidad? Un nombre que cambia con el tiempo, ¿es un verdadero nombre? La modernidad es una palabra en busca de su significado: ¿es una idea, un espejismo o un momento de la historia? ¿Somos hijos de la modernidad o ella es nuestra creación? Nadie lo sabe a ciencia cierta. Poco importa: la seguimos, la perseguimos.<sup>30</sup>

Octavio Paz estuvo políticamente afiliado a la modernidad, lo

<sup>28</sup> *Ibid.*, pp. 57-58.

<sup>29</sup> *Ibid.*, p. 58.

<sup>30</sup> “La búsqueda del presente”, *Vuelta*, núm. 170 (enero 1991), p. 12.

que le permitió ver la parte obsoleta de las tradiciones políticas. Sus ensayos sobre México y el mundo son la secuencia de testimonios de las luchas particulares, en un momento dado de la historia, por abrir el tiempo y las instituciones a la “modernidad”. El poeta es un ensayista que ejerce el derecho ciudadano a la palabra libre, a través de la crítica, en el debate por el cambio modernizador y frente a aquellos y aquellos que frenan la modernización: “No sé si la modernidad es una bendición, una maldición o las dos cosas. Sé que es un destino: si México quiere ser, tendrá que ser moderno. Nunca he creído que la modernidad consista en renegar de la tradición sino en usarla de un modo creador.”<sup>31</sup>

El diálogo establecido por Octavio Paz con el Presidente Carlos Salinas de Gortari en torno a la modernización del país, es el diálogo entre dos figuras públicas, depositarias que entablan una relación ritual: *El Intelectual* y *El Presidente*. Este último propone en su programa de gobierno el cambio a partir del cual se superarían las tradiciones políticas que, en la concepción del autor de *Itinerario*, han atado a México a la pobreza, a la irracionalidad de los funcionarios públicos en el manejo de los bienes colectivos y en el desperdicio de recursos naturales, a la sempiterna corrupción ligada a la herencia colonial del patrimonialismo español y al nepotismo de los gobernantes mexicanos. Octavio Paz ve en el mensaje de la propaganda política del nuevo gobierno lo que a lo largo de su vida pública había defendido: escucha en el discurso del presidente el correspondiente al suyo, ve en él la identidad de los planteamientos, la posibilidad de la transformación modernizadora del país.

Los tres eventos que analizamos y sobre los cuales Octavio Paz escribió, tienen una profunda carga modernizadora y expresan en la vida nacional el cambio de una época en la historia mundial: el fin del mundo de los bloques y la consolidación de la economía de mer-

<sup>31</sup> *Pequeña crónica...*, op. cit., p. 57.

cado y sus efectos reintegradores de las sociedades nacionales a través de la globalización.

La guerra entre los bloques fue una guerra económica y política, que concluyó con el triunfo del mercado sobre la economía planificada, desplazando la centralidad del Estado como el eje ordenador y promotor del desarrollo. Esta concepción sobre el papel del Estado en las economías del bloque socialista, tuvo su correspondencia en el paradigma keynesiano y dio origen al proteccionismo desarrollista de la posguerra. El fin de las economías cerradas en ciertas partes del mundo y el peso de la reintegración de nuevas áreas económicas en comunidades supranacionales y bloques regionales, eliminaron la tendencia a considerar a las sociedades y Estados nacionales como unidades económicas que tendían a la autosuficiencia protegida, con formas reguladoras del comercio internacional. Esta concepción cedió a la presión impuesta por la economía global de mercado.

El agotamiento del modelo de economía nacional cerrada fue también el fin del proteccionismo político, que particularizó los principios universales de la democracia moderna en los sistemas electorales nacionales, en los cuales las reglas universales de la competencia eran reguladas a través del manejo de las instituciones y de las tradiciones políticas específicas, con el uso de recursos de poder supra y extra-legales. Estas acciones políticas distorsionaban la competencia libre y equitativa entre partidos, a través de las formas tradicionales de control. Con estas prácticas electorales se mantuvieron en México los grupos políticos dominantes, ejerciendo claramente la diferenciación entre el ordenamiento jurídico formal de la democracia y los procedimientos institucionales y políticos de la competencia partidaria que distorsionaban los principios democráticos.

En la distancia construida por las prácticas de poder y las culturas políticas nacionales, entre el principio declarativo universal y los procedimientos normativos específicos (que en muchos casos no sancionaron la corrupción electoral y permitieron el uso de instru-



mentos institucionales para corromper el voto), se desarrollaron las modalidades particulares de la democracia que dieron origen a los contenidos autoritarios del régimen presidencialista mexicano, construido sobre redes corporativas de Estado que regulaban relaciones sociales y formas institucionales de carácter laboral y partidario. La *redemocratización procedimental* del mundo, de finales de los ochenta del siglo xx, desplazó ideológicamente a las “otras” modalidades históricas de la democracia y dio fin al proteccionismo político. Ambos, mercado y democracia, o, mejor dicho, la democracia de mercado, fueron los signos del cambio global que en ese momento iniciaban la transformación: la transición de los sistemas políticos de la participación restringida a la competencia abierta.

Para Octavio Paz, el Presidente Salinas marca un corte con el pasado al establecer una diferencia entre la forma de Estado dominante en el pasado (el Estado propietario) y la nueva propuesta a construir por el gobierno que él encabezaba, la necesaria para la sociedad global: el “Estado justo”.

El primero de diciembre de 1988, en el mensaje de toma de posesión, el Presidente Salinas afirmó: “La crisis nos mostró que un Estado más grande no es necesariamente más capaz, un Estado más propietario no es hoy un Estado más justo. La realidad es que, en México, más Estado significa menos capacidad para responder a los reclamos sociales de nuestros compatriotas y, a la postre, más debilidad del propio Estado.” Y agregó: “El nacionalismo expresado en la Constitución no está asociado a un Estado crecientemente propietario, sino a un Estado crecientemente justo.”

Y para redondear sus ideas sobre el Estado justo, el presidente asienta en su discurso ante el Congreso de la Unión: “Un Estado que no atiende al pueblo por estar tan ocupado administrando empresas, no es justo ni es revolucionario [...] La desincorporación de las empresas públicas no estratégicas responde hoy a un principio con el carácter social y nacionalista del Estado.” Con relación a la economía, Salinas afirma: “La economía más abierta a la iniciativa y a la

inversión no estatal, se conducirá, sin duda, para servir a los objetivos nacionales de la soberanía y de la justicia.”<sup>32</sup>

En marzo de 1990 Paz escribía frente a lo que el presidente llamó el *Estado Justo*, que sería el tipo de Estado producido por la economía global de mercado y la llamada tercera ola de la democratización. En este contexto, el escritor asentó:

El Estado justo no pretende suplantar a los verdaderos protagonistas del proceso económico: empresarios y trabajadores, comerciantes y consumidores [...] El Estado justo no es omnipotente y muchas veces falla; lo reconoce y no castiga a los críticos. No es omnisciente y se equivoca; sabe que el remedio está en el libre juego de las fuerzas sociales. Confía en el doble control del mercado y de la democracia. El mercado acaba por expulsar del circuito comercial a los productores caros y malos; la democracia no consiente por mucho tiempo los abusos y fraudes.<sup>33</sup>

Paradójicamente y como negación del texto anterior, seis meses después, en septiembre de ese 1990, Octavio Paz afirma en un lúcido análisis sobre las consecuencias perversas del mercado y de sus efectos devastadores en la creación estética y en el costo que la mercantilización produce en el arte:

Hoy las artes y la literatura se exponen a un peligro distinto: no las amenaza una doctrina o un partido político omnisciente sino un proceso político-económico sin rostro, sin alma y sin dirección. El mercado es circular, impersonal, imparcial e inflexible. Algunos me dirán que, a su manera, es justo. Tal vez. Pero es ciego y sordo, no ama a la

<sup>32</sup> Carlos Salinas de Gortari, *Mensaje de toma de posesión* (1 de diciembre de 1988) (México: Presidencia de la República, Dirección de Comunicación Social), pp. 38, 40, 41.

<sup>33</sup> *Pequeña crónica...*, *op. cit.*, pp. 69-70.

literatura ni al riesgo, no sabe ni puede escoger. Su censura no es ideológica: no tiene ideas. Sabe de precios, no de valores.<sup>34</sup>

En esos últimos años, los del siglo y los suyos, Octavio Paz se movió entre dos parámetros analíticos: en el primero analizaba la vigencia del pasado, la permanencia de las tradiciones políticas y las deformaciones institucionales, productoras del lastre que pesaba sobre la sociedad mexicana y el Estado. En el segundo, distinguía en la economía de mercado y la democracia competitiva, los catalizadores de la transición modernizadora del país, instrumentos que romperían el círculo perverso de las deformaciones políticas, que abrirían el camino del cambio: el trayecto hacia lo nuevo. Entre la crítica a la tradición y el entusiasmo por el cambio modernizador, deambuló el ensayista escéptico, el intelectual acostumbrado a dudar, el poeta que aprende de lo que escribe: el que lee en lo incierto lo movedido de las afirmaciones contundentes que fijan los hechos en “el presente perpetuo”, sin relativizarlos en el tiempo, sin plantearse los efectos potenciales no previstos. Él, incansable escéptico que apenas mira la solución, duda de ella. Esta actitud lo volvió siempre un crítico de la tradición y de las soluciones modernizadoras, de las que a lo largo de su vida fue testigo.

La actitud cambiante y contradictoria de Octavio Paz, la que en un texto ve las ventajas de la globalización del libre mercado y en otro, sus efectos devastadores, fue leída siempre como la inconsistencia ideológica de un individuo que no era un ideólogo. No era devoto de los absolutos y en la escritura sobre los hechos buscó siempre lo que negaba sus afirmaciones. Ambas, certezas y dudas, las desarrolla en sus ensayos. Escribió a favor y en contra del mercado, nunca se opuso a la democracia. Mostró en sus textos la lealtad del escritor a la escritura, a su capacidad transformadora y como todo moderno vivió la paradoja, no resuelta y siempre en movimiento, del ensayo:

<sup>34</sup> *La otra voz, op. cit.*, p. 125.

tránsito permanente del ensayista en busca del sentido que le aclare las conductas individuales y colectivas. Caminante de las ideas que nunca llega, que siempre indaga y mira con distancia y recelo a los que atentan contra la principal naturaleza de la escritura: su capacidad reveladora.

Cuatro años después de las afirmaciones hechas en sus ensayos en torno al mercado y al Estado, el autor escribe varios textos específicos en torno a los eventos más importantes de la primera mitad de la década de los noventa: el Tratado de Libre Comercio, el levantamiento zapatista en Chiapas y las elecciones presidenciales de 1994. Todos estos eventos se desarrollan en el período de gobierno de Carlos Salinas (1988-1994) y son explicables, para Octavio Paz, a partir de la relación establecida entre las tradiciones políticas y las fuerzas modernizadoras que construían la adecuación de México al orden global.

#### *a) El Tratado de Libre Comercio de Norteamérica*

En el caso del Tratado de Libre Comercio de Norteamérica, Octavio Paz redactó un artículo, publicado en el *New York Times* el 9 de noviembre de 1993, en pleno proceso de negociación en el Congreso de los Estados Unidos de Norteamérica y cuando su aprobación aún no estaba definida.<sup>35</sup> El problema al que se enfrentó Octavio Paz, al reflexionar sobre el Tratado de Libre Comercio de Norteamérica, fue el de la reconstitución de un nuevo orden internacional en el mundo globalizado y el papel que en él desempeñarían los Estados nacionales, después de romperse las redes de cohesión y coerción internas a

<sup>35</sup> El documento que me sirve de base para este texto es el original que me fue proporcionado por el poeta Octavio Paz. Todas las citas y referencias entrecomilladas se refieren a este original, "El TLC: ¿siembra de tempestades?". Se publicó en *The New York Times* el 9 de noviembre de 1993 y fue reproducido parcialmente en el periódico mexicano *Excelsior* y en el madrileño *ABC*.

las naciones y externas a los Estados, relaciones que operaban como parte de la geopolítica de los bloques y sus zonas de influencia.

El ensayista desarrolla, en este artículo de coyuntura, lo que desde su punto de vista expresa el Tratado de Libre Comercio de Norteamérica: la evidencia de un cambio “histórico” en las relaciones entre los Estados nacionales en la nueva época que inaugura la caída del muro de Berlín.

Según Daniel Bell, el Estado-nación, la gran invención de la Edad Moderna, sufre una doble incapacidad: es demasiado grande para atender con eficacia las demandas y exigencias de las pequeñas naciones y demasiado chico para enfrentarse a los inmensos problemas globales. La creación de *comunidades continentales* podría ser, así, una solución intermedia que preservaría la existencia del Estado-nación, tanto como la de las pequeñas naciones, a igual distancia del viejo imperialismo y de la anarquía internacional. Esa comunidad sería, finalmente, el comienzo de ese futuro y siempre diferido orden internacional que nos prometen desde hace mucho los políticos.<sup>36</sup>

Al final del siglo xx los Estados nacionales se encontraron atezados por una doble lógica de la acción política, producida por dos tendencias encontradas de la interacción social y cultural, que daban el contenido de la paradoja de la modernidad contemporánea: por un lado, a los Estados y las sociedades nacionales los atravesaba, sin límites y a veces sin posibilidades de control (piénsese en los sistemas financieros), la globalización; por el otro, la amenaza de pulverización interna, el resurgimiento de los “nacionalismos feroces”. La internacionalización extrema convive con etnocentrismos y regionalismos radicales. Ése era el sino contradictorio del final de siglo. En ningún otro tiempo el mundo había sido más universal, más intercomunicado o más coexistente que en ese momento y, paralelamente,

<sup>36</sup> *Ibid.*, pp. 3 y 5.

nunca habían sido tan legítimas, importantes y excluyentes las identidades particulares. La universalización global que abarcó el mundo se llenó de referentes de identidad excluyentes: grupales e individuales, ambos privativos.

Esta contradicción entre universalismo y particularismo, entre internacionalismo y regionalismo creciente, da el contenido a la paradoja del mundo global. La solución de estas relaciones opuestas y en ocasiones contradictorias, que están en el centro de la sociedad contemporánea, se reproduce cotidianamente, desgarrando y rebasando los límites y fundamentos de los Estados nacionales que forman las unidades geopolíticas del mundo actual. La creación de Comunidades Continentales aparecía como la salida posible para la construcción de un nuevo orden internacional, en el cual la contradicción entre los términos de internacionalismo y regionalismo no fracturara al Estado ni desgarrara a las sociedades nacionales. En ese tiempo, el nuevo orden mundial había empezado a edificarse con la Comunidad Europea.

El significado del Tratado de Libre Comercio era —para el ensayista mexicano— la posibilidad de construir una de las *comunidades internacionales*, formada por las naciones de Norteamérica. La creación de *comunidades internacionales* significaba una solución racional al conjunto de los problemas que enfrentaban los Estados nacionales, tanto en su relación con los otros Estados, como en las relaciones que en su interior mantienen las diversas categorías y grupos sociales con tradiciones culturales distintas: lingüísticas, étnicas, comunitarias, religiosas y raciales. El conjunto de minorías que constituían las naciones y que dieron origen a los nuevos conflictos sociales expresaba la desagregación de las sociedades nacionales y el fin de las identidades producidas por los Estados, a través de un régimen de derecho legitimado por el nacionalismo. Los conflictos provocados por las revueltas étnicas fueron también el resultado del desmoronamiento del viejo orden internacional y de su peso coercitivo en el interior de las naciones.

La trascendencia del Tratado de Libre Comercio aparecía como un signo del nuevo orden internacional que reemplazaba el mundo creado por la posguerra y la Guerra Fría, mundo que parecía deshacerse al final del siglo xx.

Octavio Paz centra su análisis en torno al debate en la Cámara de Representantes de los Estados Unidos de Norteamérica y la oposición de ésta a la firma del Tratado. Las posiciones de los representantes mostraban, una vez más, los argumentos centrales y contradictorios de la política exterior norteamericana. El Tratado de Libre Comercio había sido el proyecto histórico de varios gobiernos norteamericanos. Frente a esta tradición norteamericana de apertura y vínculos con el mundo se elevaba la otra, la que revive —según Paz— “una tendencia constante en la historia de los Estados Unidos: el aislacionismo”.<sup>37</sup>

Si la tendencia aislacionista triunfara en el Congreso de los Estados Unidos y el tratado no fuera aprobado, las consecuencias en México y América Latina —según Octavio Paz— serían inmediatas y despertarían un conjunto de reacciones políticas nacionalistas y anti-americanas: “El nacionalismo perverso de los demagogos y extremistas, que desatarían una ola de antiamericanismo que no tardaría en propagarse al resto de América Latina. El nacionalismo ha sido siempre un semillero de demagogos y extremistas de todos los colores.”<sup>38</sup>

El aislacionismo y los intereses particulares de los grupos norteamericanos representados en el Congreso, provocarían un bloqueo a la necesidad de cambio en las condiciones internacionales, que surgía como la posibilidad de crear un mundo multipolar y un orden global más democrático y equitativo. La posibilidad de este nuevo orden aparecía, en el imaginario colectivo y en los debates, como la etapa histórica que sucedería al fin de la época de los dos grandes bloques. Tal era el tiempo de este texto, uno en el cual los intelectuales vis-

<sup>37</sup> *Ibid.*, p. 3.

<sup>38</sup> *Ibid.*, p. 4.

lumbraban un horizonte en el que aparecía una nueva organización internacional, más pacífica y más justa.

En el momento en que Octavio Paz escribe el artículo, en noviembre de 1993, la posibilidad de que el Tratado de Libre Comercio de América del Norte no fuera firmado por la Cámara de Representantes de los Estados Unidos empezó a aparecer como factible, como también lo fue la posibilidad de que “la comunidad económica de América del Norte” no se consolidara para abrir las posibilidades de desarrollo para México, al integrarse junto con los Estados Unidos y Canadá en una gran economía de mercado.

Las negociaciones que precedieron a la firma del Tratado han sido largas y laboriosas. Para salvaguardar los intereses de distintos grupos norteamericanos se han concluido acuerdos paralelos sobre problemas laborales y ecológicos. Sin embargo, en la fase final del proceso, inesperadamente, cuando lo único que falta es la aprobación del Congreso de la Unión Americana, ha crecido notablemente la oposición al Tratado. Las razones de los opositores son conocidas y han sido varias veces refutadas. No volveré sobre el tema y me limito a señalar que sus argumentos son tan diversos que es imposible reducirlos a una idea común o a un conjunto de principios. Tampoco ofrecen una alternativa viable. Los une una negación, no un principio positivo. En realidad, los críticos del Tratado defienden los intereses (a veces prejuicios) de sectores o grupos que de ninguna manera representan la opinión general del pueblo americano.<sup>39</sup>

La confrontación entre las distintas fracciones parlamentarias reveló un hecho inédito en la historia de los Estados Unidos: la posibilidad de formar un “bloque” no militar sino socio-económico con sus vecinos, a los que los liga una historia contradictoria hecha de conflictos y alianzas, y frente a los cuales no hay posición neutra en

<sup>39</sup> *Ibid.*, p. 3.



la vida política interna de la nación norteamericana. La autodefinición de toda fuerza política importante en esa nación, pasaba por su posición frente a México y Canadá. Toda posición frente a estos dos países forma parte del proyecto de política interna e internacional, que cada grupo de poder tiene como proyecto de nación, y está vinculado a las tradiciones y definiciones de los políticos de ese país frente a sus electores y pares en el ejercicio del poder.

La idea del Tratado se originó en los Estados Unidos. Fue esbozada de manera embrionaria en el famoso *punto cuatro* de la Doctrina Truman;<sup>40</sup> fue recogida, en distintas versiones, por varios presidentes, en-

<sup>40</sup> En julio de 1944, en la Conferencia de Bretton Woods, los representantes de lo que más tarde se denominaría zona subdesarrollada habían presionado fuertemente para que el Banco Internacional se utilizase no sólo en la reconstrucción a mediano plazo, sino también en el desarrollo económico a largo plazo. Esta presión surgió principalmente de los representantes de los países de América Latina; pero los latinoamericanos hablaban también en nombre de las naciones incipientes de Asia, Oriente Medio y África. En los años de la posguerra inmediata los representantes de estas zonas presionaron en los consejos de las Naciones Unidas para obtener préstamos y ayuda técnica de las naciones más ricas e industrializadas, expresando su resentimiento ante las enormes sumas que los Estados Unidos asignaban a Europa. Respondiendo a esta presión, la Asamblea de las Naciones Unidas, reunida en París en el invierno de 1945 —ensombrecida por la fase más aguda y peligrosa del bloqueo de Berlín—, puso en marcha el programa de Ayuda Técnica de las Naciones Unidas el 20 de enero de 1949. El Presidente Truman presentó su Punto Cuarto en el mensaje inaugural:

Cuarto.- *Debemos emprender un programa nuevo y audaz para hacer disponibles los beneficios de nuestros adelantos científicos y de nuestro progreso industrial para la mejora y el desarrollo de las zonas subdesarrolladas.*

El viejo imperialismo —explotación para un beneficio extranjero— no se encuentra dentro de nuestros planes. Lo que proyectamos es un programa de desarrollo basado en el concepto de un trato equitativo democrático.

Sólo la democracia puede suministrar la fuerza vitalizadora que estimule a los pueblos del mundo para llevarlos a la acción triunfante no sólo contra sus opresores humanos, sino también contra sus viejos enemigos: el hambre, la miseria y la desesperación.

Véase Harry S. Truman, *Memoirs*, vol. 2, *Years of Trial and Hope* (Albany, N. Y.: Doubleday, 1956), pp. 226-227. Puede consultarse también Eric. F. Goldman, *The Crucial Decade: America 1945-1955* (Nueva York: Alfred A. Knopf, 1959), pp. 93-95.

tre ellos Kennedy y Reagan. La idea cristalizó con Bush en la forma de un tratado de libre comercio y alcanzó su formulación definitiva con Clinton. Así pues, ha sido un proyecto de varios gobiernos americanos y ha sido adoptado por los dos partidos: el Republicano y el Demócrata.<sup>41</sup>

La densidad del pasado político de los Estados Unidos es la que surgió contradictoria y enmarañada de intereses, la que se expresó en la confrontación entre los grupos a los que dio origen el debate del proyecto del Tratado de Libre Comercio. Esta confrontación política fue ante todo —como lo es todo acto importante en la historia de los Estados nacionales— una acción que contiene una doble lógica: la nacional y la internacional. Esta doble relación de intereses económicos y políticos no acabó con la firma del Tratado —no hay acuerdo formal que arrase de golpe los intereses existentes— sino que implicó un cambio en la posición histórica y una adecuación de la doble tradición política en la historia de los Estados Unidos: la democrática y la imperial, frente a los problemas del mundo contemporáneo.

El Tratado de Libre Comercio expresó el inicio de otra historia: la que sucedía a un pasado regido por las relaciones internacionales entre economías nacionales. El período en el que se estaban dando las negociaciones del mismo, mostró el trayecto de la sociedad internacional de países soberanos a la sociedad global, situación en la que las instituciones y los términos de las relaciones internacionales no estaban aún definidos y se estaban creando como resultado de las nuevas formas de relación entre los estados y las sociedades nacionales, redelineadas por el orden global de mercado. La nueva organización de la economía mundial, que integraba y entrecruzaba a las economías nacionales, daba un contenido diferente a la idea y la realidad de las fronteras, matriz espacial y simbólica que está en la base de la identidad cultural del Estado-nación moderno y que has-

<sup>41</sup> “El TLC...”, art. cit., pp. 2-3.

ta entonces había regido, bajo el principio de la soberanía, las relaciones internacionales en el interior de los dos bloques geo-político-militares o en los límites de los mismos, pero siempre con referencia a ellos.

En ese período de tránsito hacia una nueva época de la relación entre los Estados, el proyecto ideal de una *comunidad de naciones* sólo era posible a través de una doble relación establecida entre los miembros que la formaban. La primera relación era interna a la comunidad y consistía en que ésta presionara por construir instituciones e instrumentos normativos comunitarios, que generara equidad entre sus integrantes y obligara a sus miembros a crear condiciones de democratización en el interior de la misma. Estos instrumentos comunitarios garantizarían relaciones de equidad, con base en las cuales se elaborarían las políticas comunes que involucran a cada una de las partes.

La segunda relación, en correspondencia con la establecida en la comunitaria, de equidad y democracia entre los Estados miembros, implicaba constituir mecanismos que tendieran a crear relaciones institucionales en el nivel interno de cada una de las naciones que forman la comunidad, para instaurar niveles homogéneos y equivalentes de democratización política y respeto a los derechos humanos en el interior de cada uno de los países participantes. En una comunidad ideal de naciones, sus integrantes tenderían a crear relaciones de equidad y a reducir las diferencias económicas y sociales, tanto entre los Estados miembros de la comunidad como en el interior de cada una de las sociedades y Estados nacionales.

Las diferencias en las tradiciones políticas y el grado de desarrollo desigual entre las instituciones modernas de cada una de las naciones que formarían el Tratado de América del Norte, presionaron a México como integrante de la comunidad a acelerar los procesos de transformación interna: la creación de las instituciones que garantizan el respeto a los derechos humanos (la Comisión Nacional de los Derechos Humanos, CNDH, creada el 16 de julio de 1990) y el cam-

bio hacia la democratización (la ciudadanización del Instituto Federal Electoral, IFE, en abril de 1994). Estas transformaciones no eran fruto del Tratado de Libre Comercio, sino de lo que éste significa: la exigencia de transformación interna en las naciones, como parte de la integración global. En el tiempo en que Octavio Paz escribió su texto, la Comunidad Económica Europea y su relación con España, Portugal y Grecia, eran el ejemplo de la integración comunitaria y aparecían como el ideal a construir en América del Norte. El ensayista mexicano no vivió para recapitular sobre las diferencias entre los resultados de la consolidación de la Comunidad Europea y los del Tratado de Libre Comercio de América del Norte, pero vio en este último la expresión de un nuevo orden que se estaba formando. Su texto fue un análisis y una propuesta para construir un nuevo orden nacional, pero también vio una esperanza de dejar atrás el pasado que nos lastra. Su compromiso con el futuro se reafirmó de nuevo en el debate y la exposición de las ideas sobre los hechos sociales y políticos por venir.

La esperanza de Octavio Paz en el Tratado de Libre Comercio estaba fundada en la percepción que él tuvo de su doble finalidad, condición que incidiría de manera significativa en la vida interna de México y en el peso del nacionalismo, al que siempre consideró una limitación para el desarrollo de los valores universales en los que se funda la modernidad democrática:

Su finalidad es doble: una económica y otra política. La creación de un gran mercado continental sería el primer paso hacia la construcción de una comunidad de naciones americanas. Visto desde esta perspectiva, el TLC se presenta como la iniciación de un gran designio. Su fin no es únicamente económico y ni siquiera político, sino histórico. Es una respuesta al terrible reto de nuestra época, desgarrada por el renacimiento de feroces nacionalismos.<sup>42</sup>

<sup>42</sup> *Ibid.*, p. 2.

b) *Chiapas: la modernidad trabada*

Frente al movimiento armado de Chiapas, Octavio Paz escribió una serie de artículos. Los dos primeros aparecieron en el periódico mexicano *La Jornada*; un tercero se publicó en la revista *Vuelta* en el mes de febrero de 1994, en un suplemento especial que reunía también otros textos. Después de estos tres artículos, publicó un cuarto, en el mes de marzo, en la misma revista *Vuelta*, así como varias declaraciones de prensa.<sup>43</sup>

El argumento con el que Octavio Paz inicia la serie de textos escritos sobre el problema de Chiapas, es esencialmente polémico y tiene por objetivo romper la unilateralidad del análisis partidario e ideológico de muchos artículos aparecidos en la prensa, textos escritos por intelectuales y académicos de izquierda:

Me refiero no a los intelectuales que trabajan silenciosamente en sus gabinetes o en sus cátedras sino a los que llevan la voz cantante —estrellas y coro— en la prensa. Desde comienzos de enero los diarios aparecen atiborrados de sus artículos y de sus declaraciones colectivas. Hijas de una virtuosa indignación a un tiempo retórica y sentimental, estas ruidosas manifestaciones carecen de variedad y terminan infaliblemente en condenas inapelables. Somos testigos de una recaída en ideas y actitudes que creíamos enterradas bajo los escombros —cemento, hierro y sangre— del muro de Berlín [...] Docenas de almas pías, después de

<sup>43</sup> El primer texto, “El nudo de Chiapas”, apareció en *La Jornada* el 5 de enero de 1994. Tres textos más —“La recaída de los intelectuales” (18 de enero), “Incertidumbres y perspectivas” (21 de enero) y “El nudo se deshace o ahoga” (5 de febrero)— fueron reunidos con un “Postcriptum” (fechado el 6 de febrero) y publicados en el suplemento del número 207 (febrero 1994) de la revista *Vuelta*, bajo el título de “Chiapas: ¿nudo ciego o tabla de salvación?”. Otro artículo, “Chiapas: hechos, dichos, gestos”, cuyas dos partes están fechadas el 27 y el 28 de febrero de 1994, se editó en *Vuelta*, núm. 208 (marzo 1994), pp. 55-57.

lamentar de dientes afuera la violencia en Chiapas, la justifican como una revuelta a un tiempo inevitable, justiciera y aun redentora.<sup>44</sup>

Al fijar la posición de sus interlocutores frente a los hechos sociales, el poeta confronta la actividad y la posición política de estos intelectuales: “Los hechos sociales son complejos. La función del intelectual consiste en esclarecerlos y descifrarlos, hasta donde sea posible. Sólo después del análisis se puede, y aun se debe, tomar partido. Pero muchos de nuestros intelectuales han escogido lo más fácil: juzgar sin oír.”<sup>45</sup>

Para Paz, son falsos los dos argumentos centrales esgrimidos por los intelectuales-periodistas en el principio del movimiento zapatista: la espontaneidad del movimiento y el carácter puramente indígena de la revuelta. No es un movimiento espontáneo sino un proceso político con historia en el estado y en el país; tampoco es una revuelta puramente étnica: tiene una base social étnica y una dirigencia de sectores medios urbanos cultivados.

La diferencia social entre la base y la dirigencia no es causal política de la revuelta social: ni los indígenas son receptores pasivos de la iniciativa de las dirigencias, ni las dirigencias son sólo los promotores de la respuesta violenta a las condiciones sociales y políticas de la región: “Aclaro que no incurro en el simplismo de atribuir el alzamiento a la influencia de un grupo de ideólogos y de militantes.”<sup>46</sup>

Las causas de la revuelta son sociales e históricas: “No cierro los ojos ante la miseria y el desamparo de las comunidades indígenas. Cambian los sistemas políticos y los económicos, unos suben y otros bajan, gobiernos van y gobiernos vienen, pasan los años y los siglos, pero nadie las oye ni escucha sus quejas.”<sup>47</sup>

<sup>44</sup> “La recaída de los intelectuales”, *La Jornada* (18 de enero 1994), reproducido en el suplemento especial de *Vuelta*, núm. 207 (febrero 1994), p. C.

<sup>45</sup> *Idem.*

<sup>46</sup> *Idem.*

<sup>47</sup> *Idem.* En este mismo texto Paz afirma: “La elocuente carta que el 18 de enero envió

Para Octavio Paz hay responsables concretos:

La responsabilidad es de nuestras autoridades —especialmente las de Chiapas— y no menos grave es la de las egoístas y obtusas clases acomodadas de esa rica provincia. Esta responsabilidad se extiende por lo demás a toda la sociedad mexicana. Casi todos, en mayor o menor grado, somos culpables de la inicua situación de los indios de México, pues hemos permitido, con nuestra pasividad o con nuestra indiferencia, las exacciones y los abusos de cafetaleros, ganaderos, caciques y políticos corrompidos.<sup>48</sup>

A estas causas hay que agregar otras: las históricas y las contemporáneas. “Las primeras se remontan no sólo a la Conquista y al período colonial sino más atrás, al mundo mesoamericano [...]; las contemporáneas: la caída de los precios del café, la inmigración de los campesinos de otras regiones, las sucesivas oleadas de refugiados guatemaltecos y [...] la explosión demográfica.”<sup>49</sup>

En otro artículo Octavio Paz inicia la caracterización del movimiento zapatista en los siguientes términos:

Ni por su poderío militar ni por su ideología el movimiento de Chiapas puede triunfar. En cambio, sí puede ensangrentar a esa región, arruinar la economía del país, dividir a las conciencias y, en fin, dar un golpe mortal a nuestro incipiente y débil proceso democrático. Pero los hechos sociales, debo repetirlo, son complejos, dobles o triples. Es imposible ignorar la otra faz de la revuelta de Chiapas: las iniquidades

---

el ‘subcomandante’ Marcos a varios diarios, aunque de una persona que ha escogido un camino que repruebo, me conmovió de verdad: no son ellos, los indios de México, sino nosotros, los que deberíamos pedir perdón.” Paz hace referencia al texto aparecido en *La Jornada* (21 enero 1994), pp. 1 y 13, titulado “Subcomandante Marcos: ¿De qué nos van a perdonar?”.

<sup>48</sup> “La recaída...”, art. cit., p. C.

<sup>49</sup> *Idem*.

que denuncian las comunidades indígenas de Chiapas son bien reales y justas la mayoría de sus demandas. Por esto sostuve desde el principio que “en todos los casos el gobierno mexicano debe preferir el diálogo al uso de la fuerza”.<sup>50</sup>

El diálogo es la base de la democracia. Ésta se construye a partir de acuerdos y de la aceptación de las diferencias entre los actores políticos; es por esto que, en sentido estricto, la resolución del conflicto en Chiapas pasa en primer lugar por la “verdadera” reparación histórica con los indígenas y sus demandas, así como por la creación de los instrumentos que construyan una salida democrática y hagan viables las salidas al conflicto. El diálogo constituye la solución y es la otra cara de la reforma democrática que en ese momento se iniciaba: “Pacificar con la razón es mejor que vencer con las armas.”<sup>51</sup>

En México, una de las demandas de la democratización fue acabar con la hegemonía gubernamental de la voz pública. Durante decenios los gobernantes esperaban silencio o retórica en apoyo a sus declaraciones. El alto grado de dependencia de los medios escritos, debido al monopolio de papel del Estado y a la condición de concesionarios de la radio y la televisión privadas, reforzó el control sobre la libertad de expresión. El proceso de apertura de fronteras, que rompe el cerco monopolístico de la información política del país, aunado al proceso democrático y a la comunicación mediática global, abrió el debate público en México.

La democracia es, entre otras formas de acción política, una relación deliberativa entre los actores que compiten por obtener la mayoría de los votos para dirigir el gobierno, competencia entre partidos que presupone la discusión de programas, agendas y beneficios sociales del apoyo a un partido particular. La deliberación pública de los

<sup>50</sup> “Incertidumbre y perspectivas”, en el suplemento especial de la revista *Vuelta*, núm. 207 (febrero 1994), p. D.

<sup>51</sup> *Idem.*



intereses particulares de las distintas partes que conforman la sociedad, supone la edificación de los acuerdos que eviten el conflicto social y la confrontación violenta que acabe con la estabilidad y rompa la nación.

Para Octavio Paz, hombre de diálogos: poeta y ensayista, este rasgo de la democracia tenía una importancia capital en la edificación de la racionalidad moderna, no sólo porque consideraba que la deliberación enfrentaba las tradiciones del silencio autoritario como razón de Estado, sino porque el diálogo público, abierto y respetuoso de la diferencia, era el eje formador de la cultura democrática, elemento que él consideraba central en la modernización de las sociedades.

El ensayista señala una coincidencia significativa: “La revuelta comenzó precisamente en el momento en que se iniciaba la campaña electoral. Esta circunstancia es lo que vuelve angustiosa la situación actual. Nuestra democracia está en pañales.”<sup>52</sup>

A principios de febrero Paz afirma:

Escribo el 5 de febrero. Si se piensa en el tiempo transcurrido desde el comienzo del conflicto —un mes apenas— me parece que se han hecho avances considerables: la suspensión unilateral del fuego seguida del cese de las hostilidades; la amnistía; la decisión de los insurgentes de aceptar el diálogo e iniciar las conversaciones. A todo esto hay que agregar un hecho fundamental y que puede ser un hecho decisivo hacia una nueva época en nuestra historia: la firma, por los ocho partidos nacionales y sus candidatos a la Presidencia de la República, de los “Compromisos para la Paz, la Democracia y la Justicia” y la sustitución del Secretario de Gobernación Patrocinio González Garrido y el nombramiento de Jorge Carpizo Mac Gregor [...]

El Compromiso es la respuesta adecuada a la pregunta que, desde hace meses, se hace la mayoría de los mexicanos: ¿tendremos en agosto

<sup>52</sup> *Idem.*

de 1994 unas elecciones limpias? Es bueno citar las palabras de Jorge Carpizo Mac Gregor, Secretario de Gobernación, ante quien se firmó el documento: “México necesita que la elección federal de 1994 sea imparcial, transparente, creíble, y aceptable por la sociedad y las organizaciones políticas”.<sup>53</sup>

En este último punto es donde el poeta ve la posibilidad de encontrar el comienzo de un entendimiento resolutivo del conflicto: “Hay un punto en el que coincidimos la gran mayoría de los mexicanos: la aspiración democrática.”<sup>54</sup>

Jorge Carpizo reemplazó en la Secretaría de Gobernación (segundo puesto político más importante del país) a Patrocinio González Garrido, exgobernador del estado de Chiapas y miembro de la oligarquía política de una de las entidades del país con mayor pobreza indígena. El cambio fue uno de los signos de la transformación política en México. El secretario sustituido representaba esa amalgama entre poderes locales y poderes federales, que el PRI había logrado armar a lo largo de decenios de gobierno. El doctor Carpizo representaba el nuevo tipo de político surgido de la ciudadanización creciente de la política, proceso que, a principios de los años ochenta, daba cuenta del agotamiento de los regímenes autoritarios en América Latina.

El nuevo secretario fue reclutado en la esfera civil y su nombramiento por el Presidente Salinas rompía la tradición que imponía la militancia en el PRI como condición para poder formar parte de la élite gobernante y alcanzar el segundo cargo más importante del país: jefe del gabinete presidencial. Este signo de apertura era también símbolo del agotamiento de las capacidades negociadoras de los miembros de la coalición política gobernante, cuyos vínculos con el pasado autoritario les restaban credibilidad pública y legitimidad en

<sup>53</sup> *Ibid.*, p. G.

<sup>54</sup> *Ibid.*, p. E.

las negociaciones políticas. El problema que enfrentaba el gobierno en ese año era esencialmente de autoridad moral y credibilidad pública. El doctor Carpizo, exrector de la Universidad Nacional Autónoma de México, había sido el fundador y primer Presidente de la Comisión Nacional de los Derechos Humanos, Procurador General de la República y se singularizaba por ser el primer Secretario de Gobernación que no era político profesional sino un académico y jurista de prestigio.

Paz escribió:

La democracia *es ante todo una cultura*: algo que se aprende y se practica hasta convertirse en hábito y segunda naturaleza, algo que todavía no acaban de aprender ni el gobierno ni los partidos de oposición ni la mayoría de nuestros conciudadanos. En nuestro país nadie se resigna a perder. No obstante, a pesar de todos sus defectos, a veces cojeando y otras a trompicones, a gritos y porrazos, la democracia mexicana comienza a cobrar realidad. La revuelta de Chiapas ha introducido en nuestra vida política el espectro de la ingobernabilidad. Otro espectro que podría convocar a otro espectro no menos ominoso: el de la fuerza. En esto reside el peligro de la situación.<sup>55</sup>

Para nadie es un secreto que el PRI ha cumplido ya su función estabilizadora, afirmó Octavio Paz, y que hoy debe convertirse en un partido como los otros o desaparecer. “Vivimos un período de transición hacia la democracia, que empieza con elecciones transparentes, creíbles por la sociedad y las organizaciones políticas.”<sup>56</sup>

En el tercer artículo de esta serie, “El nudo se deshace o ahoga”,

<sup>55</sup> *Ibid.*, p. F. Y agregó: “Los dos manifiestos contienen, como ya señalé, un programa político que entraña una verdadera subversión del orden actual: la destitución del gobierno y el nombramiento de un gobierno provisional encargado de convocar a nuevas elecciones. Es claro que estas demandas no son ni negociables ni discutibles. Aceptar siquiera su discusión equivaldría a una rendición *de facto*.”

<sup>56</sup> *Idem.*

Paz reitera que la solución a los dos planos del conflicto en Chiapas, el regional y el nacional, sólo es posible a través del diálogo como principio político de libertad entre las partes, para enfrentar las tendencias extremas y autoritarias que existen: “En el PRI, el ejército y el gobierno hay muchos partidarios de la mano dura. Falso realismo, miopía histórica e insensibilidad política. Pero también en la oposición, en el bando de la izquierda, hay obstinados que ven en la prolongación del conflicto el comienzo de grandes trastornos populares que al fin lograrían, de un solo manotazo, derribar el vacilante edificio del sistema político que nos rige.”<sup>57</sup>

Ante estas posturas Paz concluye: “Todas estas amenazas no deben desanimar a la opinión mayoritaria. Sería suicida ahogar en su cuna a la negociación. Con la única arma de que disponemos: la acción pacífica, debemos convertir a la negociación por la paz en un imperativo nacional. Se ve ahora con toda claridad la relación íntima entre el conflicto regional de Chiapas y la democracia. Sin libertad democrática será imposible la acción popular, no-partidista, en favor de un acuerdo. A su vez, sin un acuerdo en Chiapas, el proceso democrático sufriría una herida de muerte.”<sup>58</sup> La modernidad, concluye Paz, pasa por la democracia.

Es a partir de esta relación entre democracia y conflicto armado que Octavio Paz deja tendido el puente para lo que fue el proceso electoral federal más importante hasta entonces: el de agosto de 1994.

### *c) La muerte de Luis Donaldo Colosio*

Entre el estallido del movimiento zapatista y las elecciones de agosto de 1994, ocurrió un evento que marcó la historia contemporánea de

<sup>57</sup> *Ibid.*, p. G. “El uso de la fuerza —continúa Paz—, aparte de provocar la indignación nacional e internacional, engendraría desórdenes y luchas que, no exagero, llegarían a poner en peligro a la integridad del país.”

<sup>58</sup> *Idem.*

México: el candidato presidencial por el PRI, Luis Donaldo Colosio, fue asesinado en un mitin llevado a cabo el 23 de marzo de 1994 en la ciudad de Tijuana, Baja California. En la tradición política mexicana, vigente en ese momento, este hecho significaba la muerte del futuro presidente de la República. Hasta entonces y desde 1929 —después del asesinato del general Álvaro Obregón, principal caudillo revolucionario y presidente electo— no había habido otro crimen político de tal magnitud.

Frente a este hecho Octavio Paz escribió un texto titulado “El plato de sangre”. En él afirma:

El asesinato de Luis Donaldo Colosio es el último de una sucesión de actos de violencia que han enturbiado el proceso electoral y comprometido la paz de la nación. Lo que debería ser una contienda pacífica amenaza con transformarse en un período de turbulencias intestinas, como las que desgarraron a nuestra patria en el siglo XIX y en los años de la Revolución mexicana [...] La disyuntiva es clara: o somos capaces de crear las condiciones políticas y morales que requiere la democracia moderna o regresamos a la anarquía, antesala del régimen de fuerza.<sup>59</sup>

La muerte del “presidente candidato” generó en México un conjunto de dudas sobre la autoridad presidencial y se habló de una confrontación entre el candidato del PRI y el titular del Poder Ejecutivo. La pérdida de los referentes de autoridad y certeza produjo la necesidad política de crear una autoridad autónoma y creíble, deslindada de los distintos poderes gubernamentales en el país, para organizar las elecciones presidenciales. Las elecciones presidenciales de agosto de 1994 se convirtieron en el hecho político más importante para la restitución de la confianza institucional y el restablecimiento de la estabilidad, frente al clima existente de violencia y conflicto social.

<sup>59</sup> “El plato de sangre”, *Vuelta*, núm. 209 (abril 1994), p. 8.

La muerte de Colosio fue un catalizador para la fundación de instituciones que crearan la autonomía de la autoridad electoral frente al presidente de la República, procesos de elección que hasta entonces se organizaban en la Secretaría de Gobernación. Este hecho acreditó una nueva forma de representación política y dio origen a la creación de una nueva autoridad: la ciudadana. Paradójicamente, el PRI surge con la muerte de Obregón en 1929 mientras la ciudadanización y la despresidencialización de la autoridad electoral se dan a partir de la muerte de Luis Donaldo Colosio en 1994:

Desde hace meses se respira un aire envenenado por la discordia. Los diarios y revistas están llenos de encendidos artículos que son, de hecho, apologías de la violencia. La revuelta de Chiapas dio ocasión a muchos escritores para pergeñar espaciosas justificaciones de la violencia como última *ratio*. No menos sorprendente es el número, la frecuencia y la actitud de las polémicas políticas. Los ideólogos se destrozan entre ellos y los dirigentes se acusan unos a otros ante el asombro de sus partidarios. En este clima de rencores e intolerancia, el asesinato de Luis Donaldo Colosio —un político joven que luchaba pacíficamente, esto hay que subrayarlo, por sus ideales— adquiere toda su trágica significación [...] No pido que reine la cordialidad en las contiendas políticas: pido respeto por las razones de nuestros interlocutores y adversarios. La literatura y el periodismo, sobre todo los de ideas y combate, no son ni deben ser un ejercicio de buenas maneras; sí lo son de probidad intelectual y de íntimo respeto por las opiniones adversas. Para cerrar las puertas a la violencia física, hay que comenzar por cerrarlas a la violencia verbal e ideológica.<sup>60</sup>

La pérdida de la hegemonía del PRI, aunada a la apertura a la competencia electoral, produjo un proceso nuevo en la cultura política mexicana: la desritualización de las relaciones de poder y la con-

<sup>60</sup> *Idem.*

comitante irreverencia en el uso del lenguaje político, hasta llegar a veces al extremo de la obscenidad en la descalificación del otro, del competidor electoral. México había sido hasta principios de los años noventa una sociedad con una fuerte carga protocolaria y ritual en las relaciones políticas, actitud que suponía un lenguaje reverencial frente al poder institucional de los funcionarios. Estas relaciones, poco claras e indirectas, mostraban el miedo a la impunidad de la autoridad política.

La desritualización de la política en México hizo evidente el cambio; la apertura se expresó también en el lenguaje y en la desacralización e irreverencia frente a las figuras de poder en la tradición mexicana. Estos cambios en el lenguaje mostraban también la pérdida de miedo frente a la sanción que producía la falta del respeto “debido” a las figuras de autoridad. La democratización en México trajo una pérdida de las formas del lenguaje que en el régimen autoritario llegaron a ser exageradas y limitativas de la libertad de expresión.

La petición de Paz de utilizar un lenguaje respetuoso de la integridad del otro en la confrontación política (como prueba de civilidad moderna) sigue aún sin lograrse en el año 2006. La “transición a la democracia” reiteró la agresividad verbal que produce el ruido mediático y rinde frutos publicitarios a los políticos. Este lenguaje reitera la imagen “agresiva del triunfador” por encima de la precisión, de la claridad ideológica y analítica que busca la participación reflexiva de los ciudadanos, como fueron los ideales de la modernidad ilustrada.

Uno de los fines esenciales de la democracia moderna, fundada en el supuesto de la capacidad reflexiva de los individuos de la sociedad, es la construcción de las reglas de civilidad que culminen en la edificación de los nuevos lenguajes políticos, en donde “el otro” no es degradado sino respetado por su derecho a la diferencia. Esta relación ciudadana construye la estabilidad pública, fundada en el conocimiento de los límites de la conducta de los otros, como obligación

colectiva y evita la degradación y la devaluación pública de las instituciones que rigen las prácticas políticas de la sociedad. La solidez de la moral pública, que contiene valores que rigen la vida de los ciudadanos y funcionarios, empieza por el manejo del lenguaje y da cuenta de las relaciones políticas que existen en una sociedad.

*d) Las elecciones de 1994: la democracia se enfrenta de nuevo al viejo mito de la ingobernabilidad*

A finales de 1994 Octavio Paz escribía: “Los médicos me han aconsejado que estos días lleve una vida tranquila lejos del ‘mundanal ruido’. Atraveso por un ‘período de veda’, por decirlo así [...] Sin embargo, la gran sorpresa que han sido estas elecciones, desde la forma en que se desarrollaron hasta sus resultados finales y las reacciones que las han seguido, me obligan moralmente a romper por una sola vez mi voto de silencio.”<sup>61</sup>

En el artículo “Las elecciones de 1994: doble mandato” Paz inicia su reflexión con una caracterización política de sí mismo: “Aunque no pertenezco a ningún grupo ni a ningún partido, desde hace más de veinticinco años comento nuestra realidad social y política [...] Mis comentarios han sido siempre de orden individual y, como decía Raymond Aron, de *un spectateur engagé*.”<sup>62</sup>

<sup>61</sup> “Las elecciones de 1994: doble mandato”, *Vuelta*, núm. 215 (octubre 1994), p. 8.

<sup>62</sup> *Idem*. Octavio Paz se refiere al texto de Raymond Aron, *Le spectateur engagé* (París: Julliard, 1981). “El espectador comprometido” es el título de las entrevistas que Aron dio a Dominique Wolton y a Jean-Louis Missika, entrevistas que aparecen reproducidas en el libro ya mencionado. Estas entrevistas fueron realizadas originalmente para Antenne 2 con el tema “Raymond Aron, spectateur engagé”. “Nosotros deseábamos ofrecer a los tele-espectadores [afirman los autores] la posibilidad de comprender, a través de cincuenta años de historia, el análisis que ha hecho uno de los principales observadores de la vida intelectual y política. Estas entrevistas están divididas en tres períodos cronológicos: 1930-1947; 1947-1967; 1967-1980.” También están organizadas en torno a tres ejes: el



En el mismo artículo el ensayista afirma: “La exposición más clara y extensa de mis ideas sobre el asunto de las elecciones de 1994 figura en ‘Tela de juicios’, una entrevista con Julio Scherer, publicada a fines de 1994 y reproducida en el libro *Itinerario*.”<sup>63</sup>

El presente texto toma como base el ensayo ya citado de la revista *Vuelta* (publicado en octubre de 1994) y toma en cuenta también el reproducido en *Itinerario* (fechado el 30 de septiembre de 1993) porque los dos escritos son centrales para la explicación que Octavio Paz hace de este proceso político.

El primer elemento significativo del texto es la relación que Paz establece entre procesos electorales e ingobernabilidad:

Como es sabido, lo mismo en el siglo XIX que en el XX, cada elección estaba amenazada por la ingobernabilidad, que a lo largo de nuestra historia se convirtió en su funesto complemento [...] Sólo memorias muy frágiles pueden olvidar que el PRI fue creado en 1929, frente a la ingobernabilidad postrevolucionaria y para poner fin a los levantamientos militares después de cada elección. El partido creado por Calles acabó con la guerra civil permanente pero también bloqueó el camino hacia la democracia.<sup>64</sup>

El mito recurrente de la ingobernabilidad postelectoral se mantuvo en la historia como un hecho factible: como la amenaza constante de la fractura de la nación. Este mito tuvo como contraparte la exaltación permanente de las coaliciones gobernantes de la estabilidad política en México producida por el régimen que institucionalizó en 1929 a la Revolución mexicana.

---

movimiento de las ideas y la actitud de los intelectuales; la evolución de la sociedad francesa y la capacidad de la clase dirigente; los grandes eventos internacionales. Véase la presentación del libro.

<sup>63</sup> La entrevista aparece en la tercera parte del ya citado libro *Itinerario*, pp. 209-271.

<sup>64</sup> “Las elecciones de 1994...”, art. cit., p. 8.

La amenaza de la ingobernabilidad expresaba la posibilidad de la violencia civil como resolución alternativa del problema de la representación política que se acreditaba por procesos electorales poco creíbles que sancionaban la legalidad de la elección y se legitimaban por mecanismos políticos y clientelares. En las sucesiones presidenciales el bajo nivel de credibilidad en el manejo institucional de la elección y la percepción social de la impunidad de las autoridades estatales en todos los niveles, incluyendo el manejo fraudulento de los resultados (en 1988, cuando Salinas llegó a la presidencia, se habló de fraude), derivó en 1994 en la necesidad de acreditar la legitimidad de las elecciones a través de la construcción institucional que garantizara el respeto del voto y la sanción legal al fraude. La transición empezaba por elecciones creíbles.

El siglo xx mexicano se inició con el mito político de un fraude electoral: el realizado en contra de Francisco I. Madero en 1910, y en 1994 parecía iniciar su cierre con las elecciones presidenciales que borrarán de la representación social el problema del fraude al voto ciudadano:

Desde la Independencia, una y otra vez, nuestro país ha tenido que enfrentarse a esa terrible realidad. A los mexicanos nos ha costado mucho trabajo y muchos años aprender ese arte difícil que es el fundamento de la democracia: saber ganar y saber perder. A cada elección seguían motines, disturbios, levantamientos, guerras civiles y, al fin, el remedio brutal contra el desorden: la dictadura.<sup>65</sup>

Después de hacer una caracterización de los tres principales partidos que contendieron: el PAN, el PRD y el PRI, Octavio Paz afirma que las elecciones de 1994 tienen dos sorpresas que muestran la ruptura con la tradición política y son indicativas del cambio que se ha iniciado en México:

<sup>65</sup> *Idem.*

La sorpresa enorme de estas elecciones ha sido la extraordinaria afluencia de votantes: cerca del ochenta por ciento [...] una cifra inusitada [...] Estamos ante un fenómeno que revela una mutación en la conciencia nacional y que, probablemente, señala el principio de un cambio de rumbo de la nación. Puedo equivocarme —la historia no se distingue por su consistencia ni por su lógica— pero todo parece indicar que en las profundidades del alma popular aparecen actitudes ante la vida pública que son la negación de las tradicionales. Emerge, todavía entre brumas, un México desconocido: un México de ciudadanos. La segunda sorpresa de estas elecciones fue la amplitud de la victoria del PRI.<sup>66</sup>

Frente a los que argumentaron en ese momento en contra de la elección, calificando el voto ciudadano como “un voto del miedo” por el conflicto en Chiapas y la muerte de Colosio, Octavio Paz respondió como crítico de la política:

Expresión desafortunada y que revela, aunque lo pronuncien labios populistas, desprecio al pueblo. El temor de los votantes no era irracional sino realista. La reacción popular fue sana: el aire estaba lleno de amenazas. Reléanse los periódicos de esos días. Pero la gente respondió no con miedo sino con valor: dio la cara y salió a votar. El pueblo fue cuerdo, locos los ideólogos.

En las elecciones del 21 de agosto estuvieron presentes dos impulsos, en apariencia contradictorios pero, finalmente, complementarios: la voluntad de cambio y el anhelo de seguridad. [...] Así, la elección contiene un doble mandato: cambio y estabilidad. Entre uno y otro hay una relación dinámica y determinante: sin cambio, brota la inconformidad, la seguridad se desvanece y surge la ingobernabilidad; sin seguridad, el cambio muy pronto degenera en desorden. El mandato popular es doble y los términos que lo componen son complementa-

<sup>66</sup> *Ibid.*, pp. 11-12.

rios. Zedillo deberá atender a ambos. El deseo de seguridad se ha satisfecho con el triunfo del PRI. La voluntad de cambio sigue en espera. No esperará por mucho tiempo.<sup>67</sup>

Y en el mismo texto agregó: “El tránsito hacia la democracia ha sido el centro de las discusiones y debates de los últimos años. Lo seguirá siendo mientras no se realicen las reformas que faltan. Estamos a la mitad del camino. [...] Aunque la democracia no ofrece soluciones ya hechas a los problemas y conflictos de los pueblos, es el mejor método para acercarse a ellos, estudiarlos y, entre todos, a través de la discusión abierta, proponer respuestas adecuadas.”<sup>68</sup>

Entre las reformas, destacó las que a mí y a muchos otros nos parecen las más importantes. Son cinco:

La primera es contar con un poder legislativo independiente, que realice las mismas funciones de crítica política frente al poder presidencial que cumplen los parlamentos de las naciones democráticas, tanto en los Estados Unidos como en las naciones europeas. Si queremos limitar al presidencialismo mexicano, debemos fortalecer la independencia del legislativo.

La segunda es la creación de un poder judicial fuerte, honesto, libre de tutelas y presiones, capaz de defender a los ciudadanos del abuso de las autoridades. México ha sido un país en donde el poder es con frecuencia arbitrario: hay que someterlo a la ley.

La tercera es la separación definitiva e inequívoca entre el PRI y el Estado. Ese partido debe convertirse en un partido como los otros o desaparecer.

La cuarta es la renuncia expresa a la práctica presidencial a nombrar a su sucesor. El candidato Zedillo declaró que renunciaría a ese

<sup>67</sup> *Ibid.*, p. 13.

<sup>68</sup> *Idem.*

antidemocrático privilegio pero el Presidente Zedillo debe confirmarlo solemnemente.

La quinta es la transformación de nuestro centralismo en un auténtico federalismo. Sólo podemos alcanzar la deseada alternancia en el poder si comenzamos por la periferia, por las regiones. Hacen falta, mucha falta, más gobernadores y más presidentes municipales de oposición.<sup>69</sup>

Las cinco reformas que para Octavio Paz prueban el inicio del cambio democrático en México aparecen por primera vez factibles a raíz del proceso electoral de agosto de 1994. Por primera vez en la historia del siglo xx mexicano, en estas elecciones presidenciales no hubo ninguna duda de los partidos y ciudadanos participantes en el proceso sobre los resultados.

El cambio se inició con la ciudadanización del Instituto Federal Electoral (IFE) en la reforma legislativa del 22 de marzo de 1994. Por primera vez en México las elecciones presidenciales salían del ámbito del gobierno del PRI y ahora había una autoridad encargada de llevarlas a cabo: tanto los seis Consejeros Ciudadanos<sup>70</sup> como el Presidente del Consejo General, Jorge Carpizo (primer Secretario ciudadano de Gobernación), eran autónomos del presidente.<sup>71</sup> Estas reformas, que iniciaron el proceso de democratización en México, culminaron

<sup>69</sup> *Idem.*

<sup>70</sup> Los seis Consejeros Ciudadanos del Consejo General del IFE, máxima autoridad institucional para organizar las elecciones de 1994, fueron: José Woldenberg, José Agustín Ortiz Pinchetti, Fernando Zertuche, Miguel Ángel Granados Chapa, Santiago Creel y Ricardo Pozas Horcasitas. Estos individuos fueron nombrados por todas las fuerzas políticas importantes del país, representadas en el Congreso de la Unión a través de los partidos. Los Consejeros Ciudadanos sustituyeron a los Consejeros Electorales nombrados por el Presidente Salinas.

<sup>71</sup> "Jorge Carpizo y los otros miembros del Instituto Federal Electoral pueden estar orgullosos: estas elecciones, a pesar de sus imperfecciones y fallas, han sido extraordinarias. Sólo podrían compararse a las celebradas a principios del siglo, en las que resultó electo Madero." "Las elecciones de 1994...", art. cit., p. 12.

en las elecciones presidenciales de 2000, en las cuales el PRI perdió el poder por primera vez desde 1929.<sup>72</sup> Octavio Paz no vivió para verlo, pero el Presidente Ernesto Zedillo refrendó su compromiso, hecho como candidato —cuarta propuesta del poeta para el cambio democrático—, de no nombrar a su sucesor. En relación con las otras cuatro propuestas de reformas para la democratización de México, todas ellas se fueron realizando entre 1994 y 2006, período durante el cual el país se fue integrando a la globalización.

### EPÍLOGO

Octavio Paz tuvo excepcionales cualidades intelectuales y artísticas, pero sobre todo mantuvo, a lo largo de su vida, la voluntad de ser él: la de edificar su voz, de vivir como el pensador que construye explicaciones que tratan de dar sentido y coherencia a los hechos del mundo. Sus palabras no buscan la “Verdad” incuestionable o las evidencias empíricas que la verifican y acotan, sino que desean la construcción del diálogo entre las personas, del debate entre los ciudadanos sobre los hechos e instituciones que forman la cosa pública. Es a partir de la relación entre estas voces que las sociedades construyen la palabra pública y abren el camino de la libertad a través del intercambio de opiniones que sostienen y edifican la democracia moderna. Quisiera terminar este texto transcribiendo unos párrafos escritos por el poeta para Julio Scherer:

Voy a cumplir 80 años. A esta edad vemos al mundo con cierto desprendimiento, a veces con una mirada melancólica y otras irónica. Nunca tuve ambiciones políticas; tenerlas ahora sería ridículo. La ac-

<sup>72</sup> El PRI evolucionó con los siguientes nombres: Partido Nacional Revolucionario (1929), Partido de la Revolución Mexicana (1938), Partido Revolucionario Institucional (1946 a la fecha).

ción tampoco me tienta; ya es tarde para lanzarse a deshacer entuertos o conquistar tierras desconocidas. A esta hora don Quijote se resigna a ser Alonso Quijano y se dispone a poner en orden su alma. Aunque las ideas —a falta de la Idea— todavía me apasionan, hace mucho que estoy de vuelta de las ideologías [...] La política, para mí, es una parte de la historia; mejor dicho, es historia viva, realidad cotidiana que todos vivimos. Hablo de ella como hablo del tiempo y del diario acontecer, de las alegrías y las penas, de las esperanzas y las decepciones, de los amores y las amistades, de las desgracias y los golpes de suerte de la caprichosa fortuna. Entre la vida pública y la privada la comunicación es continua y nunca sabemos a ciencia cierta en dónde están las fronteras entre una y otra. [...]

Tengo el raro privilegio de ser el único escritor mexicano que ha visto quemar su efigie en una plaza pública.<sup>73</sup>

El conjunto de hechos que podemos leer en los últimos ensayos de Octavio Paz estaban profundamente entrelazados, daban cuenta de los cambios en el mundo y sus expresiones en México, mostraban el fin de una época y el principio de otra. Esos años eran el territorio en donde los hombres se hacían las promesas de construir un mundo mejor. La pasión de Octavio Paz por estar presente en su tiempo no le dio tregua: en el límite de una época y de su vida, recapitula sobre su camino y el del siglo que nació junto con él, en 1914. Ambas, biografía e historia, meditan en su ocaso sobre el principio del otro tiempo, el que ha de sucederles a su final.

<sup>73</sup> “Tela de juicios”, en *Itinerario*, *op. cit.*, pp. 210-211.





## SÍLABAS ENAMORADAS

Jesús Silva-Herzog Márquez  
*Instituto Tecnológico Autónomo de México*

*El ser carece de contrarios*

Antonio Machado

El pensamiento se fundamenta en un desarraigo. Cercar las palabras, dice Octavio Paz, es “arrancar al ser del caos primordial”.<sup>1</sup> En el cuchillo de un poeta nacido en Elea hace más de veinticinco siglos encontramos el origen de esta cisura de Occidente. Parménides narra su viaje hacia la luz montado en una carroza fantástica y escoltado por doncellas solares. Después de abrir con suaves palabras las puertas de la noche y el día encontró a una diosa sin nombre. La divinidad acogió benévola al poeta y le reveló la entraña “bellamente circular” de la verdad:

Atención, pues:

Que Yo seré quien hable;

Pon atención tú, por tu parte, en escuchar el mito:

Cuáles serán las únicas sendas investigables del Pensar

Ésta:

*Del Ente es ser; del Ente no es no ser.*

Es senda de confianza,

pues la Verdad la sigue.

<sup>1</sup> Octavio Paz, *El arco y la lira*, en *La casa de la presencia: poesía e historia*, tomo 1 de las *Obras completas* (Barcelona / México: Círculo de Lectores / Fondo de Cultura Económica, 1991 / 1994), p. 116.

Lo que es existe, lo que no es no merece palabra. Ahí está el filoso cuchillo de Parménides, la navaja de la disyunción que sigue partiéndonos. El hombre no es polvo; el agua no arde; lo ligero no oprime. La realidad es una, imperturbable e infinita: “ni fue ni será que de vez es ahora todo, uno y continuo.” Muchos de los contemporáneos de Parménides pensaron que era un cretino: quien abre los ojos observa la exuberancia de las cosas, la incesante mudanza de los cuerpos, la presencia de la ambigüedad, la ironía de los cuerpos. La realidad, responde Parménides, no se ve con la retina sino con los párpados cerrados de la inteligencia. La imaginación queda proscrita: lo que es nada tiene de la nada.

Si para Rousseau la caída de nuestra civilización fue la propiedad, para Octavio Paz nuestro desamparo nace con la definición. Nuestras desdichas no nacieron en el momento en que alguien dijo “esto es mío” sino en el momento en que alguien dijo “esto es esto y no puede ser aquello”. Dos pecados humanos: adueñarse de la naturaleza que es de todos; aprisionar el significado variable de las cosas. Esa cerca del ser, esa muralla que divide al mundo en dos mitades, esa prisión lógica que nuestro pensamiento no puede perforar es la casa de Occidente. De ahí viene el desarraigo: la palabra quedó hecha pedazos y, con ella, nosotros partidos.

Todo era de todos

Todos eran todo

Sólo había una palabra inmensa y sin revés

Palabra como un sol

Un día se rompió en fragmentos diminutos

Son las palabras del lenguaje que hablamos

Fragmentos que nunca se unirán

Espejos rotos donde el mundo se mira destrozado.<sup>2</sup>

<sup>2</sup> “Fábula”, recopilado en *Obra poética I (1935-1970)*, tomo 11 de las *Obras com-*

Las palabras rasgan pero también enlazan. El trabajo del poeta es recrear la originaria fraternidad de los significados. La imagen poética traspasa la muralla y dice lo indecible: las plumas son piedras. “El universo deja de ser un vasto almacén de cosas heterogéneas. Astros, zapatos, lágrimas, locomotoras, sauces, mujeres, diccionarios, todo es una inmensa familia, todo se comunica y se transforma sin cesar, una misma sangre corre por todas las formas y el hombre puede ser al fin su deseo: él mismo.”<sup>3</sup> La raíz de la poesía es la comunión del hombre y el mundo, las plantas y los volcanes. En Estocolmo, al recibir el Premio Nobel, recordaba una noche en el campo cuando percibió la correspondencia de los astros y los insectos:

Es grande el cielo  
y arriba siembran mundos.  
Imperturbable,  
prosigue en tanta noche  
el grillo berbiquí.<sup>4</sup>

El poema es el campo de las conciliaciones. Pacto instantáneo de enemigos, el poema encuentra la afinidad oculta entre realidades distantes: el grillo y el cosmos. Escribir es recrear esa fraternidad cósmica que la lógica mutila. La conciencia de la contradicción y el anhelo de reconciliación nacen en Paz desde muy temprano, desde su infancia en Mixcoac. A Julio Scherer le cuenta que su casa era “el teatro de la lucha entre las generaciones”. “Mi abuelo —periodista y escritor liberal— había peleado contra la intervención francesa y después había creído en Porfirio Díaz. Una creencia de la que, al final de sus

---

*pletas* (Barcelona / México: Círculo de Lectores / Fondo de Cultura Económica, 1996 / 1997), p. 123.

<sup>3</sup> *El arco y la lira*, en *La casa de la presencia*, op. cit., p. 126.

<sup>4</sup> El poema se incluye en “Brindis en Estocolmo”, recopilado en *Ideas y costumbres II: usos y símbolos*, tomo 10 de las *Obras completas* (Barcelona / México: Círculo de Lectores / Fondo de Cultura Económica, 1996 / 1996), p. 676.

días, se arrepintió. Mi padre decía que mi abuelo no entendía la Revolución mexicana y mi abuelo replicaba que la Revolución había substituido la dictadura de uno, el caudillo Díaz, por la dictadura anárquica de muchos: los jefes y jefecillos que en esos años se mataban por el poder.”<sup>5</sup>

Mi abuelo, al tomar el café,  
me hablaba de Juárez y de Porfirio,  
los zuavos y los plateados.  
Y el mantel olía a pólvora.

Mi padre, al tomar la copa,  
me hablaba de Zapata y de Villa,  
Soto y Gama y los Flores Magón.  
Y el mantel olía a pólvora.

Yo me quedo callado:  
¿de quién podría hablar?<sup>6</sup>

El café del abuelo se enfrentaba con el alcohol del padre. Los líquidos se enfrentan: chocan, se envuelven, se estrangulan. Después son uno en el paladar de Octavio Paz Lozano. El liberalismo no tenía que matar a la comunidad ancestral; el apego a la tierra no exigía el aniquilamiento de la legalidad. Desde entonces, Paz rechaza la opción: no es esto o lo otro sino esto *con* lo otro. “Mi abuelo tenía razón pero también era cierto lo que decía mi padre.”<sup>7</sup> Desde esas quemantes discusiones podemos ver la marca de la literatura paciana: la con-

<sup>5</sup> “Suma y sigue (Conversación con Julio Scherer)”, en *El peregrino en su patria: historia y política de México*, tomo 8 de las *Obras completas* (Barcelona / México: Círculo de Lectores / Fondo de Cultura Económica, 1993 / 1994), p. 366.

<sup>6</sup> “Intermitencias del oeste (2) (Canción mexicana)”, recopilado en *Obra poética I*, *op. cit.*, p. 373.

<sup>7</sup> “Suma y sigue...”, en *El peregrino en su patria*, *op. cit.*, p. 366.

ciliación de los contrarios. Paz supo que aún en las voces más distantes había un hondo parentesco. Su obra extiende esas conversaciones del desayuno: diálogo con John Donne y Apollinaire, diálogo con las serpientes de la diosa Coatlicue y los colores danzantes de Miró; diálogo con Pessoa y sus heterónimos; diálogo desde las tres puntas del surrealismo; diálogo con Quevedo, Machado y Ortega, diálogo con Sor Juana, Jorge Cuesta, Alfonso Reyes; diálogo con los olores y los sabores de la India, sus mitos y formas; diálogo con la poesía china; diálogo con los disidentes del fin de siglo y los inquisidores coloniales; diálogos sobre el erotismo y la democracia. Diálogos que alumbran una civilización. La civilización Octavio Paz.

Conversaciones marcadas por el anhelo de trascender la contradicción. El mantel de Mixcoac raja el cuchillo de Parménides. El mantel es el puente que ahuyenta las clasificaciones y las disyunciones. Como lo vio Manuel Ulacia, en la poesía y en el ensayo de Octavio Paz se escenifican una y otra vez estas nupcias de contrarios.<sup>8</sup> El goteo rítmico que sostiene su pensamiento son columnas fraternalmente enemigas: soledad y comunión; unión y separación; la flecha y el blanco; la ruptura y la conciliación; modernidad y tradición; confluencias y divergencias; inmovilidad y danza. La clave estaba fuera de Occidente. El filósofo taoísta Chuang-Tse decía, por ejemplo: “Si no hay *otro* que no sea yo, no hay tampoco yo. Pero si no hay yo, nada se puede saber, decir o pensar... La verdad es que todo ser es *otro* y que todo ser es sí mismo [...] El *otro* sabe del sí mismo pero el sí mismo depende también del *otro*... Adoptar la afirmación es adoptar la negación.”<sup>9</sup> En *Blanco*, poema de voces múltiples que recorre los territorios del amor, la palabra, el conocimiento, el poema que Paz considera uno de sus trabajos más complejos y ambiciosos,

<sup>8</sup> Véanse “La conciliación de los contrarios”, en Adolfo Castañón *et al.*, *Octavio Paz en sus “Obras completas”* (México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes / Fondo de Cultura Económica, 1994) y su completo estudio *El árbol milenario. Un recorrido por la obra de Octavio Paz* (Barcelona: Círculo de Lectores, 1999).

<sup>9</sup> “Nosotros: los otros”, en *Ideas y costumbres II, op. cit.*, p. 33.

encontramos estas líneas que sintetizan el esfuerzo por reencontrar la mitad perdida, la mitad negada del hombre.

No y Sí  
juntos  
dos sílabas enamoradas

Un personaje invisible hechiza a los enamorados: la imaginación. La imaginación no es en Paz la “loca de la casa”, como la apodó santa Teresa; es el supremo ejercicio de la inteligencia. La capacidad de asociar entidades aparentemente distantes es penetrar en la verdad. “La poesía es entrar en el ser”, escribió en *El arco y la lira*. No el ser de la apariencia ni el de la lógica sino el ser de lo más humano: la palabra.

El modo de operación del pensamiento poético es la imaginación y ésta consiste, esencialmente, en la facultad de poner en relación realidades contrarias o disímbolas. Todas las formas poéticas y todas las figuras del lenguaje poseen un rasgo común: buscan, y con frecuencia descubren, semejanzas ocultas entre objetos diferentes. En los casos más extremos, unen a los opuestos. Comparaciones, analogías, metáforas, metonimias y los demás recursos de la poesía: todos tienden a producir imágenes en las que pactan el esto y el aquello, lo uno y lo otro, los muchos y el uno.

Escribir es buscar. Perseguir el centro del instante, sustraer el mundo de su río, salvar, petrificar lo que el tiempo disuelve. “Escribir es la incesante interrogación que los signos hacen a un signo: el hombre; y la que ese signo hace a los signos: el lenguaje.” La pasión del lenguaje no es otra cosa que pasión por el conocimiento, pasión por el conocimiento que no es otra cosa que amor por las palabras. Pere Gimferrer lo llama por ello “poeta del pensamiento”. Un poeta de la familia de John Donne, Quevedo, Wordsworth, T. S. Eliot,

Valéry.<sup>10</sup> El poeta catalán conocía de los rigores de la imaginación poética de Paz. Un poema es una forma de saber. Una carta que el poeta mexicano dirigió al catalán, escrita un día cualquiera de 1967, vale como muestra de su exigencia:

Querido Gimferrer: ponga en duda a las palabras o confíe en ellas — pero no trate de guiarlas ni de someterlas. Luche con el lenguaje. Siga adelante la exploración y la explosión comenzada en *Arde el mar*. Hoy, al leer en un periódico una noticia sobre no sé qué película, tropecé con esta frase: el hombre no es un pájaro. Y pensé: decir que el hombre no es un pájaro es decir algo que por sabido debe callarse. Pero decir que un hombre es un pájaro es un lugar común. Entonces... entonces el poeta debe encontrar la *otra* palabra, la palabra no dicha y que los puntos suspensivos de “entonces” designan como silencio. Así, luche con el silencio.<sup>11</sup>

En otra carta sigue la lectura de su amigo:

Yo creo que usted debe seguir por el camino que ahora ha emprendido y llevar a su término la experiencia. Lo que me atrevería a aconsejarle es que la lleve a cabo con todo rigor, pues de otra manera no sería una experiencia sino un desliz. Los nuevos poemas que me ha enviado me gustan más que los anteriores pero no modifican sustancialmente mi impresión primera. Repito: no es un problema de tema sino de rigor. En primer término: el vocabulario. Yo suprimiría muchos adjetivos que son obvios o previsibles. Un ejemplo: el *sutil* paso del duende, el susurro *floral* de los sargazos, etc. También suprimiría frases explicativas: la voz de las sirenas que parece salir de nuestro propio pecho. ¿No habría una manera más “económica” de decir esto? Usted desea, me imagino, más

<sup>10</sup> “Poesía del pensamiento”, *Vuelta*, núm. 258 (mayo 1998), pp. 11-12.

<sup>11</sup> Octavio Paz, *Memorias y palabras. Cartas a Pere Gimferrer. 1966-1977* (Barcelona: Seix Barral, 1999), pp. 21-22.





Desde mi adolescencia he escrito poemas y no he cesado de escribirlos. Quise ser poeta y nada más. En mis libros de prosa me propuse servir a la poesía, justificarla y defenderla, explicarla ante los otros y ante mí mismo. Pronto descubrí que la defensa de la poesía, menospreciada en nuestro siglo, era inseparable de la defensa de la libertad. De ahí mi interés apasionado por los asuntos políticos y sociales que han agitado a nuestro tiempo.<sup>15</sup>

La poesía inmiscuyéndose en asuntos de soberanía. No ha habido condena más enérgica a esa intromisión que la de Platón, un poeta. Platón decide expulsar a la poesía de la perfecta ciudad congelada por la razón. La poesía como rival de la verdad, de la unidad, del orden. Inventar mundos a la palabra, romper los significados, recordar lo que ha perdido nombre, designar lo inexistente es despedazar la impenetrable escultura de Utopía. Herética, ebria, subversiva, melancólica, la poesía no puede reclamar jurisdicción sobre las graves cosas del Estado. El poeta podrá animar el banquete pero nunca enjuiciar al parlamento. La lucha entre las dos formas de la palabra — filosófica y poética— se resuelve en Platón con la ejecución de la poesía. Entonces se inaugura, dice María Zambrano, la vida azarosa, ilegal de la poesía; su maldición.<sup>16</sup>

Paz no quiso disfrazarse con el vocabulario del especialista para hablar de la historia o de la política. “Prefiero hablar de Marcel Duchamp o de Juan Ramón Jiménez que de Locke o de Montesquieu. La filosofía política me ha interesado siempre pero nunca he intentado ni intentaré escribir un libro sobre la justicia, la libertad o el arte de gobernar.”<sup>17</sup> Sin pretensiones teóricas, sus reflexiones políticas son

<sup>15</sup> “Poesía, mito, revolución”, recopilado en *La casa de la presencia, op. cit.*, p. 522.

<sup>16</sup> María Zambrano, *Filosofía y poesía* (Madrid: Fondo de Cultura Económica, 1993), pp. 13, 14.

<sup>17</sup> “La democracia: lo absoluto y lo relativo”, en *Ideas y costumbres I: la letra y el cetro*, tomo 9 de las *Obras completas* (Barcelona / México: Círculo de Lectores / Fondo de Cultura Económica, 1993 / 1995), p. 473.

reflejos, escritos lúcidos y profundos de un testigo frente a los acontecimientos. Opiniones. La fuerza de sus palabras viene de su impotencia. “La palabra del escritor tiene fuerza porque brota de una situación de no-fuerza. No habla desde el Palacio Nacional, la tribuna popular o las oficinas del Comité Central: habla desde su cuarto.”<sup>18</sup> En este siglo intoxicado por las ideologías —creencias tapiadas, satisfechas— Octavio Paz empuña la aguja de la crítica. La crítica “es nuestra única defensa contra el monólogo del Caudillo y la gritería de la Banda, esas dos deformaciones gemelas que extirpan al *otro*”.

Escribir, defender la poesía exigía confrontar la política, es decir, defender la libertad. Pero, ¿qué es la libertad para Octavio Paz? Una y otra vez se resiste a la cápsula de la definición en sus ensayos. Precisar el significado de la palabra libertad sería esclavizarla. Por eso dice que no se trata de una idea sino de un acto o, más bien, una apuesta. Es libre el hombre que dice no, el que se niega a seguir el camino y da la vuelta. La libertad se inventa al ejercerse. Como Camus, Paz dice: ser es rebelarse. Por eso el poeta no sigue el trazo de los técnicos que quieren reducir la libertad al escudo que nos resguarda del Estado. La libertad moderna de Benjamin Constant o la libertad negativa de Isaiah Berlin pueden ser un aposento que nos encierre en nosotros mismos. Por eso quiere, a diferencia de los ingenieros, una libertad de párpados abiertos. Peligrosa una libertad ensimismada, presa en su soledad; miserable el hombre que no logra desprenderse de sí: “un ídolo podrido”. La libertad es la proeza de la imaginación.

La libertad es alas,  
es el viento entre hojas, detenido

<sup>18</sup> “El escritor y el poder”, en *El peregrino en su patria*, *op. cit.*, p. 549. “¿Desde dónde escribe usted, desde el centro, desde la izquierda, desde dónde?”, le pregunta Braulio Peralta. Paz responde: “Desde mi cuarto, desde mi soledad, desde mí mismo. Nunca desde los otros.” Braulio Peralta, *El poeta en su tierra. Diálogos con Octavio Paz* (México: Grijalbo, 1999).

por una simple flor; y el sueño  
 en el que somos nuestro sueño;  
 es morder la naranja prohibida,  
 abrir la vieja puerta condenada  
 y desatar al prisionero:  
 esa piedra ya es pan,  
 esos papeles blancos son gaviotas,  
 son pájaros las hojas  
 y pájaros tus dedos: todo vuela.

A los veintiún años Octavio Paz escribió que “ser es limitarse, adquirir un contorno”.<sup>19</sup> La libertad, la existencia misma del hombre reclama al otro. El otro es el corazón de uno mismo. Ésa es la llave de *El laberinto de la soledad* y la conclusión de *Postdata*: la otredad nos constituye. “Nos buscábamos a nosotros mismos y encontramos a los otros.” Lo dice muy claramente al hablar de la erótica poesía de Luis Cernuda: ser es desear. “Cada vez que amamos, nos perdemos: somos otros. El amor no realiza al yo mismo: abre una posibilidad al yo para que cambie y se convierta. En el amor no se cumple el yo sino la persona: el deseo de ser otro. El deseo de ser.”<sup>20</sup> Ser es derramarse.

El liberalismo puede ser la visión más hospitalaria del mundo, pero deja sin respuesta todas las preguntas sobre el origen y el sentido de la vida. En Paz encontramos un moderado, es decir, tocquevilleano amor por la democracia liberal. Ama en ella la civilidad de su convivencia, su generosidad, la presencia de la crítica. Pero sabe también que en las formas democráticas no están las respuestas a los

<sup>19</sup> “Vigilias: diario de un soñador”, en *Miscelánea I: primeros escritos*, tomo 13 de las *Obras completas* (Barcelona / México: Círculo de Lectores / Fondo de Cultura Económica, 1998 / 1999), p. 147.

<sup>20</sup> “Luis Cernuda”, en *Fundación y disidencia: dominio hispánico*, tomo 3 de las *Obras completas* (Barcelona / México: Círculo de Lectores / Fondo de Cultura Económica, 1991 / 1994), p. 253.

acertijos medulares de nuestra existencia. Las democracias modernas ignoran al otro y tienden al conformismo, a las “sonrisas de satisfacción idiota”. El liberalismo “fundó la libertad sobre la única base que puede sustentarla: la autonomía de la conciencia y el reconocimiento de la autonomía de las conciencias ajenas. Fue admirable y también terrible: nos encerró en un solipsismo, rompió el puente que unía el yo al tú y ambos a la tercera persona: el otro, los otros. Entre libertad y fraternidad no hay contradicción sino distancia —una distancia que el liberalismo no ha podido anular”. No ha podido liquidar la distancia porque no ha completado su inmersión en el otro. Por ello el liberalismo paciano se desliga de sí mismo.

En *Piedra de sol* Octavio Paz describe esta necesidad de encontrar al otro:

para que pueda ser he de ser otro,  
 salir de mí, buscarme entre los otros,  
 los otros que no son si yo no existo,  
 los otros que me dan plena existencia,  
 no soy, no hay yo, siempre somos nosotros,  
 la vida es otra, siempre allá, más lejos,  
 fuera de ti, de mí, siempre horizonte,  
 vida que nos desvive y enajena,  
 que nos inventa un rostro y lo desgasta [...]

En su argumento sobre las insuficiencias del liberalismo, Octavio Paz no se percata que una de las contribuciones más importantes del liberalismo es precisamente el paquete de preguntas que deja de hacerse. La mente liberal se concentra en la órbita de la política buscando tan sólo que el hombre sea dueño de sí mismo. Sabe que lo cuida de las amenazas del poder aceptando que no lo guía en el misterio de la vida. El liberalismo no es, no pretende ser, una religión; es una técnica. Pero ésa no es su miseria, como denuncia Paz. Es su grandeza.

Paz no se describió a sí mismo como un liberal. La camisa le apretaba. Simplemente se sintió cercano al liberalismo: “mis afinidades más ciertas y profundas están con la herencia liberal”.<sup>21</sup> Como ha resaltado Yvon Grenier, la comedida palabra *afinidad* es crucial en esta confidencia. Afinidad: proximidad, semejanza; no pertenencia. Más que el liberalismo, a Paz lo mueve una idea todavía sin nombre. *Fraternismo* podría llamarse en algún futuro. Una política que tenga en el centro la fraternidad, la palabra olvidada del triángulo francés. Un poema, recordemos, captura la fraternidad cósmica: la hermandad del grillo y las estrellas. Ésa es la otra voz que necesita escuchar la nueva filosofía política. “La palabra *fraternidad* no es menos preciosa que la palabra *libertad*: es el pan de los hombres, el pan compartido.”

A mi modo de ver, la palabra central de la tríada [libertad, igualdad, fraternidad] es *fraternidad*. En ella se enlazan las otras dos. La libertad puede existir sin igualdad y la igualdad sin libertad. La primera, aislada, ahonda las desigualdades y provoca las tiranías; la segunda oprime a la libertad y termina por aniquilarla. La fraternidad es el nexo que las comunica, la virtud que las humaniza y las armoniza. Su otro nombre es solidaridad, herencia viva del cristianismo, versión moderna de la antigua caridad. Una virtud que no conocieron ni los griegos ni los romanos, enamorados de la libertad pero ignorantes de la verdadera compasión. Dadas las diferencias naturales entre los hombres, la igualdad es una aspiración ética que no puede realizarse sin recurrir al despotismo o a la acción de la fraternidad. Asimismo, mi libertad se enfrenta fatalmente a la libertad del otro y procura anularla. El único puente que puede reconciliar a estas dos hermanas enemigas —un puente hecho de brazos enlazados— es la fraternidad. Sobre esta humilde y simple evidencia podría fundarse, en los días que vienen, una nueva filosofía política. Sólo la fraternidad puede disipar la pesadilla circular del mercado.

<sup>21</sup> *Pequeña crónica de grandes días*, en *Ideas y costumbres I*, op. cit., p. 471.

Advierto que no hago sino imaginar o, más exactamente, entrever ese pensamiento. Lo veo como el heredero de la doble tradición de la modernidad: la liberal y la socialista. No creo que deba repetir las sino trascenderlas. Sería una verdadera renovación.<sup>22</sup>

El poeta descubre en su imaginación todo lo que el liberalismo reprime, todo lo que el liberalismo olvida. Siempre vio con desconfianza, por ejemplo, el círculo impersonal e inflexible del mercado. Un monstruo ciego y sordo que no entiende del valor. El romántico condena de esa manera el lucro, el vicio del comercio que nos enfrenta como bestias. Desde *Entre la piedra y la flor*, su primer intento por “insertar la poesía en la historia”, Paz denuncia a las crueldades de esa fría maquinaria del mercado:

El dinero y su rueda,  
el dinero y sus números huecos,  
el dinero y su rebaño de espectros.

Líneas en las que se escucha, nítido, el eco de Quevedo:

¿Quién hace al tuerto galán  
Y prudente al sin consejo?  
¿Quién al avariento viejo  
Le sirve de río Jordán?  
¿Quién hace de piedras pan,  
Sin ser el Dios verdadero?  
*El dinero.*

“Saber contar no es saber cantar”, escribiría Paz en otro sitio. Por ello la búsqueda de la libertad no puede separarse de la búsqueda de comunión. Si la imaginación poética es capaz de enamorar la sílaba

<sup>22</sup> *La otra voz*, en *La casa de la presencia*, op. cit., pp. 585-586.

que afirma con la sílaba que niega, la misma potencia ha de conciliar las doctrinas enemigas. El error, decía Pascal, no es lo contrario de la verdad, es el olvido de la verdad contraria. Paz tocó los cordones contrarios de la política: las razones de la libertad y las tradiciones de la comunidad; los derechos del individuo y el abrazo de la hermandad. No es extraño que encontrara en Cornelius Castoriadis la pista de una renovación filosófica, puesto que ahí la imaginación tiene carácter constituyente. “El alma [recuerda Castoriadis a Aristóteles] nunca piensa sin fantasmas.” La crisis de nuestra civilización es el agotamiento de esos fantasmas, el vacío de sentido, la imaginación seca, el conformismo jactancioso. La democracia que defendía Castoriadis no era el seco ritual de las elecciones sino la viva civilización de las interrogantes, casa de puertas abiertas.

Nacido muy lejos de Mixcoac, ocho años más joven que Octavio Paz, Castoriadis trató de recuperar el ideal libertario del socialismo. Hombre de cabeza rapada, sonrisa de fruta y piel viva, Castoriadis era inteligencia hirviendo. Nada puede suplantar, decía, los goces de una discusión, vino, música y un buen chiste. De sus lecturas de Marx y de su práctica como psicoanalista, de su amor por la antigua Grecia y de su observación atenta de las huelgas de los mineros, de su sensibilidad poética y su práctica como economista surge una noción democrática que va mucho más allá de la competencia entre partidos. La democracia tiene sentido si cultiva realmente una sociedad de hombres autónomos, de hombres capaces de decidir su camino. Un régimen donde todas las preguntas pueden ser planteadas.

Al poeta toca reanimar la filosofía política para encontrar un nuevo mundo de significaciones en donde las ideas pierdan su envase dentellado. En ese camino está la propuesta de Leszek Kolakowski, quien escribió un manual para conservadores-liberales-socialistas que combate precisamente esa vieja filosofía de filosofías excluyentes. El filósofo polaco proponía, como lema de su Internacional, una frase que escuchó en un camión de Varsovia: “Por favor, avance hacia atrás.” Kolakowski argumentaba que las aguas de aquellos ríos no

tenían por qué fluir en cauces distintos. Bien pueden verter sus aguas en la misma cuenca. Un conservador sabe que las mejoras son costosas, que cada reforma tiene su precio; duda que la supresión de las tradiciones nos haga más felices y desconfía de las utopías. Abomina, sobre todo, a quienes pretenden usar la maquinaria estatal para encaminarnos al paraíso. Un liberal exige que el Estado garantice nuestra libertad, no que asegure nuestra felicidad. Finalmente, un socialista rechaza enérgicamente que la desigualdad sea una condena irremediable. Que la perfección sea inalcanzable no significa que nada pueda hacerse para disminuir la opresión.<sup>23</sup> Frente a la tiranía del *o*, la utopía del *y*. El derecho de no escoger. Así lo pone Paz en un poema: “elegir / es equivocarse”.

Paz decidió no elegir: fue un romántico, un liberal, un conservador, un socialista, un libertario. Todo; al mismo tiempo. Defendió la libertad y la democracia representativa al tiempo que rechazaba la idolatría de la razón y del progreso. Apreció el flujo de las tradiciones, temió el estrépito de la revolución, anheló un mundo fraterno.<sup>24</sup> Corresponde a la imaginación encontrar el puente de las conciliaciones, el lazo de la convergencia de las dos grandes tradiciones modernas: liberalismo y socialismo. Es cierto: de la tabla para llegar a ese pacto, Paz dice muy poco. El poeta nombra, vislumbra, muestra, pero no dicta receta. Busca el agua otra.

\*

La maldita política no fue la pasión de Octavio Paz, poeta:

La historia de la literatura moderna, desde los románticos alemanes e ingleses hasta nuestros días, es la historia de una larga pasión desdichada por la política. De Coleridge a Mayakovski, la Revolución ha sido la

<sup>23</sup> Leszek Kolakowski, *Modernity on Endless Trial* (Chicago: University of Chicago Press, 1990). Hay una traducción al español publicada por editorial Vuelta.

<sup>24</sup> Véase el ensayo de Yvon Grenier, *Del arte a la política. Octavio Paz y la búsqueda de la libertad* (México: Fondo de Cultura Económica, 2004).



gran Diosa, la Amada eterna y la gran Puta de poetas y novelistas. La política llenó de humo el cerebro de Malraux, envenenó los insomnios de César Vallejo, mató a García Lorca, abandonó al viejo Machado en un pueblo de los Pirineos, encerró a Pound en un manicomio, deshonoró a Neruda y Aragón, ha puesto en ridículo a Sartre, le ha dado demasiado tarde la razón a Breton.<sup>25</sup>

La política es sentida así como una maldición. Una maldición que envilece inteligencias y encaja gusanos en la manzana de los afectos. Nunca le entusiasmó la política. Le interesaba, eso sí —o más bien, le preocupaba. Paz sabía que la maldita política no podía ser ignorada: ignorarla sería peor que escupir contra el cielo.

La idea del mal subyace en todas sus meditaciones políticas. “El mal: un alguien nadie.” Desde esa convicción, es un liberal que ve al poder como amenaza, nunca como puente de redención. Liberalismo que en algunos momentos llega a coquetear con el anarquismo: “deberíamos quemar todos las sillas y tronos”, llega a escribir en un arranque zapatista. Jamás puede bajarse la guardia frente al demonio cruel o seductor del poder. La larga reflexión de Octavio Paz sobre la historia y la política desemboca justamente en dos preguntas: “¿Somos el mal? ¿O el mal está fuera y nosotros somos su instrumento, su herramienta?” No, responde Paz. El mal está dentro: en el centro de nuestra conciencia, en la raíz misma de la libertad. “Ésta es la única lección que yo puedo deducir de este largo y sinuoso itinerario: luchar contra el mal es luchar contra nosotros mismos. Y ése es el sentido de la historia.”<sup>26</sup> Por eso, y a diferencia de muchos de los más brillantes hombres de su siglo, no se acercó jamás a la política como quien busca a Dios, como quien pretende encontrar por fin al bien, como quien cree que en la política están las respuestas esenciales.

Por supuesto, ese liberalismo en guardia permanente frente al

<sup>25</sup> “La letra y el cetro”, en *El peregrino en su patria*, op. cit., p. 546.

<sup>26</sup> *Itinerario*, en *Ideas y costumbres I*, op. cit., p. 66.

mal no está solo, como no está sola ninguna palabra en Paz. Todo vocablo en su lengua invita a su contrario a aparearse con él. Decir que Octavio Paz fue un liberal es decir una obviedad incompleta. Evidentemente fue liberal: defendió tercamente la autonomía del individuo, denunció el despotismo en todos lados, criticó los absolutos, fue un militante de la duda. Pero fue un liberal que hizo suyas muchas de las críticas al liberalismo, al que vio como un boceto a un tiempo admirable y *terrible*.

No hay una doctrina política pulida en las páginas de Paz pero hay, sin duda, una densa y coherente meditación sobre los azares de la historia, las trampas de la ideología y las posibilidades del convivir. Valdría la pena concentrarse en sus aportaciones a la comprensión del cambio mexicano. Los primeros pasos de la democracia mexicana colocan los escritos políticos de Paz bajo una nueva luz. Leer hoy sus apuntes sobre la naturaleza de la burocracia, los vicios del PRI, las carencias intelectuales del PAN, las lacras de la izquierda, la baba de la demagogia, la compleja y exigente textura del pluralismo democrático es darle la razón a Gonzalo Rojas cuando dijo en el triste 19 de abril de 1998: “todavía nos habla el muerto”.

Nadie entendió la maquinaria del poder posrevolucionario en México, nadie anticipó los caminos de la democratización de México, nadie previó con tanta claridad el ritmo de su cambio y la acidez de sus amenazas como Octavio Paz. Con mucha mayor lucidez que todos los catedráticos universitarios, el poeta que se burlaba de la politología palpó las peculiaridades de la dominación priista, anticipó y demandó su cambio auténtico, previó las penurias democráticas. Leyendo a Paz encontramos el presente.

Pensar el hoy significa recobrar la mirada crítica de Paz. “Tenemos que aprender a ser aire, sueño en libertad.” *Sueño en libertad*. En esas palabras desemboca *Postdata*. De ahí viene el título de una antología de escritos políticos de Octavio Paz que preparó Yvon Grenier. “Si la política es una dimensión de la historia, es también crítica política y moral. Al México del Zócalo, Tlatelolco y el Museo de

Antropología tenemos que oponerle no otra imagen —todas las imágenes padecen la fatal tendencia a la petrificación—, sino la crítica: *el ácido que disuelve las imágenes*.<sup>27</sup> La crítica es la batalla contra los sueños estancados: sablazo contra la telaraña de las ideologías. De ahí proviene la vigencia de Paz, enemigo de la ideología en el siglo de las borracheras ideológicas.

Paz cultiva el arte del discernimiento: ve, entre las muchas cosas, lo que es cada una. Por eso nunca simpatizó con los simplificadores. Los hechos sociales son siempre enredos. A la caricatura del régimen posrevolucionario como una dictadura semejante a las sudamericanas o como un primo cercano de los sistemas de partido único en Europa del Este, Paz opuso siempre sus razones. Cualquiera que haya vivido una dictadura se dará cuenta de que en México no existió tal cosa. La política posrevolucionaria no fue de modo alguno democrática, pero tampoco puede ser dibujada como un facsímil del franquismo. Habrá sido un crítico del poder, pero antes de eso era un crítico. Su inteligencia estaba siempre por delante de su voluntad. Para oponerse al régimen político priista (una peculiar forma de dominación burocrática, patrimonialista y autoritaria) lo primero que había que hacer era entenderlo sin las desfiguraciones de los ideólogos que todo lo acomodan a su prejuicio. Creen que mientras más descalificaciones se lancen al cuerpo del adversario, más fuertes se hacen. Se debilitan, argumenta Paz, porque se engañan al abdicar de la inteligencia crítica. Antes que nada Paz buscaba comprender. “Me niego, para criticar al PRI, a caer en simplificaciones de moda.”

Las peculiaridades del ogro mexicano le hicieron anticipar la ruta de la democratización. No sería la revolución sino la reforma lo que terminaría con ese régimen de emergencia que inauguró Calles. Una reforma, anticipaba Paz desde *Postdata*, que no rendiría frutos inmediatos. El camino del reformismo sería lento y azaroso. Desde el régimen había muchos actores que se resistirían a entregar sus

<sup>27</sup> *Postdata*, en *El peregrino en su patria*, op. cit., p. 324 (las cursivas son mías).

privilegios; en la oposición había terribles flaquezas. La fascinación jacobina por la ruptura no lo embelesaba. Creía que el régimen político debía y podía caminar hacia su transformación democrática. Lo que obstruía esa transición era la “antinatural prolongación del monopolio político” del PRI y la inmadurez de sus adversarios.

Este último punto me parece relevante. Enemigo de cualquier esencialismo, no llegó a la conclusión de que la energía democratizadora se depositaba en algún sujeto históricamente privilegiado. No era la Oposición la portadora exclusiva de la bandera democrática; no era la Sociedad Civil la madre elegida de la democracia. El problema era la ausencia de demócratas. “El PRI debe ir a la escuela de la democracia”, decía Paz. Y de inmediato agregaba: “También deben matricularse en esa escuela los partidos de oposición.” De ahí viene lo que a muchos pareció parsimonia frente al ritmo de la democratización. Puede ser cierto: al ver a los adversarios del PRI, Paz no tenía prisa por verlo en la oposición. En el PAN vio un partido provinciano y mocho. A lo largo de los años fue matizando sus desconfianzas, pero seguía creyendo que a la derecha no le interesaban las ideas y que los debates le producían dolor de cabeza. Podrán crecer y ganar elecciones pero no tienen proyecto para México. En los grupos ex-priistas y excomunistas que después se agruparían en el PRD veía los adefesios de la peor izquierda: demagogia, populismo, estatolatría, autoritarismo. Si las ardientes convicciones democráticas de los neocardenistas son sinceras, escribió Paz, son muy recientes.

No deja de llamar la atención que el escritor político más invocado por Paz en la antología de sus escritos políticos sea Karl Marx. El título mismo de su primer libro tiene aire marxista: *Raíz del hombre*. Ser radical es llegar a la raíz. Paz veía su poesía erótica como un acto naturalmente revolucionario. Los grandes autores liberales apenas aparecen en esas páginas. Benjamin Constant se asoma en un epígrafe y desaparece; Locke es convocado tres veces; Isaiah Berlin, ninguna. En contraste, Marx es citado 29 veces. El autor de *El ogro filantrópico* quería discutir con la izquierda. Con la derecha no tenía

nada que hablar. De ahí la frustración de Paz frente a la ausencia de réplicas. Lo que le indignaba era la renuncia de la izquierda a la crítica: “La gran falla de la izquierda —su tragedia— es que una y otra vez, sobre todo en el siglo xx, ha olvidado su vocación original, su marca de nacimiento: la crítica. Ha vendido su herencia por el plato de lentejas de un sistema cerrado, por una ideología.”

El hilo del pensamiento político de Paz se tensa en su medida. Hay que ser prudentes, cita a Diderot, “con gran desprecio hacia la prudencia”. Así, su “amor” por la democracia es, como el de Tocqueville, muy moderado: el cariño de un escéptico. Por eso, veía la llegada de la democracia a México con una mezcla de contento y preocupación:

La creación de una democracia sana exige el reconocimiento del otro y de los otros. La respuesta a las preguntas que muchos nos hacemos acerca de la situación de México después del 6 de julio, incumbe en primer término a los dirigentes de los partidos políticos. Una política de venganzas o la imposición de reformas que encontrarían un repudio en vastos sectores de la opinión pública [...] nos conducirían a lo más temible: a las disputas, las agitaciones, los desórdenes y, en fin, a la inestabilidad, madre de las dos gemelas, la anarquía y la fuerza. [...] Tan mala como la impunidad es la intolerancia. Lo que necesitamos para asegurar nuestro futuro es moderación, es decir, *prudencia*, la más alta de las virtudes políticas según los filósofos de la Antigüedad. México ha vivido siempre entre los extremos, la dictadura y la anarquía, la derecha y la izquierda, el clericalismo y el jacobinismo. Nos ha faltado casi siempre un centro y por eso nuestra historia ha sido un largo fracaso. La prudencia, natural enemiga de los extremos, es el puente del tránsito pacífico del autoritarismo a la democracia.<sup>28</sup>

<sup>28</sup> “México, después del 6 de julio”, recopilado en *Miscelánea II*, tomo 14 de las *Obras completas* (Barcelona / México: Círculo de Lectores / Fondo de Cultura Económica, 2000 / 2001), p. 285.



ensayos, la imagen del demonio de la historia se dibuja con fuerza en su poesía, sobre todo en su poesía de madurez. Partamos de su distancia con Joyce: la historia no es una pesadilla.<sup>29</sup> No lo es porque no encuentra el consuelo del despertar. No podemos desprendernos de la historia pellizcándonos el brazo: existimos en ella y gracias a ella. Pero la historia puede ser, si no un sueño macabro, sí una horca de fierro. En eso se convierte cuando el curso del tiempo es detenido en los pozos de la ideología. Es por eso que Paz escribe en “Aunque es de noche”: “Alma no tuvo Stalin: tuvo historia.” Quien cree haber descifrado los secretos del pasado se adhiere pronto a la causa de la tiranía. La historia, dice unas líneas más abajo en el mismo poema, es “discurso en un cuchillo congelado”.

Su gran amigo, el poeta inglés Charles Tomlinson, escribió un poema que adopta la misma imagen: Stalin y sus sicarios, empuñando el *piolet* de la historia. Se trata de un poema que tiene precisamente un epígrafe de Paz y que el propio poeta mexicano ha traducido y comentado en un ensayo breve.<sup>30</sup>

Yo golpeo. Yo soy el futuro y mi arma,  
al caer, lo convierte en *ahora*. Si el relámpago se helase,  
quedaría suspendido como este cuarto  
en la cresta de la ola del instante...  
y como si la ola jamás pudiese caer.

Soy el futuro; mi puñal instala el porvenir en el mundo. La historia se vuelve para el tirano un perfecto sustituto de la conciencia.

<sup>29</sup> Eso decía al recibir el Premio Tocqueville, en 1989. Cuarenta años antes, en *El laberinto de la soledad*, decía justamente lo contrario: “La historia tiene la realidad atroz de una pesadilla; la grandeza del hombre consiste en hacer obras hermosas y durables con la substancia real de esa pesadilla. O dicho de otro modo, transfigurar la pesadilla en visión, liberarnos, así sea por un instante, de la realidad disforme por medio de la creación” (*El peregrino en su patria*, op. cit., p. 114).

<sup>30</sup> “El asesino y la eternidad”, en *Ideas y costumbres I*, op. cit., p. 104.





levantar la casa con ladrillos de crimen,  
decretar la comunión obligatoria.

Algunos  
se convirtieron en secretarios de los secretarios  
del Secretario General del Infierno.

La rabia  
se volvió filósofa,  
su baba ha cubierto al planeta.

La razón descendió a la tierra,  
tomó la forma del patíbulo

—y la adoran millones.<sup>32</sup>

Podría decirse que, junto con la preocupación por el lenguaje, la poesía de Paz está marcada por una preocupación por la historia. La inquietud estuvo presente siempre, pero se intensificó en la madurez del poeta. La historia y con ella la política penetran la poesía de un hombre de ciudad, de un escritor que siempre quiso conversar con sus semejantes: “he escrito sobre la historia y la historia en nuestro siglo asume la forma de la política. El ‘destino’ de los antiguos tiene la máscara de la política en el siglo xx.”<sup>33</sup> Y la política del siglo xx es el cuento de un fracaso: Hitler, Stalin, Franco; dos guerras mundiales, totalitarismos, imperios, terrorismo, bombas, dictaduras, genocidas. El recuento retrata a la historia como un sinsentido, una locura, un vacío: “Ser tiempo es la condena. Nuestra pena es la historia.”

Todo lo que pensamos se deshace,  
en los Campos encarna la utopía,  
la historia es espiral sin desenlace.<sup>34</sup>

<sup>32</sup> “Nocturno de San Ildefonso”, recopilado en *Obra poética II, op. cit.*, pp. 66-67.

<sup>33</sup> “‘Conversar es humano’ (entrevista con Enrico Mario Santi)”, en *Miscelánea III: entrevistas*, tomo 15 de las *Obras completas* (Barcelona / México: Círculo de Lectores / Fondo de Cultura Económica, 2002 / 2003), p. 545.

<sup>34</sup> “Aunque es de noche”, en *Obra poética II, op. cit.*, p. 124.

Y, sin embargo, en la historia que es demencia, crimen, absurdo, está también la esperanza. Los contrarios, una vez más, se besan. Así la historia aparece, ya no como coartada, sino como iluminación. Más que historia, memoria. Si la política de la historia pretende arrojar el pasado al territorio de la naturaleza, la poética de la memoria baña al pasado en las aguas de la imaginación. Ahí se revelan las relaciones ocultas entre las cosas. El historiador, dice Paz, ha de tener algo de científico y mucho de poeta. El hombre de ciencia va a la caza de leyes, de reglas que expliquen la reiteración. El poeta, por el contrario, se vuelca a lo único, a lo irrepetible. Por ello el oficio del historiador está entre un mundo y otro. Estudia lo irrepetible buscando la sábana que lo envuelve.

El historiador no descubre, no inventa: rehace el pasado. Bucear en el pasado es otra manera de ejercer la crítica. No se trata de acercarse a nuestra historia para comprendernos, sino de aproximarse al pasado para liberarnos. En la crítica de la historia se despliegan las posibilidades de la libertad. Ésa fue su tarea cuando reconstruyó el pasado de México, ese país asfixiante que lo fascinó siempre. Buscar detrás de los hechos, ver detrás de los muros, detrás del gesto y sus máscaras. El poeta busca los símbolos con los que el tiempo y el espacio nos guían el ojo. En su ensayo sobre Sor Juana, Paz escribe: “La historia de México es una historia a imagen y semejanza de su geografía: abrupta, anfractuosa. Cada período histórico es como una meseta encerrada entre altas montañas y separada de las otras por precipicios y despeñaderos.”<sup>35</sup> Entre un siglo y otro: el abismo; una barranca entre una década y otra. La Conquista se empeña en enterrar al mundo precolombino; la Independencia y, sobre todo, el proyecto liberal triunfante pretenden romper con el universo católico de la Nueva España. Dos negaciones frustradas. A pesar de la quema de los ídolos y la destrucción de los códices, el mundo indio sobrevivió.

<sup>35</sup> Octavio Paz, *Sor Juana Inés de la Cruz o Las trampas de la fe* (México: Fondo de Cultura Económica, 1982), p. 24.

A pesar de las nuevas reglas y constituciones, el mundo novohispano sobrevivió. Negaciones infructuosas.

El universo es un baúl de símbolos que la imaginación ha de exhumar. Cuando en *El laberinto de la soledad* Paz pretende reconstruir el sentido de la Conquista, cierra los ojos e imagina. No acude, como historiador de disciplina, al polvo de los documentos ni a la tinta seca de las cartas. Rompiendo todas las reglas de la historiografía, el poeta se coloca en el universo de Moctezuma e imagina su drama:

¿Por qué cede Moctezuma? ¿Por qué se siente extrañamente fascinado por los españoles y experimenta ante ellos un vértigo que no es exagerado llamar sagrado —el vértigo lúcido del suicida ante el abismo? Los dioses lo han abandonado. La gran traición con que comienza la historia de México no es la de los tlaxcaltecas, ni la de Moctezuma y su grupo, sino la de los dioses. Ningún otro pueblo se ha sentido tan totalmente desamparado como se sintió la nación azteca ante los avisos, profecías y signos que anunciaron su caída.<sup>36</sup>

El párrafo indignará a los historiadores de diploma. No hay asomo de prueba o documento que sostenga las afirmaciones de Paz. ¿Vértigo del suicida? ¿Traición de los dioses? El poeta no pretende apresar la realidad histórica; busca evocar su imagen. Para entender el sentido de la imagen histórica hay que acudir a los escritos de Paz sobre la poesía. En primer término, las siluetas históricas que dibuja Paz expresan *su* experiencia de la historia: son auténticas. Para decirlo con dos títulos de un mismo poema, el *pasado en claro es tiempo adentro*.<sup>37</sup> En segundo lugar, estas imágenes encuentran una lógica en sí mismas: tienen la verdad de su propia existencia —la imagen

<sup>36</sup> *El laberinto de la soledad*, en *El peregrino en su patria*, op. cit., p. 107.

<sup>37</sup> Como cuenta Paz en sus cartas a Gimferrer, el primer título de *Pasado en claro* era precisamente *Tiempo adentro*.

“vale sólo dentro de su propio universo”. Por último, la imagen también habla del mundo y tiene un fundamento objetivo. La imagen poética de la historia es una forma legítima y poderosa de capturar la realidad. No es narración detallada de eventos, escenarios y desenlaces: es la presencia instantánea y total de un tiempo ido. Momentos comprimidos. La imagen tampoco se pierde en explicaciones. La reconstrucción de la historia no es nunca calca del pasado sino algo muy distinto: su recreación.

La poesía convierte el pasado en presencia. Ésa es una de sus funciones como memoria de los pueblos. “La poesía exorciza el pasado; así vuelve habitable el presente.” Cuando la historia es alumbrada por la poesía, todos los tiempos están en este ahora. “El poema es la casa de la presencia. Tejido de palabras hechas de aire, el poema es infinitamente frágil y, no obstante, infinitamente resistente. Es un perpetuo desafío a la pesantez de la historia.”<sup>38</sup> Contra el plomo de la historia, el aire de la memoria.

\*

El 17 de diciembre de 1997 Octavio Paz apareció por última vez en público. Montado en una silla de ruedas salió al patio de la vieja Casa de Alvarado para encontrarse con la república que le rendía homenaje. A su alrededor, el presidente y sus ministros, empresarios y letrados. Adolorido por cada bocanada de aire, Paz recordaba a su abuelo y a Díaz Mirón. En un instante levantó la cabeza y miró el cielo de Coyoacán. Embrujando al auditorio que lo escuchaba, el poeta habló de sus amigos, de su infancia, de su mujer; de su deseo cuando niño de ser trompeta y no espada, de la generosidad, del misterio de las palabras, del sol y de las nubes de México, de la luz y de la oscuridad de su patria, de esa mezcla de destellos y negruras que siempre le intrigó. Terminó con una petición: “seamos dignos de las nubes y del sol del Valle de México.” Gabriel Zaid recuerda esa mañana: “Era

<sup>38</sup> *La casa de la presencia, op. cit.*, p. 27.

un día gris, pero empezó a hablar del sol, de la gratitud y de la gracia. Lo más conmovedor de todo fue que el sol, como llamado a la conversación, apareció.” Es cierto. Estuve ahí.

Hasta su último aliento Paz hilvanó las sílabas de México tratando de descifrar el misterio de su sonido, buscando su forma, su alma. Desde antes de publicar *El laberinto de la soledad*, esa patria “castellana y morisca, rayada de azteca” fue la idea fija de Paz. Nada de lo mexicano le fue ajeno. El ensayista escribe sobre la falda de Coatlicue y los villancicos de Sor Juana; del chicozapote, la tortilla y el mole; medita sobre los retratos de Hermenegildo Bustos, los paisajes de Velasco, los frutos incandescentes de Tamayo. Jaguares, águilas, vírgenes, calacas. Paz acaricia la forma de México, viaja por su historia, interroga su geografía, desentraña los enredos de su vida pública. Cientos, miles de páginas que componen, diría él, un diario en busca de su país y de sí mismo: búsqueda de un lugar, búsqueda de sí mismo —el peregrino en su patria.<sup>39</sup> México es para él una pasión no siempre feliz, pero ante todo es una responsabilidad: interpretar el ser mexicano es hacer su historia. Zaid entiende bien este compromiso cuando lo observa entregado a un destino que “asume como deber: la historia que está pidiendo ser hecha”.

No es lo mismo escribir en un país que se da por hecho, en una cultura habitable sin la menor duda, en un proyecto de vida que puede acomodarse a inserciones sociales establecidas, sintiendo que la creación es parte de una carrera especializada; que escribir sintiendo la urgencia de crearlo o recrearlo todo: el lenguaje, la cultura, la vida, la propia inserción en la construcción nacional, todo lo que puede ser obra en el más amplio sentido creador.<sup>40</sup>

<sup>39</sup> “Entrada retrospectiva”, prólogo a *El peregrino en su patria*, *op. cit.*, p. 16.

<sup>40</sup> Gabriel Zaid, “Octavio Paz y la emancipación cultural”, en *Ensayos sobre poesía* (*Obras*, vol. 2) (México: El Colegio Nacional, 1993).

La tarea de Paz es ciertamente prometeica: abrazar todos los espacios de una cultura para volverla habitable, para activarla como conversadora en la cultura del mundo. La pregunta sobre México nunca abandonaría a Paz. A mitad del siglo, *El laberinto de la soledad*, ese libro que fue interpretado como una “elegante mentada de madre”, retrata al mexicano, un ser que se disfraza: “máscara el rostro y máscara la sonrisa”. No *definía* al mexicano; excavaba su jeroglífico. Veinte años después escribía en *Postdata* que el mexicano no era una esencia sino una historia. En todo caso, México y sus pobladores seguían siendo la interrogante central. México, su historia, su geografía, su arte: sustantivos que encuentran verbo y predicado en el ensayo de Octavio Paz.

Ahí está, quizá, el higo menos fresco en la canasta paciana. A pesar de todas las advertencias que hace sobre el flujo de la historia y sus sorpresas; aún con su certeza de la desembocadura universal de nuestra provincia (“somos, por primera vez en nuestra historia, contemporáneos de todos los hombres”); con todo y su oposición temprana y enérgica al extravío nacionalista, no dejó de jugar con los artificios de la identidad. Anatomía imaginaria del ser nacional. En ningún lugar se observa con mayor claridad el gancho de ese anzuelo identitario que en el contraste que Paz hace constantemente entre México y los Estados Unidos. Entidades físicas antagónicas, especies biológicas que no pueden acoplarse, México y Estados Unidos no se enraman: se enfrentan en sus ensayos.

Ellos son crédulos, nosotros creyentes; aman los cuentos de hadas y las historias policíacas, nosotros los mitos y las leyendas. Los mexicanos mienten por fantasía, por desesperación o para superar su vida sórdida; ellos no mienten, pero substituyen la verdad verdadera, que es siempre desagradable, por una verdad social. Nos emborrachamos para confesarnos; ellos para olvidarse. Son optimistas; nosotros nihilistas —sólo que nuestro nihilismo no es intelectual, sino una reacción instintiva: por lo tanto es irrefutable. Los mexicanos son desconfiados;

ellos abiertos. Nosotros somos tristes y sarcásticos; ellos alegres y humorísticos. Los norteamericanos quieren comprender; nosotros contemplar.<sup>41</sup>

Y más adelante: “La soledad del mexicano es la de las aguas estancadas, la del norteamericano es la del espejo.” Por eso, cuando los mexicanos cruzan la frontera son gotas de agua en una pila de aceite. Todavía a finales de los años setenta, Paz insistía en la diferencia infranqueable entre los dos países. Dos versiones de Occidente. Cuando examina el camino de los vecinos a lo largo de los siglos, se acerca a una lectura frigorífica de la historia. La fundación de una sociedad aparece como destino: ellos son hijos de la Reforma, nosotros descendientes de la Contrarreforma. Por eso afirma casi con orgullo que los mexicanos que emigran a los Estados Unidos son incapaces de adaptarse a la sociedad norteamericana: han guardado su identidad. Y hace de este modo una defensa francamente conservadora de la “resistencia” frente a lo ajeno: “nuestro país sobrevive gracias a su tradicionalismo.”<sup>42</sup> La costumbre como sobrevivencia.

En esas líneas cautivadas por la matrona de la identidad el poeta desoía las razones de su admirado Jorge Cuesta. Paz lo conoció en San Ildefonso en 1935. El joven se acercó al crítico y pronto se embarcó en una conversación que seguiría en un restorán alemán del centro de la Ciudad de México: “Hablamos de Lawrence y de Huxley, es decir, de la pasión y de la razón, de Gide y de Malraux, es decir, de la curiosidad y de la acción.”<sup>43</sup> Esa conversación entre poetas no terminaría nunca.

Los retratos de Jorge Cuesta integran la galería de un misterio.

<sup>41</sup> Es el capítulo sobre “El pachuco y otros extremos”, de *El laberinto de la soledad*, en *El peregrino en su patria*, *op. cit.*, p. 57.

<sup>42</sup> “El espejo indiscreto”, en *El peregrino en su patria*, *op. cit.*, p. 434.

<sup>43</sup> “Contemporáneos”, en *Generaciones y semblanzas: dominio mexicano*, tomo 4 de las *Obras completas* (Barcelona / México: Círculo de Lectores / Fondo de Cultura Económica, 1991 / 1994), p. 72.

Luis Cardoza y Aragón lo dibuja como un hombre feo al que asediaban las mujeres. Una especie de Picasso que tenía un ojo más arriba que el otro. Un tiburón jovial. Un relojero que desmontaba las piezas de un argumento para rearmarlas de tal modo que su lógica triunfase siempre. Xavier Villaurrutia tiene que afirmar en algún momento que el hombre existe porque hay quien lo duda. Se le cree sábana de mito, pero existe y tiene carne. Es un hombre que todo devora: filosofía, estética, ciencia, poesía. Todo lo atrae con la misma fuerza: todo le sirve para poner en juego la destreza de su ingenio. Salvador Novo lo describe como un muchacho genial y desequilibrado. Lo que tocan sus manos, decía Ermilo Abreu Gómez, se convierte en polvo, en ceniza. Todos lo muestran inteligentísimo, alto y delgado. Elías Nandino resalta sus manos largas y huesudas, su aura angelical y satánica en donde se reunían la inteligencia y la intuición, la magia y el microscopio. También nota su carácter indómito: bajo su imagen de ángel de madera se esconde una tempestad blasfema, un letal depósito de ironía. Un fantasma, un hombre ajeno a su cuerpo. Cuando hablaba, se le escuchaba, pero no se sabía de dónde venían sus palabras; parecía como si surgieran de los fantasmas del aire. Y Octavio Paz dibujó sus ojos de perpetuo asombro, su elegancia, su extraña fisonomía de inglés negroide. Un hombre que no se servía de la inteligencia sino que servía a la inteligencia; un hombre poseído por el dios temible de la Razón, un hombre a quien le faltó sentido común, esa dosis de intuición, quizá de irracionalidad, que necesitamos para vivir.

Decía que Paz desoía al Cuesta que insistía que México necesitaba remar *contra* su pasado y combatir con dureza las estafas de los nacionalistas o los identitarios que, para el caso, son lo mismo. La identidad, cualquiera que sea su envoltura, nos encierra en una jaula. Ése fue el problema: Paz no dejó de interrogarse sobre el cuerpo que somos. Puede hablarse de la identidad desde el discurso de las razas, el diván del psicoanálisis o la imagen del mito poético. A fin de cuentas, el trofeo de sus pescas es una red que falsifica y detiene.



\*

La tarde de aquel 17 de diciembre, cuando los políticos y magnates habían dejado la casa en Coyoacán que ocupaba Octavio Paz, el poeta se quedó un tiempo con su mujer y algunos amigos. Christopher Domínguez describe la escena. Entre los dolores de la enfermedad se asomaba de pronto la lucidez y el ingenio de siempre. Alguien le informó de la muerte de su amigo Claude Roy y soltó unas lágrimas.

Entonces decidió hablar de la muerte. De su muerte. “Cuando me enteré de la gravedad de mi enfermedad”, dijo, “me di cuenta que no podía tomar el camino sublime del cristianismo. No creo en la trascendencia. La idea de la extinción me tranquilizó. Seré ese vaso de agua que me estoy tomando. Seré materia.”

*Octavio Paz: entre poética y política*  
se terminó de imprimir en enero de 2009  
en los talleres de Formación Gráfica, S.A. de C.V.  
Matamoros 112, col. Raúl Romero  
57630 Ciudad Nezahualcóyotl, Estado de México  
Tipografía y formación: El Atril Tipográfico, S.A. de C.V.  
Portada: Irma Eugenia Alva Valencia.  
Cuidó la edición el Departamento de Publicaciones de  
El Colegio de México



S e r i e  
Estudios de  
Lingüística  
y Literatura  
 LII

Este libro explora dos ámbitos centrales de la obra de Octavio Paz: el de su poesía y su poética, entendida esta última palabra como expresión de la *otredad* constitutiva del ser humano; y el de sus ideas sobre la política, incluido el campo de sus intervenciones, muchas veces polémicas, en los debates ideológicos de México. La singularidad del libro es la yuxtaposición de estos dos ámbitos (poética y política) que suelen separarse en los estudios acerca de Paz.

En la primera parte, "Hacia la poética", cinco estudiosos se dedican a iluminar zonas poco exploradas de la obra poética de Paz. Enrico Mario Santí, Hugo Verani, José Miguel Oviedo, Adolfo Castañón y Anthony Stanton ofrecen análisis de distintos momentos de la poesía y la poética, desde la primera época en los años treinta hasta el último libro de poemas. En la segunda parte, "Hacia la política", otros cinco analistas se empeñan en sopesar la naturaleza de las intervenciones de Paz en el debate ideológico. Soledad Loaeza, José Woldenberg, Yvon Grenier, Ricardo Pozas Horcasitas y Jesús Silva-Herzog Márquez examinan las contribuciones de Paz a la democratización del sistema político mexicano y a la crítica del pensamiento autoritario, incluidas dos cuestiones poco entendidas: la influencia de Marx y del marxismo; y el sentido exacto de su afiliación al liberalismo.

Los autores —estudiosos de México y el mundo— subrayan en el poeta y en el pensador el lugar central de la libertad, la permanente preocupación ética, el afán crítico y el hondo interés por una especie de comunión o fraternidad con los otros. En la pluralidad y riqueza de sus enfoques, este libro representa una contribución original e importante a los estudios sobre las teorías y prácticas tanto del poeta como del intelectual que fue Octavio Paz, un hombre que vivió siempre entre la poética y la política.

Ilustración de portada: Hacia arriba, Vasily Kandinsky, 1929.

